

SEBASTIAN
FITZEK

el
experimento



alznerexperimento.com

L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

De la mano de su profesor, dos estudiantes de psicología participan en un experimento que consiste en estudiar el expediente médico de un paciente de una clínica psiquiátrica privada de Berlín, donde hace años tuvieron lugar escenas de horror y que, actualmente, se mantiene cerrada al público. En medio de los acontecimientos se hallan el joven Caspar, un paciente que sufre amnesia, incapaz de recordar quién es, y también un asesino en serie conocido como el Destructor de almas. Tras el ataque a tres mujeres, el Destructor de almas centrará ahora su objetivo en el centro psiquiátrico. Cualquiera puede ser la próxima víctima...

L  **LIBROS**

Sebastian Fitzek

El experimento

Nota de la editora

El experimento narra tres historias paralelas: el estudio, en tiempo real, de un expediente médico por parte de un profesor de Psicología y dos de sus alumnos, los hechos acontecidos en el pasado en la clínica Teufelsberg y los recuerdos de Caspar, el paciente amnésico del centro psiquiátrico.

Hasta aquí, todo parece normal. Pero lo ingenioso de esta novela empieza precisamente en este punto... Los tres hilos narrativos se diferencian en la novela con un tipo de letra distinto, dependiendo de si estamos en la actualidad o en el pasado. Así, el maestro alemán del terror psicológico te facilita la lectura... pero también te invita a jugar. Porque sólo serás capaz de descubrir quién se oculta tras el Destructor de almas si sigues el camino correcto y no te dejas engañar por las falsas evidencias. Descifra las pistas y las referencias que Fitzek va dejando a lo largo de toda la novela y conseguirás derrotar el origen de tu miedo.

Y, antes de empezar a leer, una advertencia: ten cuidado, porque cualquiera puede ser la próxima víctima...

Para Gerlinde

« No le tengo miedo a la muerte,
es sólo que no quisiera estar allí cuando suceda» .

WOODY ALLEN

71 días antes del miedo

*Pág. 1 y ss. del
Expediente Clínico n.º 131071/VL*

Afortunadamente todo había sido un sueño. No estaba desnuda ni sus piernas estaban atadas a aquella vieja silla de ginecología, mientras un loco perturbado ordenaba sus instrumentos quirúrgicos encima de una mesa oxidada. Al principio, cuando el hombre se dio la vuelta, ella no pudo ver lo que sostenía su mano cubierta de sangre incrustada. Luego, al darse cuenta de lo que era, quiso cerrar los ojos sin éxito. Era incapaz de apartar la mirada de la llama del soplete mientras éste se iba acercando lentamente a la mitad de su cuerpo. El desconocido tenía la cara quemada y, con los ojos bien abiertos, sujetaba el instrumento fijando la dirección. Pensó que nunca había sentido tanto dolor como el que viviría en el poco tiempo que le quedaba de vida. Sin embargo, cuando el soplete desapareció de su vista y empezó a notar un calor cada vez mayor entre sus piernas, presintió que la tortura de las últimas horas no había hecho más que empezar.

Entonces, cuando ya creía percibir el olor a carne quemada, lo vio todo con claridad: el sótano húmedo y frío al que la habían traído, la lámpara halógena que oscilaba sobre su cabeza, la silla de tortura y la mesa metálica se desvanecieron dejando un gran vacío tras de sí.

« Gracias a Dios —pensó— sólo es un sueño » . Abrió los ojos pero no logró comprender lo que ocurría.

Seguía atrapada en la misma pesadilla, nada había cambiado.

« ¿Dónde estoy? » .

La decoración interior del lugar dejaba entrever que se trataba de la habitación de un hotel venido a menos. Sobre una antigua cama de matrimonio había una colcha llena de manchas, sucia y plagada de quemaduras, al igual que la moqueta de color verde amarronado.

El hecho de tener que sentir bajo sus pies el tejido áspero de la alfombra hizo que la mujer se retorciera aún más en aquella incómoda silla de madera.

« Estoy descalza. ¿Dónde están mis zapatos? ¿Y qué hago sentada en un sitio de mala muerte como éste mirando la imagen distorsionada de una carta de ajuste en blanco y negro? » .

Las preguntas rebotaban en el interior de su cabeza como bolas de billar; de repente, se sobresaltó como si alguien le hubiera dado un puñetazo y enseguida desvió su mirada hacia donde provenía el ruido: era la puerta de la habitación y ésta empezó a temblar con fuerza hasta que, finalmente, se abrió de golpe y dos policías entraron precipitadamente.

Observó que los hombres vestían de uniforme e iban armados. Primero apuntaron sus armas en dirección a su pecho, pero después las fueron bajando lentamente. La tensión que mostraban sus caras pasó a convertirse en horror y desconcierto.

—Maldita sea, ¿qué ha pasado aquí? —oyó que preguntaba el más bajito de los dos, el primero que había entrado al derribar la puerta.

—¡Enfermera! —gritó el otro—. ¡Llame a un médico, necesitamos ayuda enseguida!

«Gracias a Dios», pensó por segunda vez en pocos segundos. El miedo apenas la dejaba respirar, le dolía todo el cuerpo y olía a orina y excrementos. Todo ello y la realidad de no saber cómo había llegado hasta aquel lugar la estaban volviendo loca. Al menos ahora había dos policías ante ella que querían pedir ayuda médica. No era una maravilla, pero siempre era mejor que tener delante a un loco apuntándole con el soplete.

Tan sólo habían transcurrido unos segundos cuando un médico calvo y con un pendiente en la oreja irrumpió en la habitación y se arrodilló junto a ella. Parecía que se aproximaba una ambulancia: no era una buena señal.

—¿Puede oírme?

—Sí... —le contestó al médico, que parecía haber tenido las ojeras tatuadas en la cara toda la vida.

—Parece que no puede entenderme.

—Sí, le oigo...

Quiso levantar los brazos, pero los músculos no le respondían.

—¿Cómo se llama?

El médico sacó un bolígrafo linterna del bolsillo de su camisa y lo enfocó hacia los ojos de la mujer.

—Vanessa —dijo con voz ronca, y añadió—: Vanessa Strassmann.

—¿Está muerta? —oyó que preguntaba el policía que había detrás.

—Maldita sea, sus pupilas apenas reaccionan a la luz. Parece que no pueda vernos ni escucharnos. Se encuentra en estado catatónico, posiblemente en coma.

—¡Pero qué estupidez dice! —gritó Vanessa. Quiso levantarse, pero ni siquiera podía alzar el brazo.

«¿Qué está ocurriendo aquí?» .

Repitió sus pensamientos en voz alta intentando hablar lo más claro posible; no parecía que alguien quisiera escucharla. En vez de eso, todos se alejaban de ella para conversar con alguien a quien no había visto hasta entonces.

—¿Y desde cuándo, dice usted, se encuentra en esta habitación?

La cabeza del médico le impedía ver la puerta con claridad. Desde allí pudo oír entonces la voz de una mujer joven:

—Seguramente desde hace tres días, quizá más tiempo. Cuando se registró aquí pensé que le pasaba algo, pero dijo que no quería que la molestasen.

«¿Pero qué tonterías está diciendo?» . —Vanessa sacudió la cabeza—. «¡Yo nunca he venido aquí por mi propia voluntad, ni siquiera una noche!» .

—No le hubiera llamado si no hubiera sido por este terrible estertor, cada vez más alto y...

—¡Miren eso! —oyó la voz del policia bajito directamente en su oído.

—¿Qué?

—Hay algo ahí, mírenlo.

Vanessa sintió cómo los dedos del médico separaban cuidadosamente con una pinza alguna cosa de su mano izquierda.

—¿Qué es? —preguntó el policia.

Vanessa estaba tan sorprendida como el resto de los presentes en la habitación; ni siquiera se había dado cuenta de que sostenía algo en su mano.

—Una nota.

El médico desdobló la hoja, que estaba plegada por la mitad. Vanessa desvió la mirada para echarle un vistazo, pero solamente pudo ver algunos jeroglíficos sin sentido. El texto estaba escrito en una lengua que no conocía.

—¿Qué pone? —preguntó el otro funcionario desde la puerta.

—Es extraño. —El médico arrugó la frente y leyó la nota—: «Sólo se compra para enseguida tirarlo afuera otra vez» .

«Cielo Santo» . El hecho de que el médico hubiera pronunciado aquellas palabras sin vacilar ponía de manifiesto hasta qué punto se hallaba atrapada en aquella pesadilla. Por algún motivo Vanessa había perdido la capacidad de comunicarse de cualquier modo posible. En ese momento era incapaz de emitir una palabra; no podía leer e incluso presentía que había olvidado cómo se escribía su nombre.

Una vez más, el médico enfocó la linterna directamente en las pupilas. De repente, tuvo la sensación de que el resto de sus sentidos se adormecían: ya no percibía el mal olor que desprendía su cuerpo ni sentía la alfombra bajo sus pies. Tan sólo notaba el temor que la invadía, un miedo cada vez mayor, mientras las voces confusas a su alrededor iban desvaneciéndose poco a poco. Tan pronto como el médico había pronunciado aquella corta frase de la nota, una fuerza invisible se había apoderado de ella.

«Sólo se compra para enseguida tirarlo afuera otra vez» .

Era la misma fuerza que la empujaba a agitar continuamente sus manos frías. Había vuelto al lugar que no hubiera querido ver nunca más, al lugar que había abandonado apenas unos minutos antes.

« No era un sueño. ¿O quizá sí?» .

Intentó hacerle una señal al médico. Sin embargo, cuando la imagen del hombre empezó a disiparse, lo comprendió todo, y el terror volvió a invadirla de nuevo. Era cierto: no podían oírlo. El médico, la mujer, los policías... Ninguno de ellos había sido capaz de hablar con ella. La razón era que ella nunca había llegado a despertarse en aquella pensión barata. Todo lo contrario. Cuando la lámpara halógena que había sobre su cabeza empezó a moverse de nuevo supo por fin la verdad: se había desmayado en el momento que iban a torturarla. No era aquel loco perturbado, sino que era la habitación del hotel la que había formado parte de un sueño que ahora huía ante lo irreal.

« ¿Puede que me esté equivocando de nuevo? ¡Socorro, ayudadme! Ya no sé dónde estoy... ¿Qué es real? ¿Qué no lo es?» .

Todo había vuelto a ser como antes. De nuevo el sótano húmedo, la mesa metálica, la silla de ginecología en la que permanecía atada. Desnuda, tanto que podía sentir la respiración de aquel loco entre sus piernas, su aliento rozándole la parte más sensible de su cuerpo. Entonces, su cara llena de cicatrices surgió justo ante sus ojos y una boca desfigurada le dijo:

—He vuelto a marcar en esta zona. Ahora ya podemos empezar.

Cogió el soplete.

En la actualidad, 10:14 horas.
Mucho tiempo después del miedo

—Señoras y señores, ¿qué les ha parecido esta presentación? Una mujer despierta de una pesadilla y de pronto se encuentra inmersa en otra. Interesante, ¿no es cierto?

El profesor se puso de pie junto a la gran pizarra de roble y observó las caras confundidas de sus estudiantes.

Se acababa de dar cuenta de que aquella mañana su público se había esforzado más que él eligiendo la ropa. Como de costumbre había cogido al azar del armario uno de sus trajes arrugados. Cuando lo compró, el dependiente le había convencido de que debía quedarse con aquel traje extremadamente caro porque, según había argumentado, las rayas oscuras conjuntaban con el color negro de su cabello, que en aquel entonces llevaba algo más largo, con un ridículo estilo de rebeldía postadolescente.

Si ahora, años después, quería comprar algo que hiciera juego con su peinado, tendría que ser un traje de color gris ceniza con espacios claros y un agujero en la espalda como si fuera la coronilla de un monje.

—¿Qué dice usted?

Sintió un fuerte tirón en su menisco, que hizo que diera un paso hacia un lado torpemente. Solamente se habían inscrito seis voluntarios: cuatro mujeres y dos hombres. No era de extrañar; en pruebas como aquella las mujeres siempre eran mayoría, ya fuera porque eran más valientes o bien porque necesitaban dinero con urgencia. En el anuncio del tablón se prometía una recompensa a todos los que quisieran participar en aquel experimento psicológico.

—Disculpe, ¿lo he entendido bien?

«Fila izquierda, segundo asiento». El profesor miró la lista para localizar el nombre del objeto de ensayo que había pedido la palabra: «Florian Wessel, tercer trimestre».

El estudiante no había dejado de subrayar el texto con un lápiz perfectamente afilado mientras leía la introducción. Una pequeña cicatriz bajo el ojo derecho en forma de media luna revelaba que era miembro de alguna fraternidad de estudiantes. El chico dejó el lápiz entre las páginas del dossier y lo cerró de golpe.

—¿Se supone que esto es el protocolo de un tratamiento médico?

—En efecto.

Con una sonrisa amable, el profesor le dio a entender al joven que

comprendía que estuviera sorprendido. Formaba parte, por así decirlo, del experimento.

—¿Soplete, torturador, policía...? Con su permiso, pero esto parece más bien el comienzo de una novela de suspense que el expediente clínico de un paciente.

«¿Con su permiso?» . Hacía tiempo que no escuchaba una frase tan obsoleta como aquélla. El profesor se preguntó si aquel estudiante que iba peinado con la raya en medio siempre hablaba así o bien era el ambiente melancólico que desprendía aquel lugar inusual el que hacía que se expresara de aquella manera. Era consciente de que algunos de los participantes habían huido rápidamente al conocer la terrible historia que encerraba el edificio en el que se encontraban. No les venía de doscientos euros.

Sin embargo, el hecho de que el experimento pudiera realizarse allí y no en otro lugar tenía su encanto. No existía un sitio mejor para hacer la prueba, a pesar del olor a humedad y de que el frío fuera tan insoportable que en el último momento hubieran considerado la posibilidad de limpiar la basura que había acumulada en la chimenea para poder encenderla. Al fin y al cabo era un 23 de diciembre y las temperaturas estaban bajo cero. Además, habían alquilado dos radiadores de aceite, aunque no bastaban para calentar aquella habitación con techos altos.

—¿Dice usted que parece una novela de suspense? —repitió el profesor—. Bien, no va mal encaminado.

Juntó una palma de la mano contra la otra como si rezara, sintiendo el olor que desprendían las yemas arrugadas de sus dedos. Las suyas le recordaban a las manos toscas de su abuelo. No obstante, a diferencia de él, el anciano había tenido que trabajar toda su vida al aire libre.

—El médico en cuyo consultorio se halló el documento que tienen ahora en sus manos era psiquiatra y compañero mío de trabajo: Viktor Larenz. Su nombre ya les debe sonar a estas alturas de curso.

—¿Larenz?, ¿no falleció? —quiso saber un estudiante que acababa de apuntarse al experimento el día antes.

El profesor consultó otra vez la lista e identificó al chico del pelo teñido de negro como Patrick Hayden. Aquel joven y su novia Lydia se habían sentado muy juntos: el espacio que quedaba entre ambos cuerpos era tan minúsculo que apenas habría cabido un trozo de hilo dental. Esta decisión era sobre todo idea de Patrick. En cuanto Lydia intentaba separarse un milímetro de su novio, el chico le pasaba el brazo por encima de los hombros con más fuerza y de nuevo la empujaba hacia él posesivamente. Llevaba puesta una sudadera de deporte con la inteligente frase « Jesús te ama » ; justo debajo de ella podía leerse a duras penas: « Los demás piensan que eres un cabrón » . Patrick la llevaba puesta aquella vez que había ido a verle para quejarse de la mala nota de un examen.

—Viktor Larenz no viene al caso. —E hizo un gesto negativo con la mano—.

Su historia no es importante para el experimento de esta noche.

—¿Y de qué se trata entonces?—quiso saber Patrick

El joven juntó con fuerza las piernas bajo la mesa. Los cordones de sus botas de piel estaban desatados de manera que los vaqueros, que habían sido desgarrados no sin cierta profesionalidad, cayeran a conciencia por encima de la lengüeta doblada. De no ser así nadie podría ver el nombre de la marca de diseño en el tobillo.

El profesor no pudo evitar sonreír: zapatos sin atar, pantalones rotos, sudaderas malhabladas. Alguien de la industria de la moda se había propuesto ganar dinero con lo que resultaba una pesadilla para sus conservadores padres.

—Bien, deben saber que...

Volvió a sentarse en su sitio, junto a la pizarra, y abrió una cartera de piel tan desgastada que parecía que un gato la había utilizado para afilarse las uñas en ella.

—Esto que acaban de leer ocurrió realmente. Los expedientes que les he repartido son solamente unas copias sencillas del auténtico informe.

El profesor sacó un viejo libro de bolsillo.

—Éste es el original.

Puso el delgado volumen encima de su mesa.

En la cubierta verdosa del libro podía leerse en letras rojas *El Destructor de almas*. Sobre éstas, llamaba la atención la imagen borrosa de un hombre que parecía refugiarse en un oscuro edificio en medio de una tormenta de nieve y niebla.

—No se dejen engañar por la portada. A primera vista da la impresión de que se trata de una novela convencional; sin embargo, esconde mucho más.

Como si de un abanico se tratase, fue hojeando con los dedos desde la última hasta la primera de las cerca de trescientas páginas del libro.

—Muchos creen que este relato fue escrito por alguno de sus pacientes. Larenz trataba a diversos artistas, entre ellos también a escritores. —El profesor parpadeó y añadió en voz baja—: Pero existe una segunda teoría.

Todos los estudiantes le observaron con atención.

—Una minoría piensa que fue el mismo Viktor Larenz quien lo escribió.

—Pero ¿por qué motivo?

Esta vez era Lydia la que había pedido la palabra. La chica de cabellos de color rubio oscuro y jersey de cuello alto gris casi negro era su mejor estudiante. No podía explicarse la atracción que ejercía sobre ella aquel mal estudiante sin afeitado, y aún entendía mucho menos que a la chica le hubieran denegado una beca a pesar de realizar un bachillerato brillante.

—¿Ese tal Larenz transformó sus escritos en una novela de suspense? ¿Por qué tendría que hacer ese tremendo esfuerzo?

—Eso es lo que habrá que averiguar esta noche. Ése es el objetivo del

experimento.

El profesor apuntó algo en el bloc de notas que tenía junto a la lista de los participantes y se dirigió al grupo de jóvenes que estaban sentadas a su derecha y que todavía no habían dicho nada.

—Señoras, si tienen alguna duda lo entenderé.

Una chica con el cabello pelirrojo levantó la cabeza mientras el resto de ellas continuaban mirando el expediente que tenían ante sí.

—Todos los presentes en esta sala pueden meditarlo de nuevo, faltaría más. El experimento de verdad no ha comenzado todavía. Ahora pueden olvidarse de ello e irse a casa: todavía están a tiempo.

Las jóvenes asintieron con indecisión.

Florian se inclinó hacia delante y, nervioso, empezó a pasar el dedo índice por la raya de sus cabellos.

—¿Y qué pasa entonces con los doscientos euros?

—Solamente se les entregará a los que participen activamente, así como a aquellos que cumplan con el procedimiento obligatorio tal y como se describía en el anuncio. Deben leer el expediente al completo y sólo se les permite hacer pausas breves durante la lectura.

—¿Y después? ¿Qué pasará cuando lo terminemos?

—Eso también forma parte del experimento.

El psiquiatra se inclinó de nuevo y apareció seguidamente con una pequeña pila de formularios con el escudo de armas de la universidad privada.

—Les pido a aquellos de ustedes que deseen quedarse, por favor, que firmen aquí.

Repartió los acuerdos de conformidad mediante los cuales los sujetos del ensayo absolvían a la universidad de cualquier responsabilidad debido a posibles daños psicosomáticos que pudieran surgir, relacionados con la participación voluntaria en el experimento.

Florian Wessel cogió la hoja, la sostuvo en dirección a la luz y sacudió la cabeza enérgicamente al ver la marca de agua de la facultad de medicina.

—Me parece demasiado complicado.

Apartó otra vez el lápiz del expediente, agarró su mochila y se levantó.

—Creo que ya sé de qué trata todo esto. Y si es lo que yo supongo, me da bastante miedo.

—Su sinceridad le honra.

El profesor recogió el impreso de Florian y su expediente. Luego observó a las tres estudiantes que estaban sentadas en el otro lado y vio que cuchicheaban entre sí.

—Es verdad que no sabemos de qué se trata, pero Florian se va y es mejor que nosotras también nos quedemos fuera.

Una vez más, la pelirroja siguió siendo la única de las tres que se comunicaba

con él.

—Como ustedes quieran. No hay ningún problema.

Recogió la carpeta de plástico nuevamente mientras las jóvenes cogían los abrigos del respaldo de sus sillas. Florian esperaba en la puerta con la capucha de la chaqueta y los guantes puestos.

—¿Y qué pasa con ustedes?

Se dirigió a Lydia y Patrick que seguían hojeando vacilantes el expediente.

Finalmente ambos se encogieron de hombros.

—¡Qué más da! ¡Mientras no me saquen sangre! —dijo Patrick

—¡Sí, qué más da!

Lydia consiguió por fin apartarse un poco de su novio.

—Usted se quedará todo este tiempo con nosotros, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y solamente tenemos que leer? ¿Y ya está?

—Eso es.

La puerta se cerró. Los chicos que habían decidido no participar en el experimento habían salido sin despedirse.

—Entonces me apunto. El dinero me puede ir bien.

Lydia le regaló al profesor una mirada de complicidad esperando a cambio un voto de silencio por su parte.

« Lo sé —reflexionó el profesor pensativo, y asintió con la cabeza a la joven —. Ha ido de muy poco. No hay que llamar mucho la atención» .

« Es evidente que necesitas el dinero» .

Todo había sucedido una calurosa semana de abril. Una ola de autocompasión se había apoderado de él un día, la misma que le había arrastrado a conocer la faceta más privada de la chica.

El único amigo que tenía le había aconsejado que debía cambiar su « esquema de siempre» si realmente quería dejar atrás el pasado. Tenía que hacer algo que todavía no hubiera hecho en toda su vida. Habían entrado en aquel bar después de tomar tres copas en otro sitio. No había nada de emocionante en aquello. Era un espectáculo inocente y aburrido, y salvo por el hecho de que las chicas bailaban sin la parte de arriba, sus movimientos no eran mucho más irresistibles que los de la mayoría de las adolescentes de una discoteca. Además, por lo que podía ver, tampoco existía allí una habitación trasera.

No obstante, justo cuando le estaba invadiendo la sensación de sentirse un hombre viejo y poco sociable, de repente Lydia apareció ante él con la carta de cócteles. Sin jersey de cuello alto y sin diadema, sólo con una falda de colegiala. Nada más.

Pidió y pagó un cóctel, pero no se lo bebió. Dejó a su amigo en el bar y se alegró de ver a la chica otra vez en la clase, sentada en primera fila. No habían cruzado una palabra; además, estaba seguro de que Patrick desconocía en qué

trabajaba su novia fuera de clase. Aunque el chico tenía aspecto de ser de aquellos que conocen al barman por su nombre en bares de esa clase, no le parecía que fuera a ser muy tolerante si se trataba de sus propios intereses.

Lydia suspiró en voz baja y firmó el apartado que hablaba de la limitación de responsabilidad.

—¿Qué es lo que puede ocurrir?

El profesor carraspeó pero no dijo nada.

En vez de eso observó con mirada examinadora ambas firmas y echó un vistazo a su reloj.

—Bien, ya estamos listos.

Sonrió, a pesar de que no estaba para bromas.

—Empieza el experimento. Por favor, abran el expediente clínico por la página seis.

**17:49 horas, un día antes de Nochebuena.
Nueve horas y cuarenta y nueve minutos
antes del miedo**

*Pág. 6 y ss. del Expediente Clínico n.º 131071/VL
Continuar leyendo
sólo bajo supervisión médica*

—Imagínese la siguiente situación...

Caspar escuchó la voz de la vieja señora ante la que estaba arrodillado. Tenía un tono simplemente ronco que se oía como si estuviera detrás de una puerta cerrada.

—Un padre conduce de noche con su hijo por una carretera nevada a través de un bosque oscuro. El padre pierde el control del coche, choca contra un árbol y fallece en el acto. El joven sobrevive al accidente, pero está gravemente herido, por lo que le llevan al hospital y, una vez allí, ingresa en Traumatología.

El cirujano llega, se queda inmóvil al verlo y dice aterrorizado:

—Dios mío, no puedo operar a este chico. ¡Es mi hijo!

La señora mayor de la cama hizo una breve pausa y, a continuación, preguntó con voz triunfante:

—¿Cómo puede ser posible esto si el joven solamente tiene un padre?

—No tengo ni idea.

Caspar cerró los ojos confiando plenamente en el sentido del tacto para intentar reparar la ventana, por lo que sólo podía imaginar la sonrisa picara de la mujer a sus espaldas.

—¡No me diga! Este acertijo no puede ser tan difícil para un hombre inteligente como usted.

El joven sacó la mano de detrás de los sólidos tubos y se volvió hacia Greta Kaminsky moviendo la cabeza en señal de desaprobación.

Tenía setenta y nueve años y era la viuda de un banquero. Había llamado a su puerta cinco minutos antes para pedirle si podía echarle un vistazo a su «caja charlatana». Así era como llamaba al televisor de grandes dimensiones con un soporte de tipo pedestal, demasiado grande para una habitación pequeña como la suya, en el ático de la clínica Teufelsberg. Naturalmente él le había accedido a hacerle el favor, si bien el profesor Rassfeld se lo había prohibido severamente.

El director de la clínica no quería que Caspar abandonara su habitación sin supervisión.

—Me temo que los acertijos no son mi fuerte, Greta.

Respiró algo del polvo que se había acumulado detrás del televisor y no pudo evitar toser.

—Además, no soy una mujer. No puedo hacer dos cosas al mismo tiempo.

De nuevo dejó caer su cabeza a un lado del televisor y, a ciegas, intentó encontrar por detrás el minúsculo enchufe del cable de la antena. El pesado aparato no se apartó ni un sólo milímetro de la pared.

—¡Tonterías!

Greta golpeó dos veces en el colchón con la palma de la mano.

—¡No se ponga así, Caspar!

«Caspar».

Los enfermeros le habían puesto ese nombre.

De alguna manera tenían que llamarle mientras no supieran cuál era su verdadero nombre.

—¡Inténtelo de nuevo! A lo mejor resulta que es usted el rey de los acertijos. Quién sabe, ¡no recuerda nada!

—No es cierto —se lamentó, y metió aún más su mano en la hendidura que quedaba entre el televisor y el rugoso papel pintado de la pared—. Sé cómo hacer el nudo de una corbata, leer un libro o ir en bicicleta. Sólo son mis vivencias las que han desaparecido.

—El conocimiento que tiene usted de los hechos está en gran parte intacto —le había explicado la doctora Sophia Dorn, su psiquiatra, al inicio de su primera visita—. Sin embargo, todo lo que usted define como emocional, es decir, lo que forma parte de su personalidad, lamentablemente ha desaparecido.

Amnesia retrógrada. Pérdida de memoria.

No podía recordar su nombre ni el de su familia, ni tampoco su profesión. Ni siquiera sabía cómo había llegado realmente a aquella clínica privada de lujo. El antiguo edificio de la clínica Teufelsberg estaba situado a las afueras de la ciudad, en la montaña más alta de Berlín, que lleva su mismo nombre. Se había construido artificialmente a partir de las ruinas de las casas destruidas por las bombas durante la segunda guerra mundial. En la actualidad, la montaña Teufelsberg era un vertedero ajardinado, en cuya cima el ejército estadounidense había instalado sus dispositivos de escucha en los años de la guerra fría. Aquel hospital señorial de cuatro plantas en el que se encontraba Caspar había servido como casino para los oficiales de los servicios secretos hasta que, tras la caída del Muro de Berlín, el renombrado psiquiatra y neurorradiólogo Samuel Rassfeld lo adquirió en una subasta. El médico lo reformó con todo tipo de lujos transformándolo en uno de los hospitales más importantes dedicado a los trastornos psicósomáticos. Ahora, la clínica se alzaba

en lo alto como un castillo protegido con puentes levadizos al pie del bosque de Grünewald, y solamente se podía llegar a ella a través de una estrecha carretera de acceso privado, en la que apenas diez días antes habían encontrado a Caspar, inconsciente, cubierto por una fina capa de nieve y con señales de congelación.

Aquella noche, Dirk Bachmann, el vigilante de la clínica, había llevado en coche a Rassfeld al hospital Westend, donde éste tenía una cita. Si solamente hubieran vuelto una hora más tarde habrían encontrado el cuerpo de Caspar congelado al borde del camino. En ocasiones se preguntaba si, de ser así, hubiera cambiado alguna cosa.

« ¿Qué es una vida sin identidad comparada con la muerte? » .

—No debe atormentarse de este modo —le recordó Greta con un ligero tono de reproche, como si hubiera leído sus lúgubres pensamientos.

Parecía que hablaba con una doctora, y no con una compañera de hospital que se encontraba allí a causa de una psicosis de ansiedad que se le manifestaba cuando se encontraba mucho tiempo sola.

—El recuerdo es como una mujer bonita —le contó ella, mientras Caspar seguía buscando el maldito enchufe del cable de la antena.

—Cuanto más insista usted, más pronto huirá ella, aburrida. Tan pronto se dedique a pensar en otras cosas, la belleza volverá con usted por su propio pie, recelosa.

Se rió para sus adentros con tono agudo.

—Como nuestra preciosa terapeuta, que cuida de usted con tanto cariño.

—¿A qué se refiere ahora? —preguntó Caspar, sorprendido.

—Bueno, es algo que puede ver hasta una anciana. Creo que usted y Sophia hacen buena pareja, Caspaarr.

« Caspaarr » .

Cuando Greta pronunciaba su nombre con aquella « a » alargada y la « r » vibrante, la mujer le recordaba a una diva del cine de posguerra. Desde que su marido falleciera en un campo de golf a causa de una embolia, la mujer siempre pasaba la Navidad en aquella clínica privada. Allí no se encontraba sola si volvía a padecer un brote de depresión durante las fiestas. Por ese motivo se formaba un caos considerable cuando su televisor dejaba de funcionar. Tenía encendida la « caja charlatana » todo el día para no sentirse demasiado sola.

—¿Sabe? Si yo fuera más joven también quedaría con usted algún día para tomar un té al ritmo de la música —soltó con una risa entre dientes.

—Muchísimas gracias —rió él.

—Se lo digo en serio. Cuando mi esposo tenía su edad, calculo que unos cuarenta años, sus cabellos oscuros también le caían sobre la frente con cierta coquetería. Además, sus manos eran tan simétricas como las suyas, Caspar, y... —Greta volvió a reírse entre dientes— ¡y le apasionaban los acertijos como a mí!

Palmeó dos veces como una profesora que le dijera a sus alumnos que se ha terminado la pausa del recreo.

—Así que vamos a intentarlo de nuevo...

Caspar suspiró con fuerza con cara divertida mientras Greta repetía su acertijo.

—Un padre y un hijo tienen un accidente de coche. El padre fallece, el hijo sobrevive al accidente.

A pesar de que la ventana estaba medio abierta, Caspar empezó a notar cómo le caía el sudor.

La mañana había estado sumida en un cúmulo de aguanieve y, al llegar la tarde, las temperaturas habían bajado de los cero grados. Fuera, en medio del bosque de Grunewald, habría probablemente hasta dos grados menos, en comparación con el centro de la ciudad. Pero a él parecía no afectarle en este momento.

« ¡Ah! —Pasó la mano con su dedo índice por una anilla de metal que había en la carcasa de plástico—. Ahora sólo tengo que enchufar aquí el cable y...» .

—El hijo queda gravemente herido y se lo llevan a urgencias. Sin embargo, el cirujano no quiere operarle porque el joven es su hijo.

Caspar se deslizó de detrás de la robusta pantalla, se levantó y cogió el mando a distancia.

—¿Cómo va eso? —dijo Greta con picardía.

—Ahora lo veremos —contestó Caspar, y encendió el televisor.

Al principio parpadeó levemente; entonces, la potente voz de un presentador de telediario inundó la habitación. Cuando al fin apareció la imagen correcta, Greta empezó a aplaudir como un niño con zapatos nuevos.

—Ya funciona. ¡Fantástico! ¡Es usted una maravilla!

« No sé qué soy », pensó Caspar sacudiéndose el polvo de los vaqueros.

—Será mejor que vuelva a mi habitación antes de que la enfermera se enfade de verdad... —quiso añadir él, pero Greta levantó la mano pidiéndole que se callara.

« ... De nuevo tenemos noticias estremecedoras en relación con el supuesto Destructor de almas, que tiene atemorizadas a las mujeres desde hace ya varias semanas... » .

Greta subió el volumen de las noticias con el mando a distancia.

17:56 horas

«Nos acaba de llegar la noticia de que su primera víctima es la actriz de veintiséis años Vanessa Strassmann, que ha fallecido esta tarde en Cuidados Intensivos del hospital Westend. La chica desapareció hace dos meses y medio al salir de clase y fue encontrada justo una semana después en un viejo motel de carretera. Estaba desnuda, desfallecida y paralizada» .

La pantalla mostró la foto de una mujer de belleza resplandeciente, como si las dramáticas palabras del presentador no hubieran sido suficientes, a fin de esclarecer la dimensión de la tragedia.

Dos nuevas fotos se proyectaron tras esta imagen. Alguien se había esforzado mucho para escoger las fotos más atractivas del álbum familiar.

«Al igual que las dos víctimas posteriores, la exitosa abogada Doreen Brandt y la profesora de educación primaria Katja Adesi, parece que Vanessa Strassmann también presentaba en parte síntomas de desfallecimiento. Según declararon los médicos que la han tratado, la joven no fue violada ni golpeada, ni tampoco torturada. Sin embargo, estaba interiormente devastada y mentalmente destrozada. Hasta el día de su muerte, la fallecida solamente reaccionaba a los reflejos intensos de luz y sonido. Por lo demás, se mantenía en un estado similar al del coma» .

Las fotos desaparecieron dando paso a la vista exterior de un moderno complejo hospitalario.

«La causa de la muerte resulta un misterio para los médicos, quienes todavía no aciertan a entender qué les ocurrió realmente a las jóvenes mientras estaban en manos del asesino. Una pista podría ser la breve nota hallada en la mano de cada una de las víctimas, sobre cuyo contenido la policía no ha querido pronunciarse. Afortunadamente, hasta este momento no existen nuevos avisos de desaparición, y sólo podemos esperar que esta horrible serie de asesinatos haya llegado a su fin y no tenga continuación después de las fiestas. El mejor regalo de Navidad sería, sin duda, la noticia de la detención del Destructor de almas, ¿no es así, Sandra?» .

El presentador se volvió hacia su colaboradora con una sonrisa profesional para dar paso a las noticias meteorológicas.

«Así es, Paul. Pero primero vamos a desearnos suerte para que el resto de los regalos también lleguen bien y a tiempo de ser colocados bajo el árbol de Navidad, ya que tras la nevada más fuerte en los últimos veinte años se espera

que caiga aguanieve en muchas ciudades, lo que podría tener consecuencias en el tráfico. Además, hay fuertes tormentas...» .

«Aguanieve», pensó Caspar al ver las señales de advertencia dibujadas sobre el mapa del tiempo de Berlín. Fue entonces cuando sucedió por primera vez.

La fuerza del recuerdo le sobrevino de forma tan intensa e inesperada que apenas fue capaz de controlarla.

Recuerdos

—Volverás pronto, ¿verdad?

—Sí, no te preocupes. —El hombre le acariciaba los cabellos sudorosos que le habían caído sobre los ojos mientras sufría las convulsiones.

—No me dejarás mucho tiempo sola, ¿no?

—No.

Naturalmente, no podía escuchar sus palabras. Hacía tiempo que la pequeña era incapaz de mover siquiera la lengua, pero el hombre sentía cómo la niña le suplicaba sin palabras mientras le apretaba la mano con débiles dedos. Evitaba tener que atormentarse con la pregunta de si se trataba de una reacción consciente o tan sólo era un reflejo como el parpadeo incontrolado de su ojo derecho.

—¡Tengo tanto miedo! Por favor, ayúdame.

Su cuerpo frágil pedía ayuda, y tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas. Para distraerse fijó su mirada en el lunar redondo que, como si fuera el punto de un signo de exclamación, sobresalía en el pómulos de la niña.

—Voy a sacarte de aquí —le susurró—. Confiá en mí.

A continuación le dio un beso en la frente y rezó para que no fuera demasiado tarde para ello.

—Está bien —musitó la niña sin mover los labios.

—¡Eres tan valiente, mi vida! Demasiado para tu edad.

—Ya lo sé. —Sus dedos soltaron la mano de él—. Pero date prisa —gimió ella en silencio.

—Claro. Te lo prometo. Te sacaré de aquí.

—Tengo miedo. ¿Vas a volver pronto, papá?

—Sí, aquí estoy, soy papá. Volveré enseguida y todo se arreglará, cariño. Todo volverá a ser como antes. No te preocupes, te llevaré conmigo otra vez y...

—¿... o qué piensa usted? La fuerte voz de Greta hizo que Caspar interrumpiera aquellos angustiosos pensamientos con los que soñaba despierto. Parpadeó nervioso, tragó la saliva que se le había acumulado en la boca y finalmente abrió los ojos, que enseguida se le llenaron de lágrimas cuando la luz del televisor alcanzó sus pupilas. Por lo visto, Greta no se había dado cuenta de que su mente había estado en otro lugar.

—¿Cómo dice?

Un olor a quemado penetró en su nariz como si aquellos primeros fragmentos de recuerdos hubieran impactado formando una estela de humo.

«¿Qué era aquello? ¿Un recuerdo de verdad? ¿Un sueño?». Todavía conmocionado por las imágenes que habían desfilado mentalmente ante sus ojos, se puso la mano en el pecho sin ser consciente. Se tocó la parte de su cuerpo donde, bajo la camiseta, se dibujaban las quemaduras recién cicatrizadas. Se fijó en ellas la primera vez que se había duchado en la clínica, y su origen era tan desconocido como inexplicable era su pasado.

—Interesante —dijo Greta con excitación—. ¿Qué debe poner?

Bajó la voz y el olor en su nariz se hizo menos patente.

—¿Dónde?

—Pues en la nota que han encontrado junto a las víctimas del Destructor de almas. ¿Qué puede significar?

—Ni idea —contestó él, ausente. Tenía que salir de allí, recomponerse, pensar qué significado tenía todo aquello y hablar con su médico.

«¿Tengo una hija? ¿Está esperándome en algún sitio? ¿Desamparada?».

—Será mejor que apague el televisor porque cuando dan una noticia como ésta ya no puede dormir. —Hizo un esfuerzo por no mostrar su desconcierto y se dirigió lentamente hasta la puerta.

—¡Qué más da! Dudo que el Destructor de almas venga a por mí. —Greta sonrió acalorada y dejó en la mesita de noche las gafas con patillas roídas que usaba para leer—. Incluso sin la montura yo no sería su tipo, ¿no? Ya lo ha oído: todas sus víctimas tienen entre veinte y cuarenta años, son delgadas, rubias y solteras. Tal como yo era hace cincuenta años. —Se rió—. Pero no se preocupe, querido. Esta noche, cuando vaya a quedarme dormida pondré un documental sobre unos tiernos animalitos: dan *El silencio de los corderos*...

—No es ningún documental sobre... —añadió Caspar para aclarárselo. Pero al mirar a la mujer se dio cuenta de que ésta le estaba tomando el pelo.

—Me ha pillado —dijo él, y no tuvo más remedio que sonreír a pesar de lo confuso que se sentía—. Así pues, estamos empatados.

Se dirigió a la puerta.

—¿Empatados? ¿Por qué lo dice? —gritó Greta, desconcertada.

—Bueno, usted me ha tomado el pelo pero a cambio he resuelto su acertijo.

—No es verdad, no lo ha hecho.

—Claro que sí; el cirujano es una mujer —sonrió Caspar—. El cirujano del hospital es la madre del chico. Por eso no puede operar a su hijo.

—¡No me lo puedo creer!

Greta rió entre dientes y volvió a aplaudir como una colegiala.

—¿Cómo lo ha sabido?

«No tengo ni idea», pensó Caspar, y se despidió con una risa dudosa.

« De verdad que no tengo ni idea, en absoluto» .

Su sonrisa se desvaneció inmediatamente cuando cerró la puerta tras de sí y salió al pasillo. Pensó durante un momento si lograría volver a tiempo a la habitación antes de que lo descubrieran allí afuera. Sin embargo, pronto oyó que alguien lo llamaba y él decidió seguir disimuladamente a los dos médicos que, con mirada furiosa, acababan de salir de su habitación.

18:07 horas

Rassfeld y Sophia estaban tan absortos en la discusión que no notaron su presencia, pese a que él se hallaba a pocos metros detrás de ellos. Caspar incluso se tomó la gran molestia de escuchar lo que decían.

—... creo que es demasiado pronto —decía Rassfeld entre dientes con voz ronca—. Podría afectar demasiado a Caspar.

El director de la clínica se hallaba de pie acariciando la bufanda de lana que envolvía su cuello. Como de costumbre, su aspecto era contradictorio. Llevaba una bufanda gruesa, incluso en pleno verano, por miedo a pillar un resfriado, lo cual no le impedía en pleno invierno llegar al hospital con unas sandalias de piel. El profesor prestaba especial atención al cuidado de sus dedos y a que la raya del pelo siempre estuviera perfecta. Sin embargo, se olvidaba del vello del resto de la cara. Su barba crecía salvajemente al igual que lo hacían los pelos que brotaban de la nariz y las orejas. Es más, a pesar de haberse especializado en la obesidad causada por factores psicológicos, en su oficina se amontonaban cajas vacías de comida rápida entre montañas de libros y expedientes. Ciertamente el hombre no tenía la corpulencia que caracterizaba a Bachmann, pero el perímetro de su barriga bastaba para que Sophia pareciera a su lado una más de sus pacientes anoréxicas.

—¡No debe enseñárselo! —le ordenó. Con estas palabras el director hizo que la psiquiatra lo siguiera hacia el pasillo, lejos de la habitación del paciente, que acababan de abandonar—. De ninguna manera. ¿Le ha quedado claro? Se lo prohíbo.

Caspar los siguió con cautela.

—Yo no lo veo así —musitó Sophia, con menos energía. Levantó la mano con la que sujetaba el pequeño expediente de uno de sus pacientes—. Tiene derecho a verlo...

El director médico se detuvo bruscamente como si de repente tuviera la intención de darse la vuelta. Caspar se arrodilló sin pensárselo dos veces y se desató los cordones de los zapatos. Sin embargo, a continuación, Rassfeld abrió la puerta de la cocina de la cafetería y arrastró a Sophia hacia la pequeña habitación. La puerta quedó entreabierta. Caspar, que seguía arrodillado en el pasillo, podía espiarlos a través de la rendija de la puerta; Rassfeld se encontraba fuera de su campo visual.

—Está bien, lo siento, Sophia —oyó cómo le decía el profesor—. Perdone el

tono con el que le he hablado, mi reacción ha estado fuera de lugar. Pero usted desconoce realmente el daño que podría causarle esta información.

—O los recuerdos.

Sophia se apoyó con las palmas de la mano en la encimera que había junto al fregadero. Como de costumbre iba sin maquillar, lo que hacía que pareciera menos una directora médica y más una estudiante de tercer curso de medicina. Caspar se sorprendió al notar lo atraído que se sentía hacia ella, tanto que incluso era capaz de seguirla a hurtadillas. No era una mujer perfecta, y cada rasgo suyo parecía ser un defecto: ojos demasiado grandes, piel excesivamente pálida, orejas algo separadas de la cabeza, incluso una nariz que seguramente era difícil de encontrar en el catálogo de un cirujano plástico. Pero, a pesar de ello, él no se cansaba de mirarla. Cada vez que asistía a su sesión con ella descubría un rasgo nuevo de la mujer que le fascinaba. En aquel instante, lo que le atraía de ella era un rizo que le caía bajo la sien en forma de signo de interrogación.

—Es usted demasiado impaciente, Sophia —oyó cómo refunfuñaba Rassfeld.

Caspar sintió un escalofrío al ver cómo la mano del director de la clínica, repleta de lunares, hacía lo posible para acercarse lentamente a Sophia.

El profesor se dirigía ahora a la mujer con un tono cómplice y seductor a la vez.

—Todo a su tiempo —dijo él en voz baja— todo a su...

Caspar reaccionó instintivamente al ver que Rassfeld acariciaba la muñeca de Sophia con su peludo dedo índice.

Se levantó de golpe, abrió la puerta de un tirón y volvió rápidamente al pasillo con cara de sorpresa disimulada.

—¿Qué...?, ¿qué está buscando aquí? —gruñó Rassfeld logrando dominarse tras un segundo de reacción.

—Quería tomarme un café —respondió Caspar, y señaló el termo plateado de café que había junto a Sophia.

—¿No sabe que le he prohibido salir de su habitación?

—Mmm, es cierto. Debo haberlo olvidado. —Caspar se echó las manos a la cabeza—. Lo siento, pero últimamente me pasa a menudo.

—Ya. Le parece divertido, ¿verdad? ¿Y qué pasa si tiene una recaída y tropieza sin darse cuenta fuera de la clínica? ¿Ha visto lo que hay ahí fuera?

Caspar siguió con la mirada el movimiento de mano de Rassfeld indicándole la ventana empañada de la cocina.

—Se acumulan montañas enormes de hasta dos metros de nieve. Bachmann no podrá salvarle una segunda vez.

Caspar, sorprendido, vio cómo Sophia se ponía de su parte.

—Es culpa mía —dijo decididamente. Cogió el expediente del paciente y salió de la cocina—. Contaba con mi consentimiento, profesor.

Caspar intentó disimular su asombro. En realidad, Sophia le había exigido todo

lo contrario. Tenía que avisar siempre a las enfermeras, aun cuando sólo quisiera ir al cuarto de baño.

—Si es eso cierto... —Rassfeld sacó un pañuelo de tela de su bata y se secó el sudor de la frente con enfado— esta decisión queda de nuevo anulada.

Malhumorado, se abrió paso entre los dos.

« Esto no va a quedar así », pudo sentirse en el ambiente mientras el profesor se dirigía hacia el ascensor.

La expresión de la cara de Sophia fue relajándose a medida que el director se alejaba. Finalmente, al ver que desaparecía detrás de la esquina, respiró aliviada.

—Venga conmigo. Debemos darnos prisa —dijo después de una breve pausa.

—¿Por qué? —Caspar la siguió a través del pasillo en dirección a la habitación de él—. Yo ya he tenido hoy una sesión con usted.

—Cierto, pero tiene visita.

—¿De quién?

Sophia se volvió hacia él.

—De alguien que quizá sepa quién es usted realmente.

El corazón de Caspar se encogió hasta que su cuerpo quedó inmóvil.

—¿Quién es?

—Ya lo verá.

Su pulso se aceleró, a pesar de que sus pasos eran ahora más pausados.

—¿Lo sabe Rassfeld?

La doctora frunció el ceño y lo observó detenidamente con desconfianza. Su mirada penetrante y examinadora le hizo recordar los primeros segundos de consciencia en la Unidad de Cuidados Intensivos. Estaba despierto y miraba fijamente la imagen de un extraño, la suya, que se reflejaba en los ojos azules de Sophia. Al principio le distrajo el tono ámbar de sus pupilas, que resaltaba con profundidad como una roca en el fondo de un lago transparente.

—¿Quién es usted? —le había preguntado ella con una voz cálida que mostraba preocupación, y pese a todo profesional.

Ése fue su primer recuerdo. Desde entonces vivía únicamente en el presente.

—Creí que el profesor no deseaba que me enfrentara a la verdad con demasiada rapidez, ¿no? —preguntó.

Sophia inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado examinándolo sin apartar la vista.

—Y yo creo que ha olvidado usted su café, Caspar —dijo ella al fin haciendo un esfuerzo por contener una sonrisa. Sin lograrlo, se dio media vuelta de nuevo y fue a abrir la puerta de la habitación de su paciente.

18:17 horas

—Y bien, ¿qué ocurre?

Sentado en un confortable sillón, Caspar inclinó ahora su cuerpo hacia delante. Al igual que la cama, la moqueta noble y las cortinas claras, el sillón también parecía pertenecer más a un señorial hotel inglés que a la habitación de una clínica psiquiátrica.

—¿Lo reconoce?

Caspar quiso que así fuera. Lo ansiaba tanto que había estado a punto de mentir y decir simplemente que sí, tan sólo para no tener que sentir la soledad el resto de su vida. Intentó con desesperación hallar un recuerdo común mientras el ojo derecho de aquella cara observaba fijamente la insólita visita; el izquierdo había desaparecido, posiblemente se lo habían extraído, según mostraba la cicatriz.

A diferencia de él, el perro parecía no tener ninguna duda al respecto. Fruto de un cruce de varias razas, de pelo abundante y muy rizado, el animal estaba tan contento de verle de nuevo que casi acababa ahogándose con sus propios jadeos.

—No lo sé —suspiró Caspar, y cogió entre sus manos la enorme pata que el can había puesto encima de sus rodillas.

Delante de él, aquel ovillo de pelo ocre meneaba la cola con tanta energía que apenas podía mantener el equilibrio sobre sus patas traseras.

—¿En absoluto?

Sophia, que se hallaba de pie justo delante de él, agarró fuertemente con ambas manos el expediente clínico y contempló a Caspar y al perro con mirada interrogativa. El botón de arriba de su blusa se le había abierto dejando ver un colgante del tamaño de una moneda que brillaba en la cadena de plata.

—De verdad que no lo sé —repitió Caspar, e hizo lo posible por no clavar los ojos en el amuleto de nácar para que su mirada no pudiera ser malinterpretada.

Suspiró otra vez cada día tenía que enfrentarse a nuevos fragmentos de su pasado. Los médicos preferían no precipitarse a fin de evitar que sus pensamientos pudieran tomar un camino equivocado en el que podrían perderse para siempre. Él le llamaba la «terapia del rompecabezas». Poco a poco se iba añadiendo una pieza pequeña tras otra, y cada vez se sentía más frustrado porque se veía incapaz de completar la imagen.

Primero le habían mostrado sus ropas sucias. Más tarde, un billete de tren

arrugado del trayecto Hamburgo-Berlín, en primera clase, de ida y vuelta para dos personas con fecha del trece de octubre del año anterior: era la única documentación que contenía su cartera vacía. Este hecho, además del hematoma que sobresalía en el lado derecho de su cabeza y que entretanto se le había inflamado, apuntaban a que había sido víctima de un robo.

—¿Dónde lo han encontrado?—preguntó.

—En la entrada de la autopista. Probablemente le debe usted la vida. A Bachmann le encanta conducir el jeep por el recinto cuando Rassfeld no está en la clínica. Si el animal no se hubiera puesto a ladrar en medio del camino, seguramente el vigilante no hubiera bajado del coche y no le hubiera visto. Al fin y al cabo estaba muy oscuro y usted se hallaba lejos de la carretera.

Sophia se agachó y acarició al perro, que no dejaba de lamer la placa de su bata.

—¿Dónde ha estado los últimos días?

Ahora eran los dos quienes acariciaban el pelo suave de aquel can. Calculó que el joven animal no debía tener más de un año.

—Con el vigilante. —Sophia sonrió—. Bachmann dice que no le importa lo que usted recuerde. Quiere que le diga que no piensa entregarle a *Mr. Ed*, que en su lugar, puede llevarse a casa a su esposa.

—¿*Mr. Ed*?

Ella se encogió de hombros.

—Había una serie de televisión en la que el protagonista era un caballo que hablaba y que se llamaba así. Bachmann piensa que el perro tiene la mirada triste como el caballo, pero que es sin duda más inteligente.

Se levantó de nuevo.

—¿No provoca *Mr. Ed* algún tipo de sentimiento en usted?

—Claro que sí, por supuesto, es cariñoso. Bueno, puede que me caigan bien todos los animales. No estoy seguro.

—Bien... —Sophia hojeó el expediente clínico—. ¿Y qué me dice de esto?

En cuanto le mostró la foto sintió como si le hubieran abofeteado. Sus mejillas empezaron a arder y el lado derecho de su cara se le entumeció de repente.

—¿De dónde...?

Parpadeó y, aun así, no pudo evitar que una pequeña lágrima resbalara por su nariz.

—¿La han...? Quiero decir...

Se contuvo y respiró profundamente.

—Sí —se anticipó Sophia a su pregunta—. Bachmann la ha encontrado esta mañana temprano mientras quitaba la nieve. Debíó de habersele caído de la cartera y se nos pasó por alto.

Le entregó una impresión en color ampliada.

—¿Qué me dice? ¿La reconoce?

La hoja empezó a temblar en las manos de Caspar.

—Sí —susurró él sin levantar los ojos—, desgraciadamente.

—¿Quién es ella? —preguntó Sophia.

—Yo... no estoy seguro.

Caspar acarició con la yema del dedo el lunar del pómulos de la pequeña.

—No conozco su nombre. —Alzó la cara e hizo un esfuerzo por mirar a Sophia a los ojos—. Pero creo que está esperándome en algún lugar ahí fuera.

18:23 horas

Mr. Ed dejó caer la cabeza entre sus enormes patas, y se echó boca abajo, como si fuera una alfombrilla. Con las orejas erguidas parecía estar escuchando con atención.

—¿Su hija? ¿Cómo es que no me ha hablado de ella antes? —preguntó Sophia después de que él terminara de relatar la misteriosa alucinación que se había apoderado de él mientras estaba en la habitación de Greta.

« La pequeña niña. Su mirada estremecedora. Suplicando en silencio » .

—Era la primera vez que lo sentía. Y ni yo mismo sé bien si se trata realmente de un recuerdo o sólo es una pesadilla.

« Volverás pronto, ¿verdad? » .

Caspar se frotó los ojos cansados.

—¿Y parecía estar enferma? —preguntó Sophia.

« No. Mucho peor » .

—¿Sería posible que estuviera sólo durmiendo? —dijo él algo esperanzado—. Sus movimientos eran impulsivos, descontrolados, como alguien que tiene un sueño intranquilo. Sin embargo...

—¿Sin embargo, qué? —insistió ella.

—Pensé que debía sujetarla para que no saliera volando como un globo hacia el techo; me pareció que pesaba tan poco... Era como si alguien se hubiera llevado de ella lo más importante, su personalidad, y sólo hubiera dejado el resto, sin alma. ¿Me comprende?

—Eso es algo que dice a menudo —manifestó Sophia.

—¿Qué?

—« ¿Me comprende? » . Suele utilizar esta expresión cuando conversamos. Probablemente tenga usted una profesión en la que transmita circunstancias complejas a personas que no son expertas en la materia; como, por ejemplo, el trabajo que ejercen los profesores, peritos, abogados o similares. Pero no quisiera interrumpirle. ¿Puede recordar dónde estaba exactamente la niña?

—En una cama o en una camilla. Algo por el estilo.

—¿Qué aspecto tenía la habitación?

—Era luminosa, tenía dos ventanas grandes y entraba el sol.

—¿Estaba usted solo?

—Es difícil de saber. No parecía haber la presencia de otra persona que pudiera...

« Que pudiera... ¿qué? ¿Haberla torturado, violado o envenenado? » .

—Entonces, ¿solamente estaban usted y esa niña? —preguntó Sophia.

—Sí, estaba delante de mí y respiraba con dificultad, sus cabellos estaban sudorosos y los párpados le temblaban.

—¿Cree que posiblemente fuera consecuencia de un ataque epiléptico?

—Es probable.

« También podría tratarse de veneno, conmoción, tortura... » .

—¿Y aun así hablaba con usted?

—No, no había una comunicación directa. Yo no podía hablar con ella, sólo sentía que estaba allí.

—¿Telepatía?

Caspar negó con la cabeza rotundamente.

—Sé adónde quiere ir a parar. Pero no se trata de ningún sueño con elementos sobrenaturales, a no ser que usted considere el amor paternal como uno de ellos. Yo le cogía la mano a mi hija y podía sentir lo que quería decirme.

« ¡Tengo tanto miedo! Por favor, ayúdame... » .

—Creo que alguien la tiene encerrada en alguna parte, alguien que le ha hecho algo terrible, y yo debería pedir ayuda antes de que su estado empeore.

—¿Vio usted si había rejas?

La pregunta de Sophia le desconcertó.

—¿Cómo dice?

—¿Había rejas en la ventana? Dice usted que el sol entraba a través de ella.

Caspar cerró los ojos intentando recordar de nuevo.

« ¡Tengo tanto miedo! Por favor, ayúdame... » .

No le parecía que aquella habitación luminosa fuera después de todo una prisión o un escondite seguro.

—Es difícil decirlo.

Se encogió de hombros.

—Bueno, quienquiera que sea esa niña... —dijo Sophia con voz baja pero decidida— no debería preocuparse demasiado por ella, Caspar.

—¿Por qué?

—Hemos enviado la foto de la pequeña a las autoridades que se ocupan de su caso y aseguran que no existen avisos de desaparición que se correspondan con su descripción.

Sophia se cogió el mechón en forma de signo de interrogación que tenía detrás de la oreja.

Caspar sonrió con tristeza.

—¿Y eso qué demuestra? Según la policía tampoco hay nadie buscándome y, sin embargo, aquí estoy. No pueden garantizar que mi hija... —titubeó y buscó las palabras adecuadas—, que esta niña no esté en peligro. Me refiero a que a ella..., le *prometí* que volvería. —Hizo una pausa y continuó hablando en voz

baja—: Adondequiera que esté el lugar al que tenga que regresar.

—De acuerdo —Sophia le dio la vuelta al expediente que tenía en sus manos

—. Entonces, deberíamos hacerlo público ahora mismo.

—¿Quiere decir en la prensa?

La mujer asintió con la cabeza.

—Sí, aun cuando Rassfeld pretenda hacer lo posible por evitarlo. Ni siquiera quería que le enseñara la foto de la niña. Sin embargo, pienso que ya iba siendo hora de que la viera.

—De acuerdo —respondió Caspar sin vacilar.

Cada vez le inspiraba menos confianza la táctica de cuentagotas y el aislamiento en la clínica que había ordenado Rassfeld. Para el profesor, Caspar era un valioso objeto de investigación porque, según pensaba Sophia, los casos de amnesia absoluta no se daban en la consulta muy a menudo. Ésta era la única razón por la que se le permitía quedarse en aquella clínica exclusiva. Rassfeld pretendía documentar su caso científicamente, lo que, según parecía, requería que el proceso de conocimiento del paciente se llevara a cabo internamente sin que pudiera ser afectado por influencias exteriores. Por este motivo el psiquiatra había evitado incluso cualquier conversación con la policía.

—Por mí pueden venir los periodistas cuando quieran —dijo Caspar, aunque sabía que enseguida se sentiría confundido cuando viera salir de repente su foto en todos los periódicos.

Los pacientes famosos que se habían retirado a la clínica Teufelsberg debido a sus problemas con las drogas o a la depresión consideraban sumamente importantes el anonimato y la tranquilidad. Un montón de cámaras en la puerta principal no era lo más apropiado para conseguir intimidad.

—Está bien, y yo me encargaré de ello. Por cierto, hay una cosa más...

Sophia apartó la mirada.

—¿Qué?

—Una vez empieza el jaleo mediático ya no podré continuar a su lado. A partir de mañana Rassfeld se ocupará de usted personalmente.

Caspar reflexionó durante un momento y a continuación sonrió.

—Por supuesto, lo entiendo. Le deseo que pase una feliz Navidad, Sophia.

Ella alzó la mirada y movió la cabeza con tristeza.

—No, no se trata de las fiestas. Hoy es mi último día.

—Ya...

—Dejo la clínica.

—Vaya...

De repente Caspar se sintió como un idiota al que le costaba pronunciar una frase. En aquel momento comprendió por qué la mujer podía desobedecer sin riesgo alguno las indicaciones del director de la clínica: iba a abandonarle.

—¿Puedo preguntarle por qué...?

—No, por favor —contestó ella, antes de estrecharle la mano, lo que aún hizo empeorar más la situación.

Fue entonces cuando Caspar se dio cuenta de que Sophia era la única razón por la que él no había empaquetado sus cosas hacía tiempo para poder salir solo en busca de su identidad. Durante las escasas sesiones que había tenido con ella, Sophia se había convertido en algo así como un ancla en el profundo mar de su consciencia. Ahora ella quería cortar la cuerda.

—¿Tiene algo que ver con el profesor Rassfeld? —preguntó, a pesar de saber que aquella interpelación suponía salir de la relación terapéutica que tenían hasta ese momento y entrar en el terreno privado.

—No, no.

Ella guardó de nuevo en su cuaderno la foto de la niña y se sentó en un pequeño escritorio que se encontraba bajo la ventana de la buhardilla.

—Pues eso es todo...

Después de haber sostenido en sus manos los últimos apuntes de la terapia todo el tiempo, Sophia cerró el expediente con un suspiro silencioso y se levantó de nuevo. Caspar era capaz de sentir cómo ella, insegura, consideraba si debía darle la mano o bien abrazarle para despedirse de él. Confusa, apartó el dedo índice de su mano derecha, luego se apartó a un lado y fijó su mirada en su mesita de noche.

—Pero debe prometerme que se pondrá el colirio regularmente aunque yo y no pueda controlarlo a partir de mañana, ¿de acuerdo?

Cogió una botellita de plástico y la agitó. Caspar llevaba lentes de contacto, y cuando le encontraron, las lentes estaban pegadas a sus pupilas como si fueran goma de mascar reseca. Este hecho, unido a su hipotermia, era una señal más de que probablemente llevaba al aire libre un largo tiempo.

—Creo que ya no las necesito —protestó él.

—Por supuesto que sí, ocurre lo mismo que con las cremas. No hay que dejar de ponérselas sólo porque ya no exista irritación.

Sophia dio unos golpecitos en el borde de la cama invitándole a que se sentara y él la obedeció. Caspar se sentó a su lado manteniendo la distancia por educación, pero ella fue acercándose más a él. Ahora era el hombre quien evitaba su mirada. Desde que había vuelto a nacer pocos días antes, no había podido acostumbrarse al hecho de que los desconocidos le miraran a los ojos.

—¿Qué piensa usted? ¿Cree que la niña de la foto es mi hija? —preguntó mientras Sophia abría la botellita del colirio—. ¿Se parece a mí?

Ella tomó aire un instante y a continuación suspiró.

—Es difícil decirlo con esa edad.

Caspar sintió cómo ella hacía lo posible por no arrebatárle su primer recuerdo ni su última esperanza.

—No sé qué pensar. Cualquiera de nosotros desearía tener una hermosa niña

como ella. Pero sólo imaginar que la pequeña pueda estar ahora esperando a su padre me destroza el corazón como madre que soy.

Su mirada buscó las manos de ella.

—¿Usted, madre?

No pudo ver ninguna alianza. La única joya que lucía en su delgado cuello era aquella fina cadena con el colgante de nácar.

—Bien, digamos que solicité este puesto pensando en Marie y he fracasado completamente. —Su voz adquirió el tono triste que él había percibido una y otra vez durante sus sesiones con ella; sin embargo, nunca había sido tan palpable como ahora—. He trabajado demasiado y he dejado de lado a mi hija. Por eso también le fue más fácil quitármela.

«Así que era eso —pensó Caspar—. Ése es el motivo por el que me siento tan unido a ella. Tenemos algo en común».

—¿Quién se la quitó? —preguntó él con amabilidad.

—Mi ex marido. Ha conseguido que ya no pueda acercarme más a Marie.

—¿Cómo? —Se mordió los labios, pero ya era demasiado tarde.

Su escueta pregunta había sonado demasiado directa e insistente, lo que le recordó que no tenía ningún derecho a inmiscuirse en la vida privada de ella.

—Digamos simplemente que tiene sus métodos —respondió de manera concisa, y se frotó la mejilla con una de las mangas de su bata—. ¡Maldita sea! —carraspeó—. Estoy hablando demasiado.

—Podemos charlar sobre ello si quiere —intentó él nuevamente.

Sophia sacó la pipeta.

—No, los errores no resultan mejores por hablar sobre ellos. Hay que actuar; por eso dejo este lugar, para prepararme.

—¿Qué piensa hacer?

—Voy a luchar. Pronto tendré una cita importante en el juzgado. ¡Deséeme suerte!

—Eso haré.

Caspar le guiñó el ojo intentando animarla.

—¿Quién sabe! A lo mejor resultado ser un abogado que se encarga de casos de custodia, ¿lo coge? —Lanzó una sonrisa—. Entonces podré devolverle el favor por su tratamiento.

—Sí, quién sabe. —Sonrió tristemente—. Pero ahora tire la cabeza hacia atrás.

Él la obedeció. Mientras Sophia se inclinaba sobre él, su mechón volvió a caerle de detrás de la oreja. Caspar deseó sentir cómo lo acariciaba, al igual que ya lo hacía su discreto perfume.

«Nunca habíamos estado tan cerca como ahora», pensó cuando ella fijó su mirada en él y caía la primera gota de la pipeta.

Fue en ese momento cuando *Mr. Ed* presintió el peligro. El perro aulló y saltó sobre la cama en dirección a la ventana, ladrándole al cristal inclinado. Su instinto le había puesto sobre aviso antes de que lo hicieran las ondas acústicas; ahora ellos podían escucharlo también: un ruido atronador, seguido de un grito estridente, metálico. Entonces, durante un breve y terrible momento, Caspar tuvo la sensación de que en la entrada del recinto alguna cosa viva se había partido en dos.

18:31 horas

Por un momento pensó si debía seguir a Sophia, quien rápidamente había abandonado la habitación con *Mr. Ed* sujeto de la correa. Algo había sucedido afuera, posiblemente un accidente.

Se acercó a la ventana de la buhardilla pero desde allí arriba apenas podía distinguir nada. Durante el día, desde la planta superior de la mansión se podía disfrutar de unas impresionantes vistas del boscoso parque nacional repleto de bosques que se extendían hasta el final del recinto del lujoso edificio. Hacía rato que la oscuridad y la llovizna dominaban aquella tarde de invierno de color gris como el cemento, lo que favorecía que la luz artificial de los focos causara un efecto aún más amenazador: señales de socorro rojas y azules aparecían en intervalos regulares entre el conjunto de coníferas que lindaban el camino que oscilaba desde el valle hasta el punto más alto, donde se hallaba la recepción de la clínica Teufelsberg.

Caspar abrió la ventana y se asomó fuera: ahora lloviznaba con más fuerza. Desde la distancia podía oír un zumbido monótono. Cuatro pisos más abajo, la pesada puerta de la entrada se abrió y, a continuación, salieron dos hombres en medio del frío.

—¿Ha visto cómo ha ocurrido? —oyó que preguntaba el director de la clínica.

Rassfeld se hallaba fuera del radio de la escasa luz del foco, la cual era cada vez más tenue conforme salía de la recepción hacia el exterior. A pesar de ello su voz ronca era irreconocible.

—No, acababa de hacer el descanso —respondió Bachmann—. Estaba en la biblioteca. Ya sabe, había ido a devolver el libro de retórica que me recomendó.

«¿Retórica?». Caspar se extrañó.

Normalmente el vigilante intentaba contarles un chiste estúpido cada dos por tres a los pacientes para tenerlos animados. Ahora el hombre, en presencia de Rassfeld, se comportaba como un alumno inseguro que llega tarde a clase sin una carta de disculpa de sus padres.

—¡Maldita llovizna! —gruñó el profesor, malhumorado—. ¿Hay alguien herido?

—Es difícil de saber. Esa cosa ha quedado atravesada en la entrada. Las cámaras de seguridad no han podido grabarlo todo.

El viento arrastró dentro de la habitación un montón de fríos copos de nieve, que hicieron que Caspar perdiera toda visibilidad.

—¿Y cómo bajamos ahora hasta ahí?

En ese momento la ventana se cerró con fuerza y de golpe en sus narices.

Caspar se volvió y vio que Linus estaba de pie en su habitación. El músico parecía estar al mismo tiempo asustado, confuso e intrigado como si acabara de descubrir que tenía poderes paranormales con los que podía cerrar ventanas.

—Sólo ha sido el viento —dijo Caspar intentando tranquilizarle—. ¿Qué ocurre?

—Graaadente —murmuró Linus en voz baja—. ¡Níee lacho!

El músico estaba en la clínica desde hacía tiempo, y no sólo vivía en su propio mundo, sino que además se comunicaba con los demás mediante un idioma que había inventado él mismo.

Durante muchos años había confundido su cabeza con una coctelera a la que tenía que suministrar en grandes cantidades pastillas, líquidos y polvos por la boca o la nariz, indistintamente. Nadie podía decir con exactitud qué tipo de drogas había mezclado aquella batidora de máxima potencia. Lo cierto es que después que el cantante hubiera sido reanimado detrás del escenario por varios médicos de urgencias, nunca más estuvo en condiciones de colocar las palabras de una frase en el orden correcto.

Incluso las vocales parecían haber formado un nudo para siempre.

—Cuensaasto, maldda —gritó con una sonrisa.

Caspar aún había sido capaz de traducir la expresión *graaadente* por «grave accidente»; sin embargo, le fue imposible adivinar el resto de palabras inexistentes.

Por su sonrisa irónica Linus parecía estar divirtiéndose con aquella nueva distracción. Aun así, uno no podía dar nunca por sentado cuál era su estado anímico por su mera apariencia. La última vez que Caspar había escuchado reír al músico, éste había acabado maniatado enseguida a su cama. Con ello pretendían evitar que, tras un brote psicótico, pudiera arrancarse el cabello de la cabeza para luego comérselo.

—¿Quieres que vayamos a ver qué ocurre? —preguntó Caspar.

Por un instante Linus se le quedó mirando como si jamás en la vida le hubieran ofendido tanto. A continuación volvió a reírse y salió corriendo de la habitación como un alumno travieso. Caspar se encogió de hombros y lo siguió.

18:39 horas

Linus le había cerrado la puerta del ascensor en sus narices, así que optó por bajar por las antiguas escaleras de madera que descendían como una liana alrededor de la caja del ascensor. Los desgastados escalones crujían con cada paso que daba y, como Caspar iba descalzo con sólo unos calcetines, se sentía como un adolescente que se escapa de noche a hurtadillas de casa de sus padres.

« ¿Era así como lo hacía antes? ¿O era un chico aplicado que siempre llegaba puntual a casa? » .

Desde hacía días, y siempre que el tiempo se lo permitía, intentaba encontrar, en el inmenso vacío de su memoria, respuestas a las preguntas más triviales. Cómo se llamaba su primer peluche; si en la escuela había sido un alumno apreciado por los demás o un incomprendido. ¿Qué clase de coche había en su garaje? ¿Cuál era su libro preferido? ¿Existía alguna canción que sólo escuchara en ciertos momentos? ¿Quién había sido su primer amor? ¿Y su peor enemigo? No tenía respuestas. Sus recuerdos eran como los muebles de una casa deshabitada cuyo propietario ha decidido ocultar bajo telas. Hasta ayer mismo había querido desprenderse de aquella sábana que le protegía de tantos interrogantes. A partir de hoy empezaba a temer que ésta pudiera esconder una terrible verdad.

« Tengo miedo. ¿Volverás pronto, papá? » .

Cuando Caspar consiguió llegar a la planta baja, absorto en sus turbios pensamientos, Linus había desaparecido. En su lugar, salió a su encuentro Yasmin Schiller.

—Sí, sí, enseguida lo hago. ¿Quién va a hacerlo si no? —contestó nerviosa la joven enfermera a la advertencia de Rassfeld, quien se hallaba a pocos pasos de la oficina de los vigilantes, que pertenecía a Bachmann.

La mujer llevaba escrito en la cara su descontento tras haber sido degradada a la categoría de chica de los recados. Dos tercios de la mitad inferior de su cara quedaron cubiertos por una burbuja de chicle azul claro mientras pasaba delante de Caspar sin saludarlo.

« Sólo hago esto de manera provisional. Soy cantante, no una “psicocanguro” », le había aclarado rápidamente al segundo día de conocerla, no sin ocultar su felicidad al saber que Caspar no necesitaba ayuda para ir al lavabo. Y realmente la chica parecía estar aquí fuera de lugar, con su flequillo teñido de rojo acrílico, el anillo que llevaba en forma de alambrada y su infinito

malhumor. Pero Caspar ya se figuraba por qué Rassfeld la había admitido en su elitista entorno a pesar del *piercing* en la lengua y su cuerpo tatuado.

Yasmin amaba su trabajo: era buena en lo suyo, pero no quería que los demás lo notasen. De camino a la recepción los pies de Caspar se perdieron en la gruesa alfombra que se extendía sobre toda el área de la recepción. La huella que dejaban los recién llegados en la moqueta era acogedora, muy diferente a la del suelo antiséptico de linóleo que suele ser propio de una clínica. Lo mismo ocurría con la oficina del vigilante; a Dirk Bachmann le encantaba la Navidad. Aunque no tenía hijos, celebraba aquella fiesta familiar con tanta obsesión como si hubiera algún premio que ganar. La oficina de la recepción, parcialmente acristalada, que se encontraba junto a la puerta principal acumulaba tantos adornos de Papá Noel, ángeles dorados, tiras de luces navideñas, figuritas de belén y casitas hechas de pan de especias, que apenas era posible distinguir el árbol de Navidad cargado de tiras de color plateado que se aguantaba entre una mesa metálica y el armario de las llaves.

—¿Profesor...? —preguntó Caspar en voz baja para no asustar al director de la clínica. A pesar de ello el médico jefe se estremeció.

—¿Otra vez usted? —La mirada de Rassfeld reflejaba algo de mala conciencia, lo que, sin embargo, no tardó en desaparecer—. Pensé que antes me había expresado con suficiente claridad. Debería acostarse.

«Al igual que usted», pensó Caspar, e intentó no mirar fijamente las oscuras ojeras del director de la clínica.

—Los otros pacientes están muy alterados —mintió Caspar.

De hecho, salvo él, solamente estaban allí como pacientes Greta y Linus. Y mientras que la anciana volvía a sintonizar a todo volumen el programa de la tarde-noche, el músico parecía haber perdido su interés por los nuevos acontecimientos. En cualquier caso, el chico no estaba allí abajo.

—¿Qué ocurre ahí afuera?

Rassfeld titubeó y seguidamente negó con la cabeza malhumorado, mientras señalaba el monitor. Al parecer esperaba deshacerse más rápido de Caspar si al menos respondía a alguna de sus preguntas.

—Una ambulancia se ha salido del camino delante de nuestra entrada, ha chocado contra una cabina telefónica y ha volcado.

Caspar echó un vistazo a la brillante pantalla: así que éstas eran las luces que destellaban a través de los árboles. La sirena de la ambulancia seguía dando vueltas en el techo.

«Si existen cámaras de videovigilancia en la entrada, también debe estar grabado cómo llegué y hasta aquí», pensó, aunque estaba convencido de que ahora no era probablemente el mejor momento para preguntarle a Rassfeld aquello.

—¿Puedo ayudar en algo? —dijo Caspar en vez de lo que pensaba.

Aquella noche el edificio contaba con poco personal. En la clínica solamente quedaban tres pacientes, por lo que todos los médicos, a excepción de Sophia, se habían tomado la noche libre. La gran afluencia de personas depresivas que era habitual durante los días festivos no se esperaba hasta la tarde del día siguiente, en el último segundo, cuando la idea de tener que pasar la Nochebuena otra vez en soledad acaba convirtiéndose en una certeza insoportable.

—No, gracias. Hasta ahí podíamos llegar. —Rassfeld forzó una sonrisa burlona—. Podemos arreglárnoslas solos. La doctora Dorn y el señor Bachmann han ido abajo con la máquina quitanieves.

Como prueba, la pantalla de la cámara de videovigilancia mostró primero a Sophia, seguida del vigilante.

—No hay manera de bajar la pendiente con este hielo y menos aún de subirla otra vez.

Sonó un chasquido en el transmisor que estaba cargándose junto al monitor y pudo oírse la voz de Bachmann.

—Creo que sólo hay uno.

Rassfeld sacó del soporte el *walkie-talkie*, que parpadeaba.

—¿Está herido?

—No sabría qué decirle. —Ahora era Sophia quien hablaba—. Creo que el conductor sufre una conmoción. Está sentado junto a la cabina telefónica destrozada. Espere un momento.

Caspar había dejado de ver qué había en la pantalla debido a que la espalda de Rassfeld tapaba por completo la superficie en su totalidad.

—¡Maldita sea, aquí hay alguien más! —Se oyó el chasquido del receptor—. Estaba transportando a pacientes.

Caspar se puso de puntillas.

La ventana lateral de vidrio opalino de la furgoneta estaba hecha añicos y, si no se equivocaba, acababa de ver una mano ensangrentada que hacía señas hacia fuera.

Rassfeld dio un paso hacia atrás, aterrado.

—Traigan a los dos —les ordenó a través del receptor.

—Ya... no sé. ¿No deberíamos mejor...?

—¿Qué? —increpó a Sophia—. ¿Hacer venir un helicóptero? ¿Llamar a los bomberos? Usted sabe como yo que el coche ha destrozado la instalación telefónica.

«Y en el recinto de la clínica no funcionan los móviles».

Caspar sintió que se le secaba la boca y no pudo evitar toser repentinamente como si se hubiera atragantado con sus pensamientos. Aquella zona era uno de los últimos lugares que aparecían de color blanco en el mapa de las redes de telefonía móvil. Según Rassfeld, se trataba de un sitio ideal para ello, ya que una parte importante del tratamiento psicológico consistía en proteger a los pacientes

de las influencias exteriores negativas.

El receptor parpadeó de nuevo.

—Dirk ha forzado las puertas, ahora estoy junto a los pacientes y... ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué? ¿Qué es lo que ocurre?

Rassfeld miró fijamente el monitor intentando distinguir alguna cosa.

—Disculpe. El paciente tiene un cuchillo clavado en el cuello.

—¿Está muerto?

—No, tiene perforada la tráquea pero está consciente y respira con regularidad, sin embargo...

—¿Sin embargo qué? —preguntó Rassfeld totalmente fuera de sus casillas, e hizo una brusca señal a Caspar con la mano para que desapareciera de allí.

—No me creará cuando le diga de quién se trata.

18:56 horas

Yasmin había vuelto y, siguiendo las severas instrucciones de Rassfeld, le había acompañado a su habitación, en cuyo escritorio ya le esperaba una pastilla, junto con la cena. Como siempre, Sybille Patzwalk, la cocinera, se había esforzado casi más con la presentación del plato que con éste en sí. Una servilleta de lino doblada en forma de cisne envolvía con elegancia la pesada cubertería de plata. Había decorado el plato de sopa con perejil y junto al vaso de agua relucía una orquídea blanca. Caspar cogió la servilleta de la cesta del pan y el hambre se abalanzó sobre él como un perro de caza que acababa de olfatear su presa. No había comido nada desde hacía horas.

Apenas estaba masticando el primer bocado cuando oyó afuera, delante de su ventana, como si se tratara de un cortacésped, un zumbido cada vez más alto, lo que hizo acallar de repente su estómago gruñón.

Volvió a dejar el pan en la cesta, se levantó y fue hasta la ventana basculante que había en el techo de la buhardilla. La llovizna se había convertido ya en densos copos de nieve que empezaban a acumularse en las esquinas inferiores. Pronto no podría ver nada más a través del cristal. En ese momento apenas era capaz de ver el quitanieves en el que Bachmann y Sophia traían a los heridos.

Caspar abrió un poco la ventana, sintió un frío tan intenso que creyó que las lágrimas de los ojos se le congelaban. «¿Qué estoy haciendo aquí?», se preguntó. Su aliento, que escapaba humeante de su boca como si fumara un cigarrillo, le recordaba al humo que había creído oler en la habitación de Greta cuando no había podido evitar pensar de repente en la niña enferma.

«Volverás pronto, ¿verdad?».

Cerró la ventana y caminó hasta el centro de la habitación. Giró una vez sobre su propio eje y sintió cómo el desasosiego dejaba en él una marca profunda. Y entonces descubrió algo sobre sí mismo que era casi tan importante como recordar con claridad: esperar con los brazos cruzados no formaba parte de su manera de ser. Este hallazgo significaba más que muchas de las pequeñas singularidades que había descubierto sobre sí mismo los últimos días, como, por ejemplo, que llevaba el reloj en la mano derecha, que en principio le ponía sal a la comida antes de probarla o que le costaba entender su propia letra.

El hecho de que su cuerpo le estuviera pidiendo a gritos que debía abandonar la clínica lo antes posible también significaba que podía hacerse ilusiones con facilidad. Había preferido esperar a que se produjera un milagro con su

tratamiento, en lugar de tomar las riendas él mismo. En realidad se había escondido todo este tiempo, pero no lo había hecho en la clínica, sino en un lugar en el que nadie pudiera encontrarle: en su interior.

Caspar abrió su armario. De los ocho colgadores que tenía solamente había utilizado cuatro, eso contando que había colgado por separado los pantalones y las americanas. No se llevaría mucho equipaje si se fugaba aquella noche.

Suspiró mientras colocaba en la cama sus pocos efectos personales. La mayoría de ellos se los habían prestado en la clínica o Sophia se los había comprado en la ciudad a fin de que por lo menos tuviera alguna muda: media docena de calcetines y ropa interior, dos pijamas, un chándal y unas zapatillas para la ducha, varios artículos de tocador, así como una novela histórica de Peter Prange que, en principio, debería devolver a la biblioteca de la clínica.

« Toda mi vida cabe en una bolsa de plástico », pensó Caspar después de guardar en una bolsa resistente de basura todo aquello que no quería llevar puesto. No poseía ninguna mochila ni otro tipo de bolsa de viaje, así que no le quedó más remedio que utilizar la bolsa del cubo de la basura.

A continuación se puso el traje negro que llevaba el día que llegó a la clínica. El abrigo de invierno forrado se lo puso encima del brazo que sostenía la bolsa. La otra mano sujetaba sus pesadas botas de cordones. Había decidido vestirse una vez dejara atrás la escalera de madera.

« Ya está » .

Caspar evitó echar un último vistazo a su cómoda habitación. Apagó la luz y salió al silencioso pasillo con el propósito de no volver nunca más a ella.

19:06 horas

Bajó poco a poco las escaleras, contento por saber que esos días había menos personal en la clínica y que apenas se encontraría con nadie. Sin embargo, al llegar a la primera planta tuvo que reconocer que posiblemente había elegido el peor momento para cruzar el vestíbulo y salir a pasear fuera sin que nadie se diera cuenta. Caspar se inclinó sobre la barandilla de la escalera y pudo escuchar desde abajo una voz fuerte y desconocida. Al parecer era la del camillero, que, al contrario de lo que en un principio había supuesto Sophia, no parecía sufrir ninguna conmoción, teniendo en cuenta que hablaba con mucha soltura.

—Jonathan Bruck, cuarenta y siete años, un metro ochenta y cinco de altura, aproximadamente noventa kilos —soltó el hombre sin pausa alguna.

Su agradable voz de barítono sonaba tan seria como la de un presentador de noticias, si no hubiera sido por el molesto ruido de fondo que les acompañaba y que le hacía recordar a Caspar el ruido metálico de una cafetera.

—Probablemente se encuentra bajo los efectos del alcohol o de las drogas. El propietario del motel Teufelsee ha llamado a la ambulancia después de que la señora de la limpieza ha encontrado a Bruck inconsciente en su habitación —continuó el camillero.

Caspar escuchó el repiqueteo de las varillas de una cama metálica, cuyas ruedas bloqueadas parecían estar causando profundas hendiduras en la moqueta de color crema. Entonces de repente se dio cuenta del significado de aquel gorgoteo: provenía de la garganta del paciente.

—¿Y la traqueotomía? —preguntó Rassfeld como si estuviera comprobando algo.

—Automutilación. Pensé que estaba durmiendo y era mi último viaje, sólo quería llevarle al Westend lo más rápido posible. Pero entonces, justo cuando pasábamos junto a la entrada, ahí abajo, miré por el retrovisor y empecé a alucinar. Ese loco se levantó, empezó a gritar como un desequilibrado y se clavó el cuchillo en el cuello. Intenté frenar dando bandazos, llevándome por delante la cabina de teléfonos, o lo que hubiera allí. Bueno, el resto ya lo conocen.

Rassfeld y el camillero se dirigían al ascensor mientras éste le hacía un resumen de lo sucedido y se detuvieron justo debajo de las escaleras. Caspar se hallaba a tan sólo pocos metros por encima de ellos. Estaba tan cerca que era capaz de oír la respiración de Bruck, la cual sonaba como si estuviera sorbiendo con una pajita las últimas gotas que restasen en un vaso de papel.

—Le pido, por favor, que no describa al paciente como loco —dijo Rassfeld, y pareció que él mismo se había sentido ofendido.

Caspar se estremeció al ver que se movía tan cerca de él.

Entonces se dio cuenta de que sólo era un reflejo de la ventana panorámica que estaba empotrada en la pared exterior del rellano, justo algunos peldaños más abajo de donde él se encontraba. La tormenta que caía afuera se había convertido en pocos minutos en una auténtica ventisca. Los rayos de luz tenue de las lámparas de jardín situadas en el parque de la clínica se resistían sin éxito a unos copos de nieve del tamaño de una moneda, que chocaban contra aquel remolino blanco generándole a Caspar una imagen desagradable, como si se tratase de un enjambre blanco de abejas que acababa por formar una masa uniforme ante de sus ojos. En ese momento, mientras se concentraba detenidamente en el reflejo de la ventana, observó en el cristal, en sólo cuestión de segundos, la imagen inquietante de un grupo de personas. Dos hombres robustos se hallaban alrededor de una camilla en la que yacía una figura inmóvil, de cuyo cuello sobresalía una navaja suiza. Las puertas del ascensor se abrieron con un chirrido oxidado y la imagen desapareció tan rápidamente como el olor que había percibido Caspar. El olor a fuego, a algo quemado, a humo.

« ¿Otra vez los indicios de un recuerdo? » .

Sin darse cuenta, Caspar dio un paso atrás hacia el ascensor como si supiera que aquella caja pudiera llevarse su recuerdo hasta arriba del todo para luego hacerle saltar al vacío. Empezó a temblar y entonces gritó, en el mismo momento en que chocó de espaldas contra una figura que había estado observándole a escondidas todo aquel tiempo en medio de la oscuridad.

19:10 horas

El hombre masticaba chicle y llevaba unos guantes finos de piel; sin embargo, su pelo recién lavado le delataba. Tampoco servía de nada que tuviera que fumar el cigarrillo con la ventana abierta. La humareda se le había enredado en los pocos cabellos que aún le quedaban y, al sacudir nervioso la cabeza, propagó un olor ligeramente rancio a su alrededor.

—De acuerdo, está bien, no voy a denunciarte.

Estaba prohibido fumar en toda la clínica. Lo gracioso era que Linus había encendido el cigarrillo precisamente en la planta del edificio donde se encontraban las salas de deporte y *wellness*.

Así que no hay nada prohibido. No hay más recuerdos.

—Veen conmigo, ¡teengo enseñarte goo!

La comisura de los labios de Linus se contrajo: parecía tener miedo. Demasiado miedo para haber hecho caso omiso solamente del reglamento interno de la casa. Agitaba las manos intranquilo, como si intentara comunicarse con gestos; una idea que a Caspar le parecía mal teniendo en cuenta la limitada capacidad de comunicación de Linus.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

En lugar de contestar, Linus le cogió de la mano donde llevaba la bolsa e hizo que lo siguiera. Abrió la puerta que estaba situada enfrente, en la que, en efecto, había colgado un letrero que indicaba que era el gimnasio. En cualquier otra institución hubiera sido sencillamente la sala de fisioterapia.

Caspar aún no se había perdido en aquel lugar, así que se sorprendió un poco al ver los modernos aparatos de alta tecnología que había en aquella habitación que aparentaba ser una sala de deporte.

Su mirada fue recorriendo cintas de correr, tablas y bancos de pesas. Entonces, mientras se preguntaba qué utilidad podía tener la escalera de goma que brillaba en el rincón, Linus se llevó un dedo a los labios en señal de silencio y apagó la luz. Luego abrió una puerta de cristal que llevaba hasta una pequeña salida: de pronto entró más claridad. Sin embargo, sólo era una ilusión óptica producida por los copos de nieve que ahora se arremolinaban a sus pies y que reflejaban la luz brillante de los aparatos electrónicos de deporte.

«De acuerdo, aquí es donde te fumaste un cigarrillo», pensó Caspar, y se quedó inmóvil. Linus volvió a hacer gestos con el brazo: por lo visto quería que continuara siguiéndolo, afuera, hasta el balcón cuyo suelo de madera estaba

cubierto de nieve medio derretida y gotas de lluvia heladas.

—Oye, compañero, ¿lo ves? —Caspar señaló sus pies moviendo la cabeza con desaprobación—. Yo no ando en calcetines en medio del frío.

—Teengo enseñarte goo —musitó Linus.

Esta vez se mostraba más impaciente y temeroso. Entonces dio un paso hacia atrás, hizo una seña a Caspar de nuevo con la cabeza y un segundo más tarde se esfumó en medio de la oscuridad.

—¡Vuelve! —gritó Caspar.

« Vas a pillar un resfriado ». Le entró frío con sólo pensarlo antes de que pudiera pronunciarlo.

« ¿Y ahora? ».

No tenía tiempo que perder. Rassfeld y el resto del personal estaban distraídos en ese instante con el nuevo paciente. Era el momento ideal para abandonar la clínica sigilosamente. Por otro lado, Caspar pensó de pronto que era capaz de traducir el galimatías babilónico de Linus.

« Veeen conmigo, teengo enseñarte goo: “Ven conmigo. Tengo que enseñarte algo” ».

Maldita sea. Linus podría correr tras él haciendo ruido si no accedía a seguirle, y este modo de llamar la atención era lo último que necesitaba.

Se puso las botas y el abrigo. Las persianas de la ventana estaban medio bajadas y, dado que Caspar le sacaba dos cabezas a Linus, tuvo que agacharse para poder seguirlo. El viento gélido le impedía continuar, celoso de que alguien pisara su reino helado sin autorización. Caspar se agachó aún más y puso los brazos alrededor del pecho. El viento fue perdiendo fuerza gracias a la cornisa del balcón que tenía a su izquierda. Ciertamente, ésta podía protegerle del torbellino de nieve, pero no de aquellas temperaturas siberianas. Linus también se había resguardado del viento y volvía a indicarle con el dedo sobre los labios que debía guardar silencio.

—Aaaabaaajo —susurró señalando el quitanieves rojo que estaba aparcado en diagonal delante de la entrada.

La mayor parte del vehículo se hallaba bajo el porche cubierto de la recepción y solamente la sección delantera que acababa en punta sobresalía en el camino cubierto de nieve. El quitanieves todavía estaba caliente y los copos que rebotaban sobre él se fundían enseguida.

—¿Qué quieres decir?

Caspar se inclinó hacia delante pero no mucho, al verse desprotegido del viento. Una ráfaga de nieve le entró directamente a los ojos: parpadeó, inclinó la cabeza a un lado y se mostró enfadado por ser tan imprudente. En lugar de salir a hurtadillas de la clínica sin que le viera Bachmann, se había quedado en un balcón helado, en medio de la oscuridad, acompañado de un paciente psicótico.

Estaba decidido a emprender la retirada cuando, en cuestión de segundos, el

viento cambió de dirección. Fue así como también cambió el sentido de la percepción de Caspar; de repente la vio.

« Una mancha» . En medio de la nieve. Procedía de la rueda trasera derecha del vehículo, y desde allí se extendía en dirección a la entrada de la clínica. Bajo la débil luz que penetraba en la portería daba la sensación de que se trataba de un charco de orina, pero Caspar supo enseguida qué era.

« Gasolina» .

El tubo del depósito se había soltado o alguien había hecho lo posible porque así sucediera.

« Pero ¿por qué motivo? ¿Por qué quería alguien evitar que funcionara el único transporte que era capaz de combatir aquella tormenta?» .

Estaba a punto de preguntarle a Linus si sabía quién se había ocupado del vehículo, cuando el músico lo arrastró hacia la cornisa, justo a tiempo, antes de que Bachmann pudiera mirar hacia arriba, donde ellos estaban, tras aparecer repentinamente de detrás de la máquina quitanieves.

19:18 horas

En realidad había vuelto a su habitación a la espera de que el vigilante decidiera abandonar por fin la entrada para empezar su ronda. Sin embargo, parecía que hoy nada seguía su ritmo normal. Caspar se daba cuenta de que su huida, si es que se trataba de eso, se hacía cada vez más difícil. Allí estaba, sin poder salir, aislado de cualquier tipo de comunicación. Y ahora el vigilante también había manipulado, por algún motivo, el vehículo de transporte que él quería tomar prestado para poder descender y cruzar la tormenta. No importa. Conseguiría llegar hasta allí abajo; si no había más remedio, lo haría sentado sobre la bolsa de plástico.

Bajo ningún concepto iba a pasar otra noche allí. No sólo se debía al hecho de que hubiera tenido aquellos terribles pensamientos sobre su hija, a la que posiblemente había abandonado en algún lugar mientras ella necesitaba su ayuda. Además, presentía que algo más acechaba a la clínica con la reciente llegada de aquellas personas misteriosas, y prefería evitarlo. La amenaza era tan invisible como un virus e iba extendiéndose poco a poco, alterando aquella noche la agradable rutina de la pequeña clínica. Y en ese momento acababa de descubrir que incluso parecía haber sabido encontrar el camino hasta su habitación.

« ¿Qué está ocurriendo aquí? » .

Caspar aminoró el paso conforme se iba acercando a la puerta: se hallaba abierta y la luz estaba encendida, aunque él la había apagado unos minutos antes.

« ¿Qué demonios está ocurriendo aquí? » .

Desde el pasillo se oían dos voces agitadas. Una de ellas era la de Sophia, quien, con su pregunta « ¿Tiene alguna idea? » , pareció leerle el pensamiento a Caspar. Él tampoco era capaz de explicarse nada cuando llegó a la puerta de su habitación. ¿Qué hacía aquel hombre con las botas sucias encima de su escritorio y apoyando la mano en la ventana?

—Creo que aquí hay un palito —rió el joven.

Caspar reconoció la voz del camillero, una voz que no encajaba en absoluto con su aspecto. En el fondo se imaginaba al conductor de otra manera: más tosco, con bolsas en los ojos que eran testigos del cansancio de noches enteras trabajando en el servicio de urgencias. Sin embargo, ante él se hallaba un prototipo de *yuppy* consentido al que uno más bien espera encontrar en un narcisista vehículo de dos plazas que al volante de una ambulancia.

—¿Un palito? —preguntó Sophia.

—Bueno, o como quiera que se llamen esas líneas de la pantalla. —El camillero dio un salto desde la mesa y le mostró a Sophia su diminuto móvil—. Pensaba que en la buhardilla habría alguna señal, lo siento.

Miró a Caspar con camaradería, pero sus ojos enseguida se desviaron hacia la figura de la doctora.

—La puerta estaba abierta. Sólo quería ver por un momento si aquí había cobertura.

Sophia chasqueó la lengua sin que apenas nadie se diera cuenta y sacudió de la mesa del escritorio el barro de las botas con una muestra de desaprobación.

—Los teléfonos móviles no funcionan en todo el recinto de la clínica, haga las contorsiones que haga.

La tensa actitud de Sophia revelaba lo que pensaba del camillero.

Caspar tampoco pudo evitar examinar a aquel individuo como si se tratara de un adversario en un combate de boxeo. A pesar de ello, el chico delgado parecía ser totalmente inofensivo, gracias a que no llevaba una barba de dos días y a su aspecto desgredado recogido hacia delante con brillantina. Por lo general Caspar no se hubiera fijado en un chaval como aquél. Sin embargo, le molestaba que estuviera guiñándole el ojo a Sophia mientras coqueteaba con ella continuamente.

—Por favor, vuelva abajo para que Bachmann le muestre su habitación —dijo ella.

El joven sonrió.

—¿De verdad quiere que pasemos la noche aquí juntos, doctora?

Sophia torció los ojos sin que apenas se notara.

—No se trata de lo que uno quiere, señor Schadeck. Estamos encerrados aquí.

Caspar se alegró de que la doctora hubiera pasado por alto el deseo del camillero de que ésta se dirigiera a él por el nombre de Tom.

—Pero su jefe de operaciones enviará seguramente a alguien con una ambulancia si usted no se pone en contacto con ellos cuando tenga que hacerlo, ¿no es cierto?

—Lo dudo. —Schadeck sacudió la cabeza—. Era mi última ronda y luego tenía que llevarme la ambulancia a casa. No me esperan en la central hasta mañana.

Sophia se encogió de hombros en señal de lamento.

—Bien, en todo caso no parece muy lógico que nosotros solos combatamos una tormenta de nieve como ésta en medio de la oscuridad. Según la previsión del tiempo las condiciones meteorológicas mejorarán a partir de mañana por la mañana. Pronto limpiarán la nieve de las carreteras y echarán sal sobre ellas. Podremos usar el camino hacia abajo juntos cuando se haga de día.

«Hacia abajo», pensó Caspar, y colocó la bolsa de plástico junto a la cama.

Las palabras de Sophia sonaban como si todos se hallaran en la alta y vertiginosa cima de un escarpado acantilado a cuyos pies rompieran las olas de un gran océano oscuro.

—¿Está bromeando? ¿De verdad tengo que pasar aquí la noche? ¿Aquí? ¿En este...?

Era evidente que Tom ya no podía tragarse de nuevo la palabra manicomio cuando ya la tenía en la punta de la lengua.

—No tiene por qué tener que —le replicó Sophia—. Puede intentarlo. Estamos a menos de media hora de camino de la casa más cercana. Aun así creo que deberá recorrer el trayecto a gatas a través del bosque. A siete grados bajo cero, y la temperatura seguirá bajando.

—¿Y qué hacemos si pasa algo?

—¿A qué se refiere?

—A si Bruck se pone peor. ¿Cómo vamos entonces a buscar ayuda?

La pregunta de Schadeck era plausible; sin embargo, Caspar suponía que en realidad el camillero quería referirse a otra cosa.

—No se preocupe. Contamos con buenos equipos —contestó Sophia—. Parece ser que el cuchillo no le ha provocado daños internos. En el peor de los casos estarán dañadas las cuerdas vocales. Por ahora el profesor se está ocupando de la herida, y se medicará al doctor Bruck para evitar que se le obstruya la tráquea. Le dolerá cuando se despierte y probablemente no podrá hablar, pero, en cualquier caso, sobrevivirá.

«¿Doctor Bruck?».

—Si me permite ahora...

Sophia hizo una señal hacia la puerta con la cabeza y Tom sonrió como si le acabaran de invitar a una cita.

—Encantado. —El camillero se tocó ligeramente la frente al despedirse—. A lo mejor cojo prestado el quitanieves y así, al menos, voy a por mi radio.

—Mucha suerte —le deseó Caspar, y dejó escapar el momento sin mencionar el charco de gasolina que Linus le acababa de mostrar.

Sophia se quedó dos pasos por detrás de Tom y, al pasar delante de Caspar, le cogió la mano.

—Siento las molestias —le susurró con una sonrisa triste.

El estado de ánimo melancólico de Caspar desapareció, aunque sólo por un momento, ya que volvió de repente en cuanto Tom se volvió de nuevo al llegar a la puerta.

—¿O a lo mejor podría mudarme con usted, doctora? Es que me da miedo estar a solas en la oscuridad.

Sonrió de nuevo y levantó ambas manos como si estuviera en un atraco a un banco.

—¡De acuerdo, sólo estaba bromeando!

Caspar quería responderle algo apropiado, pero entonces se abstraigo mirando fijamente unas quemaduras que Tom tenía en la palma de la mano derecha. Eran semejantes a las que él mismo tenía en la parte superior de su cuerpo, sólo que, al contrario de la piel deformada accidentalmente en su pecho, en el caso de Schadeck éstas formaban una figura geométrica.

Caspar no estaba seguro, pero le había parecido ver que Tom llevaba una especie de esvástica mal tatuada.

19:24 horas

Apenas había estado un minuto a solas cuando Sophia volvió a asomar la cabeza por la puerta.

—¡Eso también va por usted!

—¿Qué? —preguntó él mientras empujaba con el pie debajo de su cama la bolsa de plástico. Demasiado tarde. Sophia entró, señaló sus botas y, a continuación, su abrigo de invierno, que había olvidado colgar en el armario.

—Le ruego que no haga tonterías esta noche.

Caspar ni siquiera intentó negar su propósito.

—Debo hacerlo, Sophia. Llevo demasiado tiempo aquí.

—¿Y adónde pretende ir? ¿Adónde irá con el tiempo que hace, con su aspecto y sin dinero?

—Iré a la policía —respondió explicándole el plan que se le acababa de ocurrir en aquel momento. Tuvo que reconocer que pensar con previsión seguramente no era uno de sus rasgos característicos que más destacaran.

—Pero hoy ya hemos hablado de eso. Rassfeld está de acuerdo con que usted hable personalmente con la policía y la prensa.

—¿Cuándo? —Caspar se levantó de la cama y se rascó la cicatriz de las quemaduras que tenía bajo la camiseta—. ¿Mañana? ¿Pasado mañana? ¿Después de Navidad? Esto se está prolongando demasiado, puede que ya no me quede tanto tiempo.

Sophia movió la cabeza con tanta energía que los cabellos se deslizaron sobre su frente.

—Escuche, a mí tampoco me gusta la táctica dilatoria de Rassfeld, pero sí estoy de acuerdo con él en un punto: todavía es más peligroso si usted abandona la clínica en su estado sin supervisión.

—Es posible. Pero no se trata solamente de mí.

—¿Se refiere a la niña?

Caspar asintió.

—Lo siento, pero desde que me enseñó su foto tengo la sensación de estar ahogándome aquí dentro. Necesito salir enseguida.

—No sabemos de ninguna manera si realmente es su hija. Quizá ni siquiera exista.

—Puede ser, pero... —Caspar reflexionó por un momento si era bueno continuar la frase—. Pero si usted se marcha mañana me quedaré solo de todas

formas. Entonces ya no quedará nadie en la clínica en el que poder confiar.

Sophia lo miró detenidamente, luego sonrió apenada.

El teléfono que llevaba en el bolsillo de su bata sonó anunciándole que había una llamada interna, a la que ella hizo caso omiso. Por lo visto, la línea telefónica de la clínica funcionaba.

—Entiendo —dijo cuando el aparato dejó de sonar—. Sin embargo, me gustaría pedirle un favor, Caspar.

—¿Cuál?

Ella le señaló la ventana basculante de la buhardilla. La nieve se había acumulado en los cristales como una persiana opaca.

—Consúltelo con la almohada esta noche de tormenta. Mañana hablaremos de ello una última vez, antes de que yo me vaya.

—¿De qué servirá?

—Si mañana por la mañana todavía está decidido a marcharse, entonces no se lo impediré.

—¿Pero...?

—No debería abandonar la clínica bajo ningún concepto sin la información que voy a darle. Aun si desea ir a la policía.

Caspar abrió la boca para decir algo, pero se quedó sin habla. A continuación gimió como si se hubiera reventado uno de los minúsculos vasos sanguíneos de su oído. De repente se sintió más desamparado que nunca, como si un médico le hubiera dado la noticia de que le quedaba poco tiempo de vida.

—¿Qué clase de información? —murmuró.

Sophia negó de nuevo con la cabeza y miró ahora el teléfono, que volvía a sonar sin parar.

—Ahora no, Caspar. Mañana por la mañana.

El estallido de su oídos era cada vez más ensordecedor, al igual que su voz.

—¡Quiero saberlo enseguida!

—Lo sé, pero no puede ser.

—¿Por qué?

—Todavía tengo que asegurarme primero.

—¿De qué?

Caspar y Sophia se sobresaltaron al escuchar una tercera voz que provenía de la puerta.

Con el sonido del teléfono no habían oído que Rassfeld se acercaba.

—¿De qué desea asegurarse? —preguntó el director de la clínica otra vez con desconfianza, tendiéndoles un teléfono inalámbrico en tono acusador.

Caspar se quedó sin poder tragar saliva, pero Sophia pareció recomponerse enseguida.

—Mmm, bien. El paciente quería que le diera un tranquilizante esta noche, pero le he dicho que primero debía consultarlo con usted.

Rassfeld asintió en señal de aprobación, contento por lo visto de que no hubieran acabado con su autoridad.

—Perfecto. Pero eso puede esperar, doctora Dorn —dijo con un tono de voz que no esperaba recibir réplica alguna, y la acompañó fuera de la habitación.

—Llevo buscándole todo este tiempo. La necesitan en la sala de operaciones.

Rassfeld y Sophia habían salido de la habitación de Caspar hacía tiempo llevándose consigo sus atormentadoras preguntas. Sin embargo, la misteriosa promesa de la doctora no dejaba de resonar en su cabeza:

«No debería abandonar la clínica bajo ningún concepto sin la información que voy a darle» .

Dos horas más tarde seguía oyendo la voz de Sophia cuando se tumbó en la cama y cerró los ojos para poner en orden sus pensamientos. ¿Qué más habría en su expediente para que Rassfeld dudara tanto en revelar su contenido?

« Todavía tengo que asegurarme primero» .

Iba a levantarse para ir en busca de Sophia cuando se dio cuenta de que ya no era capaz de abrir los ojos...

Caspar hizo un último intento con todas sus fuerzas, pero no le sirvió de nada. Los acontecimientos de aquel día habían dejado su fatigada mente completamente agotada. Ya estaba durmiendo.

**00:26 horas, Nochebuena.
Tres horas y doce minutos
antes del miedo**

«El humo era una sustancia viva. Un enjambre de pequeñas células microscópicas que penetraban a través de su piel a fin de descomponer su cuerpo por dentro» .

« Las partículas se habían adueñado especialmente de sus pulmones mientras avanzaban hacia los bronquios. Tuvo que toser» .

Normalmente ése era el momento en el que se despertaba de aquella pesadilla, en un mundo donde sus recuerdos solamente se remontaban a los últimos diez días. Sin embargo, hoy continuaba durmiendo, como si el coche ardiendo en el que estaba atrapado no quisiera darle un descanso aquella noche.

« Ningún descanso sin antes echar un vistazo a la foto que había en el asiento del acompañante, junto a la botella. El calor era tan insoportable que las esquinas de la foto se habían doblado hacia arriba, lo que hacía que aún fuera más difícil reconocer la cara del hombre que aparecía en ella» .

Caspar pateaba con las piernas intranquilo. Era un momento desagradable que le hacía flotar sin ser consciente de si dormía o se encontraba despierto. Un estado en el que el peso de la consciencia se iba introduciendo en la realidad muy lentamente. Ansiaba acelerar esta metamorfosis para sentirse libre de aquella pesadilla.

« Por ese motivo se desabrochó el cinturón de seguridad mientras observaba las llamas que se abalanzaban sobre él desde el cuadro de mandos, a la altura de su pecho. Pronto sintió el olor a quemado de su camisa. Por un momento, vio relucir ante sus ojos inmateriales la palma de la mano de Tom llena de cicatrices cuando intentaba tocar el fuego. Deseaba que el dolor imaginario pudiera arrancarle por fin de aquel sueño interminable» .

No obstante, fue la sensación de un empujón de verdad, de una fuerte sacudida, lo que finalmente le despertó.

Caspar abrió de golpe los ojos. El coche en llamas había desaparecido y, en su lugar, era Linus quien se inclinaba sobre su cabeza con unos ojos grandes y temerosos. Tenía la punta de su nariz tan cerca que casi hubiera podido tocarla con la lengua.

—Sophiuda —dijo él.

No era más que un graznido, el sonido en el que se convierte la voz al hacer

un susurro cuando realmente pretende gritar.

—Otra vez no —bostezó Caspar cansado.

Linus padecía de insomnio y deambulaba por la noche por toda la clínica cuando no podía dormirse.

—Sophiudapacientinar.

El músico le tiró del brazo para sacarlo de la cama. La situación aún parecía más absurda teniendo en cuenta que el chico estaba semidesnudo. Sólo llevaba puesto un pantalón de pijama lleno de manchas que a duras penas se sostenía en su flaca cadera.

—Escucha, tú no puedes... —quiso añadir Caspar.

Pero entonces él también lo oyó. Era un ruido estrepitoso proveniente del piso de abajo. Sonaba como si alguien estuviera levantando una mesa pesada, una y otra vez, dejándola caer sobre el suelo de parqué. Caspar miró su reloj: las doce y veintisiete de la noche. Probablemente no era la mejor hora para cambiar los muebles de sitio.

—¿Qué ocurre ahí? —preguntó pensando al mismo tiempo para sí quién o qué había en la planta de abajo.

—... inar... inar...

Linus, que no paraba de repetir constantemente aquella palabra, enseguida soltó el brazo de Caspar al ver que éste se movía entre sus sábanas arrugadas y al fin se levantaba.

—Veen conmigo.

—Sí, sí, ya voy.

Caspar buscó sus zapatillas. Entonces el alboroto de abajo se transformó en un sonido sordo como si alguien hubiera estado intentando arrastrar una alfombra húmeda de una habitación a otra con gran esfuerzo. Decidió que no había más tiempo que perder.

Mientras que Linus bajaba las escaleras estrepitosamente, Caspar se esforzó en hacer el menor ruido posible pensando en que podría existir una explicación lógica de aquellos ruidos nocturnos. A pesar de ello, después de los sucesos acontecidos en las últimas horas, no quería que tuviera que creerlo, especialmente cuando al llegar al rellano seguía sin dejar de bailar por la mente la palabra con la que Linus le había despertado.

«Sophiuda» .

Ahora era él también quien corría. «Sophia... Ayuda» .

Dobló la esquina en medio de la oscuridad del pasillo y le sorprendió que allí no funcionara el detector de movimientos. Normalmente el alumbrado del techo se encendía automáticamente cuando alguien pasaba por el pasillo. En ese momento, sin embargo, solamente había una luz, que procedía de una habitación trasera cuya puerta estaba abierta de par en par. Linus estaba allí delante, en el umbral, con las manos en la cabeza y temblaba poderosamente.

Entonces, justo cuando notó que el frío penetrante de la habitación se introducía en el pasillo pudo descifrar también el resto de las palabras enigmáticas del músico: «pacientinar».

«Paciente. Asesinar».

Miró el interior de la habitación: naturalmente, en el tercer piso se encontraban los casos «complicados», la Unidad de Cuidados Intensivos. Salas cerradizas con camas hidráulicas e instrumentos de medición junto a las mesillas de noche.

«Sophia. Ayuda. Paciente. Asesinar».

Caspar se estremeció al ver el soporte de infusión que había al lado de la cama sin ningún paciente, como si fuera un perchero con tubos colgando. Pudo percibir el vaho de su respiración y luego todo tomó un ritmo más lento. Ahora se sentía como un observador pasivo que mira con interés un álbum de fotos. Cada vez que pasaba una página sus ojos enviaban al cerebro una imagen terrible:

«La ventana abierta —El hombre —Con una pierna apoyada encima del radiador, la otra afuera —Linus, que se abre paso hasta Caspar —El rostro desfigurado del hombre se transforma en una sonrisa de dolor, mientras se vuelve hacia él —Señala su collarín —Mueve la cabeza —Y a continuación se deja caer al vacío».

Tan pronto la oscuridad de la nieve se había tragado al paciente que intentaba huir, el ritmo volvió a acelerarse, y el primer recuerdo al que pudo acceder se enredó en la red agujereada de la memoria de su cerebro. Caspar conocía a la figura que acababa de saltar por la ventana. Su cara le era tan familiar como el olor a papel quemado que ya empezaba a notar su nariz. Había visto a Jonathan Bruck varias veces; la última, hacía pocos minutos, justo antes de que Linus lo hubiera sacado de la cama. Su rostro destacaba en la parte superior de la foto que, noche tras noche en sus pesadillas, ardía en el asiento del acompañante.

—¿Qué está pasando aquí? —le preguntó a Linus, que se había inclinado sobre la repisa de la ventana.

Caspar no estaba seguro de si el músico temblaba debido al frío o al miedo.

—Sophiudapacientinar —volvió a ser la respuesta, pero Caspar era incapaz de encontrar a la doctora por ningún sitio.

¿Qué ocurría con Sophia? No entendía a Linus ni tampoco a sí mismo. ¿Por qué conocía a aquel hombre? ¿Por qué motivo había huido Bruck en medio del temporal de nieve llevando puesto tan sólo un camisón fino de hospital? ¿Y por qué Linus volvía a salir corriendo de la habitación con tanto miedo en los ojos?

Pasó algún tiempo antes de que pudiera obtener una respuesta. Después, ya no era capaz de asegurar si el grifo de la bañera había estado haciendo aquel ruido todo ese tiempo. En cualquier caso, el atronador e irregular sonido que se escuchaba detrás de la puerta acababa de empezar en ese mismo instante.

00:34 horas

Y a pesar de todo era una mujer preciosa. En un primer momento Caspar sintió como si hubiera estado observando una estatua sin alma, a la que un artista sin talento y con evidencias de una enfermedad mental hubiera puesto en la escena de un pequeño cuarto de baño.

Sin embargo, luego se dio cuenta. El rostro rígido de la mujer era como una máscara inexpressiva, y su pierna derecha se movía de manera incontrolada en la bañera. Pero aun así era capaz de apreciar la belleza de Sophia. Y eso mismo era lo que hacía que aquella imagen mortificada se hiciera para él insoportable.

—¿Sophia? —preguntó Caspar muy bajo.

Su voz quebradiza se veía arrastrada por el ruido de fondo del chorro de agua del desagüe. Daba la sensación de que la doctora no podía oírle ni tampoco sentir el agua helada que formaba un charco bajo sus extremidades.

—¿Qué le ocurre? —volvió a preguntar Caspar, casi con un grito.

Pero Sophia no parpadeaba. Tan sólo tenía la cabeza peligrosamente inclinada hacia un lado mientras sus ojos miraban fijamente un punto imaginario detrás de las baldosas del cuarto de baño. La parte superior de su cuerpo, totalmente empapada, se hallaba envuelta en un camisón blanco que estaba doblado hacia arriba, bajo el cual se dibujaban sus pezones. Su ropa interior desgarrada apenas cubría la zona púbica.

—¿Puede oírme? —preguntó Caspar.

Era como si se comunicara con un cadáver. Ciertamente no había sangre por ningún sitio ni podía observar contusiones externas; además, todavía respiraba. No obstante, parecía estar muerta. Ni siquiera el hecho de que su pie estuviera golpeando continuamente contra el esmalte era una auténtica señal de vida. Más bien recordaba a la agonía de una víctima de un accidente cuyas vías nerviosas entre el cerebro y la médula espinal ya estuvieran seccionadas.

Le invadieron pensamientos aterradores al percatarse del paralelismo que existía entre lo que él recordaba de la niña pequeña y la terrible imagen de aquel cuarto de baño.

« Volverás pronto, ¿verdad?» .

« Sí, no te preocupes» .

De repente había encontrado el título para el cuadro de horror que había expuesto aquel artista psicótico: « Enterrada viva» .

Así la veía a ella: preparada para morir encerrada en su propio cuerpo.

Caspar alargó la mano hacia sus cabellos, que había acariciado suavemente apenas unas horas antes y que ahora eran como algas doradas adheridas a su pálido cuello. Pero entonces tuvo que hacer lo posible para recuperar fuerzas. Había dejado pasar mucho tiempo por su estado de *shock*.

—Voy a pedir ayuda —le susurró.

Entonces sucedió algo, justo cuando estaba a punto de darse la vuelta. La vida volvió a introducirse en el cuerpo de Sophia, y de una forma aún más terrible que la apatía involuntaria que había reinado antes. Todo su cuerpo vibró de repente como un diapasón al ritmo de una melodía. Caspar retrocedió un paso inconscientemente al ver que ella tiraba de su brazo hacia arriba. Lo primero que pensó fue que la mujer quería enseñarle algo.

« Todavía tengo que asegurarme primero » .

Él se volvió en dirección a la puerta del cuarto del baño, que estaba abierta, pero allí no había nada.

Entonces su mirada se clavó en el brazo izquierdo de Sophia, que se balanceaba con movimientos casi sensuales en el borde de la bañera. Observó los nudillos de su mano, blancos como la nieve. Sophia presionaba sus delicados dedos contra la palma de la mano con tanta fuerza que parecía querer dejar una huella de sangre en su puño.

—¿Qué tiene ahí...?

Apenas había terminado Caspar de formular su pregunta en voz baja, cuando, de repente, la mujer sufrió un nuevo temblor en la cabeza y abrió el puño. Lo hizo con una lentitud desgarradora, como si se tratase de una grabación a cámara lenta, hasta que el objeto misterioso que sostenía enérgicamente cayó por fin al suelo.

Sin embargo, antes de que Caspar hubiera tenido tiempo de comprobar sus más terribles sospechas, alguien apareció justo detrás de él, lo agarró por los hombros y le estampó la cara contra las baldosas del suelo.

00:36 horas

—¿Qué está ocurriendo aquí?—oyó que preguntaba Rassfeld.

Sus zapatos blancos de la clínica habían ido a parar sobre la cara aplastada de Caspar.

—No tengo ni idea de lo que le puede haber hecho —le contestó el vigilante, sentándose sobre su espalda como si le hubiera dejado caer una nevera encima.

—Nada en absoluto —quiso gritar él, pero sus pulmones carecían del aire necesario para poder hacerlo.

—¡Dios mío, doctora Dorn!

Oyó que Rassfeld chasqueaba los dedos. A continuación alguien cerró el grifo del agua y, por primera vez, había tanto silencio en la habitación que incluso se podía escuchar el zumbido de la lámpara halógena que había encima de ellos.

—Probablemente se trata de un derrame cerebral. Yasmin, prepare todo enseguida para hacer una tomografía —ordenó Rassfeld con la serenidad de un profesional—. También necesitaré un análisis de sangre.

En algún lugar de la habitación, detrás de donde se hallaba Caspar, el crujido de la suela de goma de los zapatos se fue alejando a pasos cada vez más agigantados. Bachmann levantó a Caspar bruscamente y lo inmovilizó. No pudo evitar sentir un dolor punzante en la paleta de los hombros. El vigilante había dejado caer su fornido brazo en su cara. No obstante, buscaba impacientemente encontrarse con la mirada del director de la clínica, quien en aquel momento estaba arrodillado delante de la bañera, justo donde él mismo se encontraba unos minutos antes. Rassfeld examinaba los ojos de Sophia con una pequeña linterna.

—Las pupilas responden a la luz —murmuró—. ¿Pero qué demonios...?

Rassfeld sacudió la cabeza y se volvió hacia Caspar comprobando con su mano izquierda las arterias carótidas de Sophia.

—¿Qué le ha dado?

—Nada —contestó él sin poder hablar apenas.

Bachmann aflojó la presión y Caspar pudo tomar aire.

—Ha sido Bruck —saltó él finalmente.

—¿Bruck?

—Su cama está vacía —confirmó Bachmann.

—Se ha escapado por la ventana.

Rassfeld se levantó con las pupilas contraídas. Debía de haberle hecho una señal disimulada a Bachmann, ya que pronto sacaron a Caspar de espaldas del

cuarto de baño. Al mismo tiempo una sombra pasó por delante de él desprendiendo un fuerte olor a *aftershave*.

—¿Qué hace usted aquí?

—¡Ayudar! —oyó Caspar que respondía la sombra.

La imagen de Tom Schadeck pasó ante sus ojos como una exposición antigua de diapositivas.

Por lo visto el ruido había conseguido despertar a toda la clínica. A Rassfeld parecía no importarle que el camillero pudiera echarle una mano. Los murmullos invadieron la habitación. Caspar sintió náuseas al imaginarse a ambos hombres mientras sacaban de la bañera a la doctora calada de agua hasta los huesos.

—Escúcheme, estamos perdiendo un tiempo valiosísimo —le dijo Caspar a Bachmann mientras se sentaba en la cama vacía, después de que éste le hubiera dado permiso para hacerlo. De este modo el vigilante tenía las manos libres para poder empujar la silla de ruedas, que hasta entonces había permanecido junto a la cama de Bruck, justo delante del baño.

—Si nos damos prisa aún podremos cogerle.

—¿A quién?

Bachmann se rascó las patillas. Contrariamente a la impresión de su vigoroso lenguaje corporal, la expresión de su cara era más bien asustadiza.

—A Bruck, claro está —repitió Caspar señalando la ventana abierta.

Bachmann la cerró temblando, pero el frío de la habitación pareció ir en aumento repentinamente. Sólo tenían que mirar la horrible imagen que tenían ante ellos: una especie de bulto mojado de carne y huesos, que Rassfeld y el camillero acababan de subir con gran esfuerzo a la silla de ruedas. Era como si hubieran encontrado un tesoro en el fondo de mar, como si fuera un ser vivo.

—Vamos, hay que llevarla al sótano —gritó Rassfeld, y Tom se puso en marcha con tanta tranquilidad que parecía que empujara un simple carro de la compra, y no una paciente.

El director de la clínica empezó a seguirle, pero se detuvo junto a la puerta como si hubiera olvidado algo.

—¿Bruck? —preguntó con escepticismo, en dirección a Caspar.

—Sí.

Rassfeld se dio la vuelta hasta quedarse justo a tres pasos de Caspar. Unas gotas minúsculas, de sudor o del agua de la bañera, surcaban la preocupada frente del hombre.

—Linus puede corroborarlo —respondió Caspar, y enseguida fue consciente de lo ridícula que debía de haber sonado aquella frase. De la misma manera podría haber nombrado a un ciego como testigo presencial.

Rassfeld resopló profundamente.

—De acuerdo, escúcheme. No he podido constatar la presencia de

contusiones externas; sin embargo, la doctora Dorn parece sufrir un fuerte trauma. No me gusta perder el tiempo con investigaciones innecesarias, así que si sabe algo o ha visto alguna cosa, debe decírmelo enseguida o sino...

—No, no he visto nada. —Caspar habló más rápido al ver que el médico quería darse la vuelta otra vez para dirigirse inmediatamente a la sala de Radiología—. Pero he encontrado algo.

Abrió su mano y le mostró a Rassfeld lo que se había guardado antes de que Bachmann se hubiera abalanzado sobre él.

—No sé si es importante, pero esto es lo que tenía Sophia en la mano.

—¡No, por favor!

Rassfeld dio un paso hacia delante y cogió la nota de mala gana.

Parecía ser algo insignificante, como el trozo de papel que utilizan los niños con un tirachinas para poderlo lanzar por toda la clase. Los habilidosos dedos del psiquiatra empezaron a temblar al desplegar la pequeña y desalentadora nota que había sido doblada por la mitad.

—Es la verdad, aunque el nombre engaña —leyó él susurrando las palabras.

A continuación dirigió la cabeza hacia arriba y miró hacia el techo con los ojos cerrados. Fue entonces cuando Caspar fue consciente la dimensión de aquel horror. Quizá el golpe que le había propinado Bachmann le había ayudado a recordar. O a lo mejor había sido aquella frase misteriosa que Rassfeld acababa de leer y que le había hecho recordar no sólo la pasión que tenía Greta Kaminsky por los acertijos, sino también la voz de aquel presentador del telediario.

«Una pista podría ser la breve nota hallada en la mano de cada una de las víctimas, sobre cuyo contenido la policía no ha querido pronunciarse».

—«El destructor de almas». —Rassfeld pronunció estos pensamientos en voz alta.

Eran los mismos que Caspar acababa de escuchar a gritos en su cabeza. El director de la clínica miró rápidamente la ventana cerrada.

—Supongo que ya sabe lo que hay que hacer.

Bachmann afirmó lentamente.

—La pared de aislamiento.

—Me temo que no nos queda otra opción. —El director médico se secó de nuevo la frente llena de arrugas. Esta vez era sin duda el sudor lo que se había enganchado a su bata—. Tenemos que hacerla bajar enseguida.

00:41 horas

Por segunda vez en poco tiempo Caspar se hallaba de nuevo en la cabina del vigilante mirando fijamente la mesa del despacho de Bachmann.

Sin embargo, en esta ocasión iba descalzo. Además, la furgoneta que había volcado yacía, mientras tanto, enterrada bajo una gruesa capa de nieve. Las cámaras de vigilancia podían captar su imagen mediante una luz de color verde, gracias al amplificador de luz.

—Feliz Navidad —gruñó el vigilante.

Su atención se dirigió a una caja de fusibles de color gris que había en la pared, y que sólo se hizo visible en cuanto apartaron a un lado el robusto árbol de Navidad.

—¿La pared de aislamiento? ¿A qué se refería Rassfeld? —preguntó Caspar por enésima vez desde el momento en que el director de la clínica le había dado la orden de no alejarse del vigilante bajo ningún concepto. Bachmann soltó un nuevo gruñido e, inesperadamente, empezó a proporcionarle más información.

—La pared de aislamiento es una medida de seguridad; solamente se encuentra en tres centros psiquiátricos de todo el mundo. La clínica Teufelsberg es uno de ellos y también es el único que existe en Alemania. Aquí está, ¿lo ve?

Resopló mientras separaba el plástico que cubría la caja, dejando al descubierto un gran número de interruptores basculantes idénticos. A continuación, el hombre metió su voluminosa barriga hacia dentro para que Caspar pudiera ver mejor la palanca de color verde, que era también la única de la fila que habían pulsado hacia abajo. Sobre la superficie metálica alguien había escrito con un rotulador negro y en mayúsculas la palabra «GINA».

—Un solo tirón, y GINA bloqueará todas las salidas automáticamente. Una docena de persianas resistentes bajarán tapando las entradas y todas las ventanas.

Caspar se acordó de la enorme persiana bajo la que había tenido que pasar cuando quiso seguir a Linus.

—¿Gina? —preguntó.

—Así es como se llama mi esposa —respondió Bachmann—. También se cierra herméticamente cuando tenemos problemas —continuó diciendo con una sonrisa forzada.

—¿Pero para qué sirve? —inquirió Caspar.

—Para evitar que puedan huir pacientes peligrosos o con intención de suicidarse. Por supuesto que hasta ahora no ha sucedido nada parecido. Pero

antes de que un paciente ingrese en la clínica debe firmar un papel conforme tenemos el permiso de encerrarle aquí si es necesario.

Caspar se preguntó si habían hecho eso mismo también con él, y puso una mano encima de la mesa para apoyarse en ella. Podía notar cómo le temblaban ligeramente las yemas de los dedos.

—Muy bien, pero Bruck ya ha huido. Así que no podremos evitar que sea capaz de llegar hasta el pueblo más cercano en busca de una nueva víctima.

—No se trata de eso.

Una vez más, Bachmann sacó hacia fuera la enorme barriga que escondía bajo su mono azul. Caspar apenas podía ver ya toda la caja de fusibles.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—¿No ha oído hablar del Destructor de almas?

Caspar asintió con cautela.

«Es posible que incluso le conozca personalmente», pensó, y acto seguido decidió que era mejor no desvelar lo que sabía. Al menos hasta que hubiera descubierto por qué la imagen de Bruck se había colado en su sueño.

—La policía le ha pedido consejo al profesor en calidad de experto en psiquiatría. Él examinó a las víctimas, también a la mujer que ha fallecido hoy. Así que, de todos nosotros, es él quien mejor puede saber de qué es capaz el Destructor de almas. Por eso debo bajar la pared de aislamiento. Rassfeld no pretende encerrarlo, sino evitar que ese loco regrese otra vez aquí, ¡con nosotros!

Caspar se aclaró la voz. Tras escuchar las palabras de Bachmann, su nerviosismo había aumentado al igual que la intensidad con la que ahora temblaba todo su cuerpo. El vigilante dio un paso hacia atrás alejándose de la caja de fusibles. Caspar se percató entonces de que la palanca verde había cambiado ya de posición.

—¡Ayúdenme!

El grito de una mujer resonó en toda la entrada principal. Caspar no fue capaz de reconocer aquella voz hasta que no escuchó un segundo grito pidiendo ayuda. Yasmin corría directamente hacia ellos a través del vestíbulo.

—¿Qué ocurre?—preguntó Bachmann asustado.

Bajo la tenue luz de la lámpara de pie que enfocaba hacia el techo, el flequillo teñido de rojo de Yasmin brillaba como si ésta hubiera sumergido su frente en un charco de sangre.

—Es el profesor —dijo sofocada y sin aliento—. Rassfeld ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Sí. No quedaban más tapones y me envié al almacén para que trajera más.

La joven abrió la mano derecha y les mostró dos tapones de espuma para los oídos. Al parecer, iban a servirle a Sophia para protegerla del ruido mientras le hacían la resonancia magnética.

—Cuando regresé ya había desaparecido.

—¡Maldita sea!

Bachmann dio un paso al lado, se agachó y abrió de golpe el segundo de los tres cajones que tenía la mesa del despacho. En su mano apareció algo que se asemejaba bastante a una pistola transparente de juguete.

—¡Maldita sea! —se lamentó de nuevo, y salió corriendo.

Caspar lo siguió. A medida que se apresuraban a través del vestíbulo, la luz que les rodeaba se hacía más clara. Sin embargo, no eran conscientes realmente de que fuera de allí sólo reinaba la oscuridad. De pronto, los rayos de luz de la lámpara brillaron con más intensidad. Era como si algo les hubiera impedido seguir iluminando más allá cerrándoles el paso. Ese «algo» empezaba a deslizarse lentamente hacia abajo, arrastrándose por delante del amplio ventanal de la entrada y del resto de las ventanas del edificio de la clínica Teufelsberg.

« La pared de aislamiento» .

Acababa de bajar hasta la mitad de la ventana cuando, de repente, se escuchó el grito de Sophia en el sótano.

00:43 horas

Los gemidos que manaban de sus labios en señal de pánico eran prácticamente insoportables, pero peor aún resultaba escuchar el silencio que restaba al cesar el grito inesperadamente. Era como si alguien le hubiera seccionado a Sophia las cuerdas vocales con unas tijeras.

Se apresuraron en bajar. Caspar corría pegado a Bachmann, que se había adelantado. Sus pies desnudos topaban contra los firmes escalones de piedra que descendían hasta el sótano de la mansión.

—¿Hay alguien ahí?

Yasmin se había quedado esperando arriba, pero su llamada temerosa no dejaba de repetirse formando cada vez un nuevo eco al pie de la escalera, en el estrecho pasillo que se extendía a ambos lados. Éste, en forma de tubo, quedaba cerrado a cada extremo por las puertas acristaladas de dos salidas de emergencia. Detrás de ellas, la pared de aislamiento había bajado hasta el final devorando los últimos milímetros de espacio que quedaban.

A continuación se oyó un fuerte crujido y los listones de la persiana fueron plegándose de nuevo como un abanico, esta vez hacia arriba, hasta que las persianas impidieron definitivamente la presencia de algún hueco que pudiera dejar pasar la luz.

—¡No puede ser! —Bachmann señaló en el suelo la huella ensangrentada de un pie. Ambos hombres continuaron corriendo y giraron a la derecha del pasillo hasta que se detuvieron al llegar a la penúltima puerta. En ella se leía un rótulo iluminado de color amarillo y negro: RAYOS X – PROHIBIDA LA ENTRADA.

Las pesadas botas de trabajo de Bachmann golpearon con fuerza la puerta de madera cubierta por una chapa metálica. El vigilante entró en la habitación tirándose completamente en medio de la sala especializada en Neurorradiología. Caspar lo siguió.

—¿Dónde están?

« ¡Rassfeld! ¡Sophia!» .

Las miradas inquietas de ambos hombres se encontraron por un momento cuando, uno enfrente del otro, giraron sobre sí mientras observaban con ojos rastreadores a su alrededor. Allí no había nadie, ni nada, salvo el enorme cristal de un espejo en el que se reflejaban sus caras cansadas. ¡El cristal!

El vigilante caminó hasta la pared y se dispuso a encender todos los interruptores de luz. Sus imágenes desaparecieron del espejo y pudieron

contemplar que tras el cristal, en medio de la oscuridad, había algo más.

« Las piernas. Los pies moviéndose una y otra vez sin parar» .

—¿Es ella? —preguntó Caspar de forma innecesaria.

El cuerpo elegante de Sophia se agitaba dentro del tubo del aparato de tomografía con tanta fuerza que parecía que estuviera recibiendo una descarga invisible de corriente de alta intensidad.

El vigilante salió corriendo de nuevo y Caspar fue detrás de él.

Los dos tuvieron que hacer un esfuerzo para no apartar la mirada de aquella imagen: las extremidades de la doctora, frágiles como eran, estaban atadas a unas tablas deslizantes.

Bachmann sacó a Sophia del tubo y observó que una de las correas de la mano ya se había aflojado como consecuencia de los movimientos espásticos de ella. A continuación, quiso liberarla de las fuertes tiras que Rassfeld había utilizado para sujetarle las piernas durante el examen médico. Sin embargo, el pie izquierdo de la mujer volvió a dar coces una y otra vez sin control en cuanto se vio suelto. Tal era la fuerza con que se movía que Caspar creía poder sentir en su cara el aire que dejaba tras de sí cada movimiento. Mientras esto ocurría, la mujer no dejaba de gemir y un olor a cobre viejo fue introduciéndose poco a poco en el ambiente. Caspar imaginó lo que vendría a continuación una vez mirara fijamente abajo. Sus sospechas se confirmaron.

—Aquí también hay sangre.

—¿Qué?

—Aquí.

Señaló en el suelo, justo delante de él. Varias gotas gruesas se alejaban de la zona donde estaba el aparato de tomografía. Dos de ellas se veían difuminadas, como si alguien hubiera pasado descalzo sobre ellas.

—De acuerdo, me quedaré junto a la doctora. —Bachmann se secó el sudor de su cabeza cuadrada—. Busca a Rassfeld y a Linus, y tráeme a los demás: Yasmin, el camillero y también la cocinera. Ahora necesitamos a cualquiera que...

Calló de repente.

—¿Qué te pasa?

—¿Oyes eso?

Caspar inclinó la cabeza hacia un lado.

« ¿Qué es?» .

Un nuevo ruido estremecedor fue el motivo de que los gemidos de Sophia dejaran de oírse. Caspar tuvo la sensación de que un hombre gigantesco se hallaba tensando algo similar a un cable justo encima de sus cabezas.

—¿Crees que se trata de...?

Caspar ya no quiso esperar a que Bachmann acabara la frase. Salió corriendo de la habitación en dirección al pasillo. Cuanto más se iba acercando a la ancha

puerta de aluminio, más parecía aumentar aquel sonido estridente.

« En efecto. Se trataba del ascensor» .

Caspar se detuvo delante del ascensor y observó el panel exterior iluminado. Alguien estaba subiendo desde el sótano.

00:47 horas

Al llegar al rellano de la escalera entre la primera y la segunda planta, sintió unas punzadas en el costado. Sin embargo, intentó por todos los medios resistir el dolor.

El ascensor se desplazaba hacia arriba con la velocidad de una tortuga. Aun así, Caspar no hubiera podido alcanzar la cabina si no hubiera hecho un *sprint* final en el último momento.

Ding dong.

Caspar llegó a la segunda planta y, al ver que se encendía el timbre de la puerta del ascensor, se escondió en un rincón de la escalera.

Lo había conseguido. Se sentía tan contento por haber ganado aquella carrera tan difícil que, por un instante, se olvidó hasta de su miedo. Pero cuando sus ojos vieron aparecer delante de él una luz que sobresalía a través de la ranura de las puertas de aluminio del ascensor, supo que muy pronto iba a hacer frente al Destructor de almas.

Se estremeció de nuevo. Las puertas se abrieron y lentamente empezó a visualizar el enorme espejo que había en la parte trasera de la cabina. Caspar tuvo que contenerse para no huir. Se cubrió la cara con los brazos en posición de defensa y entonces...

—¿Qué estás buscando aquí?

« ¡Nada! ».

Caspar se volvió con tanta rapidez que cualquiera hubiera retrocedido un paso inconscientemente al verlo. Pero Tom Schadeck se quedó impasible, sin parpadear ni una sola vez siquiera.

—¡Vamos! ¡Dime qué buscas!

Al parecer, el camillero se había cambiado de ropa. Poco antes, cuando se había llevado a Sophia en la silla de ruedas, aún llevaba puesto el albornoz. Ahora volvía a vestir unos vaqueros de color blanco y el suéter de cuello alto del día anterior. Daba la impresión de que acababa de lavarse el pelo.

—Lo mismo podría preguntarte y o a ti —le respondió Caspar—. ¿Eras tú el del ascensor?

—¿Qué?

El camillero observó a Caspar desde la cabina vacía.

—Quiero decir si...

Caspar intentó buscar la frase apropiada y, al hacerlo, se dio cuenta de lo

absurdas que debían de sonar sus palabras, y mucho más en el ascensor. Estaba allí, en medio del pasillo, descalzo, sin afeitarse y llevando solamente puestos los pantalones verde alpino del pijama y una camiseta descolorida. Era el más puro ejemplo de alguien que ha perdido el juicio y que no se ha tomado la pastilla que le tocaba la noche anterior.

—Da igual, ya te lo contaré más tarde. Antes tenemos que encontrar a Rassfeld.

—¿Rassfeld?

—Sí, ha desaparecido.

Caspar empezó a tiritar de frío. Miró sus pies desnudos y tuvo que reconocer su error: apenas podía sentirlos. El frío que le invadía no tenía nada que ver con la ropa que llevaba puesta; además, la calefacción siempre funcionaba bien en la clínica Teufelsberg. Sus temblores se debían a la corriente de aire que circulaba por sus huesos como si éstos fueran un conducto de aire helado.

—¿Y eso qué significa ahora?

Caspar miró abajo y se olvidó de responder. De nuevo, la mancha de sangre que había sobre el plástico brillante absorbió toda su atención.

—¡Oye, tú! ¡Que estoy hablando contigo! ¡Menudo psicópata!

Caspar dejó plantado a Tom en el ascensor y fue siguiendo la huella de color oxidado mientras bajaba por el pasillo. Después de veinte pasos largos, el pasillo giraba a la derecha.

Mientras Caspar escuchaba cómo la voz enfadada del camillero se iba alejando cada vez más detrás de él, empezó a notar que el frío aumentaba en cuanto dobló la esquina. A la vez que esto sucedía, oyó de nuevo un enorme ruido; sin embargo, esta vez no parecía tratarse de un sonido metálico de fondo, sino más bien del repicar de unos huesos. Fue entonces cuando lo vio.

La pared de aislamiento no había bloqueado del todo la puerta de emergencia que se hallaba al otro extremo del pasillo. Como una mosca que se olvida cada dos segundos de que delante de ella hay un cristal y se estampa una y otra vez contra él, la persiana también intentaba seguir su camino sin éxito. Una fina barra metálica le impedía bajar hasta el final los últimos dos centímetros que quedaban por delante del cristal roto de la puerta.

Caspar se volvió y quiso llamar a Tom, pero no tuvo que hacerlo porque el hombre ya se encontraba detrás de él. Lo acompañaba Bachmann, quien probablemente también había subido las escaleras corriendo en busca de ellos.

«¿Qué pasa con Sophia?», quiso saber Caspar, pero el vigilante se adelantó a su pregunta.

—¿Ha encontrado a Rassfeld?

—No, pero mirad eso.

Caspar señaló la barra de hierro con la que había topado la persiana exterior.

—Ha destrozado la ventana con esto.

—Y se ha herido con los cristales rotos.

Schadeck se agachó y, para comprobarlo, tocó una de las cuantiosas gotas de sangre que había allí también.

—Mierda.

El conductor de la ambulancia soltó la palabra que todos pensaban.

Por el modo en el que se extendía la mancha sólo podían llegar a una conclusión.

El Destructor de almas había salido de su habitación a través de la ventana y, una vez en el piso de abajo, había saltado hasta uno de los balcones. Él mismo había roto aquella puerta de emergencia y, después de colocar la barra para bloquear la puerta antes de que la persiana pudiera bajar hasta abajo del todo, había entrado deslizándose en el interior de la clínica. Luego había retirado la barra y, por fin, la persiana había bajado los dos últimos centímetros que quedaban hasta el final.

—¿Quiere eso decir que nosotros...?

—Sí —respondió Caspar a la pregunta incompleta de Bachmann.

—¡Entonces vuelve a subir la pared de aislamiento! ¡Deprisa! —le exigió Tom señalando la persiana después de que hubiera intentado inútilmente abrirla con ayuda de la barra.

—No.

El vigilante sacudió al cabeza.

—¿Cómo es posible? ¿Es que no lo ves? La sangre va de la ventana hacia dentro. El Destructor de almas no se ha quedado fuera, al contrario, lo hemos encerrado.

«Aquí. Con nosotros» .

—No —repitió Bachmann, y su voz pareció sonar tan resignada como lo estaba él mismo—. Es imposible —suspiró—. No puedo hacer subir la pared de aislamiento tan fácilmente.

01:12 horas.
Dos horas y veintiséis minutos
antes del miedo

Caspar sabía que los cristales de hielo que la tormenta acumulaba en aquel momento en el exterior de las ventanas bloqueadas de la clínica Teufelsberg, habían recorrido un largo camino hasta llegar allí. Más arriba, donde el frío alcanzaba los cincuenta bajo cero, minúsculas gotas de agua se habían congelado hasta formar una partícula de polvo. Al principio las partículas que había en las nubes apenas medían diez milímetros, por lo que, debido a su pequeñísima superficie, el calor producido por la fricción no bastaba para que pudieran fundirse. Hasta que las gotas no llegaban a alcanzar los tres mil metros de altura no mostraban su típica forma de estrella, cuando lograban atravesar una capa de aire de quince grados bajo cero, a la vez que el vapor de agua aumentaba y se iba congelando en el núcleo de condensación. Caspar también sabía que las seis puntas que componían cada una de las estrellas eran idénticas, a pesar de las turbulencias y de los diferentes ángulos de viento que las habían arrastrado al chocar mientras caían. A pesar de todo ello, desde que existía la humanidad nunca habían llegado al suelo dos cristales de hielo idénticos.

Cada una de ellas era un ejemplar único, un milagro de la naturaleza que ya estudiaban algunos filósofos como Aristóteles. Caspar podía recordar cada uno de estos hechos que le resultaban vacíos. Por el contrario, su propio origen era todo un misterio para él. ¿Cómo había podido llegar hasta aquella mansión? ¿Por qué conocía al hombre que poco antes había intentado matar a Sophia? ¿A quién había abandonado en algún lugar fuera de la clínica, a la vez que le había prometido ir en busca de ayuda? Caspar sintió un tirón en el pecho al percatarse de que la situación del exterior se había convertido en un reflejo de la que estaba viviendo allí.

Una pared de aislamiento era lo que le impedía escaparse de aquella prisión donde estaba para ir en busca de su hija, una niña que no tenía nombre.

—Bien, no sé qué tal estáis vosotros.

Caspar intentó concentrarse en el discurso del vigilante, que hablaba con tono forzado.

—La última vez que me levanté tan pronto en Navidad fue cuando le pedí a mis padres que me regalaran un Scalextric.

Bachmann quería contar un chiste a fin de eliminar la insoportable tensión,

pero su intención había fracasado. Ninguno de los allí presentes se rió, al contrario: cuatro pares de ojos lo miraron fijamente con desconfianza. Schadeck lo examinaba de modo despectivo mientras Caspar daba ya por hecho que a la cocinera le daría un ataque de llanto de un momento a otro. Incluso Yasmin había dejado atrás su apatía de siempre y ahora no dejaba de rascarse nerviosa las venas que sobresalían en sus muñecas.

—Déjalo ya, Bachi, y dinos sencillamente cuál es el plan —le exigió la enfermera.

—Tranquila, Yasmin. Por ahora aquí, en la biblioteca, estamos seguros.

Bachmann se sacó del bolsillo delantero de su mono unas gafas sin montura para leer y se las puso encima de su nariz porosa. Probablemente pensó que un aspecto más intelectual ayudaría a resaltar sus cualidades como «gestor de crisis». En realidad, el efecto que causaban las gafas en su cabeza rapada era el de un objeto tan fuera de lugar como un semáforo en medio de un desierto. Además, tampoco ayudaban a esconder la preocupación y los nervios del vigilante. A fin de controlar el temblor de los dedos, sus manos sudorosas se aferraron con más fuerza a los asideros de plástico de la silla de ruedas de Sophia, empujándola hacia delante unos centímetros.

—La biblioteca queda bien cerrada gracias a la puerta de madera de roble. Nadie puede entrar tan fácilmente, así que no hay ningún motivo para tener miedo.

—¿Que no hay ningún motivo para tener miedo? —le imitó la enfermera, y a continuación lanzó una risa irónica—. La doctora Dorn está en estado vegetativo, Rassfeld ha desaparecido y yo he tenido que encerrar a los pacientes arriba, en sus habitaciones, porque un psicópata sanguinario se pasea por la clínica fuera de sí. Me diréis que estoy montando un gran drama de todo esto, pero si no hay motivo para estar nerviosa, me pregunto por qué hemos montado una barricada.

La mirada furiosa de Yasmin examinó lo que había alrededor como si se tratara de los rayos infrarrojos invisibles de un sistema de alarma. La sala en la que todos estaban reunidos servía en principio como comedor de la clínica. De hecho, todos los pacientes que estaban en condiciones de comer lo hacían en aquella planta baja. A pesar de ello, contaba con unas estanterías repletas de escaleras de biblioteca de varios metros de altura que llegaban hasta el mismo techo. Ello hacía que aquel lugar se pareciera más a la sala de fumadores de un club de caballeros, motivo por el cual todos la conocían como la «biblioteca». Cada rincón de aquella sala invitaba a no marcharse. Quien lo deseaba podía ponerse cómodo sentándose en un sofá tapizado o en sillas con funda de color crema, si bien la mayoría de los pacientes y las personas que iban a visitarlos preferían hacerlo en el sillón de orejas con forma de rayas que había delante de la chimenea. Ahora todos se hallaban delante de una mesa de madera robusta, tan amplia que bien podría tratarse de una reproducción exacta de la que se usó

en la Santa Cena.

—¿De qué psicópata sanguinario estáis hablando?

La cocinera pidió la palabra. Sybille Patzwalk se había tomado un somnífero, y se había quedado dormida mientras ocurría todo aquel alboroto. Hasta aquel instante nadie le había explicado aún por qué motivo la habían sacado de su cama en mitad de la noche empujándola y haciéndole ir corriendo hacia la biblioteca, encima en camisón y sin maquillar. Su pregunta también fue ignorada en aquel momento tan pronto como Schadeck cogió el hilo de la conversación:

—Todavía no lo entiendo. ¿Por qué no podemos subir la pared de aislamiento y, así, ir a buscar ayuda?

Tom caminó paso a paso con sus pesados zapatos hasta el otro extremo de la habitación. Durante los días de calor las dos hojas acristaladas de las puertas se abrían al jardín. Ahora, las persianas de color gris ceniza de la pared de aislamiento les impedían ver la zona de aparcamiento cubierta de nieve.

Bachmann carraspeó y buscó instintivamente a tientas en el bolsillo de su pantalón la pistola que había cogido momentos antes de su oficina. En realidad, sólo estaba cargada con munición de nueve milímetros. Sin embargo, el vigilante se había asegurado de que ésta pudiera dispararse desde muy cerca, a pesar de que pudiera causar heridas mortales.

—No conozco el código.

—¿Qué? Pensaba que sólo tenías que tirar hacia arriba de una palanca.

Caspar se dio cuenta entonces de que, al parecer, Tom tuteaba a todas las personas con quienes hablaba.

—Sí. Funciona rápido a la hora de bajarla para evitar que, por ejemplo, se escape alguien que tenga intención de suicidarse. Pero hacer que suba de nuevo es otra cosa. Se trata de que el paciente no pueda escaparse por su propio pie antes de que se le administren los tranquilizantes. Por eso mismo hay que desactivar el código.

—¿Y tú no lo tienes? ¡Eso infringe probablemente cualquier ley sobre la protección contra incendios!

Schadeck clavó estupefacto la mirada en el vigilante.

—Naturalmente que existe un plan de emergencia. Por motivos de seguridad incluso hay dos médicos en cada turno que deben saber la combinación actual. Es sólo que... —Bachmann se aclaró la voz de nuevo—. Uno de ellos ha desaparecido y el otro es incapaz de reaccionar.

Caspar dirigió su mirada hacia Sophia, quien tenía la cabeza echada a un lado. Parecía estar sumida en un sueño eterno sin imágenes.

—Pero ¿y qué importa cuándo se despierte? ¿Qué vamos a conseguir con el código? —preguntó Bachmann—. Ahí afuera está cayendo la tormenta del siglo.

—¿Quiere decir eso que estamos atrapados? —preguntó Yasmín.

—Sólo durante seis horas. Luego llegará el turno de la mañana. Nuestros

compañeros irán en busca de ayuda cuando se den cuenta de que algo no va bien aquí dentro.

—Un plan pésimo —dijo Schadeck, y negó enérgicamente con la cabeza—. Deberíamos salir fuera y encargarnos de ese loco. Al fin y al cabo tiene a nuestro jefe en su poder.

—También a Linus —añadió Yasmín.

—¿Linus? —preguntó Caspar.

Pensó en el músico y se apoderó de él la extraña sensación de que aún había algo más que echaba de menos.

—Sí, no estaba en su habitación cuando he ido a encerrarle. Al contrario de Greta, que estaba felizmente durmiendo.

Yasmín lanzó una mirada furiosa a Caspar para recordarle una vez más que a ella no le parecía bien que estuviera allí con ellos. El amnésico se negaba a quedarse solo en su habitación; al fin y al cabo, Bachmann le había dado permiso para unirse al grupo. Probablemente había hecho esto, porque si el vigilante quería seguir siendo el portavoz aquella noche, necesitaba contar con un hombre que representara todo lo contrario de lo que era Schadeck.

—Muy bien. Rassfeld y Linus han desaparecido —dijo Bachmann—. Pero si salimos ahora en su búsqueda serviremos de diana al Destructor de almas.

—¿El Destructor de almas?

La cocinera dio un respingo y, temblando de frío, puso los brazos en cruz para tapar sus voluminosos pechos, que se dibujaban bajo el camisón. A pesar de preguntar una y otra vez, no daba la impresión de que realmente la mujer quisiera que le explicaran algo acerca de los horribles hechos que habían acontecido en la clínica. Caspar sintió que cada vez se le hacía más difícil ver a Sophia sentada en aquella silla de ruedas.

—¿Quiere eso decir que...?

—Me temo que sí.

Bachmann se encogió de hombros y respiró fuertemente. Luego cogió al azar uno de los diarios que había sobre la pesada mesita del sofá que se hallaba delante de la chimenea decorada con adornos navideños. No tuvo que hojear muchas páginas para encontrar lo que buscaba.

—Aquí está: « Tres mujeres. Todas eran jóvenes, atractivas y se encontraban en el mejor momento de su vida» .

« Como Sophia », añadió Caspar pensando en voz baja mientras se inclinaba sobre la mesa como el resto para ver las fotos de las víctimas.

—« Todas fueron secuestradas, una detrás de otra, y aparecieron de la nada unos días después. Sin heridas visibles, pero totalmente destrozadas interiormente. Nadie sabe qué hace el asesino con ellas ni a qué tipo de tortura psicológica las expone» . Pero ahora echadle un vistazo a esta foto.

Señaló con el dedo una imagen en blanco y negro que había en el periódico y

que estaba firmada por Vanessa Strassmann. Era la primera víctima del asesino, que había fallecido aquel mismo día.

—Tiene la misma expresión apática que muestra la doctora Dorn.

—¿Y suponéis que ha sido Bruck quien lo ha hecho? ¡Ni soñarlo!

Todas las miradas se dirigieron a Schadeck, quien se había dejado caer de espaldas sobre la mesa con las piernas cruzadas. Si los hechos le preocupaban de verdad sabía disimularlo muy bien. Sus labios delgados incluso mostraron el deje de una sonrisa.

—¿Por qué no?

Bachmann tosió nervioso sobre su puño.

—Cuando entré en el motel, Bruck se hallaba en medio de un charco de vodka junto a su cama. Es un alcohólico, un vagabundo. El encargado quería echarle de su establecimiento antes de las fiestas. No es nada fuera de lo normal. Antes de la Navidad nos convertimos en algo así como « recogedores de basura humana » .

La sonrisa se ensanchó aún más en los labios de Schadeck, pero el vigilante negó con la cabeza.

—Esto no tiene sentido. El profesor Rassfeld se refería a él como « doctor Jonathan Bruck », e incluso la doctora Dorn parecía conocerle.

—Pues menudos colegas de trabajo tienen estos doctores —se burló Schadeck—. Admito que yo tampoco entiendo nada de esto. ¿Qué hacía Bruck borracho en ese motel? ¿Por qué se clavó un cuchillo en el cuello? ¿Por qué huyó en un primer momento y luego regresó?

El vigilante dibujó con su carnoso dedo índice un signo de interrogación en el aire.

—No tengo ni idea, pero de una cosa estoy seguro: la doctora Dorn es la cuarta víctima del Destructor de almas.

Caspar se figuró lo que vendría a continuación. Pese a que nadie deseaba oírlo, Bachmann iba a concluir su exposición acusatoria dándoles una prueba convincente.

—Se encontró una nota con cada una de las mujeres. —Sacó algo de su bolsillo—. Una como ésta.

El vigilante se la dio a Schadeck

—« Es la verdad, aunque el nombre engaña » —leyó en voz alta.

—Sí. Es un acertijo.

—Se le cayó antes a Sophia de la mano, cuando la encontré en la bañera —añadió Caspar.

—¡Dios mío!

La voz de Sybille sonó como si tuviera un nudo en la garganta. Probablemente había visto el mismo programa que Caspar había sintonizado la tarde anterior en la habitación de Greta. La mujer se iba secando las lágrimas que le corrían por las mejillas enrojecidas. Caspar observó con sorpresa cómo

ésta se arrodillaba delante de la silla de ruedas.

—Pobrecilla —sollozó cogiéndole la mano impávida a Sophia—. Precisamente ella. ¿Por qué?

—Sí, ¿qué quiere de nosotros? —preguntó Yasmín.

—De nosotros no quiere nada en absoluto.

Las palabras que susurró Caspar captaron repentinamente la atención del resto de los que había en la sala. Dio un par de golpecitos con dos dedos al periódico que aún seguía abierto delante de ellos en la mesa del comedor y carraspeó.

—Aquí dice que las víctimas no responden a ningún estímulo exterior. No muestran ningún tipo de reacción, no articulan ni una palabra. El caso de la doctora Dorn es diferente: hace un momento temblaba e incluso la hemos oído gritar. Además, Rassfeld comprobó también que existía un reflejo de las pupilas. Es algo que, según esta noticia, prácticamente no se daba en las otras mujeres.

—¿Así que puede que no se trate del Destructor de almas, sino de un simple accidente? —quiso saber Sybille esperanzada.

—No, tan sólo significa que el Destructor de almas no ha terminado su trabajo todavía. Linus le ha interrumpido. Diría que quiere quitarnos de en medio para estar de nuevo a solas con Sophia. Por eso ha vuelto, para acabar lo que ha empezado, sea lo que sea.

Caspar se sorprendió de lo fuerte que se había mostrado mientras explicaba a los demás con voz tranquila su terrible sospecha. Si estaba en lo cierto y esa noche no eran capaces de proteger a Sophia del Destructor de almas, él también podría perder algo más que el código para salir de aquella prisión en la que ellos mismos se habían encerrado. Nunca podría saber qué había descubierto la doctora acerca de su identidad, y de la de su hija.

« Todavía tengo que asegurarme primero » .

De repente, como si Sophia hubiera deseado aplaudir los temerosos pensamientos de Caspar, las piezas metálicas de la silla de ruedas donde estaba sentada empezaron a repicar bajo su cuerpo mientras ella se estremecía impetuosamente.

Fue entonces cuando aquel inquietante aplauso coincidió con un hecho aún más conmovedor: Sophia separó los labios y empezó a hablar.

01:22 horas

«Nopor». Sólo una palabra, tan breve como incomprensible. Posiblemente podía haber dicho también «Sopor» o «Ropor». No había podido entenderla. El resto de los allí presentes, que compartían su suerte en contra de su voluntad, miraban en corro desconcertados. Caspar se arrodilló junto a Sophia y le tocó la cara suavemente. Ella respondió a aquella cautelosa toma de contacto apretando su barbilla contra la palma de la mano de él. A continuación, separó los labios deshidratados que estaban pegados por encima de los incisivos.

—¿Doctora Dorn?

Por primera vez en mucho tiempo parecía que Sophia podía escuchar la voz de Caspar. Sin embargo, no estaba muy seguro de si aquello era motivo para alegrarse. En los pacientes en coma cualquier reacción era como una piedra miliaria en el camino de la curación.

¿Y si sólo se trata de una pequeña sacudida, de la última llama que lucha por seguir viviendo?

—¿Puede oírme? —preguntó él silenciosamente.

El globo ocular se movía lentamente de un lado a otro bajo los párpados cerrados de Sophia como si fuera una cucaracha bajo una sábana ajustada.

Bachmann se acercó a Caspar con la cara preocupada.

—Tiene frío —manifestó éste.

Alguno de los que se encontraban allí, probablemente Yasmín, había traído la bata médica de Sophia para ponérsela por encima del fino camisón, pero a pesar de ello seguía temblando. El vigilante asintió sin decir palabra y se apartó otra vez a un lado.

—¿Has entendido lo que quería decirnos? —le preguntó Schadek directamente al oído. Caspar no había visto que el camillero se había arrodillado de repente a su lado.

—No, era...

Se sobresaltó y estuvo a punto de perder el equilibrio.

Sophia había vuelto la cabeza súbitamente hacia él, como el cliente de un bar que lleva mirando todo el tiempo su copa hasta que, de pronto, se vuelve repentinamente para entablar conversación con su compañero de barra.

«¿Qué querrá decirme?».

Caspar arrugó las cejas al tiempo que miraba fijamente los ojos de Sophia, que, por primera vez desde el incidente ocurrido en la habitación de Bruck,

mostraban interés en algo más: en él mismo. Su mirada, que había estado tan vacía hasta entonces, se había intensificado, como si quisiera concentrarse en clavar un clavo en una pared.

—¿Sophia? —preguntó Caspar otra vez en voz baja.

Tom movió su mano a uno y otro lado de la cara de la mujer, como si imitara un limpiaparabrisas, a fin de llamar su atención.

—Sop... nnnn... soootopoor... —dijo la doctora con voz ronca y profunda.

Sus palabras sonaron tan incomprensibles como las que había pronunciado antes.

Un sentimiento de irrealidad se apoderó de Caspar durante un momento. Le había invadido una extraña sensación. Aquellos sonidos misteriosos que salían de la boca de Sophia llegaban directamente hasta su cara convertidos en humo, que, además, desprendía olor a madera de abedul. Entonces, vio el reflejo de las llamas en las pupilas de ella. Bachmann había encendido el fuego.

—Buena idea.

Caspar se levantó, asintió en dirección al vigilante para agradecerse lo y empujó la silla de ruedas hasta ponerla delante de la chimenea. Yasmin, que entretanto había encontrado una colcha de color marrón, la extendió cuidadosamente sobre los hombros de Sophia. Mientras lo hacía entonó en voz baja una triste melodía que, curiosamente, a Caspar le era familiar. No sabía exactamente de quién era aquella canción, sin embargo hubiera podido cantarla con la chica porque conocía la letra de memoria.

*Yesterday I got so old
I felt like I could die
Yesterday I got so old
It made me want to cry*

La canción pareció tener un efecto tranquilizante en Sophia, que no cerró los ojos.

—Esperemos que no le duela nada —dijo Yasmin, y siguió cantando en silencio.

*Go on go on
Just walk away
Go on go on
Your choice is made*

La escena se iba transformando cada vez en algo más irreal. La enfermera que cantaba una canción, el fuego encendido, la repisa de la chimenea decorada

con ramas de abeto y bolas de Navidad de color verde oscuro y, delante, la mujer envuelta con varias colchas. De pronto parecía reinar una paz infinita, y eso era justamente lo que le causaba a Caspar una mayor sensación de amenaza.

Acarició los labios secos de Sophia cuidadosamente con la yema de sus dedos.

—Está deshidratada —constató.

—Pero aquí no tenemos agua —dijo la cocinera con voz clara.

Por lo pronto, al menos se habían secado sus lágrimas y parecía que había conseguido dominarse. Posiblemente se trataba sólo de una simple reacción mecánica, como la de las personas que sufren una conmoción tras un accidente.

—El agua tampoco serviría de nada. Apenas está en condiciones de beber por sí misma.

—Necesitará goteo intravenoso —sugirió Yasmín.

—Eso parece razonable —asintió Tom—. Mejor si es suero de electrolitos.

—No sé. —Bachmann se frotó la coronilla calva por detrás con preocupación—. ¿Es realmente necesario?

—Ni idea, es difícil saberlo mientras no sepamos lo que le ha hecho Bruck — Caspar le tocó la frente a Sophia—. La solución salina fisiológica no le iría mal, pero si lo que padece es un choque tóxico deberíamos darle cortisona enseguida.

—No, creo que no deberíamos correr ningún riesgo.

Bachmann se frotó nervioso los ojos bajo las gafas.

—De momento es mejor quedarnos aquí y esperar.

—Qué estupidez —dijo Schadeck—. No pienso esconderme como si fuera un marica cobarde.

Caspar detectó que el vigilante se alteraba de un modo imperceptible, como si aquellas groseras palabras le hubieran ofendido. Posiblemente había sido así. Las gafas para leer, sus intentos por querer expresarse con propiedad ante los demás, las alusiones indirectas a los problemas de su matrimonio: todo ello apuntaba a que no era un hombre limpio. Era alguien que probablemente se negaba a sí mismo.

Schadeck dio un paso en dirección a Bachmann.

—Ten cuidado, voy a contarte primero lo que aprendí de mi padre. Era boxeador.

—Ya me imagino por dónde va.

—Espera y verás. Mi padre no perdió nunca una pelea, ¿y sabes por qué?

—No. Pero ¿cree que ahora es el mejor momento para contar anécdotas?

—Porque siempre se buscaba enemigos más débiles —contestó Schadeck ignorando la pregunta que Bachmann le había dado como respuesta—. La mayoría de las veces las peleas eran con mi madre. —Tom se rió como cuando alguien vuelve a aumentar la tensión poco antes de llegar al punto culminante de su relato—. Una vez, cuando yo tenía doce años, se pasó de la raya. Creía que al

puré de patata le faltaba sal; así que se fue hasta la mesa de la cocina, cogió a mi madre por la cabeza y jugó a echar un pulso con ella. ¡Claaaac! —Schadeck bajó el brazo imitando el movimiento hacia abajo—. Crujió de tal manera que verdaderamente pensé que mi madre nunca más volvería a levantar la cabeza. El puré de patata salpicó por toda la cocina. Yo estaba a dos metros del fregadero y aun así tenía el pelo lleno de cosas amarillas. —La sonrisa burlona de Schadeck se disipó—. Entonces miré a mi madre: le sangraba la nariz. La sangre resbalaba hasta el plato, donde absorbía el resto del puré que quedaba. No sé qué estaba hecho más añicos, si aquel plato o su mandíbula. Mi padre no hacía más que reír y decir que ella estaba exagerando, que ahora el puré ya tenía sal. Luego me mandó a por la guía de teléfonos, como siempre, para buscar la dirección de algún hospital en el que todavía no hubiéramos estado. —Schadeck miró a su alrededor—. Ya sabéis por qué, es por esas preguntas estúpidas que suelen hacer cuando una mujer es víctima de dos accidentes seguidos.

—De acuerdo, es una auténtica tragedia —reaccionó Bachmann—. Pero ¿qué tiene eso que ver con nuestra situación aquí?

—Aquella noche me juré que nunca más iba a quedarme impasible ante una cosa así. En fin, éramos solamente unos niños, pero éramos cuatro contando a mi madre. Y mi padre estaba solo, ¿entendéis lo que digo?

—¿Qué hicieron? —preguntó Sybille en voz baja.

—Todos tenemos un oscuro secreto —sonrió Schadeck con ironía, dirigiendo repentinamente su mirada hacia Caspar.

—Una bonita historia —dijo Bachmann—. Sin embargo, deberíamos esperar a que mañana...

De pronto todos miraron nerviosos hacia el techo, y el vigilante se vio interrumpido.

—... a que mañana, el turno de la mañana... Maldita sea, ¿qué es eso?

Caspar lo había oído ahora también. Era un ruido ensordecedor que entraba a través de una cajita de plástico que había en el techo. Al contrario de lo que él había pensado hasta entonces, no se trataba de un detector de humos. El silbido que se escuchaba iba acompañado por un ruido metálico, por lo que resultaba más imposible de entender que los lamentos de Sophia. Sonaba como si alguien hubiera estado imitando el sonido de una máquina de café que está a punto de dejar de funcionar.

—¿De dónde viene? —preguntó Schadeck.

—Del interfono de la clínica. Tenemos un altavoz en cada habitación abierta al público.

—¡Por el amor de Dios! ¿creéis que es el...? —gritó la cocinera, y Caspar asintió de manera reflexiva.

Por supuesto que lo era. Tenía las cuerdas vocales heridas, y así sonaba la voz de alguien que se las ha desgarrado con un cuchillo.

—El Destructor de almas está hablando con nosotros —dijo Yasmín chillando cada vez más.

—¡Ssssh, ahora callaos de una vez! —Schadeck hizo un gesto con la mano, se subió encima de una de las sillas tapadas con una funda que había allí e inclinó la cabeza—. Se oye algo más —dijo finalmente. Miró al resto que se hallaba abajo—. De fondo.

«Maldita sea. Yo también lo estoy escuchando ahora», pensó Caspar, y de repente no pudo evitar que le entraran náuseas. En ese momento supo que se había olvidado de alguien durante todo aquel tiempo de confusión. Sus gemidos atormentados resonaban cada vez con más claridad a través del interfono.

Momentos antes se había sentado muy cerca de él, y sin embargo no había sido capaz de reconocerlo. Ahora que sus ladridos atravesaban el altavoz desde la lejanía hasta llegar hasta él como si fuera un perfecto desconocido, sí que estaba seguro de lo que significaba. Caspar ya había oído una vez aquellos sonidos frutos de la tortura. Pero entonces no provenían de un altavoz, sino de un coche accidentado lleno de abolladuras que se hallaba aparcado en el exterior de un mercado al aire libre. Caspar cerró los ojos y el aullido se escuchó más fuerte aún.

«Era verano de nuevo y la luz del sol se reflejaba con tanta intensidad sobre el coche de desguace plateado que, al mirar hacia allí, no tuvo más remedio que taparse los ojos con la mano. Le habían robado las cuatro ruedas; lo que había quedado humildemente de aquella berlina demolida se aguantaba ahora sobre las llantas. Habían destrozado todo lo que habían podido: los faros, las lunas traseras, el limpiaparabrisas, los cristales laterales, incluso el maletero. Era como si alguien hubiera dejado caer un frigorífico sobre ella. Caspar escuchó de fondo una algarabía de palabras extranjeras: una mujer joven que reía felizmente porque había hecho un buen negocio y el sonido constante del claxon proveniente de las furgonetas de reparto. Dos niños cubiertos de barro hasta las orejas que se hallaban jugando junto al bordillo se hicieron a un lado cuando vieron que él se les acercaba. Quería echarle un vistazo a la gruesa correa que unía la tapa del maletero con el parachoques. Prendió fuego con su encendedor a aquel cordón y el maletero se abrió hacia arriba. Entonces vio con horror cómo la muerte se reflejaba en su cara: eran cuatro perros, todos cachorros; deshidratados, muertos de sed, calcinados por dentro. Fuera rondaban los treinta grados de temperatura y en el maletero debía de hacer, como mínimo, el doble de calor. Habían fallecido de una muerte lenta y cruel. Todos, a excepción de uno, al que le habían sacado el ojo izquierdo».

Aquel cachorro era el que ahora todos conocían allí como *Mr. Ed*. Sus gemidos llenos de dolor se escuchaban en ese instante por toda la clínica como lo había hecho hace tiempo, minutos antes de que lo sacaran casualmente del maletero.

01:31 horas

La oscuridad parecía ejercer sobre él un efecto aclarador, casi purificador. Caspar podía escuchar, oler y sentir el entorno invisible por el que avanzaban lentamente desde hacía unos segundos, tan intensamente como si la sala de la recepción hubiera estado iluminada por una luz antiniebla delantera. El Destructor de almas había destrozado toda la iluminación de la planta baja.

—Mantente a la izquierda —susurró Schadeck, que caminaba muy cerca detrás de él, cuando se dio cuenta de que el sonido distorsionado del aullido dejaba de sonar sobre sus cabezas por un momento.

El camillero había insistido en acompañarle hasta la farmacia de la clínica.

—¿Es cierto lo que dice Yazzie? ¿Te desmayaste?

Caminaban a tientas mientras avanzaban con cautela, apoyando todo el rato una mano en la pared pintada para no desorientarse en la oscuridad. Caspar no sabía qué era lo que más le sorprendía: si el hecho de que Tom quisiera aprovechar su escalofriante huida de la biblioteca para, al parecer, tener una pequeña charla con él, o que el chico ya empezara a referirse a aquella enfermera indiscreta con un apodo cariñoso.

—Fallo repentino de la memoria, amnesia, pérdida de conocimiento. De algún modo encaja con toda la situación que estamos viviendo ahora, ¿no crees? —Schadeck soltó una breve carcajada—. No importa. Sólo espero que ese perturbado no esté en posesión de algún instrumento para poder ver en la oscuridad, si no ya podemos olvidarnos de nuestro fantástico plan.

«Iremos a buscar rápidamente lo que necesita la doctora, averiguaremos dónde está *Mr. Ed* y luego apagaremos ese maldito altavoz», le había explicado Caspar al vigilante. Bachmann había asentido de mala gana cuando se marcharon, no sin antes advertirles del peligro que corrían.

«Por el despacho de Rassfeld se entra directamente a la farmacia de la clínica. Además, encima de su mesa está uno de los dos micrófonos del interfono. Así que tenéis un cincuenta por ciento de posibilidades de que Bruckos esté esperando allí».

Caspar siguió avanzando lentamente y casi estuvo a punto de chocar contra uno de los dispensadores de agua. Si no le fallaba la memoria, la caja de plástico se encontraba muy cerca de adonde se dirigían: dos puertas más allá.

Los aullidos se oían con menos fuerza desde el lugar en que se encontraban ahora, y a que se iban alejando del altavoz de la sala de recepción.

A pesar de ello, Caspar podía ver cada vez con más claridad la imagen de un animal asfixiándose dentro de un maletero sobrecalentado por el sol.

—Mira.

Caspar sintió como de repente Tom dejaba caer su pesado brazo sobre su hombro.

—¿Qué?

—Eso de ahí, qué va a ser.

« Bien. Así que él también lo ve » .

La primera vez que Caspar había visto la luz roja intermitente pensó que se trataba de una alucinación, un reflejo que aparece cuando se aprietan los párpados con fuerza en la oscuridad. Pero aparentemente era real. Bajo la ranura de la puerta del despacho de Rassfeld brillaba de manera intermitente un diminuto punto rojo. Era como si alguien estuviera echado en el suelo intentando enviar por debajo de la puerta, hacia afuera, un mensaje en morse con ayuda del indicador luminoso de un mando a distancia.

—Eso no estaba allí antes, ¿verdad? —preguntó Tom.

Caspar asintió sin darse cuenta de que Schadeck no podía ver en la oscuridad su reacción mediante aquel gesto.

—¿Y ahora qué? —quiso saber él, y no tardó en imaginar cuál sería la respuesta del camillero.

—¿Cómo que qué? Vamos a entrar ahí, claro.

01:33 horas

No era un mando a distancia, ni tampoco se trataba de una linterna ni de señales en morse. Durante los primeros segundos de reacción, Caspar no dudó en pensar que podía tratarse de una bomba con un dispositivo intermitente que estaba a punto de explotar en la mesa de Rassfeld, pero entonces identificó aquel objeto inofensivo.

—¡Maldito cabrón! —gritó Schadeck, y fue a encender el interruptor de la luz que había junto a la puerta, olvidándose de tomar la más simple medida de precaución.

Los ojos de Caspar enseguida se acostumbraron a la luz deslumbrante que provenía del foco del techo, y que iluminaba el despacho del director de la clínica. Era un lugar espacioso y austero a la vez; sin embargo, a excepción de un montón de expedientes de pacientes, torres de libros que se tambaleaban a los lados, una caja de pizza vacía y dos estanterías repletas sin remedio, parecía no haber nada más fuera de lo normal. En cualquier caso, no había nada que tuviera vida. Salvo ellos, no había nadie, ni Rassfeld ni el Destructor de almas.

—Está jugando con nosotros. —Schadeck había cogido el magnetófono que se hallaba junto al micrófono, cuyo indicador luminoso brillaba cada vez que el aleatorio seleccionaba una de las muchas grabaciones para reproducirlas—. Toma... —le pasó el aparato a Caspar—. Debe de haber grabado toda esa porquería en una cinta mientras torturaba al perro.

Caspar examinó el magnetófono: era del tamaño de un móvil. Sin pensarlo, pulsó uno de los botones y la tortura de *Mr. Ed* cesó. Se sintió mareado y tuvo que apoyarse con ambas manos en la mesa del despacho: al hacerlo, el magnetófono cayó al suelo.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Schadeck.

—Yo... —Caspar titubeó. No sabía qué contestar, pero finalmente decidió decir la verdad—. No lo sé.

No conocía aquella sala, no había estado nunca allí. Y sin embargo todo le era familiar, como si ya lo hubiera visto alguna vez. El despacho del director contaba también con una chimenea, al igual que la mayoría de las habitaciones grandes de la mansión. Sobre ella colgaban un gran número de diplomas enmarcados y algunas fotografías de familia, que a Caspar le resultaban cercanas y extrañas al mismo tiempo. Quiso dar un paso hasta la chimenea, respiró profundamente... y entonces llegó el momento sin esperarlo.

Sucedió sin que le avisaran: de repente sintió su cabeza como si un guardavía hubiera hecho un cambio de agujas en una vía apartada de su memoria. El tren de los recuerdos llegaba rápido, demasiado para aquellas vías abandonadas que alimentaban su consciencia. Lo último con lo que contaba era que algún día podría llegar a pensar con claridad. Pero entonces, la locomotora empezó a aminorar la marcha, y su chimenea empezó a emitir un humo espeso que desprendía un olor a papel quemado. Salía hacia arriba, y se alejaba cada vez más del abismo de su sepultada memoria a largo plazo. Entonces, ese mismo humo acabó tomando forma ante los ojos de Caspar.

« ¡La mesa del despacho! Se veía a sí mismo sentado en aquella mesa. Con un magnetófono en la mano similar al que Tom le acababa de dar.

» —Podemos empezar. Su hija ya está lista —escuchó cómo le decía la voz de una mujer desde un interfono. Se vio a sí mismo levantándose, poniendo bien la silla delante de la mesa y echando un último vistazo a la foto del expediente que iba a cerrar de golpe. Era la foto de una niña con rizos rubios. ¿Su hija, quizá?

» —Lo hemos preparado todo, señor...» .

—¡Oye, tú, baja de las nubes!

—¿Qué? ¿Cómo...? Aaah... Sí. Estoy bien —tartamudeó Caspar, poco convencido.

El interfono dejó de sonar en su oído.

Tom lo miró con desconfianza.

—¿Acabas de recordar algo?

—No, y o... Sólo estoy un poco nervioso, eso es todo.

Tenía que comprender a qué se debía el lento retorno de su memoria. No quería confundir a nadie más, y menos a un hombre que, de manera inconsciente, le transmitía un sentimiento de hostilidad.

—¿No será que estás ocultando algo? —preguntó Schadeck

—No.

—Sí, sí lo haces.

Caspar no pretendía embarcarse en una pelea de gallos y empujó a Schadeck a la vez que se abría paso hasta la puerta del despacho de Rassfeld que conectaba a la farmacia de la clínica. Estaba cerrada, pero Bachmann le había dado una llave.

La habitación en la que entraron no tenía ventanas y, nada más pisarla, un detector de movimientos activó automáticamente la luz del techo. Confuso, se quedó de pie delante de las vitrinas y los estantes metálicos en los que se guardaban los medicamentos.

—Aquí está todo lo que necesitamos.

Schadeck, que le había seguido hasta allí, abrió una nevera cuya puerta era de vidrio transparente. Sacó dos bolsas de suero fisiológico y empezó a agitarlas

como si estuviera haciendo un cóctel. Entonces, intentó continuar con la discusión que había quedado interrumpida unos segundos antes.

—Apostaría, sin ir más lejos, a que los dos trabajamos en el mismo sector.

—¿Por qué?

—¿Suerdo, deshidratación, cortisona? —enumeró el conductor de ambulancias mientras buscaba agujas hipotérmicas y tiritas en un armario de puertas correderas—. Ésas fueron tus palabras. Así que, una de dos, eres hipocondríaco o bien tu profesión también te obliga a leer prospectos médicos. Además, se ve que tienes bastante práctica en eso.

—¿En qué?

—Bueno, sólo hay que ver cómo tratas a la chica y le tomas el pulso. Venga, me apuesto lo que quieras a que ya has puesto un catéter alguna vez.

Schadeck se guardó en el bolsillo unas cuantas agujas soldadas al tiempo que se volvía hacia Caspar.

—Que sepas que te tengo el ojo echado. Sé lo del video de vigilancia.

—¿Qué video? —preguntó Caspar, aunque ya se figuraba a qué se refería Schadeck

—Estuviste merodeando por la entrada y subiste con tu perro hasta la carretera en cuanto nuestro queridito Bachmann salió del recinto con el viejo. Eso me demuestra que no estás aquí por casualidad. Te proponías algo.

—Ah, claro. ¿Y todo eso te lo ha contado «Yazzie»? —preguntó Caspar, y le dio rabia que sus palabras no llegaran a sonar de algún modo más aburridas. Pero en ese momento estaba demasiado tenso y, lo que era aún peor, no podía desmentir ni confirmar nada de lo que se le imputaba.

—Claro, y a ella se lo dijo Bachmann.

—Una fuente de información fantástica.

Caspar miró su muñeca, pero no llevaba reloj.

—Dejemos ya de perder más tiempo. Deberíamos apresurarnos para volver. ¿Ya sabes por qué el Destructor de almas puso aquí el magnetófono?

—¡Para hacernos salir de nuestro escondite!

Tom se volvió hacia él.

—Correcto.

De repente se oyó cómo se cerraba de golpe una puerta cerca de la biblioteca. Era como si alguien o algo hubiera querido dar fe de aquellas palabras. A continuación, los gritos agudos de la cocinera se escucharon al fondo del pasillo.

01:37 horas

Regresaron de nuevo por el pasillo sin detenerse. Caspar tenía la impresión de que se hallaba en un túnel oscuro donde, al fondo, una lámpara de minero les hacía de guía mientras se balanceaba de un lado a otro. Si bien antes la entrada principal que acababan de volver a cruzar había intentado engullirlos como si se tratase de un agujero negro, esta vez eran capaces de orientarse mediante un fino haz de luz. Sin embargo, resultaba extraño ver una señal como aquella indicándoles el camino. Pensaba que la puerta de la biblioteca aún estaba cerrada.

—Cuidado —advirtió Caspar cuando vio que se acercaban a un punto del camino en el que el pasillo giraba a la derecha, en dirección a la biblioteca, hacia la luz.

«¿Por qué motivo habrá hecho eso Bachmann? ¿Por qué habrá abierto la puerta?» .

Sybille Patzwalk había dejado de gritar y Caspar temía que eso no fuera una buena señal. Para gritar era necesario poder respirar, y uno sólo podía sentir dolor si la sangre circulaba bien por el cerebro. Se avergonzó de sí mismo al pensar que había deseado vilmente poder escuchar otra vez el suspiro de agonía de la cocinera. Entonces, ambos doblaron la esquina y se dieron cuenta de su error. La puerta estaba cerrada; la luz no provenía de la biblioteca, sino de una pequeña habitación oblicua que había enfrente.

—Es una trampa —susurró Schadeck al tiempo que sacaba un objeto alargado que, a la luz pálida, brillaba como si fuera de color plateado.

Tom había cogido probablemente el abrecartas de la mesa del despacho de Rassfeld mientras Caspar estaba absorto en sus misteriosos recuerdos. A continuación, se estiró en el suelo y empezó a arrastrarse hacia delante con movimientos ágiles como si en su tiempo libre se dedicase a practicar la guerrilla urbana. Solamente le faltaba sujetar el abrecartas entre los dientes.

«Esto es una locura» . Caspar se volvió hacia su derecha y empezó a tirar del pomo de la puerta.

—¡Abrid!

—¿Estáis solos?

El vigilante reaccionó enseguida. Por lo visto había estado escuchando con la oreja contra la puerta del comedor.

—Sí... no. No lo sé —respondió Caspar al mismo tiempo que echaba un

vistazo a la habitación de donde provenía el extraño crujido.

Era como si un montón de ratas estuvieran corriendo por encima de unas bolsas de plástico. Recordó que la cocina se hallaba probablemente en aquella planta.

—Déjenme entrar...

—¿Dónde está Sybille?

La voz de Bachmann sonó ronca a través de la pesada puerta de madera de roble.

—No tengo ni idea, es usted quien debe...

Caspar se volvió rápidamente. El crujido se oía con más intensidad y de algún modo diferente. Ahora daba la sensación de que alguien estaba arrastrando un saco repleto de basura por un suelo de piedra.

Tom, que parecía igual de desconcertado, se quedó en el suelo inmóvil como un anfibio. Se hallaba tan sólo a un metro de aquella habitación. El camillero levantó la cabeza y la inclinó hacia un lado, de manera que su oreja derecha quedaba paralela al suelo. A continuación empezó a alzar ligeramente una de las rodillas para seguir avanzando y, así, poder ver mejor el interior de la habitación. Pero entonces la oscuridad volvió a caer sobre ellos.

La oscuridad de la noche se iba introduciendo rápidamente en cada pequeña ranura de luz de la planta baja, mucho antes de que los pedazos de bombillas rotas tuvieran tiempo de llegar a caer al suelo.

No había nada, ni un resplandor, ni un destello. Caspar era incapaz de ver nada más, solamente podía escuchar una cosa. El ruido que provenía de aquel objeto arrastrándose se acercaba ahora directamente hacia él. Y era sólo el ruido de aquello arrastrándose lo que le hacía visualizar la terrible imagen de una bolsa de basura llena de larvas abriéndose camino a través del pasillo, sin nadie que le arrastrara, encogiéndose con convulsiones, con movimientos serpentinos.

Quiso gritar, pero entonces se dio cuenta de que, de algún modo, ya lo estaba haciendo. Los pulmones le dolían tanto como los dedos magullados de sus pies, que seguían golpeando la bolsa de basura una y otra vez contra la puerta esperando con ansiedad a que Bachmann la abriera para poder sacarle por fin de aquel infierno, de aquella noche, de la oscuridad que parecía ser cada vez más intensa a medida que el ruido también era más fuerte, un sonido que iba acompañado ahora de un silbido ahogado. Caspar tuvo la esperanza de que Schadeck hubiera podido batirse en duelo con el Destructor de almas. Deseó con todas sus fuerzas que hubiera sido el camillero quien hubiera provocado aquel ruido proveniente de una garganta asfixiada; que fuera el que apretaba el cuello de Bruck. Pero entonces se dio cuenta de que, de igual modo, podría haber ocurrido a la inversa. Si Tom acababa perdiendo su batalla mortal, él mismo sería la próxima víctima.

«¿Qué sucede aquí? ¿Por qué no abre Bachmann?», pensó Caspar a la vez

que un gusto ferroso empezaba a esparcirse por su boca. No notaba que se había mordido la lengua, al igual que tampoco era capaz de sentir el tacto del latón del pomo de la puerta que no paraba de sacudir preso del pánico.

—¿Qué quiere de nosotros? —gritó Caspar por fin, aunque lo hizo con menos fuerza de la que había previsto.

Fue entonces cuando, de repente, se precipitaron los hechos.

Todo empezó con un fuerte destello que le acabó quemando los cabellos y, por unos milímetros, no llegó a alcanzarle la sien. Caspar apartó enérgicamente la cabeza a un lado y se asombró al ver que no se había dado un golpe con la frente en la puerta. En lugar de ello, había perdido el equilibrio. Luego, mientras volvía en sí, vio de nuevo la tela de algodón verdiblanca, la misma que había visto durante la explosión.

« El camión. ¡Bruck! » .

Finalmente, alguien lo arrastró con fuerza hacia atrás a la vez que unas botas pesadas salían volando en su dirección. Una de ellas fue a parar a su abdomen, la otra le dio en el brazo.

Momentos después, cuando empezaban a salirle los hematomas en el cuerpo, Schadeck le pidió disculpas por habérselo llevado por delante, presa del pánico, cuando huía camino de la biblioteca. Si embargo, en aquel momento Caspar ya había dejado de sentir dolor. Lo que ahora notaba era un inmenso alivio al saber que Bachmann había abierto finalmente la puerta. El hecho de que le hubiesen librado de la muerte en el último segundo hacía que se sintiera aliviado y eufórico a la vez, una sensación que desapareció en cuanto el vigilante volvió de cerrar la puerta tras de sí y empezó a llorar sin poder contenerse.

En la actualidad, 12:34 horas.
Mucho tiempo después del miedo

Aún no había nevado. Según la previsión del tiempo se esperaba que lo hiciera aquella misma tarde, pero hasta el momento el viento tan sólo había logrado arrastrar por el suelo helado una bolsa de plástico rota y algunas hojas caídas.

« El viento posee un alma purificadora », pensó el profesor, y se apoyó con una mano en el marco de la puerta de cristal de dos hojas que daba al parque, o a lo que quedaba de aquel lugar. El césped que antaño había sido cortado tan cuidadosamente parecía ahora un campo de fútbol pisoteado.

« El frío arranca las hojas del árbol de la verdad y nos deja ver qué hay detrás de las cosas » .

Puso la mano en el cristal y se quedó observando los pocos árboles sin hojas que había en el jardín. A excepción de un sauce llorón impercedero, el resto se había muerto o había sido invadido por una plaga de hongos. Una tormenta había partido un abedul por la mitad, pero nadie se había molestado en arrancar con un hacha las ramas para hacer leña de ellas. Igualmente, para qué. Nadie había usado la chimenea allí desde hacía años.

« No desde que... » .

—¿Profesor?

Asustado, se sobresaltó y dio media vuelta.

—¿Sí?

Durante un momento había olvidado por completo a los dos estudiantes que tenía detrás de él.

Patrick Hayden cerró su expediente y se levantó. Primero observó las estanterías vacías que había en la pared llena de mugre; luego las sillas cubiertas de telas gruesas amontonadas una encima de otra delante de la chimenea. Finalmente golpeó con sus nudillos la tabla de la mesa de madera.

—Esto de aquí es la biblioteca, ¿verdad?

—¿Perdón?

—Caspar, Schadeck, el Destructor de almas... todos estuvieron en esta sala. ¡Aquí sucedió todo!

Sus palabras no sonaron como una pregunta ni como una afirmación, más bien como una denuncia.

—¿Y qué pensabas que era, Sherlock Holmes? —se mofó Lydia antes de que

el profesor pudiera contestar.

—Esta historia tiene lugar en una mansión deshabitada de Teufelsberg. Este hecho ya debían tenerlo claro desde el principio.

—¿Ah, sí?

El estudiante hurgó en el bolsillo trasero de su pantalón en busca de una hoja doblada de cualquier manera.

—En la invitación al experimento no ponía nada de eso. —Sacudió el papel impreso por ambos lados, cuya primera cara la ocupaba casi por completo un mapa en dos colores—. De la universidad solamente me llegó la descripción del camino que viene aquí. No están los nombres de las calles, Teufelsberg no aparece. Y tampoco recuerdo haber visto un letrero en la entrada de acceso.

—¿No es usted de Berlín? —preguntó el profesor, y fue a ponerse sus gafas de cerca.

Volvía a hallarse delante de su sitio, al lado de la pizarra.

—No —respondió Patrick enfadado.

—Bueno, entonces no puede saberlo. —El profesor alzó la vista—. La vía de acceso es un camino privado, y la montaña de Teufelsberg no está indicada en todos los planos de la ciudad.

—Pues qué bien.

Patrick se colocó las manos como si fuera a aplaudir y fue a coger su mochila, que había dejado en la silla de al lado.

—En primer lugar, deberían leer este misterioso texto que, al parecer, escribió una persona afectada por una enfermedad mental. Luego comprobaremos que nos hallamos sentados en las mismas sillas que ocuparon estas personas mientras aguardaban la llegada de su verdugo.

—¿Qué te propones? —preguntó Lydia preocupada.

Su voz clara también sonaba más nerviosa que al principio del experimento.

—Me voy.

—¿Qué?

—Me voy a fumar fuera —dijo aclarando el malentendido.

Patrick colocó la mochila entre sus rodillas para así poder coger la chaqueta de plumas. Metió un brazo en la manga para ponérsela.

—Y cuando vuelva quiero saber de una vez de qué trata realmente este experimento.

—Me temo que eso no podrá ser posible —dijo el profesor, amablemente pero con determinación.

Se frotó los ojos sin sacarse las gafas.

—¿Cómo? ¿Es que también está prohibido fumar fuera, en el parque? —preguntó Patrick.

El profesor sonrió con indulgencia.

—No. Pero siento decirle que en esta fase del experimento en la que nos

encontramos no deben abandonar la sala.

—¿Por qué no? —preguntaron Lydia y Patrick casi al unísono.

—No pueden hacerlo hasta que no hayan leído el texto hasta el final.

—¡Pero no puede retenernos aquí en contra de nuestra voluntad!

—Bien, hay algo que posiblemente no hayan tenido en cuenta, pero ésa es una de las condiciones que ustedes aceptaron al firmar en la declaración de mutua conformidad. Además, aparte de ello, suponiendo que ustedes se marcharan ahora mismo a sus casas, el experimento no llegaría tampoco a su fin. No pueden dejarlo incompleto.

—¿Y por qué? No entiendo nada.

Patrick dejó de nuevo la mochila en la silla.

El profesor rió.

—Es parte del experimento. Para que éste funcione, es necesario que ustedes no hagan largas pausas y que continúen la lectura, hasta el final. Es algo que, por lo demás, les aconsejo que de todos modos hagan. Eso sí, a partir de ahora les pido que intenten concentrarse mejor.

—¿Cómo pretende valorar mi grado de concentración hasta ahora? Ha estado mirando a través de la ventana todo este tiempo —preguntó Patrick, con algo menos de agresividad.

Lydia también mostraba un estado de confusión.

—Me doy cuenta por el modo en que reacciona. No hubiera querido hacer ninguna pausa en este momento si, desde el principio, lo hubiera mirado todo con más detenimiento. La verdad... —El profesor cogió en sus manos la edición original del expediente del Destructor de almas—. La verdad se encuentra en cada una de estas frases, en cada una de las páginas. Pero ustedes la han pasado por alto.

—¡Qué tontería!

—Encuéntrenla.

El profesor cogió a continuación una botella de agua que había puesto en medio de la mesa a disposición de todos, llenó un vaso y se lo tendió a Patrick con un gesto interrogativo.

—De acuerdo —dijo Lydia tirándole a su novio de una de las mangas vacías de la chaqueta—. Vamos a continuar. Tú también querrás saber cómo termina todo, ¿o no?

Patrick titubeó, se pasó la mano por sus cabellos teñidos de negro y apartó la mano de ella. Sin embargo, la chica lo sujetó mirándole fijamente a los ojos. Transcurrieron varios segundos sin que nadie dijera una palabra.

—Está bien, qué más da —dijo el joven finalmente rompiendo el silencio, y se dirigió a la puerta arrastrando los pies con los zapatos desatados. Dos metros antes de llegar se detuvo y cogió la botella de agua sin decir nada. Luego volvió a su sitio y se sentó—. Ya no va de estar aquí una hora más o menos.

Lydia forzó una débil sonrisa.

« Me temo que las personas que estaban por entonces en esta biblioteca no lo veían así», pensó el profesor, y los ojos se le ensombrecieron.

Bajó la vista para que los chicos no notaran lo mucho que le preocupaba aquella situación. Una parte de él hubiera preferido que Patrick no se hubiera quitado la chaqueta, que hubiera cogido de la mano a su novia y juntos hubieran abandonado aquella mansión en la que se hallaban. No obstante, intentó dominarse, respiró profundamente y dijo con la voz tomada:

—Muy bien. Una vez hecha esta pausa imprevista les agradecería que continuaran con el experimento sin más interrupciones.

Se aclaró la voz, pero eso no le ayudó a que desapareciera el ahogo que sentía. Es más, su ansiedad fue en aumento cuando vio que Lydia y su novio abrían de nuevo el expediente y pasaban página, en concreto, para llegar a la página 102 del expediente médico del paciente.

01:41 horas.
Ciento diecisiete minutos
antes del miedo

*Pág. 102 y ss. del
Expediente Clínico n.º 131071/VL*

—Es culpa mía. Todo ha sido culpa mía —dijo Bachmann con voz extrañamente clara.

Sus lágrimas se habían evaporado con la misma rapidez con la que Caspar se había levantado a duras penas del suelo y se había sacudido el polvo del pijama.

—¿Qué demonios ha ocurrido aquí? —quiso saber Schadeck Estaba de pie junto a la mesa del comedor sujetando algo en la mano que, a simple vista, parecía una bolsa de deporte.

El vigilante se guardó las gafas de lectura y soltó una tos seca.

—Ella quería... Bueno... Sólo quería acercarse un momento a la despensa.

Tom y Caspar se miraron estupefactos. Bachmann no necesitaba pronunciar el nombre de la mujer, era evidente a quién se refería. Habían escuchado el grito de la cocinera y la silla donde antes había estado sentada Sybille Patzwalk se encontraba ahora vacía.

—Pero ¿qué quería hacer ahí afuera? —preguntó Caspar.

—Coger esto mismo —dijo Schadeck y volcó el contenido de la bolsa encima de la tabla abreluzada de la mesa—. Esa gordita ha arriesgado su vida por estas cosas.

Caspar siguió con la vista una lata de raviolis abollada que había salido rodando sobre la mesa junto con otras latas de conserva.

—¿Y de dónde has sacado tú ahora todo eso? —preguntó completamente confundido.

Schadeck se quejó y dio un golpe con la palma de la mano en la mesa.

—Maldita sea, ya no tiene importancia. El Destructor de almas ha arrancado todas las bombillas y se ha llevado a rastras a Sybille de la despensa. Ella debe de haber cogido el saco mientras estaba agonizando, ¡yo qué sé! Agarré a ese loco por los pies, pero eran... tan... —mostró al resto la palma de sus manos manchadas de sangre— tan resbaladizos que no llegué a cogerle. En lugar de eso me cayó la bolsa directamente en la cabeza. Pensé que allí guardaba un arma o

algo parecido, así que me la llevé. Pero ¿y eso qué más da ahora? Es más importante saber cómo es posible que nuestra cocinera saliera ahí fuera más sola que la una.

Tom dio un paso en dirección a Bachmann y tiró los hombros hacia atrás amenazadoramente como si fuera un futbolista a punto de chutar una pelota.

—¡Oye, vigilante! Estoy hablando contigo...

Los vaqueros blancos de Schadeck estaban húmedos por encima de las rodillas. Caspar se preguntó por un momento si el camillero, muerto de miedo, se lo habría hecho encima, pero luego se acordó de las bolsas de suero. Tom se las había atado al cinturón antes de salir corriendo de la farmacia en dirección a la biblioteca. Una de las dos bolsas seguramente se había roto mientras éste iba arrastrándose por el suelo.

—Empezó a hablar de nuevo cuando os marchasteis —respondió Bachmann con voz vacilante. Miró hacia donde se hallaba la silla de ruedas de Sophia—. *Topor*, o algo parecido. Bueno, ya sabéis a qué me refiero. Sybille pensó que quizá quería decir « hambre ».

Caspar asintió. Era muy posible que la zona del habla del cerebro de Sophia hubiese quedado dañada, pero por otra parte presentía que estaba pasando por alto algo importante. Sin embargo, dejó atrás sus pensamientos de sospecha en cuanto Bachmann siguió con su explicación.

—Al principio yo no estaba de acuerdo, claro. Pero la despensa se halla justo en la puerta de delante y Sybille dijo que había una bolsa de provisiones al alcance de la mano, así que me dejé engatusar.

—¡No me lo puedo creer!

Schadeck alzó sus brazos a los lados de modo dramático.

—Has hecho que una mujer indefensa cayera en manos del Destructor de almas, ¡y todo por un puñado de latas de comida!

—Tranquilícense, se lo ruego —quiso añadir Caspar, pero Bachmann enseguida lo interrumpió.

—No, no estaba indefensa. Le di la pistola a Sybille, sólo por si la necesitaba en caso de emergencia.

—¿Qué?

Ahora era Caspar quien estaba fuera de sí. Se llevó sus fríos dedos a las sienes, justo donde tenía el pelo chamuscado.

—¡Dios mío, estás aún peor que los pacientes que hay aquí! —vociferó Tom.

Daba la impresión de que en algún momento iba a saltar sobre la mesa. Sus arterias palpitaban ferozmente.

—¡Por si fuera poco, ahora ese loco tiene un arma ahí afuera!

—Solamente es una pistola.

—¡Silencio!

Caspar interrumpió la discusión con un grito. Luego bajó otra vez la voz.

—Sea como sea nuestra situación ahora, ya no podemos dar vuelta atrás. — Miró al camillero directamente a la cara—. Además, hemos dejado la farmacia abierta. Seguro que allí hay suficientes cosas como para que pueda confeccionarse un arma.

—Es cierto. Incluso hay una pistola tranquilizante —susurró Bachmann.

—¡Fantástico! ¿Y nos lo dices ahora?

Schadeck dio un golpe al estante donde se encontraban los periódicos y varios diarios sensacionalistas acabaron esparcidos por el suelo de parqué.

—¿Y ahora qué?

—Ahora deberíamos hacer aquello por lo que antes decidimos salir de esta habitación: cuidar de Sophia.

Caspar le pidió a Schadeck que se sacara de la cintura la bolsa de suero fisiológico que aún estaba intacta, lo que el joven acabó haciendo con cara de mala gana.

—Toma, también necesitarás esto.

Tom sacó de su bolsillo una aguja de acceso y una jeringuilla y las tiró encima de la mesa.

Caspar cogió los utensilios y fue hasta la chimenea, donde Yasmin se hallaba sentada con las piernas cruzadas delante de Sophia mientras acariciaba la mano de la doctora.

La mirada de Caspar se dirigió a las cintas adhesivas que servían para fijar las luces de Navidad en la repisa de la chimenea. Despegó dos de ellas y le pidió a Yasmin que apartara un poco la silla de ruedas del fuego. Luego arremangó a Sophia hasta el pliegue del codo con cierta dificultad. La doctora parecía no enterarse de nada de lo que sucedía a su alrededor.

—Deberíamos ayudar a Sybille —dijo Yasmin con voz interrogativa y exigente a la vez, mientras él examinaba el pliegue del codo de Sophia—. A lo mejor podemos sacarla de allí, ¿no?

—Me temo que ya es demasiado tarde para eso —contestó Tom detrás de ella. Su voz sonaba ahora más amable.

Caspar percibió la palabra «Yazzie» al final de aquella frase, aunque Schadeck no la pronunció. Mientras tanto colocó la aguja en la jeringuilla y, sin pensárselo dos veces, la introdujo en una vena bien visible de Sophia.

«Es cierto. Yo ya he hecho esto alguna vez».

—Antes de que se apagase la luz pude echar un pequeño vistazo a la despensa —continuó contando Schadeck—. No tenía buena pinta. Creo que le ha retorcido el pescuezo.

—¿Sybille está muerta?

Yasmin suspiró profundamente y dio un paso hacia atrás.

—No, no creo —le contradijo Caspar sin levantar la vista.

Había retirado la jeringuilla y había conectado el tubo del suero. Sophia no

había reaccionado de ninguna manera durante todo el procedimiento.

—¿Por qué tenía que matar a la cocinera y luego llevársela a rastras? ¿Por qué no pudo dejar a Linus, Rassfeld y Sybille sencillamente en el suelo?

Caspar hizo que Yasmin le pasara un pañuelo de papel. A continuación lo dobló varias veces y lo colocó en el lugar de la punción con ayuda de la cinta adhesiva.

—¡Mierda! ¿Y a mí qué me cuentas? —La agresividad del camillero aumentó de nuevo—. ¿No será un maldito coleccionista de cadáveres?

—No, yo pienso más bien que se trata de un jugador. Por eso deja tras de sí esas cartas de acertijos. Por eso usa el magnetófono. —Caspar levantó la vista—. Está jugando a algo con nosotros. Y Sophia es la apuesta.

—¿Y a qué esperamos para entregársela? —Schadeck levantó la mano—. Está bien, sólo bromeaba.

Para sorpresa de todos mostró una sonrisa honesta, incluso con cierto deje melancólico. Además, Caspar se sorprendió al ver que le decía que sostendría la bolsa del suero. Las primeras gotas de electrolitos empezaban a rodar como si fueran canicas, una tras otra, en los vasos sanguíneos de Sophia.

—Gracias.

Caspar le pasó a Tom la bolsa de suero para colocarla en la cabecera de la mesa.

—Muy bien, hagamos un resumen de todo: no sabemos qué motivos tiene el Destructor de almas para sus acciones. Tampoco sabemos cómo consigue hacer que sus víctimas entren en coma ni por qué tiene a Sophia en el punto de mira. Nos quedan Rassfeld, Linus, Patzwalk y también *Mr. Ed*: ¿adónde se los lleva? Puede que estén muertos... Pero ¿y si están vivos aún? —Se oyó cómo Bachmann cogía aire para hablar, pero Caspar no dejó que lo interrumpieran—. No tenemos respuestas para ninguna de estas preguntas, pero mientras sigamos buscando no deberíamos arriesgar nuestras vidas ni un solo momento. Desde ahora mismo es necesario que permanezcamos todos juntos y aprovechemos el tiempo para ayudar a Sophia.

Mientras hablaba tuvo la sensación, de repente, de que le habían clavado una flecha en el pecho.

Entonces supo con evidente claridad que aquel dolor punzante lo había provocado un único pensamiento: ¿y si el Destructor de almas no iba a por Sophia, sino a por él?, ¿y si pretendía evitar que Sophia pudiera revelarle lo que había descubierto sobre él y su hija?

Procuró que no se le notase nada y continuó hablando.

—Al igual que todos nosotros, la doctora Dorn sólo tiene que sobrevivir las próximas horas, hasta que vengan a rescatarnos. A su vez, ella es la clave de nuestra salvación. Conoce el código.

« El código para saber mi identidad» .

—Y pretende decirnos algo.

« Todavía tengo que asegurarme primero» .

—Puede que consigamos descubrir su secreto antes de que...

Se detuvo en medio de la frase, miró abajo y vio sus pies húmedos. Se extrañó de que hubiera empezado a sudar tan repentinamente aunque solamente llevara puesto un pantalón de fino pijama y una camiseta de manga corta.

Se tocó la frente para ver si quizá tenía fiebre. Supo que el resfriado no era el causante de aquel sudor repentino; existía otra palabra para aquello, una que había escuchado momentos antes y que no había podido comprender hasta ese mismo instante.

—¿Qué le ocurre?—escuchó que le preguntaba el vigilante.

—Yo... mmm... ¿Podría repetirlo de nuevo?

Miró primero a Schadeck y luego a Bachmann. Acto seguido su mirada se detuvo en la estantería de libros inclinada que había detrás de la silla de Sophia.

—Pregunto que qué le ocurre.

—No, no, no... Me refiero a lo de antes. ¿Qué dijo la doctora Dorn mientras estábamos fuera?

—Lo mismo que las otras veces. Sólo una palabra... Si es que realmente es una palabra.

« No. No se trataba de lo mismo» .

—Aun así, haga el favor de repetirla otra vez.

—*Topor*. Pero ¿qué...?

—Dios mío.

Caspar no sabía de quién tenía más miedo en aquel momento. Si del Destructor de almas o de él mismo. De repente se dio cuenta de lo que había querido decirle Sophia todo ese tiempo.

01:49 horas

Los travesaños de la escalera de la estantería crujieron ruidosamente mientras aguantaban el peso de Caspar, al que no estaban muy acostumbrados. Posiblemente no la habían utilizado los últimos años, ya que los libros que se hallaban en los estantes de arriba estaban allí sólo con un afán decorativo. A Caspar tampoco se le hubiera ocurrido consultar los libros de medicina que había allí si Bachmann no le hubiera comentado que Rassfeld almacenaba en aquel lugar los volúmenes que ya no utilizaba.

—¿A qué viene eso ahora? —preguntó Schadeck

Estaba de pie junto a Yasmín intentando fijar un atizador en el reposacabezas de la silla de ruedas a fin de poder colgar allí la bolsa de suero.

—No estoy seguro... —respondió Caspar sin darse la vuelta. A continuación sacó del estante superior que había bajo el techo el penúltimo tomo de un diccionario médico y fue hojeándolo hasta llegar a la letra «S». Enseguida encontró la entrada que buscaba—. Así que era eso.

—¿El qué?

—La doctora Dorn es psiquiatra. Ella conoce cuál es su diagnóstico.

—¿Y cuál es?

Bachmann miró hacia arriba de forma interrogativa. Schadeck también dejó a un lado su pequeño trabajo de bricolaje para conseguir que funcionara el cuentagotas.

Caspar se volvió hacia un lado de la escalera, sacó el libro que llevaba en el brazo y leyó en voz alta:

—«Parálisis del sueño: una variante dolorosa que afecta de forma cuantitativa a la percepción. Las personas afectadas se mantienen entre un mundo despierto y otro dormido del que sólo pueden liberarse con ayuda de fuertes estímulos, la mayoría de los cuales negativos, como pueden ser el dolor, las contracciones agudas, los gritos, etc. —Caspar levantó la cabeza y citó la última frase del párrafo sin mirar el diccionario—. Este trastorno se conoce también bajo el nombre de *topor*, término que deriva del latín y que se traduce como “sueño de la muerte”».

—¿Sueño de la muerte? —preguntó Bachmann con voz incrédula—. ¿Quiere eso decir que solamente tenemos que despertarla?

Schadeck soltó una carcajada irónica, pero Caspar asintió con un gesto. Luego se inclinó peligrosamente hacia la derecha para sacar un nuevo libro de la

estantería. Era un tomo de tamaño alargado que guardaba parecido con un mapa escolar algo más grueso. Sobre la cubierta de color naranja se podía leer en relieve y con letras negras el título NEUROPSICOLOGÍA, SEGUNDA EDICIÓN. El libro no resultaba muy adecuado para consultarlo subido a la escalera, por lo que Caspar decidió bajar otra vez y dejarlo delante del montón de comida que había esparcida sobre la mesa. Tras echar un breve vistazo al índice, Caspar abrió el libro por la página 502 y señaló con el dedo el último párrafo:

—« La parálisis del sueño tiene lugar cuando se pasa de un período de sueño a otro insomne. Generalmente suele tratarse de una fase breve, aunque en ocasiones ésta puede llegar a durar hasta veinte minutos. Cerca de una de cada dos personas ha sufrido alguna vez una parálisis del sueño» .

—Ya sé qué es —gritó nerviosa Yasmin—. Son palabras mayores. Una vez soñé que había un hombre en mi habitación; sabía que se había ido en cuanto me desperté, pero no había manera de que pudiera abrir los ojos. No podía moverme y me desperté gritando.

—Y es así como logró liberarse por sí misma de la parálisis del sueño —dijo Caspar dándole la razón.

—¿Queréis tomarme el pelo todos? —preguntó Schadeck mirando a Sophia. Se había llevado la silla de ruedas de la doctora hasta la mesa porque aún no había conseguido fijar el dosificador en el atizador, por lo que Yasmin volvía a sujetar la bolsa de suero.

—¿Veinte minutos? En el caso de nuestra doctora ya hace bastante rato que pasaron.

—Es cierto. Por eso también sabemos ahora lo que hace el Destructor de almas con sus víctimas.

—¿Eh?

—Las conduce al sueño de la muerte, aunque no tengo ni idea de cómo. Bruck debe de haber descubierto algún método psicológico para mantener durante mucho tiempo la fase de parálisis que hay entre la pesadilla y el despertarse. Podría decirse que Sophia está atrapada en un bucle de horror. Eso es lo que ella ha querido decirnos todo este tiempo.

Tom se pellizcó en las cejas mostrándose escéptico, pasó la mano por sus cabellos llenos de brillantina, se los alisó de nuevo y chasqueó la lengua con desprecio.

—De acuerdo, señor Sherlock Holmes, entonces dime sólo una cosa.

Caspar se puso en tensión a la espera de la pregunta que le iban a hacer y para la cual no tenía respuesta.

« No todavía» .

—¿De dónde sacas tú todo eso? ¿Cómo es que sabes tanto de primeros auxilios, le colocas un catéter a nuestra bella doctora y, encima, consultas libros

especializados en medicina como si nada?

—No tengo ni idea. —Ahora era Caspar quien levantaba las manos—. A lo mejor resulta que soy médico, farmacéutico o psicólogo. Tú ya lo dijiste antes. Puede que seamos compañeros de trabajo, o que sencillamente me tomara muy en serio mi curso de primeros auxilios... Ojalá fuera así.

—Sí, claro. Ya te puedes esconder detrás de tu amnesia, que yo seguiré pensando lo mismo.

Tom se volvió hacia Bachmann.

—¿Cuándo lo trajeron aquí?

El vigilante se tocó de nuevo los hombros pensativamente.

—Creo que hace unos diez días.

—¿Y cuándo empezó a actuar exactamente el Destructor de almas?

—¿Qué pretendes decir con eso?

Caspar cerró el libro de golpe y se levantó de la mesa.

—Has sido «tú» quien ha traído hasta aquí a ese perturbado. «Tú» te ocupaste de que no pudiéramos solicitar ayuda al destroz la cabina telefónica con tu ambulancia.

Caspar remarcó cada «tú» de la frase moviendo furiosamente el brazo como si fuera un árbitro de boxeo contando para que se levantara un púgil derribado. Sin embargo, aquellas palabras no parecieron causar ningún efecto en Schadeck, que ni siquiera parpadeó. A pesar de ello, Bachmann decidió que tenía que separar a ambos gallos de pelea, por lo que se metió en medio de los dos resoplando con fuerza.

—Vale, vale... ya está. No sirve de nada. Debemos permanecer juntos. Y confiar los unos en los otros.

«¿Confiar?». Caspar no tuvo más remedio que acordarse de cómo Linus había querido enseñarle el tubo de la gasolina manipulado. Justo en aquel momento había aparecido Bachmann proveniente de detrás del vehículo quitanieves.

«Aquí no puedo confiar en nadie —pensó—. No conozco a nadie aquí. Ni siquiera me conozco a mí mismo».

Se sentó de nuevo en la mesa, juntó con ambas manos en sus rodillas temblorosas y observó fijamente la revista de actualidad que Bachmann había dejado abierta encima de la mesa.

Mientras Schadeck y el vigilante continuaban discutiendo detrás de él, las letras se fueron desdibujando ante sus ojos. No quería escuchar ni hablar, tampoco leer. De pronto le invadió un cansancio infinito: su cerebro le pedía a gritos reducir la marcha para quedarse en punto muerto, si era posible, y, tras un breve descanso, atreverse quizá a empezar de nuevo con aquella locura.

Intentó no pensar en nada y pareció que en un primer momento era capaz de conseguirlo. Pero entonces cometió un error: sus ojos se cerraron. Había estado

observando demasiado tiempo la foto de la segunda víctima y ahora la imagen de la profesora empezaba a arder en la retina de sus ojos. Se había acabado el descanso. Esta vez podía oír el chirrido de las vías seguido del humo penetrante de la locomotora que volvía a meterse en su nariz sin piedad. Abrió los ojos y el tren de los recuerdos efectuó su entrada.

Recuerdos

—Siempre ha sido una niña muy callada, demasiado. Me preocupaba el hecho de no tener que preocuparme por nada. No sé si entienden a qué me refiero.

—Sí, por supuesto.

Él se quedó mirando fijamente los bordes de su taza vacía de té, que mostraban cierto color oxidado y rechazó una segunda taza.

—Aquí está, mire.

La mujer desplegó un folleto arrugado con varias láminas que había traído especialmente para aquella visita y que por lo visto había dejado al alcance de su mano encima de la mesita del té. Incluso había una pequeña nota en medio de las páginas que estaba hojeando en aquel momento.

—¿Ve lo que quiero decir? Todos los demás ríen. Sin embargo, ella ni siquiera mira a la cámara.

La mujer le dio la vuelta al anuario para que pudieran verlo mejor, aunque no era necesario.

Él conocía a aquella niña de rizos rubios con aparatos en los dientes. Tenía una foto suya que siempre llevaba en el bolsillo, una foto de carné en la que ella tampoco sonreía.

Cerró los ojos: la mirada de su hija le provocaba tanta nostalgia que le hacía sentir dolor.

—¿Está bien? —preguntó ella, y sus labios se contrajeron mostrando inseguridad.

Él no respondió y volvió a mirar la foto de grupo del anuario en el que la mujer también aparecía fotografiada. Se hallaba completamente al margen y llevaba unos vaqueros ajustados por debajo de una botas negras que le llegaban a la altura de las rodillas. Junto a su cabeza colgaba una pequeña estrella. Miró más abajo y vio que había otra estrella. Leyó la nota a pie de página impresa en letra pequeña.

Katja Adesi, profesora y tutora del curso 5B, colegio Waldgrund, Berlín.

—¿Ocurre algo?

—No, es sólo que...

Buscó un pañuelo en su pantalón y encontró el billete de tren arrugado que acababa de comprar aquel día en Hamburgo. De pronto quiso hacerle a la profesora todas aquellas preguntas que tanto le torturaban: ¿Cuándo se dio cuenta

por primera vez?, ¿cuántos dibujos extraños como éste ha hecho en clase?, ¿existen más indicios?

—Creo que será mejor que se vaya. —Katja Adesi se levantó—. Ya he hablado demasiado. No querría tener que denunciar a nadie, ¿sabe? Probablemente estoy viendo fantasmas donde no los hay. —Ella le observó casi compadeciéndose de él y se encogió de hombros—. Lo siento.

Él se dio cuenta de que no tenía fuerzas para mover la lengua y articular una sola de sus preguntas.

—¿Entiende lo que le digo?

Su sonrisa había desaparecido.

—¿Hay alguien ahí?

La cara simétrica de la profesora empezó a desfigurarse y Caspar se estremeció casi con repulsión cuando advirtió que la voz de la mujer también cambiaba de repente.

01:58 horas

—Oye, estoy hablando contigo. Menudo chalado...

Caspar abrió los ojos de golpe y se vio de nuevo inmerso en la realidad. Schadeck se había plantado de pie delante de él con voz amenazadora.

—¿Qué ha sido esta vez? —se burló el camillero—. ¿Eras Julio César o es que te has acordado de cuando eras una estrella de cine?

—Déjale en paz de una vez, Tom. —Yasmin se puso de parte de Caspar de forma inesperada antes de que éste pudiera responder—. ¿Crees que está haciendo comedia? ¡Pero hombre! Estaba inconsciente... ¡Caspar es un paciente más!

Nerviosa, empezó a hacer girar el anillo que llevaba en el pulgar y se apartó de Schadeck dando un paso hacia atrás. Luego, como si volviera a tener presente cuáles eran sus obligaciones como enfermera, empujó de nuevo la silla de ruedas de Sophia hasta la chimenea.

Caspar la siguió mientras sentía cómo Schadeck clavaba su mirada furiosa en su espalda.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó él en voz baja.

—No muy bien. Puede oírlo usted mismo.

Era cierto. Caspar se preguntó cuánto tiempo habría estado en las nubes. Sophia parecía estar en aquel momento mucho más desfallecida.

Ya no respiraba regularmente como antes: ahora sonaba como el ahogo de un perro asmático. Tosía una y otra vez, lo que provocaba que la bolsa de suero, que finalmente habían podido colgar del atizador, no dejara de moverse peligrosamente. Sus manos estaban frías como el hielo y su pulso era demasiado débil.

—Se está apagando el fuego —dijo Caspar.

A continuación, Schadeck se levantó y fue hasta ellos llevando consigo la bolsa de comestibles de la cocinera. Sacó una pequeña petaca, abrió el tapón de rosca y vertió en la chimenea todo su contenido. Después echó un manojo de leña de abedul.

—Toma, te irá bien para calentarte —dijo echando un mirada a los pies mojados de Caspar. Le ofreció la petaca y ésta fue derramándose por todas partes.

—No, gracias. No bebo.

Caspar se extrañó porque se sentía como si estuviera a punto de sufrir un

principio de depresión. Lo atribuyó al estado de ánimo en que se encontraba Sophia.

—Deberías hacerlo —le sugirió Schadeck, que aún estaba buscando dentro de la bolsa—. El turno de mañana no llegará aquí hasta dentro de cinco horas. Y con todo lo que está pasando... —Sacó otra botellita minúscula de brandy—. El tiempo de espera se hará más llevadero.

«¿Cinco horas?».

Maldición, no podían esperar tanto. El tiempo transcurría con la misma indolencia con la que deshacía un trozo de hielo, mientras las espirales letales del sueño de la muerte seguían girando alrededor de la doctora de modo imparable. Era cierto que Vanessa Strassmann no había fallecido hasta unas semanas después; sin embargo, nadie podía saber hasta qué punto Sophia había dejado de ser quien era y en qué momento había sobrepasado el límite que escondía aquella prisión, una cárcel de la cual era imposible huir y que mantenía su cuerpo encerrado; lo cual significaba, además, que cualquier pista acerca de su hija quedaba enterrada junto con ella.

—¡Eh! ¿Qué es esto?

Schadeck dejó caer al suelo la bolsa de tela. Caspar levantó la cabeza hacia él y vio por primera vez que los ojos de Tom se iluminaban de repente por el miedo. Soltó la mano de Sophia muy a regañadientes.

—¿Puedo verlo?

Schadeck le pasó el pequeño pedazo de papel.

—Creo que el Destructor de almas nos manda saludos de nuevo.

El camillero hablaba en voz baja, y lo hacía más para sí mismo que con el resto.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó Bachmann nervioso.

—Aquí, en la bolsa. Entre la comida —respondió Tom—. Bruck debe de haber puesto la nota ahí dentro después de acabar con la cocinera.

Caspar asintió.

«Tiene lógica. Bruck sigue con su método: una víctima a cambio de un acertijo».

Los dedos de Caspar empezaron a temblar. La nota estaba doblada como el resto; el Destructor de almas parecía querer burlarse de ellos, teniendo en cuenta el papel que había escogido. Era más que evidente que había estado en el despacho de Sophia y que era allí donde había escrito aquel acertijo, en uno de sus talonarios de recetas. A través de las letras mayúsculas ilegibles podía deducirse su siniestro estado de ánimo.

—¿Qué pone? —preguntó impaciente el vigilante.

—No quiero saberlo de ninguna manera.

Yasmin se alejó de ellos tapándose los oídos con ambas manos. A pesar de todo, Caspar desplegó la nota y leyó en voz alta el misterioso texto:

FINISHED FILES ARE THE RESULT
OF YEARS OF SCIENTIFIC STUDY COMBINED
WITH THE EXPERIENCE OF YEARS

—¿Cómo?

Schadeck suspiró con fuerza y exasperación al mismo tiempo que la voz de Bachmann vibraba debido a la tensión.

—¿Y qué demonios significa eso?

Caspar levantó la vista, se quitó una pestaña del rabillo del ojo con el dorso de la mano y respiró profundamente.

—No tengo ni idea —dijo con sinceridad dejando caer la mano que sostenía la nota con el acertijo.

—Pero sé a quién podemos preguntárselo.

02:07 horas

El ascensor que se había construido en la mansión posteriormente era lo suficientemente grande como para poder transportar en él las camas de los pacientes, por lo que había sitio para todos. Caspar había insistido en que debían permanecer juntos. También los animales que vivían en libertad se desplazaban en grupo, lo que les convertía realmente en invulnerables frente a sus enemigos. Al menos, siempre que ninguno de ellos destacase en el anonimato del grupo a causa de algún rasgo distintivo.

Caspar miró fijamente el color cromado que relucía en la silla de ruedas y enseguida supo a quién escogería aquel animal de presa si no protegían a Sophia de él.

—¿Adónde lleva esto?—preguntó Caspar señalando el rótulo junto al botón de latón que mostraba un signo de menos delante de un dos.

—Al subsótano —respondió Bachmann—. El laboratorio de Rassfeld. Spongo que es allí donde Bruck tiene su escondite.

—¿Por qué?—preguntó Caspar apretando el botón de la cuarta planta.

—Se necesita una llave extra para bajar hasta allí, y solamente la tiene Rassfeld. ¿Lo ve?

Al mismo tiempo que se cerraban las puertas del ascensor Bachmann apretó el botón que había al final de la fila, pero éste sólo se iluminó una vez.

—Yo no quiero subir ni bajar —dijo Yasmin de malhumor cuando el ascensor empezó a moverse con la misma lentitud de siempre—. Usted mismo dijo antes que era mejor que nos quedáramos en la biblioteca.

Caspar se quejó.

—No, sólo dije que no deberíamos separarnos más.

Al menos y por suerte, el resto no le había dejado en la estacada. El vigilante estaba contento de no tener que tomar más decisiones, después de la desgracia que le había sucedido a Sybille. Por otra parte, Tom prefería mantenerse en acción que quedarse de cuclillas pasivamente en lo que podría ser una trampa.

—Es posible que tenga razón, Yasmin. Pero ¿conoce el poema que habla acerca de las malas decisiones?—le preguntó a la enfermera.

Ella se apartó con un soplo el flequillo de sus ojos y alzó la vista sin comprender qué quería decir.

—¿Debería?

—Dice así:

¿Sí?
¿No?
¿Sí?
¿No?
¿Sí?
¿No?
¿Sí?

Hizo una breve pausa y terminó:

Demasiado tarde.

Yasmin lo miró como si hubiera acabado de escupir sobre ella.

—Lo que quiero decir con todo esto es lo siguiente: mientras nosotros esperamos en la biblioteca sentados y con los brazos cruzados mirando solamente cómo Sophia se pierde en sí misma cada vez más, el Destructor de almas va avanzando sigilosamente por la clínica con toda libertad y ha podido hacerse, además, con algún arma. No me refiero sólo a cuchillos, narcóticos y escalpelos. Hablo de detergentes con cloro inflamables, bidones de metanol y otros alcoholes que se usan en medicina, con los que podría preparar más de un cóctel molotov y dejarnos fulminados. ¿Y entonces qué? De nada sirve que nos separe del Destructor de almas una puerta de madera de veinte milímetros. Caminaríamos sin saber adónde ir y desorientados a través del humo en esta clínica aislada del exterior. —Dejaron atrás la tercera planta—. Puede que el objetivo de Bruck sea otro, pero me temo que, al contrario de lo que nos ocurre a nosotros, el Destructor de almas tiene un plan. Así que solamente nos quedan dos opciones: vamos a por él o nos buscamos lo más pronto posible un rinconcito más seguro que la biblioteca.

« Por ejemplo, la sala de neurorradiología ». Ésa había sido la propuesta de Bachmann poco antes de que se pusieran en marcha. La sala de Tomografía estaba provista de puertas a prueba de incendios y un sistema de ventilación propio.

—Sí, sí, está bien —dijo Yasmin nerviosa y con voz quejumbrosa—. Ya lo he entendido todo. Aun así...

El ascensor se detuvo con una sacudida y la enfermera dejó de hablar en cuanto se abrieron las puertas.

Cuarta planta.

Al contrario de lo que sucedía en la planta baja, el sensor de movimientos funcionaba sin problemas allí arriba. La luz del pasillo se encendió en cuanto la primera persona del grupo salió del ascensor.

—De acuerdo, lo dicho —dijo Caspar—. La vamos a buscar rápidamente y

enseguida regresamos abajo.

—Mierda —maldijo Schadeck, que acababa de dar dos pasos hacia delante.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Bachmann, pero entonces se percató de ello, a la vez que Caspar.

« La puerta » .

—¡No puede ser!

La puerta de la habitación de Greta Kaminsky estaba abierta de par en par.

02:10 horas

—¿Está muerta?

—No lo sé.

El techo abuhardillado pintado de blanco reflejaba la luz pálida del pasillo, lo que hacía que la cara de la figura inmóvil mostrara cierto color céreo. La anciana descansaba en el centro de su cama como un santo de cuerpo presente, y a Caspar le resultaba difícil saber desde donde estaba si se movía o no la sábana que tapaba su cuerpo.

Dio otro paso hacia delante en el interior de la habitación de la mujer y se preguntó por qué motivo hablaban en voz baja. Suponiendo que el Destructor de almas le hubiera hecho algo a la mujer, no tenían por qué preocuparse más por su privacidad.

«Allí. ¿Qué había?» . ¿Eran sus lóbulos nasales, finos y casi transparentes, los que se movían?

—Creo que ella...

Yasmin hablaba tan bajo que Caspar no pudo entender la última palabra. Aun así no le hacía falta; él mismo había podido verlo, no cabía la menor duda: Greta Kaminsky había abierto los ojos.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó la mujer, y encendió la luz de su mesita de noche.

Su voz sonaba tranquila, y no había en ella ni el más mínimo rastro de cansancio. Igualmente, si le había sorprendido ver junto a su cama y en mitad de la noche parte del personal de la clínica, además de a uno de los pacientes, sabía disimularlo muy bien.

—Ha pasado algo —contestó Caspar, y se preguntó cómo iba explicarle en realidad los locos acontecimientos que habían tenido lugar mientras ella estaba durmiendo—. Póngase algo encima, tiene que acompañarnos enseguida.

—¿Quién lo dice?

—Yo se lo explicaré si...

—¡Tonterías, jovencito! —le interrumpió—. Me gusta usted, Caspar. Fue quien reparó mi televisor, pero por ello no voy a caminar detrás de usted a zancadas por toda la clínica a las dos de la madrugada. Y menos llevando de remolque a una banda de desconocidos. —Lanzó a Tom una mirada fría—. Y bien, señor, ¿podría decirme quién es usted?

—Tom Schadeck, soy camillero de ambulancias y anoche traje aquí a una

víctima de accidente. Al Destructor de almas.

—¿A quién dice?

Schadeck dio un paso a un lado y Yasmin empujó la silla de ruedas hasta ponerla delante de la cama de Greta para que ésta pudiera echar un vistazo a aquel cuerpo desmoronado.

—¡Dios mío!

Greta se llevó con fuerza las manos a la boca.

—¿No es una broma? No formará parte de mi terapia para combatir el miedo, ¿verdad?

—Lamentablemente no.

Caspar le contó cómo había visto huir a Jonathan Bruck de su habitación, y cómo habían decidido bajar la pared de aislamiento después de que hubieran hallado a Sophia en la bañera.

Más tarde la puso al corriente de la desaparición de Rassfeld, Linus, Sybille y *Mr. Ed*, y finalmente incluso le quedó tiempo para resumirle brevemente su teoría acerca del sueño de la muerte.

—¿Y me habéis dejado sola, aquí arriba, todo este tiempo?

Greta saltó de la cama ágilmente para sorpresa de todos, teniendo en cuenta su edad, y deslizó sus pies huesudos dentro de unas zapatillas adornadas con una borla de color rosa en la punta.

—Usted estaba aquí encerrada —dijo Caspar a la vez que se preguntaba por qué estaría la puerta abierta. Si era el Destructor de almas quien había intentado abrirla, ¿por qué le había perdonado la vida a Greta? Obtuvo la respuesta antes de lo que él esperaba.

—No, no lo estaba. No llegué hasta aquí —confesó Yasmin con voz apagada.

—¿Cómo? —gritaron Bachmann y Caspar al unísono.

—Me daba demasiado miedo. Oye, tú no tienes derecho a mirarme lleno de reproches. —Levantó su barbilla en dirección a Bachmann—. También te equivocaste antes.

Sus quejas sonaron como las de una niña pequeña.

—Yo estaba en la habitación de Linus cuando, de repente, alguien disparó contra la pared de aislamiento. —Señaló la ventana oscura—. ¡Desde afuera! Había alguien en el balcón.

—¿Y nos lo dices ahora? —preguntó Caspar.

—Estaba muerta de miedo. Después ya no me atreví a ir a la habitación de Greta por si se encontraba bien, así que volví a bajar enseguida.

«No me extraña que quisiera quedarse en la biblioteca» .

—Escuchad, no deberíamos perder más tiempo discutiendo.

Ahora era precisamente Schadeck quien intentaba conciliar la situación, probablemente para defender a su «Yazzie» .

Greta se puso una bata de seda y colocó los brazos en jarra en sus rechonchas

caderas.

—Muy bien, todos pensasteis que estaba aquí arriba encerrada y a salvo. Entonces, ¿por qué habéis venido ahora a buscarme?

Caspar le dio las dos notas que habían encontrado, junto a Sophia y dentro de la bolsa de Sybille.

—Necesitamos su ayuda.

Greta arrastró los pies hasta su mesita de noche y se colocó a tientas detrás de las orejas las patillas de sus gafas de cerca.

—« ¿Es la verdad, aunque el nombre engaña? ».

—Sí. La nota estaba junto a Sophia. Pensamos que si damos con la solución a lo mejor podemos conseguir que ella salga de su sueño de la muerte.

—Pobre chiquilla —se lamentó Greta mirándola. Luego movió la cabeza con pesar—. Bueno, es cierto que soy una vieja amante de los acertijos. Pero no puedo decirles nada sobre éste.

Schadeck empezó a aplaudir.

Perfecto, hemos vuelto a perder veinte minutos de nuestro camino hacia la locura. Mejor que nos esfumemos ya al sótano antes de que...

—Pero éste de aquí es antiguo —le interrumpió Greta.

La mujer sacudió la segunda nota como si estuviera agitando un pañuelo para despedirse en una estación de tren.

—¿Ah, sí?

—Sí, es una bobada, como diría mi nieto. Creo que hasta lo deben de haber sacado de uno de mis viejos libros de acertijos.

—¿Y qué significa?

FINISHED FILES ARE THE RESULT
OF YEARS OF SCIENTIFIC STUDY COMBINED
WITH THE EXPERIENCE OF YEARS

Caspar se había aprendido el texto de memoria de tantas veces que lo había leído.

—Bueno, yo apenas entiendo el inglés, pero tampoco es necesario para dar con la solución.

—Entonces, ¿en qué quedamos? —preguntó Bachmann.

—Hay que contar las efes.

—¿Las efes?

—¡Hay tres! —exclamó Schadeck con aburrimiento, que antes le había arrancado a Greta la nota de la mano para leerla de nuevo.

FINISHED FILES ARE THE RESULT
OF YEARS OF SCIENTIFIC STUDY COMBINED
WITH THE EXPERIENCE OF YEARS

Le pasó el papel primero a Bachmann y luego a Caspar.

—Yo he contado cuatro —dijo este último devolviéndole el papel a Greta después de que Yasmin se negara a cogerlo con un movimiento de rechazo con la mano.

—Veo que usted pertenece a los que superan el diez por ciento. Me refiero en un test de inteligencia. La gran mayoría... —lanzó otra mirada aniquiladora hacia Tom por el extremo de sus gafas— y la gente normal cuenta tres. Unos pocos encuentran cuatro, como usted, Caspar. Pero en realidad hay seis.

—¿Seis? Es ridículo, ¿dónde narices se esconden?

Tom se rió.

La mujer le devolvió la nota, esta vez con cara de triunfadora.

—En la palabra *of* que usted, como tantos otros, ha pasado por alto.

Caspar miró a Schadeck por encima del hombro y, en efecto, vio como de repente las seis «F» aparecían ante sus ojos brillando como luces encendidas.

FINISHED FILES ARE THE RESULT
OF YEARS OF SCIENTIFIC STUDY COMBINED
WITH THE EXPERIENCE OF YEARS

—¡No me lo puedo creer! —susurró Tom.

—Pues sí, el cerebro humano siempre piensa en imágenes. Y no existe ninguna que se adecue a la palabra *of*, a pesar de que la letra se encuentre justo delante de nosotros todo el tiempo.

Caspar movió la cabeza desconcertado y por un momento se preguntó si Greta hablaba ahora del acertijo o de sus recuerdos.

—¿Seis efes? —Al parecer Tom seguía sin poder creérselo y volvió a contarlas de nuevo—. De acuerdo, ¿y qué significa todo esto si puede saberse?

—Pues, chicos, yo también he contado solamente tres. Pero creo que, por una vez, sé la respuesta a todo esto.

Bachmann sacó del bolsillo lateral del mono un enorme manojó de llaves y empezó a contar a través de un sinnúmero de etiquetas de plástico diferentes.

—Aquí está —dijo finalmente, a la vez que les entregaba una placa de color verde.

—Es la llave de la habitación 6F.

—¿6F? —preguntó Yasmin sin dar crédito—. No he oído nunca hablar de ella. Aquí sólo hay cinco plantas. ¿Qué quiere decir?

—Bueno, se trata de algo que únicamente sabemos Rassfeld y yo. Seis F significa «*six feet*». Aunque no lo creáis, Rassfeld también tiene sentido del humor: seis pies bajo tierra, o lo que es lo mismo, dos metros bajo tierra. El sótano. —Bachmann se dio cuenta de que el resto seguía sin comprender nada, por lo que continuó—: Es la llave de la sala de Patología.

02:16 horas

La sala los acogió con la placidez de un matadero inactivo. Rassfeld sólo diseccionaba ocasionalmente junto con sus estudiantes los objetos de estudios allí. A pesar de ello, Caspar tenía la impresión de que entre aquellas paredes de la sala de investigación de patología se habían perforado esqueletos, espátulas cerebrales, instrumentos de sutura y escalpelos. « El alma herida de la sala ». Le vino a la cabeza una cita que había leído una vez en una revista de divulgación. Así que podía recordar aquello: unos conocimientos inútiles acerca del *feng-shui* en lugar de referencias prácticas sobre su verdadera identidad.

Caspar se sentía destrozado por dentro. Era como un niño de preescolar que no sabe en qué calle viven sus padres, pero que, por alguna razón, es capaz de hablar sobre la energía negativa sin casi pensar en ello o sobre la gente que comparte la opinión de que los acontecimientos traumáticos dejan huella, no sólo en la psique de los vivos sino también en la materia muerta que les rodea. Como una marca invisible que deja un dedo en el infierno, la huella que uno siente al llegar al servicio de urgencias de un hospital o al escenario de un crimen. Una huella que genera algo que los esotéricos describen como un aura y los realistas como una atmósfera, y que, en función de la sensibilidad de quienes la observan, puede provocar una angustia, estremecimiento o terror. La mayoría de los que se encontraban en el sótano padecían ahora todos estos sentimientos a la vez. Incluso la respiración de Sophia iba más deprisa, casi esporádicamente, aunque su mirada vacía e indiferente seguía manteniéndose igual.

—La verdad, no me gustaría nada estar aquí cuando me muera —susurró Yasmin dejando la silla de ruedas justo al lado del lavabo, al otro lado de la zona de disección.

Bajo la penumbra de la luz de emergencia uno podría figurarse, con un poco de imaginación, que aquella sala en forma de pañuelo pudiera ser la cocina de un excéntrico futurista. El suelo de piedra de color gris en el centro de aluminio cepillado, las paredes de baldosas blancas y una mesa de trabajo así lo indicaban, si no fuera porque la campana extractora de humos era, en realidad, una luz halógena y las cámaras cromadas no estaban hechas para guardar comida, sino trozos de cadáveres.

Bachmann encendió la lámpara del techo abovedado, lo que acentuó todavía más el ambiente siniestro que les rodeaba.

—¿Qué buscamos aquí? —preguntó Schadeck

—Una nueva pista.

Caspar examinó el suelo en busca de alguna mancha de sangre. Sin embargo, al contrario de lo que parecía haber pasado en la sala de Radiología, no parecía que el Destructor de almas hubiera dejado allí alguna huella.

—¿Se puede saber para qué necesita una psicoclínica privada un sótano para cadáveres como éste? —quiso saber Schadeck.

—Creo que se trata de una ordenanza. Todos los hospitales deben estar preparados por si fallece algún paciente.

Bachmann se frotó pensativo su cabeza calva.

—Pero eso no ha pasado nunca.

«Hasta hoy», pensó Caspar.

—¿Y nueve cámaras de cadáveres juntas? Maldita sea, ni siquiera hay tantas habitaciones aquí.

Tom se tocó la frente con desdén.

—Rassfeld se ha especializado en virtopsia —dijo Bachmann al mismo tiempo que parecía alegrarse al darse cuenta de que Schadeck desconocía por completo el significado de aquella palabra extranjera—. Para poder seccionar un cadáver se necesita una orden judicial o bien el consentimiento de la familia —explicó el vigilante—. Pero mucha gente no quiere que sus familiares queden desfigurados. Por eso cada vez se da más el caso de dejar a los fallecidos dentro del tubo. Por desgracia el escáner completo dura varias horas, a menudo toda una noche. Los aparatos de tomografía normales no están programados para funcionar tanto rato. Además, es mejor no utilizarlos para ese tipo de examen médico debido a las molestias que causa el ruido. Rassfeld supo enseguida que podía ganar una buena cantidad adicional con ayuda de la virtopsia. A veces no queda ni una cámara vacía.

Clac.

Caspar se estremeció del susto y se volvió hacia la pared que había detrás de él, donde Greta Kaminsky estaba abriendo una de las cámaras.

—Maldita sea, ¿se puede saber qué está haciendo? —preguntó el camillero, que al parecer también se había llevado un susto de muerte.

—¿Tú qué crees, jovencito? —Greta sacó una especie de tabla metálica móvil del compartimento de la pared—. Estáis todos tan callados cuchicheando en voz baja como si estuviéramos en una catedral. Dudo mucho que sea por el respeto a los muertos; estáis muertos de miedo. Pero si el Destructor de almas ha escondido otra pista para nosotros, entonces es posible que esté dentro de uno de estos cacharros, ¿no creéis?

Clac. Desplazó la tabla de nuevo a su sitio y volvió a abrir otra cámara.

El camillero se echó a reír bruscamente.

—¿No había dicho que estaba haciendo una terapia para combatir el miedo? —Schadeck se había dado la vuelta hacia el resto levantando las cejas.

—Pues yo también quiero que me den esas pastillas —le dio la razón.

Al igual que Yasmin, Caspar no tuvo más remedio que sonreír de mala gana. Tenía la sensación de que cada vez estaban más inmersos en un ambiente ridículo. Le recordaba a los miembros familiares de un fallecido que cuentan chistes en un entierro para, con alegría forzada, poder superar el valle de tristeza que les espera a partir de ese momento.

Clac.

—Tampoco hay nada aquí.

Greta había cerrado de golpe la tercera de las nueve puertas de aislamiento. Y otra vez todo el grupo volvió a estremecerse. Aunque esta vez el motivo era otro. Se oía otro ruido, que provenía del otro lado de la pared. Caspar fue el primero en reaccionar.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando la caja rectangular de plástico que se hallaba en la pared frontal de la sala de Patología. A primera vista le había parecido que se trataba de un congelador.

—Es otra nevera portátil —le explicó Bachmann.

—Eso ya lo veo. Me refiero al ruido.

Caspar atravesó despacio la zona de disección y cruzó la habitación.

—Es el líquido frigorífico —Bachmann intentó quitarle importancia dándole un tono sonriente a su voz.

—Ya sé que suena como si fuera un cortacésped haciendo gárgaras, pero este chisme tiene un montón de años. Pensaba que ya se lo habían llevado. De hecho, Rassfeld ya no lo utiliza.

—Ya...

Schadeck lo siguió con curiosidad.

—¿Entonces por qué está enchufado el cable del cacharro?

Caspar puso las dos manos encima de la tapa y el congelador se abrió emitiendo un ruido como si estuviera comiendo, al mismo tiempo que el frío se iba escapando por los bordes con una especie de vapor humeante. Enseguida se tapó la boca con las manos como un acto reflejo, pero ya era demasiado tarde. El fuerte olor ya había alcanzado rápidamente su cerebro por el camino más corto, a través de la nariz.

Caspar empezó a toser. Le lloraban los ojos, pero no porque el gas desprendiera un olor penetrante y almibarado, sino por la insoportable imagen que tenía ante sí.

—¿Y? —preguntó el camillero con voz nasal. Tom dio un paso hacia delante tapándose la nariz con dos dedos.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó.

El desconcierto que manifestaban sus palabras era el mismo que sentía Caspar.

No había luz interior en el congelador, por lo que le era imposible saber si

aquel cuerpo desangrado aún estaba entero. Sólo había visto claramente una cosa antes de que Yasmin y Bachmann se pusieran detrás de él: alguien le había arrancado a aquel perro la mitad del cuero cabelludo y dejado la cabeza sin ojos.

02:18 horas

—*Mr. Ed* —se lamentó Yasmín.

Caspar había pensado lo mismo, y se había sentido avergonzado porque la imagen de aquella criatura maltratada no parecía afectarle en absoluto.

«¿Y si se trataba sólo de un perro vagabundo? Es posible que ni siquiera lo conociera». Quiso pensar así para tranquilizar su mala conciencia. Puede que hubiera reaccionado de ese modo tan insensible porque se imaginaba que todo sería mucho peor.

«No, no es eso».

—¿Creéis que debemos sacarlo de aquí? —preguntó Bachmann con indecisión.

«Todo esto no tiene ninguna lógica».

—El Destructor de almas le ha partido las patas, ¿verdad?

Yasmín no podía desviar su mirada de los restos del perro. Las náuseas que provocaba aquella especie de humo vaporoso no parecía causar efecto alguno en ella. Es más, la joven se encorvaba cada vez más hacia el interior del congelador, por lo que Caspar tuvo que dejarle sitio no sin agradecerse para sus adentros.

—Sí, le desollaron desde la oreja derecha. *Mr. Ed* ya no tiene patas. Cielo santo, ¿quién puede ser tan perverso y enfermo como para hacer algo así?

—Rassfeld —dijo Bachmann, y sacó del congelador una pata con forma de cuchara dejando a la enfermera horrorizada.

—Mirad esto.

Yasmín y Tom se quedaron mirando al vigilante boquiabiertos.

—Es la cadera del perro. El mismo Rassfeld la ha cortado con una sierra, pero no hay nada cruel en ello porque...

Caspar asintió. Empezaba a comprender por qué aquello le había dejado tan indiferente. No había lamentado la muerte de *Mr. Ed* porque...

—... no es *Mr. Ed*. Como os decía antes, Rassfeld trabajaba de vez en cuando aquí con sus estudiantes. Es uno de los objetos de experimentación. —Bachmann dejó el hueso de nuevo en el congelador y cerró la tapa—. El perro murió atropellado y el veterinario nos lo trajo a nosotros.

—¿Y cómo es que sabes todo eso?

—Quítate de una vez esa peluca roja que no te deja ver y míralo bien,

Yasmin. *Mr. Ed* era un cruce de razas, lo que hay aquí dentro es un labrador. Y eso que huele tan mal es formalina. El animal estaba cubierto de ella; está completamente desangrado y se han sustituido todos los líquidos de su cuerpo. Aunque el Destructor de almas sea un experto en preparar así a los animales, no hubiera podido lograr hacerlo en tan poco tiempo.

—Pero, pero... —Yasmin tartamudeó—. Pero ¿qué pretende decirnos el Destructor de almas con eso?

—Nada en absoluto. ¿Es que no lo comprendes? Lo que quiere es...

—... matarnos —completó Greta desde el otro lado de la sala con una voz que no parecía la suya. Ahora era ella la que susurraba.

Todos se volvieron hacia ella, pero ninguno le preguntó nada; tampoco era preciso. La novena cámara frigorífica era la prueba de lo que la anciana había estado haciendo entretanto mientras ellos malgastaban el tiempo con los cadáveres que servían para experimentar.

—¿Es...? Quiero decir si es él... —preguntó Greta.

Señaló hacia abajo; ya no parecía que sintiera tanto temor. Unas profundas arrugas se extendieron de repente por su frente, que ahora se vislumbraba despiadadamente de un color verdoso claro. Caspar tenía miedo de que Greta empezara a vomitar, pero sus temores desaparecieron en cuanto dio un paso hacia ella. La mujer probablemente no iba a tener problemas probablemente para contenerse, sin embargo no estaba tan seguro de que él también pudiera hacerlo. Tragó saliva para evitar devolver lo poco que contenía su estómago, y que ya empezaba a notar en la entrada de su esófago. A continuación miró de nuevo con más atención: la cabeza sobresalía de aquella cámara.

«Sí, es él».

Rassfeld nunca había sido un hombre atractivo en vida, pero la muerte lo había convertido en un verdadero monstruo.

02:20 horas

Daba la sensación de que aún no hubiera fallecido del todo, de que tan sólo hubiera estado esperando a que finalmente vinieran y abrieran aquella cámara para poder ser testigo de sus últimos segundos de vida. Su cabeza estaba completamente inclinada hacia atrás, como un niño que ve volar un avión en el cielo y lo sigue con la mirada sin moverse.

Rassfeld gritaba, pero sus chillidos no salían de su boca, que entretanto amenazaba con mostrarles parte de la lengua amoratada. Gritaba con sus ojos desorbitados, muertos, unos ojos que nunca se habían alejado tanto de la cavidad orbitaria como ahora. Gritaba en silencio, pero a la vez con tanta fuerza que a Caspar le era imposible oír las agitadas voces que bramaban a su alrededor. Incluso le costaba entender sus propios pensamientos.

Mejillas hinchadas, piel tumefacta de color azulado, marcas oscuras en el cuello: el Destructor de almas lo había matado enseguida. En un cadáver, las manchas se hacen primero visibles normalmente en la zona en la que se acumula la sangre con más rapidez. No aparecen en la cara, sino en la espalda o los glúteos, es decir, en aquellas partes del cuerpo que Rassfeld había cubierto con su bata. Probablemente éste se la había puesto de forma apresurada en cuanto había oído el enorme ruido proveniente de la habitación de Bruck.

Caspar llevó sus dedos hasta los ojos del director de la clínica y los cerró con cuidado. No lo hizo por respeto: quería examinar instintivamente los primeros síntomas de rigidez en el cadáver.

«¿Cómo es que sé todo eso? ¿Cómo es que sé que las manchas de un cadáver, pasados treinta minutos, son un síntoma de que el cadáver está rígido, y que deben pasar como mínimo entre una y dos horas para poder ver esto en los ojos?» .

No era capaz de responder a ninguna de estas preguntas. Tan sólo era dolorosamente consciente de una cosa, justo en el mismo instante en que Yasmin, que se hallaba detrás de él, le daba una patada furiosamente a un armario con instrumental médico mientras Bachmann cruzaba sus brazos con perplejidad y se los llevaba detrás de la cabeza. Era consciente de que una parte de él se alegraba, e incluso estaba agradecida, por todo aquel horror que tenía lugar a su alrededor, y a que de algún modo le servía de distracción. Sea como fuera aquel fantasma que le aterraba, lo que realmente le preocupaba era tener que enfrentarse a un monstruo todavía más terrible: él mismo.

«Volveré enseguida y todo se arreglará, cariño. Todo volverá a ser como antes. No te preocupes, cariño mío, ¿de acuerdo? He cometido un error pero pronto te sacaré de aquí, y...».

Sus tripas le sonaron y se preguntó si realmente se debía al malestar que sentía o más bien era el ánimo de vivir de su verdadero yo, que pedía la palabra enfurecido.

—¿Puedo? —dijo Bachmann, que estaba junto a él, como si ya hubiera hecho la misma pregunta varias veces. Caspar se apartó a un lado e intentó concentrarse en lo que se hablaba a su alrededor, pero le era imposible. Seguía mirando el cadáver de Rassfeld y sus pensamientos le confundían cada vez más.

«¿Y si sólo soy un simple mensajero? Un caballo de Troya con una carga mortífera en el interior de mi cuerpo que tan sólo espera a que llegue el mejor momento para hacerla estallar».

La causa inexplicable de su amnesia, que había tenido que conducirlo justamente hasta las puertas de aquella clínica psicológica bloqueada por la nieve y el hecho de que en varias ocasiones hubiera visto la cara del Destructor de almas en sus sueños le parecían, de repente, dos parámetros de una misma ecuación con tres incógnitas imposibles de solucionar, pues su cerebro traumatizado depositaba sus pensamientos, una y otra vez, en una vía muerta sin salida que le llevaba hasta su hija.

«¿Qué he hecho?».

—Lo han estrangulado —diagnosticó Schadeck.

Caspar percibió su voz como si ésta hubiera atravesado una gruesa pared.

Asintió. El camillero tenía razón. La cara hinchada no podía deberse a los gases de la descomposición, ya que Rassfeld había estado expuesto todo el tiempo a un ambiente demasiado frío. Todo apuntaba a que el profesor se hallaba inconsciente cuando el Destructor de almas lo había introducido en la cámara frigorífica hermética.

Caspar se disponía a examinar de nuevo la rigidez del cadáver cuando, de repente, empezó a sonar un ruido metálico, detrás de él. Se volvió muy despacio, convencido de haber caído en una trampa. El ruido sonaba como el aliento acuoso del cazador que iba tras ellos, que acompañaba las heridas de su cuello. Sin embargo, se sintieron aliviados al saber que no era John Bruck avanzando lentamente hacia ellos, sino Sophia, que en aquel momento se erguía agitada en su silla de ruedas.

—¡Oh, mierda! —se lamentó Yasmin dando un paso hacia atrás.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Greta, demostrando más ánimo que los demás al acudir junto a Sophia para limpiarle con un pañuelo la saliva que tenía en una de las comisuras de la boca.

—Parece ser que se ha atragantado —mintió Caspar ocultando de forma absolutamente intencionada la definición del diccionario médico que, por algún

motivo inexplicable, había memorizado como un papagayo:

ESTERTOR: Expresión coloquial que emplea mayoritariamente el personal hospitalario para referirse al sonido ronco de la respiración que anuncia el principio del proceso de un fallecimiento, cuando el paciente deja de controlar el reflejo de la deglución. Dicho ruido se extiende durante un término medio de cincuenta y siete horas, y generalmente resulta tan desagradable e inquietante para el resto de los pacientes que las personas moribundas deben ser aisladas en una habitación individual.

« Es posible que sea médico », pensó una vez más al darse cuenta de que sólo pensar eso era tan desagradable que incluso se le ponía la piel de gallina.

« ¿Qué había de malo en ello? » .

Sus conocimientos, al igual que lo que recordaba sobre el magnetófono, tendrían probablemente una explicación en los informes que él mismo grababa en la mesa de su despacho.

Por eso rondaban por su cabeza términos como « rigidez catatónica », « estado vegetativo » y « síndrome de enclaustramiento » cada vez que se alejaba desconsoladamente de Sophia.

« ¿Qué había de malo en ello entonces? » .

—Creo que quiere decirnos algo —aclaró Caspar, aunque no estaba seguro de si lo había dicho sólo para huir de la corriente de sus pensamientos.

Mientras tanto se había colocado también junto a la silla de ruedas; Bachmann y Schadeck seguían de pie delante de la cámara frigorífica donde yacía el cadáver de Rassfeld. Les lanzó un vistazo. El vigilante, con cara de repugnancia y gotas de sudor deslizándose por la frente, estaba levantando el cadáver del director de la clínica para que Tom pudiera mirar si había algo debajo de su espalda.

« Una nueva tarjeta » .

Se alejó, pero entonces advirtió que la imagen que tenía ante sí en aquel momento era aún más estremecedora: la boca de Sophia se abrió y cerraba tomando aire como si fuera un renacuajo, formando una pequeña burbuja de saliva en sus labios. Enseguida su lengua se extendió hacia delante e hizo desaparecer aquella delicada pompa.

—Toporrrrr —masculló con los ojos desencajados, acentuando el sonido de la r casi como lo hacía Greta.

—Pobre chiquilla —susurró la anciana mientras le caían las lágrimas—. Pobre... Pobre chiquilla.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó Caspar sofocado, sin darse la vuelta.

—¿Una tarjeta con acertijo?

—Sí.

—¡No! —respondió Tom—. No tiene ninguna en las manos, y el pijama y la bata no tienen bolsillos. Tampoco hay nada encima.

—Entiendo.

Caspar retrocedió dos pasos y siguió mirando fijamente los labios de Sophia, que ahora se abrían dejando entrever su lengua, que se movía incontrolada. A pesar de sentir asco de sí mismo al hacer la pregunta, sabía que era importante:

—¿Habéis mirado también dentro de la boca?

02:22 horas

Al principio habían estado dudando, sin poder decidirse, sobre quién debía adjudicarse aquella siniestra tarea. Finalmente había sido el mismo Caspar el que había sacado un par de guantes de cirujano de una caja de cartón y se los había puesto de cualquier manera, antes de que sus insensibles dedos se dispusieran a separar las articulaciones de la mandíbula rígida. Después todo había ido muy deprisa; la nota, que estaba doblada por la mitad, podía verse con claridad en el lado superior de la lengua como si se tratase de una oblea en una comunión. Caspar la despegó arrastrando con ella varios hilos grisáceos de saliva.

Dejó la nota encima de la mesa de disección, bajo la luz cegadora que reflejaba la lámpara halógena. Mientras observaba las puntas embadurnadas de secreciones de sus dedos cubiertos de látex, se dio cuenta de que aún iba descalzo. Curiosamente apenas sentía el frío, posiblemente porque todo su cuerpo había adquirido entretanto la temperatura del suelo de piedra que estaba pisando.

—¿Qué pone?—preguntó Greta haciéndole un gesto de ánimo con la cabeza.

Al parecer, la mujer daba por sentado que la persona que había hallado la nota tenía derecho igualmente a ser la primera en echarle un vistazo.

Desplegó la pequeña hoja que el Destructor de almas había arrancado una vez más del talonario de recetas.

—Se entra por una entrada y se sale a través de tres.

—¿Qué?

Caspar repitió la frase.

—No lo entiendo.

—A mí tampoco me ha pasado nunca...

—Vale, apartaos todos, rápido...

Schadeck chasqueó las manos ruidosamente y señaló la salida.

—Pero yo creo que... —quiso añadir Greta.

Sin embargo, Tom la interrumpió bruscamente.

—¿Conoce la solución?

—No, por supuesto, pero si no estuviera interrumpiéndome continuamente siempre quizá podría dar con ella.

Greta levantó su barbilla hacia delante en tono desafiante.

—Así que, ¿me dejáis que hable?

—¡Adelante, hay tiempo!

Ella le regaló una sonrisa despreciativa al cínico camillero y se volvió hacia

Caspar.

—Querido, conozco el género al que pertenece este acertijo. En cuanto se descifra la primera parte, el resto ya no es tan difícil. Por ejemplo, aquí se trata de lo que se conoce como pregunta con metáforas.

—¿Lo que significa...?

—... que las palabras del acertijo pueden tener más de un significado —respondió la mujer a la réplica impaciente de Schadeck sin mirarle a la cara.

—Sólo hay que saber aquello de lo que depende.

Bachmann se aclaró la voz y dio un paso hacia delante.

—No lo acabo de entender, señora Kaminsky.

—Pues voy a ponerle un ejemplo para aclarárselo. El único acertijo con metáforas que conozco es el siguiente: «Sólo se compra para enseguida tirarlo afuera otra vez».

Caspar escuchó cómo Tom balbuceaba en segundo plano un «No me lo puedo creer», mientras Greta continuaba imperturbable con su «introducción a la cultura moderna del acertijo».

—El término «tirar» puede significar muchas cosas. Uno piensa primero en la basura, que justamente tiene relación con «comprar». Pero así no se llega nunca a la solución.

—¿Por qué? ¿No puede ser una bolsa de basura?—preguntó Yasmin.

—No, en absoluto. Una bolsa de basura se compra para, en primer lugar, meter algo dentro de ella. No para «tirarla afuera enseguida otra vez».

—Ya lo entiendo. Entonces tampoco puede ser un preservativo o un pañuelo de papel. Pero ¿cuál es la solución?—preguntó Caspar.

Greta rió con picardía.

—En este juego de palabras lo que importa no es el «afuera», sino el «tirar». ¿Qué objetos existen cuyo único objetivo es el de ser tirados?

—Un disco volador.

—¡Muy bien! O una pelota de balonmano. ¿Lo ven? Incluso hay más de una solución. Todos esos objetos se compran para «enseguida tirarlos afuera otra vez».

—¿Cómo es que sabe todo eso?

Tom empujó a Caspar a un lado y se puso tan cerca de Greta que ésta ya no pudo ignorarlo.

—Eso a usted no le importa.

—Señora, no la conozco de nada. Usted está con nosotros porque aquél de allí quería que así fuese. —Los ojos de Caspar parpadearon inconscientemente cuando Schadeck le señaló directamente con su dedo índice. Durante un breve instante pudo ver de nuevo la cicatriz con forma de cruz que tenía en la parte interior de su mano—. El señor Desmemoriado, que finge no acordarse de su pasado y que, casualmente, llegó aquí justo cuando el Destructor de almas hacía

una pausa en su actividad. Y ahora, aquí la tenemos a usted, conectada mentalmente con nuestro hombre anónimo y resolviendo un acertijo detrás de otro.

—Me parece que es usted bastante grosero y desvergonzado.

Greta movió la cabeza.

—Y a mí me parece que todos los que estamos aquí nos merecemos una explicación, tratándose de nuestras vidas. Así que, ¿a quién le oyó decir ese acertijo?

—Al profesor Rassfeld.

—Claro, claro. Yo también hubiera dicho ese nombre. Es muy cómodo, justo ahora que le es imposible confirmar su declaración.

Bachmann se aclaró la voz y, de manera extraordinaria, se introdujo enérgicamente en medio de la discusión.

—Tranquilícese, Tom. La señora Kaminsky es paciente nuestra desde hace años. No hay motivo para dudar de su palabra. Yo la creo.

—¿Ah, sí?

La arteria carótida de Schadeck se hizo visible en su cuello.

—Sí. Rassfeld examinó a la primera víctima del Destructor de almas en el hospital Westend, por lo que es probable que viera las notas de los acertijos. Puede que hasta hallaran juntos una solución, sólo que demasiado tarde.

—Sí, claro, y a lo mejor el tío que hay ahí afuera sólo tiene hipo y tiene que ir matando a gente para que se le vaya. ¡Venga ya!

Tom cogió del brazo a Yasmin para, al menos, tener una aliada si el resto del grupo acababa confabulándose contra él. Sin embargo, la joven rechazó su intento de acercarse a ella y, en lugar de eso, se volvió hacia Greta.

—Entonces, ¿puede resolver también el otro acertijo? Me refiero al de Rassfeld.

Lanzó un vistazo a la cámara frigorífica donde se encontraba el cadáver, y que Caspar ya había cerrado de nuevo.

—Pues claro, y a lo he hecho.

—¿De verdad?

Los ojos de Yasmin se agrandaron.

—Naturalmente —dijo Greta con voz triunfante—. Como ya le dije, una vez que se descifra una metáfora, las otras ya no resultan tan difíciles.

Caspar fue hasta la mesa de disección y cogió otra vez la nota que habían encontrado en la boca de Rassfeld.

—Se entra por una entrada y se sale a través de tres —leyó en voz alta.

—A lo mejor se trata de un laberinto o de una madriguera —propuso Bachmann.

—¡Pero, hombre!

Schadeck se llevó la mano a la sien como si sus dedos pulgar e índice fueran

una pistola a punto de disparar.

—Imposible —respondió Greta—. ¿Cómo pretenden salir por tres salidas al mismo tiempo?

—¿Qué es entonces?

Caspar también iba perdiendo cada vez más la paciencia. Eran casi las dos y media de la mañana, fuera se alzaba una ventisca de nieve junto a los cimientos de la clínica y en el interior se desencadenaba una tempestad aún mucho peor: una tormenta provocada por un psicópata que torturaba a sus víctimas llevándoles a un estado de coma, que las asesinaba o, sencillamente, las hacía desaparecer. No importaba desde qué punto de vista se mirara. Lo cierto es que no era el mejor momento para una reunión sobre acertijos en la sala de Patología.

—Es muy fácil.

Greta miró al grupo llena de expectación, evitando sólo cualquier contacto visual con Tom.

—Una camiseta.

—¿Una camiseta?

—Sí. También podrían haberlo adivinado ustedes, ¿a que sí?

Caspar oyó la respuesta y, al entenderlo, sintió de repente el frío que no había notado durante todo ese tiempo mientras el flujo ardiente de adrenalina corría por sus vasos sanguíneos.

«Está claro. Se entra por debajo y se sale de nuevo por la cabeza y los brazos, a través de tres agujeros».

—¿Qué os pasa? —preguntó al ver que se hacía el silencio a su alrededor y que Tom, en especial, no dejaba de mirarle fijamente con desconfianza.

Caspar recorrió al resto con su mirada y observó la parte superior de sus cuerpos: las blusas de Greta y Yasmin, el jersey de cuello alto de Schadeck, el mono de trabajo de Bachmann. Entonces supo lamentablemente que él era el único que llevaba camiseta.

02:26 horas

—¡Quítatela!

—Estás de broma.

—Lo digo en serio. Quítate la maldita camiseta, ¡rápido!

—¿Se han vuelto todos locos?

Bachmann salió en defensa de Caspar, pero no había manera de hacer callar a Schadeck.

—¿De verdad creéis que todo esto ocurre por casualidad? ¡Este loco sabe algo! ¡A lo mejor es cómplice del Destructor de almas!

Yasmin puso sus brazos en el pecho temblando de frío, pero nadie se fijó en ella.

—¿Por qué motivo iba Bruck, con ayuda de sus acertijos, a hacer que las sospechas recayeran precisamente en su compañero? —preguntó Greta, enojada, señalando la nota con el acertijo que se hallaba encima de la mesa metálica.

—Además, eso significaría que usted también está en el ajo porque...

El vigilante retrocedió un paso por un acto reflejo cuando vio que un puño se dirigía volando en dirección a uno de sus ojos. Sin embargo, el golpe no llegó a rozarle.

Caspar también lo había visto venir y es posible que hasta hubiera podido evitarlo si su subconsciente no hubiera puesto el freno una vez más.

Si se hubiera dado la vuelta con rapidez, Tom no habría conseguido llegar hasta su camiseta y arrancársela de un tirón. Todavía podía notar cómo iban cediendo los hilos de algodón barato y el crujido de los músculos armonizaba de forma paradójica con el chillido que resonaba en sus oídos. El tren de los recuerdos había regresado a él volviendo a impregnar su nariz con un denso humo.

—Maldita sea, ¿qué es eso? —oyó Caspar que preguntaba Schadeck aún horrorizado, antes de que pudiera sentir cómo su cuerpo se inclinaba hacia atrás y caía en el vacío. Luego su lengua se le paralizó y ya no fue capaz de explicar de dónde procedían aquellas cicatrices de quemaduras que el camillero acababa de descubrir en su pecho. Caspar ya no tenía fuerzas para concentrarse en nada más que no fuera las secuencias de recuerdos que empezaban a invadirle.

Recuerdos

Podemos empezar. Ahora ya está lista.

Estaba sentado en la mesa del despacho nuevamente. La voz dulce de la mujer se escuchó una vez más a través del interfono.

—Lo hemos preparado todo, profesor Haberland.

«¿Haberland? ¿Es así como me llamo?».

Atrapado por sus recuerdos en tres dimensiones, se levantó despacio, caminó por el despacho, en cuya pared se hallaba colgado el título de medicina, y abrió una puerta tapizada de color blanco.

A continuación, el director de cine puso en marcha a cámara rápida la película de su memoria. A partir de ese momento se enfrentaría a las grabaciones inquietantes sin excepción: una niña pequeña que, con sonrisa cansada, mostraba sus dientes con aparatos; su cabeza rubia y rizada yacía somnolienta sobre la cama del hospital.

Luego el temblor. Los ataques convulsivos del delicado cuerpo de aquella niña que, como si de un acto de exorcismo se tratara, no dejaba de retorcerse bajo la presión de unas fuertes manos que intentaban inmovilizarla en la cama sin éxito. Sus manos.

Caspar escuchó un golpe: algo empezaba a arder en su cara, pero lo único que podía hacer era parpadear; y entonces todo se hizo oscuro a su alrededor. El tren de la memoria había entrado en un túnel o posiblemente se hallaba en una zona desolada en mitad de la noche, tal vez en un bosque, ya que ahora llevaba un rato sin poder ver nada más que aquello, hasta que, de repente, sintió un fuerte zarandeo, como si el tren hubiera descarrilado.

Su cuerpo recibió una sacudida, y volvió a escuchar un golpe, esta vez aún más fuerte, y entonces, en cuestión de segundos se vio inmerso en un entorno totalmente diferente, uno que le recordaba al sueño del cual Linus le había despertado unas horas antes.

Ahora ya no iba sentado en un tren, sino en un coche; en el suyo. Fuera, la densa lluvia golpeaba contra el parabrisas. Rápido, terriblemente rápido, más aún que los árboles que le pasaban a los lados mientras conducía.

«¿Por qué voy conduciendo a tanta velocidad en medio de un temporal como éste?».

Puso en marcha el limpiaparabrisas, pero no lograba desprenderse de la

cortina nebulosa, ni siquiera con ayuda del modo de intervalo rápido.

«¡Estoy llorando! ¿Por qué estoy llorando? ¿Y por qué no soy capaz de concentrarme en la carretera y, en vez de eso, me dedico a coger... del asiento contiguo?».

Cogió un expediente y lo fue hojeando hasta llegar aproximadamente a la mitad del fichero, hasta encontrar las fotografías.

Había dos. La más grande, la de Jonathan Bruck, estaba tirada de cualquier manera en el asiento del copiloto, junto a una botella de whisky medio vacía.

Pero eso era lo de menos. Mucho más importante era la fotografía pequeña.

«¿Por qué cojo la foto de mi hija del expediente de un paciente y me la quedo mirando fijamente? ¿Cómo es que no me concentro en la carretera, en esa vía inundada por la lluvia que a duras penas puedo ver porque mis lágrimas me lo impiden?».

Los dos airbags se activaron y el tensor del cinturón de seguridad le arrastró hacia atrás de un tirón, pero los sistemas de seguridad de su berlina no pudieron hacer nada contra las llamas, que, en cuestión de segundos, empezaron a salir disparadas desde el salpicadero del coche. Intentó mover las piernas. Arrugó la fotografía de su hija con su mano cuando, lleno de dolor, quiso volverse hacia un lado para abrir la puerta, pero entonces se dio cuenta de que estaba... paralizado. O atrapado.

«Maldita sea, estoy atrapado. No puedo salir de aquí, tengo que... despertarme... tengo que...».

02:31 horas

—¡... despierta!

Oyó nuevamente cómo alguien daba unas palmadas, esta vez con más fuerza, y a continuación sintió un escozor en su pómulo izquierdo.

—Ya es suficiente, no seas tan bruto —le apremió una voz por encima de él.

—Está fingiendo —dijo Tom Schadeck.

Caspar abrió los ojos y en ese mismo instante vio cómo se abalanzaba directamente sobre su cabeza un coche con las luces largas. Levantó de golpe los brazos, y dos fuertes manos lo agarraron enseguida. Luego parpadeó y los faros del coche se convirtieron en una luz halógena. Al parecer se había desmayado y los demás lo habían llevado a la mesa de disección. Caspar tosió y sintió el sabor de la sangre.

—¿Todo bien? —le preguntó Bachmann preocupado.

Junto a aquel cráneo oblicuo asomaba el rostro juvenil de Schadeck.

—¿De qué te has acordado ahora? —preguntó éste, tajante.

—He tenido un accidente —dijo Caspar.

—Sí, se ha caído para atrás y se ha golpeado la cabeza —le confirmó el vigilante.

—No, no me refiero a eso. —Caspar movió ligeramente la cabeza, si bien este gesto era consecuencia de dolor palpitante y sordo, que ahora volvía a ser más intenso. Se llevó las manos a los codos con dificultad y tosió de nuevo—. El accidente debe de haber pasado hace algún tiempo.

—¿Qué sucedió exactamente?

Pensó si debía guardarse para sí parte de la verdad, al igual que había hecho hasta entonces manteniendo en secreto los fragmentos de sus recuerdos relacionados con el Destructor de almas.

—Estaba lloviendo y me salí de la carretera —añadió finalmente—. Mi coche empezó a arder y estuve a punto de morir quemado. De ahí las cicatrices.

—¿Y eso es todo?

«No, eso no es todo», pensó Caspar. Podía entender que Tom no le creyera.

—¡Vaya bola!

—¿Por qué motivo debería inventárselo? —quiso saber Greta agarrándose agotada a la silla de ruedas de Sophia.

—Para desviar la atención de todo lo que tiene que ver con el psicópata y sus dudosas notas con acertijos. —Schadeck empezó a amenazar a Caspar con su

dedo índice—. Qué extraño, ¿no? La solución del último acertijo nos lleva hasta la camiseta de Caspar, que esconde unas cicatrices como si hubiera metido su cuerpo dentro de un microondas.

Greta movió débilmente su cabeza canosa.

—Puede que me haya equivocado. Un jersey también puede ser la solución. Y usted lleva uno puesto.

—Sí, pero yo no tengo cicatrices de quemaduras —protestó Tom—. Y su cuerpo parece como si hubiera sido expuesto a un ritual perverso, ¿o no es así? Y ahora quiere que nos creamos eso de que ha tenido un simple accidente.

—No fue un accidente. Estaba borracho.

Caspar reunió fuerzas y se sentó erguido en la mesa, luego arrastró sus piernas por la esquina de ésta.

—¡Ah, claro! Antes hasta te negaste a darle un trago a mi botella. Pensaba que no bebías. —Schadeck soltó una risa burlona.

—En aquel tiempo tenía un motivo para hacerlo.

—¿Cuál?

Caspar suspiró.

—No estoy totalmente seguro, pero todo parece indicar que efectivamente soy médico. Tenía una paciente, una niña pequeña. Creo que es mi hija. De cualquier modo, la estaba tratando y debí de cometer un error.

—¿Un error médico? ¿Cometió un error con su hija?

—Es posible. Creo que sí.

Intentó reprimir la dolorosa imagen de los espasmos convulsivos de la niña pero, en lugar de eso, fue el recuerdo de Katja Adesi el que saltó a la superficie con la fuerza de un balón medicinal que se halla en el agua bajo presión. La profesora de su colegio, la segunda víctima.

—En cualquier caso, en cuanto dejé de tratar a la niña ahogué mi desesperación en media botella de whisky. Luego me senté al volante y choqué contra un árbol.

Caspar pasó la mano por debajo de los retazos de la camiseta desgarrada y fue siguiendo con sus dedos la cicatriz más grande, que estaba justo bajo su pecho y llegaba hasta el ombligo.

Miró hacia abajo: bajo la luz artificial aquella grieta en la piel calva parecía un río de lava rosa que presionaba para salir disparado hacia arriba, a través de la abertura de un terreno ondulado.

De pronto su miedo se disipó y dio paso a un sentimiento más intenso: el de la tristeza. Sabía cuál era el verdadero significado de sus cicatrices: eran la señal de que había cometido un terrible error y que nunca más podría mantener su promesa.

«Volveré enseguida y todo se arreglará, cariño. Todo volverá a ser como antes» .

—No estoy totalmente seguro... creo... supongo... —Tom Schadeck imitó sin gracia los intentos de explicación de Caspar.

—Así que tú no tienes nada que ver, ¿no? Entonces, ¿cómo sabe el Destructor de almas lo de tus cicatrices?

—No tengo por qué oír todo esto. —Caspar saltó de la mesa y apretó los puños—. Tú tenías que ser precisamente quien me endosara algo, ¿no? ¿Dónde estabas tú entonces cuando desapareció Rassfeld? ¿Quién sacó la segunda nota del saco como por arte de magia? ¿Y entonces? —Ahora era él quien imitaba a Tom con tono desdeñoso.

—¿Lo ves? Yo también puedo darle la vuelta a la tortilla.

—¡Dejad ya de pelearos! —objetó Greta, y dio la impresión de que ciertamente Schadeck se tranquilizaba un poco.

—Muy bien. Suponiendo que tú no estés metido en esto, ¿qué significa entonces el acertijo?

—No tengo ni la más remota idea.

—Pero yo quizá sí.

—¿Tú?

Todos se dieron la vuelta sorprendidos hacia Yasmin, que había intervenido de improviso.

—Pero ¿qué?

—Bueno, yo... —se aclaró la voz nerviosa y de nuevo empezó a hacer girar su anillo en el dedo— he estado pensando mientras estaba sentada con Sophia delante de la chimenea.

—¿En qué?

Schadeck, que era quien se hallaba más cerca de la enfermera, le apartó cuidadosamente de la frente un mechón rojo.

—En el fuego —respondió ella—. Tú mismo dijiste que la pared de aislamiento no podía estar activada debido a la protección contra incendios y demás.

—Sí, ¿y qué?

—Que a lo mejor el Destructor de almas nos está dando pistas mediante estos acertijos disparatados. Seguro que es uno de esos juegos de enfermos en los que se dejan instrucciones mediante notas, y esas cicatrices de quemaduras son sólo una señal más.

—¿Para encontrar la salida de emergencia?

Caspar la miró interrogante.

—Sí. Me refiero a que... —Yasmin se interrumpió a sí misma de nuevo. Finalmente se atrevió a expresar su plan con palabras—. ¿Por qué no encendemos un fuego? La pared de aislamiento seguro que se abre cuando empiece a activarse el detector de incendios.

—No es mala idea en absoluto —añadió Caspar, pero Bachmann acalló sus

palabras alterado.

—¿Y qué pasa si no es así? No, no, no. Es demasiado peligroso. No conozco tan bien el sistema, nunca lo hemos puesto en funcionamiento.

Schadeck también alzó las manos a la defensiva.

—Tiene razón. Si el plan fracasa nuestros cuerpos arderán vivos aquí dentro.

—No tiene por qué ser así —dijo Caspar, y se detuvo un momento para explicar su plan cuando toda la atención del grupo se dirigiera hacia él.

02:36 horas

Naturalmente que era un error. No debían de haberse apartado de su primera intención. Desde el momento en que Caspar había hecho la propuesta ya se imaginaba que ésta acabaría teniendo graves consecuencias.

Pero, aunque así fuera, no había otro modo de hacerlo.

A pesar de todo, Greta había sido la única en aprobar su propuesta. Había querido ir con él hasta la sala de Tomografía, y evidentemente esto era algo imposible. Greta era, junto a Sophia, la persona más débil del grupo. Todos ellos ya tendrían suficientes problemas para ponerse a salvo cuando llegara la hora; no podía incluir en la huida a una viuda de setenta y nueve años. Finalmente fue Bachmann quien le acompañó, no sin protestar. Tras una acalorada y breve discusión, el resto había subido de nuevo para encerrarse en la biblioteca.

—Este error es aún mayor que mi matrimonio —murmuró el vigilante.

No obstante, le quitó a Caspar el bidón de plástico que éste había encontrado en uno de los armarios empotrados de la antesala: CLINIX-CLEAN, un detergente de alcohol con potenciador de amoníaco, en cuya parte delantera había pegado un triángulo de advertencia en color negro y amarillo con una llama encendida.

—¿Qué puede salir mal? Yo diría que ese chisme tiene puertas a prueba de incendios y un sistema de ventilación propio.

Caspar asintió mirando el cristal que separaba la antesala del resto de la habitación como si se tratara de un estudio de grabación.

—Fue usted quien propuso la sala de Tomografía.

—Sí, para escondernos en ella. No para quemarla.

Caspar cogió un segundo bidón y cerró de nuevo el armario. Tuvo la esperanza de que Bachmann no notaría que su voz se esforzaba en mostrarse optimista, cuando en el fondo compartía sus dudas.

—Si hay suerte, la pared de aislamiento subirá en cuanto el detector de humos se active y los demás podrán salir de la biblioteca y dirigirse al aparcamiento.

Caspar sabía que aquel plan que había preparado precipitadamente carecía de final.

Por ejemplo, no tenía ni idea de cómo iban a arrastrar a Sophia montaña abajo sin que las ruedas de su silla quedaran atascadas en aquella masa de nieve. Pero, al igual que el resto del grupo, él solamente podía pensar paso a paso. Tenía

la esperanza de que ya se le ocurriría algo, del mismo modo que había tenido la idea de huir de la prisión en que se había convertido aquella clínica.

—En el peor de los casos, la pared de aislamiento no se moverá —continuó Caspar—. Pero, como el fuego empezará en la sala de Tomografía, al menos las puertas a prueba de incendios evitarán que destruyamos toda la clínica. —Señaló un extintor que había justo en la pared, al lado de la puerta que daba al pasillo.

—¿Tiene un encendedor?

—Cerillas.

Bachmann se dio unos golpecitos en el bolsillo interior de su mono.

—De acuerdo, empecemos entonces...

Caspar tomó aliento y miró hacia el techo de la habitación.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó Bachmann.

—¿Puede oírlo?

—¿El qué?

—Ese ruido.

Bachmann iba a sacudir la cabeza, pero se quedó inmóvil en aquel momento con el bidón en la mano. El retumbante ruido de fondo apenas podía oírse en el sótano de la clínica, pero estaba allí, se notaba al igual que el ruido subliminal del bajo del altavoz de una sala de cine. Caspar pensó que curiosamente aquel ruido tenebroso dotaba de una buena banda sonora a la secuencia de recuerdos de su último trayecto en coche.

—Suena como si hubiera aterrizado un helicóptero.

Bachmann pronunció lo que Caspar esperaba ansiosamente. Su pulso se aceleró y, por primera vez en mucho tiempo, sintió una señal de esperanza.

« ¿Y si Linus había ido a pedir ayuda? Podría ser» .

« Naturalmente. ¿No había dicho Yasmin que había visto a alguien en el balcón?» .

Bachmann frunció el ceño, fue hasta la pared donde estaba el extintor y apoyó su oreja para escuchar.

« Claro. Linus siguió a Bruck, la pared de aislamiento lo dejó encerrado. Linus huyó e informó a la policía» .

Las esperanzas de Caspar iban en aumento a medida que el ruido retumbante parecía cobrar más fuerza. Entonces el vigilante sacudió la cabeza y el rayo de esperanza se fue apagando lentamente.

—Es sólo la tormenta —dijo lamentándose—. Empuja desde fuera la pared de aislamiento. En el tercer piso se encuentra la barra metálica y probablemente el viento sopla a través de ella haciendo presión en todo el edificio, que está cerrado herméticamente.

« ¿Presión? ¿Cerrado herméticamente?» .

Caspar no estaba seguro de si se estaba convirtiendo en un paranoico. Lo cierto es que aquella explicación le había sonado demasiado profesional para

haber salido de la boca de un vigilante.

Por otra parte, Bachmann no podía compararse con un vigilante tradicional. Era la persona de confianza de Rassfeld y, después de todo, se dedicaba a leer manuales de retórica para instruirse. A pesar de todo, había una cosa que había despertado la desconfianza de Caspar hacia él horas antes.

—¿Qué era eso del quitanieves? —le preguntó cogiendo un bloc de notas de la mesa del ordenador que había delante del cristal.

—¿Cómo dice?

—Me refiero a después de que usted recogiera a Schadeck y Bruck en la entrada, delante de la ambulancia accidentada y subiera con ellos. Linus me lo enseñó: alguien había extraído el tubo de la gasolina.

—¿De verdad?

Bachmann pareció confuso y Caspar se enfadó por haber empezado todo aquello. ¿Qué esperaba de aquellas preguntas tontas? ¿Que le confesara: « Sí, lo siento, es que no quería que alguien abandonara la clínica » ?

—Debe de haber sido Schadeck De todas formas me da un poco de miedo.

—Sí —dijo Caspar llevándose bajo el brazo tres libros de medicina.

—Da igual, ahora ya no importa.

Entraron juntos en la sala contigua. La sala de investigación destacaba por su futurista aparato de tomografía, que bien podía confundirse con una compuerta de acceso al otro mundo en una película de ciencia ficción.

Caspar se colocó al lado del aparato y miró hacia arriba.

—¿Eso que está parpadeando es lo que yo me pienso?

—Sí.

—Entonces deberíamos empezar justo aquí.

Caspar cogió dos toallas que habían encima de la cama del aparato de tomografía. Hizo una bola con ellas y las tiró al suelo, debajo del detector de humos. Luego arrancó varias hojas de uno de los libros antes de apilar el resto uno encima de otro.

—Viértalo simplemente por encima —le dijo a Bachmann, que estaba desenroscando el bidón de detergente con cara de no poder creerse lo que iba a hacer allí.

—¿Tiene usted ya claro que todo esto cuesta varios miles de millones?

Caspar sonrió débilmente.

—Por mucha pena que me dé, ya no creo que el jefe pueda enfadarse con nosotros, ¿no? —Caspar asintió con la cabeza—. Así que adelante, antes de que nos llegue a nosotros el mismo destino.

El detergente con alcohol fue derramándose con un gorgoteo casi obscuro sobre aquel fuego provisional. A continuación, Bachmann sacó una caja de cerillas del bolsillo interior. Estaba a punto de encender el primer fósforo cuando, de pronto, se oyó cómo la puerta de comunicación se cerraba detrás de ellos con

un suave clic.

—¿Qué demonios ha sido...?

Caspar se volvió justo a tiempo para ver la sombra oscura que se deslizaba rápidamente por el cristal que separaba ambas habitaciones. Entonces, la luz del aparato de tomografía empezó a parpadear, al mismo tiempo que se oía el ruido de unos golpes procedentes del interior de los tubos. Era como si alguien estuviera golpeando un bidón de metal vacío con un hacha. Todo ello ocurrió en fracciones de segundos, justo en el instante en que, paralizado por el miedo, Bachmann dejó caer de su mano la cerilla encendida.

02:39 horas

De repente, dos llamas se precipitaron de forma paralela contra el techo de la habitación; sin embargo, solamente una de ellas era real. Tras reaccionar durante unos segundos, el otro fuego resultó ser un reflejo del cristal que dividía ambas salas. Al principio Caspar pensó que la cara que se escondía detrás de ésta era sólo una ilusión óptica, pero entonces aquel hombre medio desnudo empezó a golpear con su puño contra el cristal y Caspar logró reconocer aquel rostro desfigurado por la rabia. No cabía duda: Jonathan Bruck llevaba puesta todavía la bata verde del hospital, sólo que su parte delantera se veía salpicada de manchas de color marrón rojizo por todas partes. Además, daba la impresión de que bajo el collarín que llevaba medio suelto se iba filtrando una gran cantidad de sangre.

Caspar empezó a sudar, se dio la vuelta y sintió la ola de calor que había delante de él.

—¡Tenemos que salir de aquí! —le dijo a Bachmann. El vigilante también había visto al Destructor de almas y había retrocedido enseguida unos pasos hasta apoyar su espalda contra la pared, observando ante sí las llamas que, con un intenso humo, se dirigían hacia la puerta de salida.

—Esto no tiene sentido —gritó Caspar elevando su voz más alto de lo necesario en el momento en que el aparato de tomografía dejaba de hacer ruido.

Para demostrarlo empezó a zarandear el pomo de la puerta que comunicaba las dos habitaciones; como suponía, sin éxito. El cierre automático, debido a su función protectora contra las radiaciones, sólo podía abrirse después de realizar un examen médico, y Bruck acababa de poner en funcionamiento el aparato tomográfico. ¡Si éste había accionado el programa de virtopsia podría tardar horas en abrirse!

—¡Déjanos salir! —gritó Caspar dando también golpes contra el cristal, aunque sus manos no lograban hacer que se moviera.

Pero Bruck no pensaba en otra cosa. Era como si aún quisiera aterrorizar más a sus presas. Se agachó un momento y luego volvió a aparecer con unas largas tijeras. Bruck empezó a mover sus labios, pronunció un par de palabras incomprensibles y entonces...

« ¡Oh, dios mío...! » .

... se clavó las tijeras en la palma de la mano izquierda.

« ¿Qué está haciendo? », se preguntó Caspar, y enseguida obtuvo una sangrienta respuesta. Bruck vomitaba contra el cristal y no dejaba de presionar su

mano herida contra la superficie lisa. Caspar creyó oír el crujido agudo que dejaba la carne picada sobre el cristal mientras la mano del Destructor de almas iba resbalando lentamente hacia abajo dejando una huella de sangre tras de sí.

« ¡Quiere decirnos algo! Es una señal, como también lo era el cuchillo en su cuello» .

Caspar se hallaba horrorizado y fascinado a la vez, mientras sentía que el agua le iba subiendo por la nariz debido al humo cada vez más intenso que le irritaba las membranas mucosas. Pasó un tiempo hasta que Caspar, a pesar de que le lloraban los ojos, pudo leer las letras invertidas que el Destructor de almas estaba escribiendo en el espejo. Al principio pensó que empezaba a dibujar una serpiente, luego que se trataba de una señal de ayuda, hasta que finalmente cayó en lo más obvio. Aunque a Bruck ya no le quedara líquido en el cuerpo para terminar de escribir la última vocal: « Sophi...» .

Naturalmente. La doctora era la única obsesión de aquel loco, y éste debía llevar a su fin su obra. Por ese motivo tampoco habían pensado que Bruck pudiera atacarles allí abajo, en la sala de Neurorradiología, teniendo en cuenta que el único objetivo del hombre le estaba esperando en la biblioteca. Pero ahora les había dado el jaque mate; se hallaban encerrados en un infierno que ellos mismos habían provocado y, aunque la pared de aislamiento acabara subiendo, allí abajo no les serviría de nada. Morirían intoxicados por el humo si a alguno de los dos no se le ocurría pronto alguna idea para apagar el fuego.

« ¿Pero cómo? El maldito extintor está fuera» .

Caspar seguía alternativamente con la mirada las llamas y al Destructor de almas.

Lo dejó allí expresamente para poder evitar desde fuera que el fuego se extendiera a otra habitación.

No había pensado en la posibilidad de quedarse encerrados después de provocar el fuego; igualmente se había olvidado del segundo bidón de detergente que acababa de explotar en aquel momento.

02:43 horas

La ola de calor lo empujó hacia atrás como una ráfaga de viento y Caspar creyó sentir que sus cejas se fundían en la superficie de la piel.

—¡Ayúdame! —gritó Bachmann.

El fuego había alcanzado la parte derecha de su pantalón. Caspar se arrancó del cuerpo los últimos restos de su camiseta y empezó a apagar las llamas sacudiéndolas brevemente y con precisión.

«¿Y ahora?».

Su camiseta apenas había bastado para extinguir las llamas del pantalón del vigilante. ¿Cómo iban a combatir el fuego, que entretanto había alcanzado el panel de madera?

Caspar dio una vuelta a su alrededor con la desesperada esperanza de descubrir quizá un segundo extintor en la pared. Sus ojos llegaron otra vez hasta Bruck, quien seguía con la vista clavada en el cristal, con la mirada rabiosa e hilos de espuma en su boca. Sacudía la cabeza casi con compasión, como si quisiera decirle: «Lo siento, pero lamentablemente vosotros sois daños colaterales necesarios». Caspar se sentía como un animal encarcelado en un zoológico que es observado por un visitante maniaco, después de que éste hubiera calado fuego a su jaula y cerrado la única vía de escape. Caspar se agachó con la esperanza de poder soportar mejor aquel infierno, y vio horrorizado que el fuego ya había alcanzado una de las sillas giratorias de tela.

Sin pensárselo dos veces, Caspar cogió la barra ardiendo que había bajo el asiento, hizo caso omiso de la fuerte quemadura y arrojó la silla en llamas contra el cristal de la ventana. Éste empezó a vibrar ahora con más fuerza, y llegó incluso a crujir; el golpe del impacto provocado por la silla había dejado tras de sí una fina grieta. Sin embargo, seguían encerrados.

Caspar quiso ir a coger de nuevo las patas giratorias pero apenas podía ver nada. El humo era aún más espeso que el de las pesadillas de su accidente de coche, y no le quedó más remedio que taparse los ojos con las manos. Le sobrevino un ataque de tos y pensó que sus pulmones se estaban haciendo añicos por dentro, pero entonces sintió una corriente de aire y comprendió que Bachmann había encontrado la silla y que probablemente la estaba tirando ahora contra el cristal con éxito.

Parpadeó y vio cómo el vigilante sacaba con ayuda de su bota los restos del cristal hecho añicos para, a continuación, con la misma fuerza que le resta a un

hombre que está a punto de ahogarse, poder acceder a la habitación contigua que debía protegerle.

—¡Ve a por el extintor! —gritó Caspar.

Detrás de él el foco del incendio había vuelto a tomar nuevas fuerzas. El aparato de tomografía era lo único que no había sido afectado por las llamas, por lo que seguía mostrando sus movimientos magnéticos de forma enérgica y monótona.

—¿Hay alguien ahí? —gritó Caspar, al tiempo que tomaba la decisión de huir al ver que no obtenía respuesta.

No podía quedarse en aquella caldera de fuego, ni aun teniendo la certeza del enorme dolor que sentiría al atravesar el cristal, aún mayor que el que había sentido el vigilante. Después de todo iba descalzo.

« Al igual que Bruck ».

Caspar se apoyó con ambas manos en la puntiaguda esquina del marco de la ventana. La piel de la palma de su mano fue desgarrándose y tuvo que gritar cuando todo su peso cayó sobre ésta para pasar de lado a la otra habitación. Dio una voltereta, cayó desde un metro de alto y una nueva ola de dolor inundó su cuerpo antes de que pudiera desaparecer la anterior, ya que al estrellarse contra el suelo se le había clavado en el hombro una astilla del tamaño de una espátula. Por si fuera poco, un trozo de cristal del tamaño de la chapa de una botella se le había incrustado en su talón desnudo y, al dar un paso, acabó rompiéndose en el interior del pie.

Caspar cojeó hacia la pared, cogió el extintor y estuvo a punto de que se le cayera de las manos; había sobrestimado demasiado la energía que le quedaba. Pero finalmente consiguió subir aquel cacharro de acero hasta la mesa del despacho, tiró de la palanca y empezó a rociar con la espuma blanca pulverizadora todos los focos de fuego que había en la sala de reconocimiento hasta que la última llama de la sala de Radiología se extinguió.

Totalmente agotado, se apoyó contra la amplia pantalla del monitor, cubierta de hollín, que había encima de la mesa. Se estaba preparando mentalmente para la siguiente ofensiva. Debían de estar por algún sitio. Bachmann. Y Bruck.

Era consciente de que sólo había eludido el menor peligro de todos los que le amenazaban. Así que se sintió aliviado al ver que aparecía una cara conocida en la puerta del pasillo.

—¿Tom? —preguntó Caspar dejando a un lado el extintor—. ¿Ha funcionado? ¿Ha subido la pared de aislamiento?

Schadeck negó con la cabeza y entró. Al parecer el incendio no había ardido el tiempo suficiente, o quizá el detector de humos no estaba conectado realmente al sistema de seguridad.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? ¿Ha ido a buscarte Bachmann?

—No —dijo Schadeck acercándose un paso más. A continuación sacó una

pistola y disparó a Caspar directamente en el pecho.

En la actualidad, 13:32 horas.
Mucho tiempo después del miedo

Las ráfagas sacudían la mansión con tanta intensidad que parecían estar pasando un metro por debajo del edificio. El profesor levantó la cabeza, pero sus alumnos estaban demasiado concentrados con el protocolo como para dejarse distraer por el ruido del viento. Se había hecho de noche y habían encendido una pequeña lámpara que él había colocado cuidadosamente en medio de los dos, encima de la mesa.

Desde el otro lado de la mesa parecían dos estudiantes preparando juntos un examen.

Patrick tenía apoyada la cabeza entre sus manos mientras Lydia seguía con un lápiz cada una de las líneas del texto. Sus labios se movían mientras leía, y a su derecha se hallaba un cuaderno en el que iba tomando notas de vez en cuando.

El profesor se levantó y estiró la espalda. A pesar del dolor punzante que sentía, había decidido hacer caso de las advertencias que le había hecho su ortopeda haciendo movimientos circulares cada dos horas. Pensaba que los consejos que le daba su médico eran tan inútiles como los que le proporcionaba aquel amigo que le había convencido para ir a aquel bar.

Lydia escribió un par de notas más y de nuevo decidió echar un vistazo al cuaderno. Él caminó por delante de las estanterías, de donde se habían llevado todos los libros, probablemente para venderlos en un mercadillo o a través de Internet. Tan sólo había allí un libro que no había despertado el interés de nadie, y que se hallaba repleto de polvo detrás del cristal roto de la vitrina. El lomo estaba lleno de rascaduras y cubierto de excrementos de ratón. A pesar de ello parecía como si algún visitante inusual de la biblioteca hubiera colocado el libro en su sitio.

El profesor siguió caminando, en parte porque no quería soportar durante más tiempo la visión de sus mejillas hundidas y su mala conciencia reflejadas en el cristal de la vitrina. Por otro lado, tampoco quería saber de qué volumen del diccionario médico se trataba. Hasta ese momento también había evitado inspeccionar la chimenea, pero ahora era incapaz de apartar su mirada de un pequeño tubo de plástico aplastado que sobresalía como un palillo de Mikado entre una antena de televisor torcida, restos de cables y una loseta de moqueta.

« ¡No lo hagas! ».

Una voz interior ordenó al profesor que dejara aquella jeringuilla a su debido

tiempo.

No tenía que haber gritado tanto. De todos modos su intención no era la de sacar aquel tubo, y derribar así posiblemente el castillo de naipes que formaba su psique.

Se aclaró la voz en silencio para no asustar a sus alumnos al acercarse a ellos. Pero ellos se encontraban muy lejos, en un mundo diferente. « La prueba de que existe la telepatía », había escrito una vez Stephen King. El autor trasplanta sus pensamientos a la mente del lector, dejando que éstos, que a menudo se encuentran a miles de kilómetros, puedan ver, sentir, experimentar y descubrir lugares que nunca habían pisado antes.

Pero ¿qué ocurre si se trata de pensamientos malvados?

El profesor, que seguía moviéndose, pasando desapercibido ante sus alumnos, evitó que su sombra se proyectara sobre el cuaderno de Lydia mientras pasaba por detrás de ella. Su letra, típica de una chica joven, cumplía con todos los tópicos habituales de su sexo: limpia, ordenada, redonda.

¿Caspar? ponía en la parte superior del papel reciclado de color gris. Debajo había añadido varias informaciones entre paréntesis que habían cobrado importancia en el protocolo hasta ese momento: (Médico/¿Padre de una hija/?¿Hamburgo/?¿Error médico?).

Las columnas siguientes estaban dedicadas al Destructor de almas. El profesor sonrió con tristeza al leer el último pensamiento que había remarcado Lydia con tres signos de interrogación y doble subrayado.

Destructor de almas = Jonathan Bruck (doctor, compañero de trabajo, automutilación, ¿¿motivo???)» .

Al parecer consideraba la última pregunta tan importante como para dedicarle todo un párrafo: MOTIVO

¿Torturar a Sophia? ¿Evitar que Sophia revele todo lo que sabe? ¿Sobre Caspar? ¿Sobre la hija de Caspar?

No lograba saber qué decía el resto porque Lydia ocultaba parte de algunas palabras con su codo.

¿Hospitalización = casualidad? (¿Qué tiene que ver Tom en todo esto? ¿Qué relación hay con el resto de las víctimas?), le pareció que había escrito. La última frase había sido escrita con claridad y en letras mayúsculas:

¿LA VENGANZA DEL DESTRUCTOR DE ALMAS?

El viento golpeó de nuevo los cristales sucios de la ventana, y Patrick levantó la vista por primera vez, aunque sólo lo hizo brevemente para coger la botella de agua que tenía delante. No se había dado cuenta de que el director del experimento médico ya no estaba sentado en su sitio, sino justo detrás de él.

« Increíble —pensó el profesor dejando atrás las notas del cuaderno de Lydia—. Es increíble como a pesar de las falsas conclusiones uno llega finalmente a la pregunta correcta que lo decide todo» .

Como si hubiera sido atraída por un imán, su mirada se clavó de nuevo en la chimenea; desde donde estaban, daba la impresión de que hubieran querido taparle la boca con restos de basura y escombros para que el fuego nunca más pudiera revelar un secreto.

El papel crujió como el hueso de un dedo al estirarse cuando Lydia llegó a la página 163 del expediente.

Patrick, que iba algo más lento con la lectura, la siguió unos minutos más tarde al trasmundo de los recuerdos de Caspar.

Recuerdos

*Pág. 163 y ss. del
Expediente Clínico n.º 131071/VL*

En su sueño, Caspar sentía la tristeza como si ésta estuviera viva. Se componía de un gran número de cuerpos similares a las garrapatas que se habían adherido a su alma para absorberle toda clase de felicidad.

En el momento en que abría la boca para pedir disculpas a su hija indefensa de once años, a quien él mismo había abandonado, una nueva multitud de garrapatas avanzaba lentamente dentro de su boca, muertas de hambre y de sed, con las uñas afiladas, preparadas para abrirse paso a través de la tráquea y el esófago, para acabar bebiéndose todos sus ánimos de vivir. Sabía que nunca más volvería a ser feliz, no después de haber cometido aquel error.

Así que se llevó nuevamente la botella a los labios y le dio otro trago, aunque no podía ver apenas nada, bajo la lluvia y a la velocidad a la que conducía su coche por la carretera, huyendo de sí mismo.

Pensó que no debería haber pasado. Su método de tratamiento no había fracasado nunca y lo había hecho ahora, precisamente con la paciente más importante de su vida.

Cogió su portafolios, sacó la fotografía, le dio un beso y volvió a agarrar la botella.

«Dios mío, ¿qué te he hecho?».

Apretó la foto en su mano mientras intenta subir la velocidad del limpiaparabrisas en el vacío: fue entonces cuando vio el árbol. Frenó el coche, se llevó la brazos a la cara y gritó:

—¿Qué te he hecho?

Luego se hizo de día. Era evidente que seguía durmiendo, podía oírse a sí mismo respirando de modo agitado como solamente lo hacen las personas dormidas o enfermas, pero a pesar de ello no lograba despertarse. Seguía siendo el prisionero de una pesadilla, aunque el entorno que lo rodeaba era de repente otro. Ya no estaba sentado en su coche, sino en el borde de una dura cama. Sus piernas desnudas se balanceaban hacia abajo y llevaba puesta una pulsera de plástico con un número.

—Usted no ha hecho nada en absoluto —dijo una voz que, si bien nunca había escuchado antes en sus pesadillas, no le era desconocida.

Era agradable, aunque tenía cierto tono inquietante. Pertenecía a un fumador empedernido o un paciente con problemas de laringe. Quizá se trataba de ambas cosas.

—Claro que sí, tengo a mi hija sobre la conciencia.

—No —dijo la voz—, no es así.

En ese momento, Caspar vio que en aquella habitación se abría una puerta que hasta entonces no había visto y que un hombre entraba. Era alto y tenía algo de sobrepeso, lo que se ajustaba bastante a la idea que se había hecho de aquella voz. Su rostro lo ocultaba una sombra oscura.

—Pero ¿quién ha sido entonces, sino yo?

—Ésa no es la pregunta correcta —dijo la voz, al tiempo que la sombra se disipaba.

—¿Qué ocurrió en mi consulta en aquella época?

—Mucho mejor. La pregunta está mucho mejor. Le he respondido en la carta.

—¿Qué carta? No sé a qué se refiere. No sé nada de ninguna carta. Ni siquiera puedo acordarme del nombre de mi hija.

—Por supuesto que puedes —respondió la voz que, ante los ojos de Caspar y durante un pequeño instante, se materializó de modo terrible en un rostro que le era familiar.

Caspar gritó al reconocer a Jonathan Bruck. Y sus chillidos se hicieron aún más agudos cuando vio que el Destructor de almas se volvía a transformar.

02:58 horas.
Cuarenta minutos
antes de el miedo

—¿Quién eres tú?

Las venas hinchadas del cuello de Schadeck le indicaron a Caspar que el camillero le estaba gritando en ese momento. Desde que había vuelto en sí solamente podía sentir una presión difusa en sus oídos y oír un continuo zumbido. Temblaba de frío, aunque estaba sudando.

—No lo sé.

Sentía su lengua como si fuera una ciruela pasa. Apenas podía moverla, pero en ese instante aquello era sin duda su menor problema.

«¿Qué está pasando? ¿Dónde estoy?».

Caspar intentó levantar los brazos y las piernas, pero sólo consiguió moverlos unos pocos milímetros.

«Me ha atado».

Estiró con fuerza las correas de goma con las que había sido atado a la mesa de disección. De pronto le sobrevino un dolor punzante en el pliegue de su codo izquierdo que fue extendiéndose por los hombros hasta llegar a las sienes, y empezó a marearse. El dolor se hizo prácticamente insoportable en cuanto su cabeza volvió a chocar contra el frío metal de la mesa.

«Dios mío, Tom cogió la pistola tranquilizante de la farmacia, me ha disparado y me ha arrastrado hasta la sala de Patología».

Caspar cerró los ojos porque la luz halógena le deslumbraba y creyó que empezaría a vomitar, debido al miedo y a las sustancias tóxicas que había en su cuerpo.

—¿Qué has hecho conmigo?

No estaba seguro de si sus graznidos eran inteligibles. El zumbido de sus oídos también habían tomado otra dinámica.

—Tranquilo, el narcótico solamente tiene efecto durante diez minutos, y ya han pasado, así que ya puedes empezar a hablar: ¿quién eres?, ¿qué buscas en esta clínica?

Una ráfaga de viento, provocada por Schadeck, que agitaba con la mano algo en el aire como si fuera un abanico, hizo que a Caspar se le despegaran los cabellos de su frente sudorosa. Entonces, una hoja cayó al suelo y supo que se trataba del expediente de un paciente. «Su expediente».

—¿Que de dónde lo he sacado? —dijo Tom—. Estaba en la biblioteca, abierto de par en par encima de la mesa. Tu amigo Jonathan nos lo dejó allí.

—No es amigo mío —dijo Caspar, al tiempo que se preguntaba por qué le habría puesto una inyección en el brazo. Mientras tanto, se dio cuenta de que el ruido que machacaba sus oídos provenía de la habitación contigua: el aparato de tomografía. ¡El programa de la virtopsia seguía en funcionamiento! El fuego no había podido acabar con aquella costosa máquina.

Shadeck sonrió irónicamente.

—Me temo que las mentiras ya no sirven de nada.

Caspar parpadeó con intensidad varias veces para quitarse la cortinilla gris que se había posado sobre sus ojos como si fuera una neblina.

—¿Qué? ¿Te acuerdas ahora?

Shadeck le pegó directamente en la frente con un sobre ennegrecido y entonces sacó de él una hoja prácticamente carbonizada. De nuevo volvió a sentir en el aire el olor a papel quemado.

—¿Conoces esta letra?

« Para N. H. », leyó Caspar, y no tuvo más remedio que asentir.

No lo hizo porque hubiera reconocido aquella letra redonda, sino porque, unos minutos antes, en la sala de Patología, le había venido por primera vez a la memoria la letra inicial de su apellido: « Haberland ».

Se trataba ciertamente de otra pieza del rompecabezas de su pasado que Rassfeld y Sophia querían entregarle paulatinamente, y sin duda no bajo las condiciones con las que Tom lo había hecho. El camillero le dio la vuelta al sobre y las iniciales del remitente aparecieron como si fueran una acusación: « J. B. »

« Jonathan Bruck ».

Caspar se preguntó cómo podía ser que el contenido de la carta se viera bastante más destrozado que su envoltorio.

—Creo que tu colega se ha esforzado mucho escogiendo las palabras. Como mínimo, por lo que aún se puede descifrar.

Shadeck recurrió a un tono teatral mientras leía, sustituyendo por pausas dramáticas los párrafos y partes de oraciones que no se podían leer porque el fuego las había destruido.

Estimado compañero...

... un incidente trágico del cual, según mis conocimientos, sin embargo usted no tiene la culpa, ya que...

En esta parte faltaba un párrafo entero.

... por este motivo debería ceñirse al plan del que hemos hablado. Le

aconsejamos que vaya a la clínica Teufelsberg, a ser posible antes de las fiestas de Navidad... y...

Schadeck volvió a meter la hoja en el expediente y le propinó a Caspar una bofetada con la carpeta de cartón que hizo que su cabeza saliera disparada hacia la derecha.

—¿« Estimado compañero » ? ¿« El plan del que hemos hablado » ? ¿Qué significa todo eso, eh? ¿Qué tiene que ver con tu expediente?

—No lo sé.

—Deja ya de jugar, Caspar, señor N. H. o como sea que tenga que llamarte.

Schadeck volvió a golpearle y esta vez hizo todo lo posible para que la afilada esquina del clasificador acabara directamente en la frente de Caspar.

—Los hechos son los siguientes: tú conoces al Destructor de almas, tú ya lo has visto alguna vez, y él te hizo venir aquí. Como uno de sus compañeros de trabajo.

—No.

—Muy bien... pues de otra forma...

—Tom, furioso, dio una patada contra una mesa con ruedas que servía para transportar instrumentos médicos.

Entonces tendré que sonsacarte la verdad de otra forma.

03:01 horas

Lo peor de toda aquella situación radicaba en que él no era capaz de contradecirle.

Schadeck llevaba completamente la razón como mínimo en una cosa, e incluso le había facilitado una primera prueba irrefutable: él conocía a Bruck. Conocía al Destructor de almas, por lo menos tanto como a la segunda víctima, la profesora del colegio de su hija, Katja Adesi. Sabía que ya los había visto antes a los dos, en aquella época que tenía una verdadera vida, una vida de la que sólo podía recordar algunos fragmentos. Pero si realmente debía existir un plan que lo condujera a él hasta aquella psicoclínica el día de Nochebuena, tan sólo un loco podía haberlo ideado. Tal vez él mismo.

« Pero ¿qué he hecho? » .

Caspar miró cada una de las telas que había delante de él, imaginándose mediante los cantos y el sombreado de qué manera podían encajar entre ellas. Sin embargo, fue incapaz de hacerse una imagen en su cabeza.

« ¿Cómo encaja todo esto? » .

El error médico y el accidente de coche que le había marcado para siempre.

¿Y cómo es que Bachmann lo había encontrado sin vida en la zanja si, al parecer, quería entrar furtivamente en la clínica unas horas antes? Y además, ¿acompañado de su perro?

—¿Dónde están los demás? —preguntó para ganar tiempo.

Schadeck apareció por detrás de su cabeza y ello hizo que su horror aumentara. Ahora ya no podría ver lo que se proponía hacer con él aquel camillero con pinta de loco. Por el sonido siseante que percibía, parecía que Tom estaba rociando la hoja de sierra con desinfectante.

—No te preocupes por la mujer, la he encerrado en la biblioteca.

Volvió a oír el mismo ruido.

—¿Y Bachmann?

—¿Me tomas el pelo? Tú eres el último que ha estado con él.

La cabeza de Caspar se inclinó de golpe hacia atrás y tuvo la sensación de que Schadeck le iba arrancar el cuello en cualquier momento, vista la manera en que le estiraba de los cabellos. La cabeza del camillero, deformada por la ira, colgaba boca abajo, a tan sólo unos pocos centímetros por encima de él. Un hilillo de saliva se escapó de su boca y amenazó con caerle justo en el ojo.

—Bien, se acabó el calentamiento. Ahora empieza la función.

La hoja de sierra húmeda y resplandeciente entró en el campo visual de Caspar. Tuvo que tragar saliva, y al hacerlo sintió que la nuez de su cuello empujaba dolorosamente desde adentro contra su garganta, excesivamente dilatada.

—No sigas... No. Te lo ruego... —Caspar suplicaba por su vida. Tensó las correas, estiró su cuerpo medio desnudo y gritó tan alto como pudo.

—No servirá de nada —respondió la cabeza que había encima de su cara—. Lo único que puede salvarte en este momento es la verdad.

—Pero es que no sé nada.

—¿Sabes por qué no te creo?

Caspar sacudió la cabeza enérgicamente y volvió a tragarse el ácido gástrico que le había subido por el esófago.

—Porque me recuerdas demasiado a mí.

Schadeck le mostró las cicatrices que tenía en la palma de la mano.

—Ya te conté lo de mi padre —dijo Tom—. La noche que mi madre no le puso suficientemente sal al puré, a mi padre se le ocurrió la divertida idea de meterme las manos dentro de la tostadora. —Tom apartó la mano de nuevo—. Después de romperle la mandíbula a mi madre se fue al bar y, cuando llegó a casa dando tumbos, ella ya no estaba. Había ido al hospital, pero esta vez se había llevado a mi hermana y a mi hermano. Yo me había quedado allí sólo para acabar de arreglar las cosas con mi padre de una vez por todas. Pero le subestimé. A pesar de haber vaciado el bar de alcohol, seguía teniendo tanta fuerza como un perro de pelea. —Schadeck se colocó a un lado de la mesa de disección—. Quería saber dónde estaban sus otros hijos. Mi mano se quedó atascada en el hierro de la tostadora, empecé a gritar y recé porque aquello terminara. Quería escapar pero él no paraba de reír. ¿Sabes lo que aprendí aquel día? —preguntó Tom con un tono silencioso y peligroso al tiempo que se respondía él mismo—: Con violencia no se llega muy lejos. —Tiró la sierra cortahuesos en la mesa auxiliar y Caspar suspiró de alivio—. El dolor era insoportable pero no delató a mi madre. Mi padre no me dejó en paz hasta que notó que aquel hedor empalagoso le hacía vomitar. Creyó que realmente no sabía nada, menudo idiota borrachín. Si alguna vez en su vida hubiera echado un vistazo en un diccionario médico hubiera podido sonsacarme la verdad mucho más fácilmente.

—¿Qué quieres decir? —dijo Caspar, y su alivio se fue transformando rápidamente en un miedo que no sabía cómo definir.

Schadeck volvió a reír.

—Te lo enseñaré. Eres médico; ¿te suena la palabra «pentotal»?

—Es un barbitúrico —contestó Caspar automáticamente.

«Altamente eficaz, en pocos segundos lleva a la pérdida total de conciencia. Se utiliza generalmente como anestésico antes de la anestesia total».

—Correcto —confirmó Schadeck—. En dosis elevadas el hipnótico te lleva a un universo diferente. Si la dosificación es baja se convierte en un antiespasmódico, haciendo que la persona hable con desenvoltura y de manera incontrolada. Por ese motivo lo utilizan tanto los servicios secretos en los interrogatorios. Bueno, ¿qué te parece? ¿A que es maravilloso saber que hay tantas cosas en la farmacia de esta clínica?

Schadeck señaló al pliegue del codo de Caspar.

—No hagas movimientos bruscos o te acabaré poniendo la inyección de pentotal en el ojo y no en la vena.

03:03 horas

En el mundo de los mitos modernos el suero de la verdad ocupa un lugar privilegiado en la escala de los conocimientos superficiales. La mayoría de las personas creen que existe una sustancia química con la que un torturador es capaz de acabar con la voluntad de su víctima. Un medicamento que, en cuanto llega a los vasos sanguíneos, consigue desvelar hasta el secreto más protegido.

Sin embargo, la realidad en la que Caspar se hallaba atrapado en ese momento era diferente. Peor. Carente de esperanza.

El anestésico que le había inyectado sólo podía conseguir levantar la alfombra bioquímica bajo la que habían barrido sus secretos más íntimos. Era un fenómeno que todo anestesista conocía: éste se convertía en un confesor desde el momento en que sus pacientes empezaban a revelarle sus pecados de forma voluntaria los últimos segundos antes de la operación. Las mujeres tendían a exponer pública y tajantemente sus preferencias sexuales. El pentotal debilitaba el centro que controlaba el cerebro, pero sólo podía destapar los pensamientos que habían sido reprimidos de manera intencionada, y no aquellos que se hallaban ocultos inconscientemente en las ruinas del alma.

—Detente, no, espera... —suplicó Caspar principalmente para ganar tiempo.

Alguna cosa fría en su brazo izquierdo empezaba a dejarle paralizado desde dentro. No podía ver qué y cuánto le acababa de inyectar Tom con la jeringuilla en las venas, pero sentía como si le hubiera entrado medio litro de líquido helado en el cuerpo.

—No te preocupes, ya sé cómo se pone una inyección. La primera, por cierto, se la puse a mi padre mientras dormía la mona. Pero aquélla era una dosis más alta, no sé si me entiendes. —Schadeck se rió como si ladrara—. Pero volvamos a ti. ¿Tienes algo que confesarme?

Las palabras del camillero sonaron extrañas, como si las hubiera dicho en medio de una iglesia vacía. Se entremezclaban con el ruido que provenía del aparato de tomografía, y ahora se escuchaban con menos fuerza. Era como si alguien hubiera cerrado una puerta para insonorizar que hasta ahora había estado abierta.

—Me... me he acordado de algo —mintió Caspar.

Justo en aquel instante el pensamiento que acababa de surgir se había esfumado una vez más en su nebulosa consciencia. El narcótico mostraba su confusa eficacia.

—Te escucho —dijo Tom, y el frío volvió a extenderse de nuevo.

La red fría se abalanzó sobre sus hombros hasta llegar al corazón.

—Tú... acabas de decir algo...

Caspar empezó a reír en contra de su voluntad. Era absurdo; Tom no era un experto. Si el camillero no había calculado bien su peso y se había equivocado con la dosis sólo por unos milímetros cúbicos, Caspar iba a dormirse en cuestión de segundos. Pero hasta entonces el narcótico le estaba haciendo perder el miedo. En su lugar daba la impresión de que un gran número de pensamientos querían hacerse escuchar al mismo tiempo. Caspar sentía que tenía que hacer un gran esfuerzo para impedir que su boca acabara hablando sin control.

—¿Cómo has dicho que se llamaba esa cosa?

Miró fijamente la inyección que tenía en su brazo y deseó con todas sus fuerzas que alguien le lanzara un buen chorro de agua fría en la cara para poder mantenerse consciente.

—¿Pentotal? —oyó cómo le preguntaba Schadeck desde la lejanía, aunque se hallaba muy cerca de él.

—No, no...

Parpadeó, abrió los ojos y quiso evitar con más fuerza que nunca que volvieran a cerrarse.

« Por supuesto, se trata de eso » .

Levantó la cabeza como pudo y como su enorme malestar se lo permitía. Todo ello hizo acelerar el proceso. Cuanto más estiraba la nuca, más rápido aparecían las agujas en su cabeza, y el tren del recuerdo ponía rumbo a una primera estación importante intermedia.

—Hipnótico —dijo Caspar, y su vértebra cervical crujió al asentir vivamente.

—Has dicho que era un hipnótico. Suéltame, ésa es la solución.

03:06 horas

La presión disminuyó, pero seguía teniendo frío. Caspar se sentía embriagado, aunque de un modo desagradable. Su corazón saltaba como un CD estropeado; de vez en cuando funcionaba con normalidad, pero entonces daba un salto sincopado bajo su tórax y se interrumpía con altibajos.

Le dolía, y mucho. El dolor punzante le arrebatava todo el aire que respiraba, pero al menos aún era capaz de hablar, aunque su voz sonara como la de un borracho.

—Ésa es la solución —repitió.

—¿Qué quieres decir?

Tom tuvo que preguntarlo dos veces antes de que Caspar pudiera entenderlo por fin.

—La nota del acertijo que había en la mano de Sophia —balbuceó.

—¿« Es la verdad, aunque el nombre engaña » ?

—Sí.

—¿Entonces?

—La respuesta es... —Caspar tragó saliva; le ardía la garganta y parecía que había aumentado de volumen su lengua.

—La respuesta es « hipnosis » .

—¿Por qué?

—La palabra procede del griego *Hypnos*, el dios del sueño.

Caspar tenía el falso presentimiento de que podía escuchar cómo hablaba él mismo y además, más tarde, con bastante retraso en el tiempo, como si fuera una llamada intercontinental que no funciona bien del todo. Sin embargo, al menos ahora había podido formular una frase completa.

—¿Y qué narices significa eso? —preguntó Schadeck

Caspar se concentró en su respiración, inspiró profundamente y contó hasta tres antes de soltarlo. Luego le contestó:

—Hace tiempo la ciencia pensaba que la hipnosis era un estado similar al del sueño. No es cierto: es lo contrario. —Cerró los ojos de nuevo y habló elevando la voz, también para evitar dormirse—. El objeto de experimentación está despierto, su consciencia controlada es lo único que queda restringido. Como en las víctimas; como en Sophia. Entiéndelo: el Destructor de almas las ha hipnotizado. « Es la verdad, aunque el nombre engaña » .

—¡Ton-te-rí-as!

Schadeck gritó cada una de las sílabas en la sala de Patología y su voz resonó de forma metálica contra las cámaras de aluminio.

Caspar abrió primero un ojo, luego el otro, y pudo sentir cómo la luz clara entraba como una aguja a través de la retina directamente en su cerebro provocándole un insostenible dolor de cabeza.

—¿Por qué? —gritó de nuevo. Por lo menos le pareció que estaba levantando la voz, aunque no estaba del todo seguro—. Ahora no tengo fuerzas para aclarártelo. No, no. Escúchame.

Se dirigió a la mesa de disección. No podía mover ni un solo milímetro del brazo donde le habían puesto la inyección, ya que ahora Schadeck le estaba empujando hacia abajo con ambas manos.

—Me necesitas sobrio.

—¿Por qué?

—Nopor —dijo tosiendo Caspar.

Aquellas breves palabras habían vuelto a causar heridas en su garganta, ya dañada por el humo. Sintió una sed tremenda, y en parte deseó que Schadeck acabara inyectándole el resto del anestésico para que aquel dolor pudiera cesar por fin. Pero no debía darse por vencido si quería salir con vida de aquel lugar.

—Sophia ha sido quien nos ha dado la pista —continuó hablando buscando la mirada de Tom—. El Destructor de almas hipnotiza a sus víctimas para empujarlas al sueño de la muerte, a esta espiral de tortura entre la fase despierta y la del sueño.

—¿Hipnosis? —repitió Schadeck incrédulo.

Sí.

« Distracción, conmoción, sorpresa, duda, desconcierto, disociación » .

Caspar conocía los factores que causaban, cada uno por sí mismo o en conjunto, que el objeto de experimentación fuera expuesto a un estado a fin de poder manipular sus actos y pensamientos desde el exterior.

—Bueno, ya he tenido suficiente —gritó Schadeck—. Todo el mundo sabe que no es posible hipnotizar a alguien en contra de su voluntad.

—¡Sí que lo es! —le contradijo Caspar débilmente.

Cometió un error al estirar su barbilla hacia delante. Ya no era capaz de controlar sus movimientos, por lo que al cabo de medio segundo volvió a dejarse caer en la mesa de disección con la cabeza hacia atrás. Un nuevo rayo cegador atravesó sus ojos cerrados y, durante un breve y terrible momento, apareció iluminada ante sus ojos una fotografía del pasado que hubiera deseado romper con todas sus fuerzas: el recuerdo de la niña de cabellos rubios y rizados que sacude la cabeza dando a entender que prefiere que no le apliquen ningún tratamiento.

« Oh, no. Fui yo quien lo hice. Fui yo quien... a mi hija en contra de su voluntad » .

—Otra película de Hollywood —oyó cómo maldecía Schadeck furioso—. Ciudadanos inofensivos convertidos en autores de atentados que ponen bombas según las órdenes de alguien, ¿no? Personas que se suicidan porque alguien les dice que son unos miedicas. ¿Qué más vas a contarme para salvar el pellejo, eh? ¡Es increíble!

—Te digo que es cierto —dijo Caspar. Puedo demostrártelo. Suéltame.

—Ni en sueños. —Tom volvió a coger la jeringuilla.

—¡Basta, basta, basta...!

En la cabeza de Caspar la oleada de pensamientos había sobrepasado una marca crítica. El dique que le aseguraba su capacidad de comunicación se hallaba a punto de romperse. Realmente aquel alumno de medicina daba por sentado que nadie podía entrar en trance en contra de su voluntad. ¿Qué pasaba si la víctima no sabía nada acerca de cómo iniciar la hipnosis? ¿Y si se rompía su voluntad rompiendo antes la resistencia por medio de conmociones, traumas o estupefacientes?

Quiso hablarle a Schadeck acerca de un proyecto de la CIA que se había desarrollado en los tiempos de la guerra fría y que investigaba los métodos que podrían usarse para realizar un lavado de cerebro en los militares y que había obtenido unos resultados espeluznantes. Conocía de memoria el llamado «proyecto Alcachofa» por razones inconcebibles:

«Simulando una toma de la presión sanguínea se convence al sujeto de experimentación para que se relaje. Puede emplearse un análisis de sangre para administrar una droga. Puede utilizarse un reconocimiento oftalmológico para inducir a la persona a que siga con el movimiento de sus ojos una pequeña luz o mire fijamente el foco de una linterna mientras se realizan sugerencias verbales».

Caspar quería informar a Tom acerca de las supuestas inyecciones de vitaminas que se administraban a algunos humanos que ejercían de conejillos de Indias sin que éstos lo supieran, y que en realidad se componían de amobarbital sódico (llamado también «suero de la verdad»). Todo ello formaba parte del protocolo Alzner. Con tan sólo leerlo se producía una transformación en el subconsciente. Quiso citar el informe final de la comisión ética:

«Tras incorporar el dolor físico y la tortura psíquica, especialmente a través de fuertes y traumáticos estados de conmoción, es posible lograr, con la ayuda de la administración de estupefacientes que transforman el subconsciente, que las personas fácilmente influenciables entren en un trance hipnótico en contra de su voluntad para dominar su subconsciente».

Había estado a punto de contarle todo aquello y mucho más, pero no tenía fuerzas para hacerlo. Un cansancio febril le había paralizado entretanto las cuerdas vocales, por lo que sólo podía mascullar algunas frases incompletas.

—Tú también puedes...

—¿Cómo?

—... hacerlo.

—¿A qué te refieres?

—Hipnotizarme.

Caspar cerró el puño y apretó a propósito con sus dedos una astilla en la carne de su mano. El dolor agudo lo distrajo.

—Sólo depende de las circunstancias. Mira, me han traído aquí contigo. Cuantos más tóxicos me inyectes más pronto me quitará de en medio.

Tosió de nuevo, esta vez porque se había atragantado con la saliva.

—Pero no voy a hipnotizarte durante varias semanas, ¿no? —Schadeck golpeó furioso la mesa—. Ni tampoco hasta que mueras, como sucedió con la primera víctima. Empiezo a creer que no eres médico, si no deberías saber que cualquier error en la hipnosis acaba convirtiéndose en algún momento en un sueño natural. Todas las víctimas se despertaron por sí mismas, ninguna de ellas murió.

« Sí. Soy médico », de eso estaba seguro Caspar. Los recuerdos caían sobre él cada vez con más rapidez. Podría habérselo demostrado si hubieran estado en el despacho de Rassfeld; allí se hallaba el manual de psiquiatría, la lista completa de todos los médicos. Podía ver ante sus ojos su propio nombre: « Doctor Niclas Haberland, especialista en Neuropsiquiatría e Hipnosis Profunda Médica ».

—Tienes razón —intentó tranquilizar a Tom antes de que continuara inyectándole más pentotal—. Normalmente la hipnosis médica no tiene riesgos. Lo más grave de todo es la pérdida de comunicación... —Caspar se asombró al ver que aquellos tecnicismos le eran familiares—, cuando el hipnotizador no puede hablarle a su paciente y éste no reacciona a sus órdenes. Lo que dices es cierto: entonces solamente cabe esperar, pues llegado el momento, el paciente se despierta. Pero en esos casos estamos hablando de contratiempos que se producen sin querer: daños causados por alguna imprudencia; lesiones que tienen lugar durante la hipnosis que se realiza durante un espectáculo, cuando una mujer del público debe ir hasta el escenario a cuatro patas como si fuera un perro y, al hacerlo, cae en el foso de la orquesta. Pero hasta ahora nadie ha investigado la posibilidad de causar daños a alguien de manera intencionada. ¿Comprendes a qué me refiero?

Caspar susurraba ahora sus palabras sin estar seguro de si estaba hablando en voz alta. Su capacidad de percepción era prácticamente nula: había dejado de tener el control sobre sí mismo y paradójicamente, esto ocurría justo cuando se había visto forzado a hablar acerca de las técnicas de la hipnosis.

—Si realmente alguien ha desarrollado un método de hipnosis que puede hacer que una persona acabe intencionadamente en un estado vegetativo permanente, nunca podremos saberlo a través de publicaciones especializadas, porque se trataría de un experimento humano prohibido. Y me temo que eso es lo que está teniendo lugar ahora, aquí, en esta clínica. ¡Y nosotros estamos

participando en él!

Caspar vio que de alguna manera aquellas últimas palabras habían surtido algo de efecto. Tom se llevó las manos a la cabeza pensativo y le miró indeciso. Entonces Caspar añadió:

—Suéltame. Te lo suplico. Creo que sé cómo sacar a Sophia de su sueño de la muerte y conseguir que podamos huir todos.

Schadeck juntó los labios con vacilación y se pasó la mano por los cabellos. Suspiró y Caspar notó cómo la tensión empezaba a disminuir un poco. La jeringuilla ya no estaba en su brazo; había vuelto a la mesa auxiliar, junto a los instrumentos utilizados para realizar autopsias.

—Un movimiento en falso y acabo contigo.

Mientras el camillero le aflojaba la correa de la mano izquierda a Caspar, de pronto, sucedió algo que parecía imposible.

En algún lugar de la clínica empezó a sonar un teléfono.

03:09 horas

—Espera, no...

Sus gritos se dirigían a Schadeck, que, sin darse la vuelta, ya había salido corriendo hacia el pasillo.

« Es una trampa » , quiso advertirle, pero su voz se apagó.

Caspar se apoyó en el brazo izquierdo, que tenía libre, giró su cuerpo hacia un lado y empezó a soltar el resto de correas con dedos temblorosos. Al igual que el ruido, los colores que tenía a su alrededor habían cambiado. En la habitación contigua, el aparato de tomografía seguía latiendo con la dinámica de un disco de música tecno psicodélica. Los martillazos imitaban el ruido de una estaca, se hacían cada vez más intensos y acallaban el sonido externo de un teléfono que, en un principio, no debía existir. Primero, porque la línea telefónica no funcionaba; y segundo, y sobre todo, porque sonaba demasiado alto y estridente. En aquel sótano no deberían haberlo podido oír.

« A no ser que... » .

Caspar quiso ponerse de pie, intentó agarrarse a algo y cayó al duro suelo de piedra.

Sintió un crujido en el hombro izquierdo y lanzó un grito. Por desgracia sólo era su inconsciente lo que estaba anestesiado, y no el centro de dolor.

Se llevó por delante la mesa de instrumentos al querer levantarse y, con un impulso, agarró el escalpelo que se le había resbalado justo por delante de la pierna, pero enseguida lo cambió por la jeringuilla. Si tenía que defenderse, el efecto de la inyección sería más rápido incluso si la cánula iba perdiendo parte del líquido que contenía.

Gritó al apoyar todo su peso sobre la pierna que no debía, y el trozo de cristal que tenía en el pie se le clavó aún más. Fue avanzando con dificultad hasta la mesa de disección y siguió moviéndose, cojeando. Se hallaba a tan sólo unos pasos de la salida, pero la imagen se desfiguraba ante sus ojos. En un primer momento incluso pensó que la puerta, que estaba abierta de par en par, se iba alejando a medida que él se movía en aquella dirección.

Finalmente perdió el equilibrio y no tuvo más remedio que tropezar con el pie lastimado, pero al menos el dolor evitó que se desplomara.

En su interior bramaba una contradicción que prácticamente no tenía solución. Por una parte, deseaba huir antes de que el Destructor de almas fuera en su busca allí abajo. Por otro lado, ansiaba que la sobreviniera un sueño del que

nunca más tuviera que despertar.

« Sueño », pensó, y de repente volvió a sentir el humo en la nariz, aunque esta vez podía deberse a que ahora se hallaba en el pasillo, a pocos metros de la sala de Radiología donde él mismo había iniciado el fuego.

« ¿Por qué Sophia no cae sencillamente en un sueño profundo? » .

De algún modo Caspar consiguió llegar hasta el ascensor y pulsó el botón. Ni siquiera se había planteado usar la escalera; en aquel momento, cada escalón significaba para él tener que salvar un obstáculo.

Se apoyó con la frente en la puerta cerrada y empezó a meditar al tiempo que sentía cómo vibraba el aparato de tomografía y el ruido de las botas pesadas de Schadeck que recorrían la planta superior. El teléfono había dejado de sonar.

« Tom tiene razón. ¿Por qué las víctimas no se despiertan? ¿Y por qué todas tienen en la mano una nota con un acertijo? » .

Los cables del ascensor crujían como si tuvieran artritis, y una nueva reflexión se desató en su cabeza.

« Un momento... » .

La respuesta se hallaba tan cerca que Caspar no había querido creerla al principio.

« Topor. Sueño de la muerte » . Naturalmente.

« ¿Cómo no hemos podido verlo? » .

Había ocurrido justo delante de sus ojos. Sophia mostraba todos los síntomas de una paciente que ha sido manipulada por un hipnotizador sin escrúpulos.

Bruck probablemente había logrado que la mujer volviera a revivir un suceso trágico de su pasado, que volviera a enfrentarse a aquello que más temía, a los hechos que más le conmocionaban. « ¿Y si había revivido el momento en que su ex marido se había llevado a su hija? » .

Entonces el Destructor de almas había encontrado intencionadamente la relación entre él y su víctima, igual que con el resto de las víctimas.

Había provocado una pérdida de comunicación de manera que Sophia nunca más fuera capaz de reaccionar a los estímulos externos, para que nadie más salvo él pudiera llegar hasta ella.

Pero antes de llegar al último y decisivo paso, Linus apareció y causó una alteración. Por eso sucede con ella lo que normalmente ocurre cuando existe un error a la hora de ejecutar la hipnosis. ¡Se despierta! Una y otra vez.

Caspar recordó los ojos temblorosos de Sophia, el sufrimiento, los escasos momentos en los que había mostrado una reacción y había querido comunicarse antes de caer de nuevo en el trance.

« Y podíamos haberla salvado » .

Con una sola palabra podrían haber roto aquella espiral y eliminado la orden posthipnótica que el Destructor de almas había impuesto para conseguir volver a hipnotizar rápidamente a su víctima en cuanto abriera los ojos, en cuanto la luz

atravesase sus pupilas.

« Oh, dios mío» .

Caspar golpeó la puerta del ascensor como si de este modo la cabina pudiera bajar más rápidamente hasta donde él estaba. Pero el indicador que había sobre su cabeza no se movió.

« No queda más remedio que la escalera» .

Tropezó hacia un lado, logró evitar una nueva caída cogiéndose en el último segundo a la barandilla, y fue subiendo peldaño a peldaño con una sola pierna mientras arrastraba la otra. Era tan sencillo. La solución del acertijo era la solución del acertijo.

03:11 horas

Apretó la mano herida contra su pecho para presionar el corazón, que latía más rápido con cada paso.

—¿Tom? —gritó Caspar.

Deseaba informar al camillero acerca de sus sospechas; esperaba que éstas tuvieran algún sentido.

Si estaba en lo cierto, sólo tenían que esperar a la siguiente fase en que Sophia volviera a abrir los ojos y decirle la palabra clave. Si los daños psíquicos que había sufrido hasta entonces no eran demasiado profundos lograría controlar otra vez su subconsciente. O caer en un sueño compasivo.

—¿Tom?

Siguió sin recibir ninguna respuesta a pesar de que había gritado con todas sus fuerzas.

Caspar salvó por fin el último peldaño y sus pies ensangrentados dejaron la primera huella en la gruesa alfombra de color crema de la entrada de la recepción.

La puerta del ascensor crujió detrás de él. No estaba cerrada del todo, y se abría y cerraba algunos centímetros una y otra vez. Caspar dudó sobre si era mejor sacar la cuña de madera que bloqueaba el ascensor. En realidad, el hecho de que la luz de la cabina no alumbrase la zona de la entrada le hacía sentirse inseguro. ¿Y si el Destructor de almas estaba esperando precisamente aquel momento para saltar sobre él en mitad de la oscuridad?

Decidió que necesitaba ayuda. «¿Dónde está Tom?».

Su única arma era una jeringuilla y no quería exponerse a aquel peligro desconocido. En busca de ayuda, Caspar se adentró por el oscuro pasillo que llevaba a la biblioteca.

«¿Por qué está abierta la puerta ahí detrás?».

Caspar se extrañó aún más al ver ante sí el objeto resplandeciente que parecía estar girando a unos pocos metros. La luz candente de la chimenea, proveniente de la sala del comedor, se iba reflejando en él.

Entonces, dio otro paso y vio lo que estaba abandonado, tirado en el pasillo. Era la silla de ruedas de Sophia, y los radios se movían despacio como si la rueda fuera un molino.

03:12 horas

« Soy Niclas Haberland » .

Paró el neumático con su dedo índice y apretó los ojos.

—¿Sophia?—susurró mientras abría del todo la pesada puerta con el pie.

« Soy Niclas Haberland, doctor en Neuropsiquiatría » .

Sus labios se movían como los de un niño leyendo un libro escolar en silencio.

Repetía una y otra vez los mismos pensamientos como si fueran un conjuro para alejar el infierno que él creía esperar encontrar en la biblioteca.

« Soy Niclas Haberland, doctor en Neuropsiquiatría y experto en el campo de la hipnosis médica » .

Sus dedos agarraron con más fuerza la jeringuilla que tenía en la mano y seguidamente entró. Vio la figura delante de la chimenea. Y cerró los ojos.

« Soy Niclas Haberland, doctor en Neuropsiquiatría y experto en el campo de la hipnosis médica. Y he cometido un error » .

Cuando volvió a abrirlos ella todavía seguía allí. Estaba sentada en la silla de tela tapizada, cerca del humeante fuego, y su piel había adquirido el tono pálido de la ceniza y a fría de la chimenea.

La barbilla de Greta Kaminsky estaba caída sobre su pecho, su mano derecha pendía hacia abajo sin vida, mientras que la izquierda descansaba en su regazo.

Daba la sensación de que estaba tan rígida e inmóvil como una muñeca a la que sólo hay que dar un pequeño soplo para que caiga a un lado.

Durante un momento Caspar creyó ver cómo la mujer mayor resbalaba en la silla y caía con la cabeza al suelo y luego, al igual que el resto de su cuerpo, se iba convirtiendo en polvo ante sus ojos.

Susurró su nombre, avanzó un paso hacia ella cuidadosamente, dudando de si el tórax de la mujer se levantaba o no de la silla, o si todo era un mero espejismo causado por las llamas del fuego que había detrás de ella.

« ¿Tom? ¿Yasmin? ¿Dónde estáis? » , se preguntó buscando algún signo de vida: el pulso en una arteria, un temblor en sus labios, que empezaban a mostrar un color violeta. Algo.

Se hallaba de pie a tan sólo unos pocos centímetros de Greta y se arrodilló ante ella. Para no hacerle daño dejó la inyección en la alfombra, junto a sus pies, se dirigió a ella y, entonces, todo empezó a suceder de pronto, muy deprisa. No sabría decir si había oído antes aquel grito de terror y luego el crujido metálico, o bien había sido al revés. Ni siquiera era consciente de la rapidez con que había

regresado al pasillo. Se dirigió hacia el ascensor, de donde procedían aquellos sonidos despiadados de lucha. La puerta se encontraba ahora más abierta y se distinguía una luz: unos dedos delgados y temblorosos sujetaban una pequeña linterna en dirección al despacho de Bachmann. Caspar se detuvo; el pasillo era demasiado estrecho y el ascensor estaba aún demasiado lejos como para poder echar un vistazo a su interior desde donde él se hallaba. Lo único que podía ver sin ninguna duda era que la cuña de madera que bloqueaba la barrera de luz ya no estaba allí. Unas piernas desnudas sobresalían del ascensor, de las cuales sólo podía distinguirse la parte inferior y los pies. El Destructor de almas se había llevado hasta la cabina oscura el resto del cuerpo de Sophia.

03:13 horas.

En el exterior de la clínica

La tormenta lo agujereaba todo. Continuaba golpeando con fuerza los tejados de ripia, las contraventanas, las líneas eléctricas y cualquier otro objeto que se cruzase en su camino insensatamente. Sin embargo, de vez en cuando se detenía como si tuviera que inspirar aire para, a continuación, poder romper antenas de televisión y arrancar árboles con su nuevo aliento. Durante este viaje devastador la nieve seguía siendo su triste aliada, una cómplice de la tormenta que dejaba caer su manto blanco de camuflaje sobre aquello que había quedado más dañado, plantando cara a cualquier testigo que quisiera observarla mientras ella acababa con todo.

A pesar de que el viento había caído un punto en la escala de Beaufort, en aquel instante nadie se atrevía a salir de su casa, a no ser que se viera obligado a hacerlo, como era el caso de Mike Haffner.

«El mejor trabajo del mundo, maldita sea —se dijo a sí mismo; a excepción de Haffner no había nadie sentado en el quitanieves—. Servicio de quitanieves, ¡sí, claro!» . Golpeó con ambas manos el volante de plástico.

Lo sabía, no debía haber escuchado nunca a Schwacke. Un porrero como aquel apenas podía distinguir un canuto de un silbato, y menos aún organizar algún trabajillo. «Dos mil *euracos*, tío —le había dicho entusiasmado—. Están asegurados, incluso si no nieva. Y todos leemos los periódicos, ¿no? —Mientras hablaba se había llevado el dedo índice al párpado inferior del ojo haciéndole un guiño de modo conspirador—. Cambio climático, CO₂, efecto invernadero... Todo eso, amigo. Antes de que nieve de nuevo en invierno por aquí me uno a los Anabólicos Anónimos» .

Haffner sacó el móvil para llamar a su inútil compañero de escuela y deseárselo lo peor. No, mejor aún, todo lo peor, todo lo peor del mundo mundial. Por su culpa se había dejado convencer por él para que dejara el trabajo fijo que tenía en el videoclub, y había empezado a trabajar en el servicio privado de disposición operativa S. D. O. Valenta, encargada de limpiar y retirar la nieve.

«Valenta también sale con tormenta», podía leerse en la parte trasera del quitanieves. El teléfono había sonado veinte minutos antes y Haffner se había dado cuenta con aquella llamada de que aquel eslogan que sonaba como salido de un antro de mala muerte, al parecer, se tomaba realmente al pie de la letra. «Mientras no vuelques el quitanieves al conducirlo podrás trabajar con él», le

había dicho el jefe del dispositivo echándole la bronca. Y allí estaba ahora, en aquel barrio periférico lleno de mansiones para limpiarle el garaje a alguno de aquellos ricos inmundos.

« ¡No hay cobertura! » .

Mike lanzó el móvil a sus pies y encendió la radio, que también funcionaba con interferencias. El locutor se creía seguramente muy gracioso y por eso había puesto « Sunshine Reggae » . O quizá el redactor de la música era tan atontado como Schwacke. A pesar de todo Haffner dejó que siguiera sonando, ya que con el ruido que hacía el motor diesel allí dentro y el aullido del viento fuera igualmente no podía entender nada. Apretó el acelerador y fue dando bandazos sin mirar en la esquina de una calle con adoquines. Con el aguacero que estaba cayendo allí afuera debería haber ido más despacio, pero entonces habría hecho menos ruido y, ya que tenía que trabajar, ¿por qué tenía que dejar dormir plácidamente a aquellos ricos granujas?

Aceleró de nuevo.

« Maldita sea, Schwacke, te vas a enterar de lo que vale un peine » , pensó por un momento antes de notar por primera vez una sacudida.

« Mierda » .

La segunda vez ya no tuvo la menor duda.

« Por favor, que sólo sea un montón de hojas » , pensó Haffner deteniendo el vehículo.

« O un ladrillo » .

Salió despedido contra la puerta y estuvo a punto de caer fuera del coche.

« No creo que haya nadie que esté tan loco como para ir paseándose por ahí ahora » , siguió pensando. Pocos segundos más tarde iba a recibir un escarmiento.

—Mierda, ¿quién eres tú? —le gritó a alguien que caminaba medio desnudo agitando las manos con horror al ver que él enfocaba su rostro famélico con una linterna. Aquel hombre extendió sus manos profundamente azuladas hacia Haffner. Era imposible saber en ese instante si sus temblores se debían a causa del dolor o el frío; sus gritos también eran incomprensibles.

—¡Sophiuda...! ¡Sophiudapacientinar!

Al menos para Haffner.

03:15 horas.

En el interior de la clínica

Caspar seguía sin comprender qué plan había detrás de todo, pero sabía que existía un terrible objetivo.

El Destructor de almas había logrado que salieran de la sala de Patología. Le habían hecho aquel favor y el grupo se había separado. Y él había conseguido llegar desapercibido hasta el ascensor que necesitaba para transportar una carga marcada por la muerte hasta su guarida: dos pisos más abajo, en el laboratorio, allí donde tan sólo podía accederse con la llave especial de Rassfeld que, al parecer, Bruck le había quitado al director de la clínica, y que en ese momento se hallaba seguramente escondida en el panel de mandos, junto al botón de aluminio que indicaba « menos dos» .

Caspar se acercó lentamente al ascensor para comprobar sus terribles sospechas. Daba un paso tras otro temerosamente, como un niño que evita los surcos de una acera. Los pantalones del pijama crujían con cada uno de sus movimientos. Se paró un momento para reflexionar y se apoyó contra la pared, pero seguía sin poder echarle un vistazo a lo que había en el ascensor. La puerta quedaba abierta delante de él hacia su izquierda, aproximadamente a un par de metros de donde se encontraba. Cada cinco segundos chocaba contra las piernas de Sophia, una y otra vez. Caspar escuchó un silbido ronco y, a continuación, los pies de la psiquiatra se estremecieron, sus dedos se doblaron hacia arriba y su cuerpo volvió a desaparecer unos centímetros en el interior del ascensor. Caspar salió corriendo; no podía esperar tanto si quería salvar a Sophia. Debía actuar.

Sin pensárselo saltó hacia el ascensor, apretó el botón y contuvo su miedo mientras llamaba a gritos a Tom.

Siguió chillando aun después de que se abriera la puerta y su cerebro se negó a aceptar la escena que veían sus ojos.

Bruck estaba en el suelo arrodillado, con los brazos alrededor del cuello de Sophia, como si estuviera practicándole un masaje quiropráctico.

O rompiéndola la nuca.

La linterna que el Destructor de almas se había colocado bajo la axila izquierda se le resbalaba hacia abajo mientras intentaba arrastrar a Sophia. Ahora sus rayos de luz iluminaban sobre todo la parte superior del cuerpo de Bruck, desgarrada como si éste pretendiera a propósito ser el foco mórbido de atención. El hombre parecía una herida abierta y su vendaje hecho jirones

formaba una costra alrededor de su cuello, que remarcaba macabramente la cicatriz abierta de una operación que tenía bajo la laringe.

« Parece abatido », fue lo primero que pensó Caspar cuando pisó con su pie desnudo el umbral.

« Tumbado, apenas es capaz de arrastrar a una persona ». Y menos aún de matarla. Lo más lleno de vida que tenía Bruckeran sus ojos, que se reflejaban de modo fantasmal con la linterna.

Antes de que pudiera sopesar los riesgos y las posibilidades, Caspar siguió un impulso interior y se lanzó a ciegas dentro del ascensor. La cabina interior con espejos se tambaleó bajo sus pies en cuanto se lanzó con todo su peso sobre Bruck. Al hacerlo evitó que el Destructor de almas gritara con todas sus fuerzas un nombre que sonaba al de su cuarta víctima. « Sophiiiiiii... » .

Al principio Caspar se extrañó de que ofreciera tan poca resistencia; los primeros segundos sintió como si se tratara de una lucha entre iguales. Dos hombres gravemente heridos luchaban uno contra el otro empleando sus últimas reservas sin propósito fijo, con la esperanza de poder protegerse de su enemigo. Pero entonces, un fino hilo de sangre empezó a caer por la nariz de Caspar. No había visto venir el codo en la oscuridad; la linterna de Bruck hacía rato que había caído al suelo y se deslizaba de aquí para allá entre sus pies desnudos.

La rabia de Caspar fue en aumento. Su mano dio con la cara del psicópata y apretó fuertemente su boca, a pesar de que Bruck no dejaba de golpearle en el estómago con su rodilla. Luego deslizó su dedo pulgar hacia abajo y le atravesó con él el pliegue de la herida desgarrada. Siguió apretando hacia dentro y los gritos incomprensibles de Bruck se transformaron en un chillido. Ahora el dedo de Caspar se hallaba metido hasta la uña en el interior de la cicatriz de la operación.

Bruck fue bajando poco a poco la resistencia, pero entonces Caspar notó que un tirante dolor en el abdomen iba acaparando todo su cuerpo, desde el interior hacia fuera y convirtiéndose en insoportable. Quiso apartarse antes de que Bruck pudiera propinarle un golpe entre las piernas pero ya era demasiado tarde. Caspar se vino abajo como un pesado fardo, se golpeó con la cabeza de Sophia y quedó tumbado en el suelo junto a ella con el cuerpo encorvado. Esperaba recibir un nuevo golpe, por lo que se protegió la cara provisionalmente con los antebrazos, pero Bruck también había caído sobre sus rodillas y parecía estar vomitando del propio dolor.

Fue tirándose hacia atrás, empezó a buscar a tientas las piernas de Sophia y al hacerlo chocó de improviso con la linterna. La cogió, la levantó hacia arriba para deslumbrar al Destructor de almas y al hacerlo rozó ligeramente lo que por un segundo le pareció que era una fina zapatilla deportiva de mujer.

« ¿Un zapato? » .

Fue entonces cuando se dio cuenta de que no estaban solos. Junto a él, Bruck y

Sophia había otro cuerpo agachado en un rincón, al final del enorme ascensor.

Yasmin.

La joven estaba sangrando, o al menos ése era el motivo más lógico que se le había ocurrido al ver que su blusa clara se había teñido ahora de oscuro, justo desde el lugar, en la parte superior de su cuerpo, en el que sobresalía un objeto alargado con un mango de goma negro.

« No queda tiempo. No queda tiempo » .

Caspar escupió la sangre que se había acumulado en su boca y se abrazó a las rodillas de Sophia. Luego hizo un movimiento para levantarse y cogió a la mujer encorvada como si fuera una alfombra enrollada para sacarla del ascensor. Al hacerlo, le arrancó de la cabeza un grueso mechón de sus cabellos sobre el que se había arrodillado Bruck, quien seguía con las manos apretadas en su cuello y con la boca ensangrentada.

Sophia estaba ya prácticamente fuera cuando sus piernas se le empezaron a escurrir de los dedos manchados de sangre. Había pasado por alto el corte de su mano que se había hecho en la sala de Radiología. Se limpió la sangre en el pecho lleno de cicatrices, cogió a Sophia por la cadera haciéndola rodar con los brazos con desesperación y se la echó sobre su hombro.

Bruck también se levantó, tambaleándose como un boxeador en su último asalto. Sin embargo, parecía que las fuerzas le fallaban demasiado como para poder seguir golpeando. Allí estaba, simplemente de pie, con la boca abierta. Una burbuja de saliva se formó sobre sus labios y extendió el brazo, pero Sophia ya no se hallaba a su alcance.

Lo había logrado. Tras golpear dura e involuntariamente la cabeza de la mujer contra el tope del ascensor, Caspar consiguió sacarla del todo de la cabina. Se oyó un crujido: por lo visto el Destructor de almas volvía a repetir a gritos el nombre de Sophia. Luego, aquellos sonidos torturadores quedaron enmudecidos detrás de la puerta del ascensor.

Lo último que pudo ver Caspar fue la pierna doblada de la enfermera, por la que ya no podía hacer nada.

Caspar suspiró fuertemente y dejó caer hacia un lado la parte superior del cuerpo sin soltar el frío pie de la doctora.

Recorrió con el dedo pulgar la planta de los pies de la mujer al tiempo que se notaba cómo se movían los dedos del pie bajo los de su mano. Quería contentarse con aquel signo de vida, quedarse dormido allí, delante de la escalera de la clínica Teufelsberg, en la alfombra de la entrada principal. Sabía que no estaba bien, que debía mantenerse despierto. Sin embargo, estaba a punto de dormirse cuando su propia tos le hizo zarandearse. Era preciso incorporarse para no morir ahogado con la mezcla de sangre y saliva que se formaba en su boca.

Caspar escupió y aquel repugnante revoltijo salió como el chorro de una fuente salpicando las botas negras que, de pronto, se hallaban junto a él.

Caspar levantó la vista.

—¿Dónde has estado? —le preguntó a Tom débilmente.

—Fui a buscar el teléfono. El muy cabronazo ha dejado activada la función de llamarse a sí mismo y lo ha colocado de nuevo delante del micrófono del altavoz de la clínica para que también pudiéramos oírlo en el sótano.

Caspar asintió. Era lo que se había imaginado.

—¿Y tanto ha durado eso?

—No.

Schadeck lanzó una carcajada y avanzó un paso hacia él.

—El resto del tiempo os he estado observando —dijo, y sacó por segunda vez en media hora la pistola tranquilizante. Sin embargo, ésta vez solamente utilizó la empuñadura de ésta para golpear a Caspar en la cabeza con todas sus fuerzas.

Recuerdos

—¡Para! No estires tanto, Tarzán. Esto resbala.

Gritaba con escaso entusiasmo a su perro, que no paraba de estirar de la correa. ¿Qué le pasaba? ¿Se había asustado? ¿Tal vez estaba enfadado porque estaba atado desde hacía un rato? Bajo el frío. Quizá pensaba que iban a volver a abandonarlo, al igual que había hecho su antiguo propietario, quien le había sacado un ojo primero para luego abandonarlo a su suerte junto con los demás cachorros en aquel coche de desguace.

—Sí, ya lo sé. Yo también tengo tantas ganas como tú de irme... —le gritó a la joven fierecilla.

Seguro que el animal, un cruce de varias razas, había olfateado algo, quizá un zorro o un jabalí. Sin embargo, pronto le empezó a llegar un olor a perezjil silvestre; los jabalíes olían siempre a hierbas que potencian el sabor, o a manteca podrida. Todo eso lo había aprendido en los muchos paseos que había hecho por el bosque. En ocasiones el olor se quedaba flotando en el aire durante horas, cuando los animales habían pasado por aquella zona hacía ya mucho rato. Pero ése no era el caso de aquella vía de acceso. En aquel lugar solamente olía a papel quemado, a carbón vegetal, algo que no le extrañaba, teniendo en cuenta las numerosas chimeneas que tenía la mansión situada detrás de él.

—Espera...

Dudó sobre si no sería mejor soltar la correa. La cuesta se hacía más difícil de subir a cada paso que daba; la nieve acababa de caer, la superficie helada había cubierto el asfalto y probablemente el vigilante aún no había echado sal. Había estado esperando allí todo aquel tiempo para ver si se deshacía, pero no le había servido de nada.

Buscó a tientas en el interior de su abrigo de invierno pero ya no estaba allí. Había ardido todo. Justo delante de sus ojos.

El dolor profundo y melancólico de la tristeza se erigió ante él como una pared invencible. Inútilmente. En vano. Había hecho un último intento y no había funcionado, como era de esperar. Y ahora estaba allí, en la carretera de acceso, sin poder moverse, sin poder derribar aquel muro de su depresión que le impedía volver a llevar una vida normal.

Su brazo salió disparado en cuanto volvió a atar a Tarzán con la cuerda, pero su cuerpo se detuvo. Helado, frío como las gélidas ramas de los abetos en los

bordes del camino que, bajo el peso de la nieve recién caída, amenazaban con romperse. Se tambaleó un poco oponiéndose a la fuerza que tiraba de él violentamente y, entonces, oyó una especie de gorgoteo. Mientras caía empezó a sentir un murmullo a su alrededor como el de un cazo de leche que derrama líquido al hervir. El ruido se entremezclaba con algo similar a un susurro. El mundo daba vueltas a su alrededor; oía cómo se rompían las ramas, veía los árboles desde ángulos diferentes, sentía cómo la correa tiraba con más fuerza de su muñeca. A continuación volvió a oír un crujido a pesar de que ninguno de los abetos había perdido una rama. Mientras tanto el ruido de gorgoteos y susurros fue intensificándose, hasta que el murmullo dejó de ser lo que era para dar paso a una voz ligeramente distorsionada que se iba alejando cada vez más de él.

Seguidamente oyó cómo algo se rompía: un trozo de madera o un hueso... Y entonces comprendió que ese era el momento en que debía pasar cuando, de repente, su cabeza recibió un golpe. Poco antes de que se acercaran a él las llamas, justo delante de él, pero éstas no provenían del salpicadero del coche como antes, como el día en que todo empezó. Surgían de la chimenea, en la que las ramas crujían y donde el fuego ardiente era absorbido hacia arriba por un viento helado a través del tubo. Y entonces fue cuando oyó también aquella voz metálica y desconocida pero fuerte y clara.

—Es toda tuya —dijo ella—. Ven a buscarla.

03:20 horas

Caspar quiso abrir los ojos para huir de aquel sueño, pero no lo consiguió. De hecho ya estaba despierto. El fuego que había delante de él y que llevaba observando fijamente desde hacía algún tiempo era tan real como las palabras que podía oír a través del interfono de la clínica.

—¡Ven a buscarla! —se oía la voz de Schadeck, como una matraca desde el altavoz que había encima de su cabeza.

« ¿Tom? ¡Maldita sea! ¿Qué está haciendo? » .

Caspar intentó levantarse de la silla en la que se hallaba sentado en la biblioteca, pero fracasó por varios motivos. Especialmente porque, después de haber sido torturado y golpeado tantas veces durante las últimas horas, su alma y su cuerpo ya no eran capaces de realizar las acciones más básicas. Había estado a punto de morir intoxicado con el humo, le habían administrado un narcótico en contra de su voluntad y, además de las heridas causadas por varios cortes en las manos y los pies, por lo visto el Destructor de almas le había destrozado el tabique nasal. No obstante, el dolor y el malestar frío que sentía se debía muy probablemente a la conmoción cerebral que le había producido Schadeck. No tenía fuerzas para levantarse, ni siquiera hubiera sido necesario el cinturón de la bata que Schadeck había utilizado para atarlo a la silla.

—Es toda tuya, Bruck. He llevado a Sophia hasta la recepción.

El micrófono se acopló ligeramente antes de que Schadeck pudiera volver a hablar a través de él.

« Oh, Dios mío. Pretende sacrificarla » .

Como si las palabras de Schadeck hubieran ahogado en él los últimos rayos de esperanza, las llamas de la chimenea fueron disminuyendo lentamente dejando tras de sí una enorme tristeza en la biblioteca.

Caspar cerró los ojos llorosos con la esperanza de que el temporal de nieve, que amenazaba con entrar violentamente por el tubo de la chimenea, se calmaría un poco.

—¿La quieres? Es tuya. Es tu regalo de Navidad. Quédate con la doctora y haz con ella lo que quieras, pero vete de aquí. Ése será nuestro trato, ¿de acuerdo?

Caspar intentó levantarse otra vez y lo único que consiguió fue acabar cayendo por poco en las llamas. Empezó a sudar.

—Puedes quedarte también con los demás. Están en la biblioteca, donde apuñalaste a Yasmín. La vieja aún está viva.

Caspar volvió la cabeza hacia atrás y vio que la postura de Greta había cambiado: ahora tenía la boca cerrada.

—Y el psicópata está maniatado. Así que lo tienes fácil: ve a por ellos o llévate sólo a Sophia... lo que quieras, pero...

La voz de Schadeck se desvaneció en mitad de la frase a pesar de que la tecla del altavoz seguía estando pulsada.

—¡Mierda! No... qué...

Poco después, Caspar oyó un ruido como si alguien estuviese arrancando de un tirón el mantel de una mesa puesta.

Dos segundos más tarde se oyó un crujido y un grito resonó por toda la clínica, y en su cabeza retumbante.

« Eres un idiota, Schadeck. Un perfecto idiota... » .

¿Qué había dicho Bachmann? ¿Que solamente había dos lugares donde era posible utilizar el dispositivo de la clínica? El camillero podría haberse dibujado en el pecho una diana, hubiera dado lo mismo. La cuestión era si Bruck lo había eliminado antes o después de ir a por Sophia.

« Sólo había una cosa cierta... » .

Caspar, desesperado y con las manos atadas, echó un vistazo a través de la puerta que daba al pasillo, que estaba medio abierta. Schadeck se había llevado la llave.

« ¡... ahora Bruck vendrá a por nosotros! » .

Pronto notó que el ruido de unos pies arrastrándose por el pasillo le daba la razón.

03:23 horas

« Fuego » .

« Humo » .

« Libros » .

« Greta » .

En busca de alguna posibilidad para poder escapar de lo inevitable, su cerebro había activado el modo de « ahorro de energía » . Caspar sólo era capaz de pensar palabra por palabra, a la vez que sus ojos iban registrando cada rincón de la biblioteca.

« Notas con acertijos » .

« Bruck » .

« Greta » .

« Libros » .

Su instinto de supervivencia había consumido hasta el último resto de su provisión de adrenalina mientras almacenaba en uno de los niveles de su memoria el hecho de que hacía ya varios segundos que aquel ruido de pies que se arrastraban en el pasillo había dejado de oírse. Miró el fuego fijamente y pensó en el coche en el que había estado a punto de morir por las llamas. Se preguntó si tal vez aquélla hubiera sido una muerte más benévola; entonces cerró los ojos y no pudo evitar ver la imagen de un reloj imaginario bajo las llamas, que contaba los segundos que le restaban de vida. La aguja ya había llegado a la zona roja.

« Rojo como el fuego » .

Era eso. La última posibilidad.

« Chimenea » .

« Humo » .

« ¡F u e g o ! » .

Caspar dejó de intentar estirar inútilmente su omóplato para romper la atadura. En vez de eso concentró todo su peso delante de la superficie de la silla, para dirigirla hacia el humo.

« El fuego. Tengo que... » .

Se tiró hacia un lado una vez y luego una segunda. Finalmente sobrepasó el vértice y el peso ejerció su fuerza. Poco a poco fue cayendo al suelo; se golpeó y recordó lleno de dolor que ya se había dislocado el hombro al caerse de la mesa de disección. Su cabeza se derrumbó más suavemente sobre un montón de

cenizas frías, en las que ahora ahogaba sus penas.

«Tengo que dirigirme al fuego», siguió pensando mientras se repetía a sí mismo aquellas palabras como si se tratara de un mantra. Una y otra vez.

Seguía atado a la silla, algo inclinado hacia delante y demasiado lejos de las llamas, pero al menos podía ver mejor la puerta, y ésta no se había movido aún ni un sólo milímetro. Todavía no había nada perdido. Estiró la pierna y volcó el juego de útiles de la chimenea al querer apoyarse contra éstos, pero, por el calor que notaba cada vez más fuerte en su espalda, se dio cuenta de que probablemente se hallaba más cerca de su objetivo.

Lo próximo que hizo fue lanzarse lleno de rabia contra el respaldo que crujía una vez más. Entonces el dolor le sobrevino sin avisar, haciéndose insoportable. Caspar gritó como sólo lo había hecho una vez en su vida, cuando había estado a punto de morir quemado en su coche. Ahora las llamas parecían presentir que tenían una segunda oportunidad para terminar el trabajo que habían empezado hacía tiempo. Esta vez no fueron a atacar su pecho, sino que prefirieron provocar numerosos cortes en el antebrazo con sus cuchillas de afeitar al rojo vivo. Así que andaba casi en lo cierto.

Casi. Tan sólo un pequeño centímetro más y el haz de leña ardiendo acabaría desgarrando, no sólo la piel que envolvía sus arterias, sino también la ligadura de algodón que las ataba.

Caspar gritó una vez y enseguida se mordió los labios. Por fin empezaba a notar, además del olor dulzón de la carne chamuscada, los hilos de algodón quemados.

Y, efectivamente, la atadura se aflojó un poco más.

«¿Y si son todo imaginaciones mías? ¿Qué pasa si el dolor me está volviendo loco?» .

Separó sus brazos lo máximo que pudo para darle al fuego más superficie que atacar.

«¿Están soltándose? Creo que...» .

Sí.

No.

Sí.

No.

Demasiado tarde.

Retiró los brazos del fuego y miró fijamente hacia la puerta de entrada. Estaba abierta, más que hacía unos segundos. Una corriente fría sopló desde fuera y fue arrastrándose por el suelo hasta alcanzar sus ojos, dilatados por el miedo. No podía apartar su mirada de él. Había entrado en la habitación: era el Destructor de almas.

03:25 horas

Caspar se alejó una vez más de aquel insoportable calor y bajó la cabeza. Sus muñecas tenían ciertamente más libertad de movimiento. Pero ¿de qué le servía aquello?

No estaba preparado para una segunda pelea.

Abrió los dedos, agarró el hacha que había detrás de su espalda, cogió un trocito de carbón vegetal ardiendo y sintió que de nuevo le sobrevinía el dolor. Todo era inútil.

Desde su posición, especialmente con ambas manos atadas detrás de su espalda, no lograba ver la cara de Bruck. ¿Y qué más daba?

«Deberíamos haber salido por la chimenea», se le pasó por la cabeza. Qué ironía. Justo se le ocurría en aquel instante, en el que se habían agotado todas las posibilidades y todas las vías de escape estaban bloqueadas. Además... era más que probable que arriba les hubiera estado esperando un montón de rejas cerradas. «Como siempre». No tenía sentido pensar aquello ahora, cuando el Destructor de almas se hallaba a tan sólo cinco pasos —de los que él daba con su pie cojo—, de su presa maniatada. De él.

Bruck no paraba de jadear y su respiración salía en forma de silbido de la herida de su cuello. Se movía arrastrando su pierna derecha y se pasó un objeto brillante de la mano derecha a la izquierda.

«Sólo quedan cuatro pasos».

¿Un cuchillo? ¿Una tijera?

La luz era demasiado inestable y, sin las lentes de contacto, los objetos pequeños se desdibujaban ante sus ojos desde la lejanía. Probablemente llevaba en la mano un escalpelo que habría cogido de la farmacia, tal vez era el mismo que había utilizado para terminar con la vida de Schadeck.

«Sólo quedan tres pasos».

Caspar no paraba de moverse en el suelo, indeciso, como una araña a la que se le arranca una de sus patas y, mientras intenta huir, va girando sobre su propio eje. Tenía la esperanza de que ocurriera un milagro. Rezaba porque Greta recobrara el sentido, se levantara y, con la pala de carbón de la chimenea, le atizara un golpe en la espalda al Destructor de almas. Pero al mirar a la mujer de reojo supo que sus piernas seguían balanceándose con indiferencia en el borde de la silla, que en aquella maratón ella se hallaba aún cómo mínimo a tres metros de él.

Quiso gritar para pedir ayuda y al llegarle el humo a sus pulmones, como si de una paradoja se tratara, no le quedó más remedio que pensar en lo que aconsejan que es mejor gritar cuando se avecina un peligro, la palabra «Fuego», ya que, al oír el grito de petición de ayuda, la mayoría de los transeúntes se asustan y acaban mirando para otro lado. Estos pensamientos casi le hubiesen hecho reír si no hubiera tenido la muerte tan cerca.

« Sólo quedan dos pasos» .

Y entonces, justo cuando logró ver que lo que Bruck sujetaba en sus largos dedos como si fuese un bolígrafo era realmente un escalpelo, justo en ese segundo en el que su dolorosa consciencia inundaba completamente su cuerpo con una última ola de pánico, justo en ese momento el Destructor de almas empezó a bailar.

03:26 horas

Daba la impresión de tratarse de un ballet del horror, ejecutado por un loco degenerado que parecía no tener el control sobre sí mismo. Caspar tenía la sensación de que la escena de aquel baile de la muerte estaba teniendo lugar a cámara lenta; sin embargo, realmente había durado sólo unos segundos.

Todo empezó cuando la boca de Bruck se abrió, lentamente, como la de un renacuajo. Su pierna izquierda temblaba con espasmos; levantó el pie y empezó a trazar círculos en el aire con ambos brazos al mismo tiempo, aparentemente, para mantenerse en equilibrio, algo que no duró mucho tiempo.

Luego se retorció como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Uno de los brazos se quedó rígido en medio del movimiento circular, el otro intentó tocar el pie.

Bruck daba vueltas como si quisiera que Caspar le examinara sus piernas débiles y peludas de lado. Y entonces fue cuando se fijó.

« No puede ser. Oh, Dios mío» .

La jeringuilla.

« Naturalmente. Yo mismo la dejé en el suelo cuando quise ver cómo se encontraba Greta» .

Caspar apenas podía creer en su suerte. No habían pasado ni un par de minutos desde que Schadeck había querido torturarlo. Ahora era el Destructor de almas, que se hallaba a sólo unos pasos de él, quien se había clavado la aguja de la jeringuilla en el pie desnudo, justo en el empeine. Si no hubiera ido caminando de aquella manera, si no hubiera ido arrastrando su pierna detrás de él, es probable que se hubiera quedado trabada en su dedo gordo del pie o se hubiera roto contra algún hueso. Pero de ese modo se había clavado toda la aguja en el tejido blando, y Bruck había terminado por empujarla con ayuda de su propio peso.

« Por eso daba la sensación de que bailaba. Por eso temblaba de aquella manera» .

Bruck se había querido sacar la jeringuilla del pie, pero ya era demasiado tarde. El pentotal era uno de los barbitúricos que actuaban con más rapidez. Además, en el débil estado en el que se hallaba Bruck, el narcótico ya le había hecho efecto al cabo de algunos segundos.

El Destructor de almas abrió los ojos de golpe con sorpresa. Luego su globo ocular se fue desplazando hacia arriba y Caspar solamente pudo ver el blanco de

sus ojos, segundos antes de que el psicópata acabara derrumbándose hacia delante y cayera directamente sobre Caspar, dejándolo enterrado bajo su cuerpo.

Primero se escuchó el crujido de sus costillas y luego el del respaldo de la silla. Caspar no podía respirar y su miedo a la muerte acabó tomando una mayor dimensión catastrófica.

«¿Y ahora? ¿Qué debo hacer?» .

La inyección no estaba llena del todo y el resto de lo que contenía posiblemente se había diluido bastante, por lo que Bruck volvería a despertarse en unos pocos minutos. Y ahora Caspar se hallaba doblemente maniatado debido al peso del Destructor de almas. Cada vez que éste respiraba dolorosamente parecía que su cuerpo pesara más.

El escalpelo que se le había caído a Bruck de la mano yacía demasiado cerca del fuego, por lo que era imposible llegar hasta él.

«Además no soy un artista desatándome. Soy Niclas Haberland, doctor en Neuropsiquiatría y experto en el campo de la hipnosis médica. Y he cometido un error» .

Contuvo la respiración, estiró las piernas todo lo que le permitía el peso que tenía sobre él e intentó hacer palanca para quitarse de encima aquel cuerpo desmayado.

Crac.

Volvió a crujir, pero esta vez el ruido no venía de un trozo de leña ni de una costilla rota. Era la silla, que no estaba preparada para aguantar doble peso.

Sus manos seguían maniatadas pero, por suerte, el respaldo de la silla tapizada no estaba muy bien encolado y al caer se había soltado la superficie del asiento.

Caspar volvió a estirar las piernas, despacio, hasta acabar debajo del estómago de Bruck. Levantó al Destructor de almas, quien en aquel instante reposaba con la barriga sobre sus rodillas, como si estuviera haciendo algún ejercicio de atletismo, y dio una voltereta. La primera vez ya le salió bien, por suerte si hubiera tenido que repetirlo muy probablemente le hubieran fallado las fuerzas y se hubiese quedado dormido bajo el abrazo mortal de Bruck.

Una vez libre de aquella carga inerte, lo siguiente que hizo Caspar fue colocar sus pies en el suelo mientras seguía deslizándose hacia atrás en dirección a la chimenea. Al ver que no le estaba saliendo como esperaba volvió a poner en marcha un último y dudoso intento. Se volvió hacia un lado, lo que hizo que su hombro lesionado quedara apretado contra el suelo y fue rodando mientras se alejaba de la chimenea. Solamente necesitó dar una vuelta sobre sí mismo y, a continuación, el respaldo del asiento de la silla acabó por romperse del todo. Sus manos seguían atadas a su espalda pero, por lo demás, ya estaba libre. Podía moverse. Habría podido levantarse y deshacerse con el pie de aquel bulto de madera que le presionaba la espalda. Pero en aquel momento solamente pensaba

en cerrar los ojos. Dormir, cambiar la terrible realidad por un sueño, como Bruck, que respiraba con dificultad e inquietud en posición fetal, con la cabeza tocándole los pies.

« Pero ¿durante cuánto tiempo más? ¿Diez minutos? ¿Cinco?» .

Cerró los ojos y escuchó su respiración pulmonar, que intentaba hacer salir de su boca aquella mezcla de sangre, saliva y partículas de humo. Respiraba a sacudidas, al mismo ritmo que el aparato de tomografía. El que había en el sótano. Donde probablemente se hallaba ella. Sola, a punto de morir.

En su mente podía ver la imagen de Sophia, la doctora que se había ocupado de él con tanto afecto cuando necesitaba su ayuda para encontrarse a sí mismo. Y hallar a su hija, a quien él había dejado en la estacada cuando más le necesitaba. Ahora que él había logrado reunir algunos pedazos de recuerdos, éstos y Sophia se hallaban más perdidos de lo que él había estado nunca. Habían quedado atrapados en ellos mismos, encerrados en la prisión de sus cuerpos. « ¿Quién sabe si puedo tomarme la revancha?» , le había preguntado a Sophia por entonces, cuando ella aliviaba su dolor, un dolor ridículo comparado con todo lo que debía estar soportando la mujer en aquel momento.

« Yasmin, Sybille, Bachmann, *Mr. Ed.*, Linus, Rassfeld... Sophia» .

Apretó de nuevo los ojos para no dejar escapar aquella imagen, la de la mujer joven y vulnerable que solamente contaba con una oportunidad única y desesperada. Él.

Con la certeza de hallarse ya en medio de una batalla perdida, Caspar abrió los ojos e hizo una voltereta sobre sus rodillas. Dos minutos más tarde había conseguido desatarse para salvar a Sophia y, de ese modo, salvarse a sí mismo.

03:29 horas

Dicen que las personas sólo reconocen su verdadero yo cuando se enfrentan a situaciones extremas, en esos momentos en que las condiciones no hacen posible que se pueda actuar según los valores enseñados, se haga presente el condicionamiento de muchos años adquirido a través de los padres, la escuela, los amigos y la relación con otras personas externas. Una crisis es como un cuchillo afilado que sirve para cortar fruta; pela la piel de fuera y deja al descubierto el interior; el estado primitivo, sin forma, que generalmente posee un marcado instinto donde la supervivencia domina la moral.

Si esta teoría era cierta, entonces Caspar acababa de hacer un asombroso descubrimiento: en lo más profundo del interior de su alma se hallaba un hombre débil. Y esto era así porque era incapaz de hacer nada, aunque tuviera la impresión de que era lo correcto e incluso lo más importante para seguir viviendo, aun sabiendo que probablemente no existiría una mejor oportunidad para matar a Bruck.

Caspar miraba a un lado y a otro, observando al hombre que yacía inconsciente bajo sus pies y al escalpelo que él mismo tenía en la mano. Quería convencerse de que debía cortarle la garganta a aquel loco o, como mínimo, abrirle las venas. Pero era incapaz, ni siquiera deseándolo con todas sus fuerzas.

Se alejó de él, caminó cojeando hasta llegar a Greta y trató de convencerse de que era su escasa fuerza física lo que le impedía quitarle la vida al Destructor de almas. A pesar de ello sabía cuál era la verdad: nunca antes había matado a nadie, ni le había hecho daño a nadie con algún propósito. Pero en ocasiones había tomado decisiones que conllevaban consecuencias similares.

« Soy Niclas Haberland. Y he cometido un error » .

Greta respiraba con dificultad con la boca medio abierta. Sus párpados temblaban y los dedos encorvados tamborileaban en su regazo al compás de la melodía de sus sueños artísticos. Sobre su pecho había un paño de fieltro blanco parecido a un pequeño babero y que estaba repleto de babas. Caspar no tenía que olerlo para saber de qué líquido se trataba.

« Pero ¿por qué? ¿Por qué Bruck no sigue el mismo método? ¿Por qué mata a Rassfeld y en cambio le administra a Greta cloroformo? ¿Y por qué motivo quiere exponer a Sophia a ese estado permanente entre la vida y la muerte? » .

Caspar inclinó la silla hacia atrás y Greta emitió un gruñido malhumorado. Su cabeza se había inclinado peligrosamente hacia un lado, por suerte sin llegar a

caer. Si hubiera sucedido esto, le habría sido imposible sacarla de aquella zona peligrosa donde se encontraban. A pesar de su peso, ligero como una pluma, las esquinas de las patas de la silla iban dejando pequeños surcos en el viejo parquet mientras la sacaba fuera de la biblioteca.

«¿Y ahora qué?».

Sobre la gruesa alfombra del pasillo, la silla iba rozando el suelo con más violencia, por lo que le era imposible seguir arrastrándola. Tuvo que hacer un descanso para recobrar fuerzas. Le caía el sudor. Se apoyó en la pared detrás de la cual se hallaba probablemente la despensa en la que Sybille había tenido su fatal encuentro con Bruck. En el pasillo, el ruido del fuego avivado con la fuerza del viento se oía con menos fuerza. Lo que ahora se oía era el martilleo proveniente del aparato de tomografía del piso de abajo.

Clac. Clac. Clac.

Las ondas magnéticas se oían a golpes como si fueran disparos de una pistola. Salían de forma intermitente hacia arriba desde la escalera del sótano, como el tictac de un reloj, como si necesitaran advertirle a Caspar con urgencia de que se le acababa el tiempo.

«La mitad de una jeringuilla de pentotal diluido. ¿Cuánto puede aguantar todavía?».

Cogió a Greta por debajo de los brazos y la levantó. Con su bata de seda daba la sensación de que era más fácil arrastrarla por la alfombra hacia la habitación.

«Gracias a Dios».

A diferencia de la puerta de la biblioteca, aquí las llaves todavía estaban puestas. Caspar las sacó de allí y cerró la puerta por fuera. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el cuerpo le temblaba de modo incontrolado. En ese momento la única diferencia entre su estado y el de Sophia era sólo su capacidad de tomar decisiones conscientes. Hasta ese momento ni siquiera había tenido que pedir ayuda. Había empleado bien sus últimas fuerzas para poner a Greta a salvo. Bruck pesaba sencillamente demasiado. Con él no hubiese podido hacer ni la mitad del camino.

«Hay que seguir. Tengo que seguir».

Caspar sacó la llave y comprobó si también cerraba la biblioteca, estaba claro que no. Su boleto de la suerte había caducado después de que el Destructor de almas se hubiese clavado la jeringuilla en el pie por error.

Clac. Clac.

«¿Hacia dónde?».

Se sintió como un maratoniano, deshidratado en la recta final. Sólo que la cinta liberadora que le esperaba sin piedad al final del *sprint* seguía estando todavía muy lejos. A pesar de ello continuó corriendo pasillo abajo hasta que llegó a la zona donde estaba la entrada que no tenía apenas luz. Miró a su alrededor y no logró ver nada: ni rastro de las ruedas en la alfombra ni de la silla

de ruedas y, por supuesto, ni rastro de Sophia. Si Schadeck la había abandonado allí, Bruckya habría recogido su ofrenda.

« Pero ¿dónde está? » .

Clac. Clac. Clac.

Miró hacia delante y se estiró con el dedo índice las cejas hacia atrás para así enfocar las pupilas de otro modo, pero incluso las lentes de contacto no hubieran sido suficientes para mejorar su agudeza visual, ni para ver qué había en la otra punta del pasillo. Sus ojos cansados se cubrieron con una gruesa niebla de humo y lágrimas. Creyó ver, justo detrás del dispensador de agua, una línea de luz a través de una puerta entreabierta: el despacho de Rassfeld. Calculó si aún tenía fuerzas suficientes para arrastrarse hasta allí.

Pero ¿para qué? ¿Para encontrar allí el cadáver desangrado de Schadeck? ¿Para saber qué otros instrumentos de tortura había cogido Bruck de la farmacia de la clínica antes de llevarse a rastras a Sophia e ir hasta la biblioteca en busca de él? Uno de los instrumentos, el escalpelo, lo sujetaba Caspar fuertemente en su mano.

Clac. Clac.

Se volvió, miró fijamente el ascensor y lo primero que pensó fue en huir de la figura que parecía estar esperándole en medio de la oscuridad, una figura que le era inquietantemente muy familiar.

Gracias a que su consciencia le funcionaba modestamente se dio cuenta de que, al levantar la mano, el hombre de estatura similar a la suya era su propia imagen.

Clac.

Avanzó un paso hacia la imagen que se reflejaba en el espejo y, al hacerlo, su pierna quedó atascada y tropezó hacia delante en la oscura cabina del ascensor. Algo se hizo añicos, y por la manera en que le temblaba el dedo gordo del pie, tuvo la sensación de que había sido un trozo de vidrio de una bombilla.

Clac.

Miró el panel indicador. El manojito de llaves brillante y plateado de Rassfeld se hallaba escondido en el panel de botones del ascensor.

Las lágrimas corrieron por la mejilla de Caspar cuando vio que, en una de las etiquetas, el Destructor de almas había colgado el anillo. El colgante que llevaba Sophia en el cuello se balanceaba de un lado a otro ante sus ojos como el péndulo de un hipnotizador hasta detenerse al chocar contra las llaves metálicas.

« El amuleto. Se ha llevado el amuleto como un trofeo. No... » .

Caspar se corrigió.

« No como un trofeo. Sino como algo que indica el camino. En vez de dejar una nota con un acertijo » .

Caspar cogió el colgante con la perla de nácar y sintió que estaba húmedo, probablemente debido al sudor de sus dedos.

« Muy bien. Ahora ya no hay vuelta atrás» .

Extendió el brazo y apretó el botón que indicaba « menos dos» . Estaba pensando que nunca en su vida había vivido un momento tan oscuro como aquél, cuando, de pronto, las puertas se cerraron.

03:31 horas

De camino hacia donde se había originado el horror, Caspar no podía recordar si él era creyente o ateo. Pensaba que antes había ido a la iglesia de buen grado, pero esto debía de haber ocurrido hacía mucho tiempo, porque no le venía a la cabeza ninguna oración cuyas palabras pudieran tranquilizarle.

Se masajeó ligeramente con los dedos el globo ocular para estimular alguna reacción del nervio óptico. Normalmente, con ello hacía que se generaran unos rayos similares a los de un caleidoscopio, que bailaba ante su retina con los colores del arcoíris, pero ni siquiera aquella ilusión óptica quería mostrarse. En su lugar estaba sufriendo otro tipo de alucinación: la cabina del ascensor empezaba a girar de un lado a otro. Su circulación sanguínea se estaba volviendo completamente loca y los órganos encargados de mantener el equilibrio habían perdido su última ancla bajo la oscuridad. Caspar daba vueltas en su interior alrededor de sí mismo sin que su cuerpo se moviera ni un solo milímetro.

« La mitad de una jeringuilla, bastante diluida » .

Mientras se mareaba no tuvo más remedio que pensar que Bruck posiblemente acababa de recobrar la conciencia de nuevo. Le sorprendía el modo con que aceptaba sin inmutarse el hecho de imaginarse al Destructor de almas, que en aquel momento estaba atado a la pata de la mesa del comedor, levantándose y llevándose todo por delante.

« Mientras esté escondido en el ascensor estaré a salvo » .

Por un momento Caspar incluso se convenció de que nunca más podría salir de aquel ascensor. Cada segundo que pasaba tenía más la certeza de que éste nunca se detendría y que acabaría deslizándose hasta un foso infinito donde la oscuridad sería cada vez más intensa y el calor más abrasador.

Por eso se sorprendió cuando una luz brillante le deslumbró. Las puertas se habían abierto.

« Menos dos » .

Había llegado al lugar adonde nunca hubiera querido entrar.

Parpadeó y percibió la luz.

Toc. Clac. Toc. Toc.

La planta donde se hallaba el laboratorio, intensamente alumbrada, parecía estar conectada con el piso de arriba a través de la ventilación. En cualquier caso el aparato de tomografía amenazaba con oírse con más intensidad de lo que parecía hacerlo en la planta de donde procedía. Sin embargo, Caspar percibía

aquel ruido machacón que provenía de la sala de Radiología como si llegara hasta él suavemente, a través de un filtro acústico.

Se protegió los ojos de los rayos penetrantes de la luz halógena del techo, que alumbraba las paredes desnudas de cemento y pintadas de color verde militar como si fuera el foco de un cine.

Toc. Clac. Toc. Toc.

Los oídos de Caspar ya habían aceptado los ruidos de los golpes alternos del aparato de tomografía como si se tratase de una avería inevitable, como la nariz de una persona se acostumbra al hedor de una habitación sin ventanas, algo que resulta insoportable para quien entra en aquel espacio por primera vez. Su consciencia débil había logrado desplazar los sonidos hipnóticos detrás de un muro protector a una de las regiones traseras de su conciencia. Desgraciadamente no le sucedió lo mismo con los ensordecedores gritos, como provenientes de un animal, que le dieron la bienvenida a Caspar en la entrada del laboratorio.

03:32 horas

La lucha interior amenazaba con hacerle pedazos. Dos fuerzas brutas se habían puesto de acuerdo en su cuerpo para combatir hasta el final un último y definitivo duelo. Caspar sentía, por lo tanto, cómo una de las fuerzas le iba arrastrando hacia atrás y le lanzaba en dirección al pasillo, mientras que la otra lo iba empujando hacia delante para salvar a Sophia. Él no tenía ningún tipo de voluntad: era el balón con el que jugaban sus instintos contradictorios, y él era un tercer elemento, ajeno a todo, que observaba la escena que su cerebro no osaba aceptar.

Sophia estaba sentada, indiferente, a sólo unos metros de él, en su silla de ruedas y delante de una puerta de cristal que separaba la pequeña antecámara del laboratorio que había detrás.

« Anzuelo —fue la palabra que le pasó a Caspar por la cabeza. Primero la llave, luego la doctora—. Bruck ha colocado el señuelo que ha de conducirme a la muerte» .

El cristal opalino arrugado que había detrás de ella debía de estar blindado, y a que los puñetazos desesperados y las fuertes patadas que impactaban contra la entrada desde el otro lado se veían como unas simples y amables llamadas a la puerta.

Caspar se arrastró un paso hasta Sophia sin percatarse de que su instinto de conservación iba a ser derrotado.

Sophia. Quería salvarla. Aunque fuera quizá sólo para subsanar un error del que apenas podía acordarse.

Los ojos de la doctora estaban cerrados. Tenía la cabeza caída hacia un lado, contra el atizador, que seguía fijo a aquel extraño tubo junto al reposacabezas; alguien había arrancado la bolsa de suero que habían atado al atizador. Seguramente había ocurrido mientras Bruck la atacaba. El tubo de plástico vacío también colgaba inmóvil, al igual que los brazos de Sophia, junto a los radios de las ruedas de goma. No había duda de que la doctora se hallaba en una esfera diferente; esperaba que al menos fuera feliz. De todos modos ella no parecía percibir nada de la tragedia que estaba sucediendo a su alrededor.

« Quieren que los saque de allí. ¡Cielo santo! ¡Qué le está haciendo Bruck ahí dentro?» .

Vio cómo una mano empujaba contra el cristal desde dentro. La sangre y la piel rellenaban las pequeñas hendiduras del áspero cristal.

Caspar no estaba del todo seguro pero le parecía haber visto una mano gruesa y recia. Como la de...

« ¿Bachmann? » .

A continuación se percató de una especie de huella oscura que estaba más o menos a la altura de la rodilla del vigilante. Era como...

Caspar se apartó los cabellos sudorosos de la frente.

« ¿... una lengua? » .

No, una nariz.

« *Mr. Ed*, Bachmann. ¡Dios mío! ¡Están vivos! » .

Como si quisieran burlarse de él, aquellas figuras doloridas desaparecieron en aquel instante detrás de la puerta y los golpes cesaron.

« ¿Qué pretende hacer el Destructor de almas con ellos? ¿Por qué los ha traído hasta el laboratorio? ¿Y por qué los ha encerrado? » .

Caspar no paraba de darle vueltas en su cabeza a un nuevo pensamiento.

« Un error, he cometido un error. No por aquel entonces, ahora. Justo en este momento. Algo he debido... » .

Dio otro paso más y enseguida retrocedió atemorizado.

El cristal opalino no dejaba de moverse: una vez, luego otra. Algo pesado, probablemente Bachmann, se lanzaba desde el interior, lleno de rabia, contra el vidrio. No tuvo ningún efecto. Las bisagras de metal reforzado se movían aún menos que el cristal a prueba de golpes.

« He debido de pasar algo por alto » .

Caspar estaba ahora de pie, junto a la puerta. Tiró el picaporte gris hacia abajo. En vano.

Como ya se esperaba, Bruck los había encerrado allí, aunque no podía ver ninguna ranura en la placa que había debajo de la empuñadura maciza de la puerta. « Por supuesto que no » .

Rassfeld había ideado un método inteligente para evitar la entrada del personal no autorizado. El laboratorio estaba asegurado a través de una tarjeta magnética electrónica que el Destructor de almas debía de haberle quitado al director de la clínica. Además, a la derecha, junto al marco de la puerta, había colgada una caja negra metálica similar a la de la pantalla de un cajero automático.

« El código. Naturalmente » .

Si Sophia conocía el código de la pared de aislamiento, entonces, a lo mejor también sabía el de aquella puerta. Es posible que incluso fueran el mismo. Tenía que averiguar el código y liberar a los demás antes de que el Destructor de almas volviera a por ellos.

« Pero para eso debo... » .

Caspar giró a Sophia hacia él y se asustó al ver que de la nariz le caían unas gotas de sangre.

Con una mano le abrió el ojo izquierdo. Sus párpados temblaban, lo que, en vista de las condiciones en las que se encontraba, era buena señal. Ello podría significar que Sophia estaba a punto de romper la espiral del sueño de la muerte, el momento en que Caspar podría acabar con la hipnosis una vez eliminara la orden que aquel loco había fijado en la psique de su cuarta víctima.

«Quizá. Tal vez. A lo mejor. Y si...». Sus pensamientos salían de su cabeza imitando la voz de Tom.

—Sophia, ¿me oyes? Debes concentrarte en mí. Eres la llave de todo esto.

« ¡La llave! ¡Oh, no! » .

Las muñecas inmóviles de ella se le escurrieron entre las manos.

Él se dio la vuelta, muy lentamente, como si estuviera aguantándose sobre un pie desgarrado y luchando contra una descarga eléctrica. Debía volver al ascensor, al lugar donde había cometido el error fatal.

« Mientras esté escondido en el ascensor estaré a salvo » .

Justo allí. Algunos minutos antes. Cuando dejó puesta aquella maldita llave sin hacerla girar para bloquearla.

« Se me ha pasado por alto » .

Caspar se quedó delante del ascensor mirándose a los ojos. Pero esta vez no fue su imagen en el espejo lo que le hizo dar un paso atrás y no entrar en el interior de la cabina, sino las puertas de aluminio, que habían vuelto a cerrarse hacía un rato. El Destructor de almas había llamado el ascensor.

03:34 horas

Los temblores comenzaron en cuanto los cables de acero se pusieron en movimiento. El cuerpo de Sophia se estremecía con movimientos epilépticos, lo que provocaba que la silla de ruedas temblara bajo su cuerpo. Había dejado de tener sentido del tiempo, no se había fijado en el tiempo que realmente necesitaba el ascensor para subir o bajar aquellos pocos pisos, pero tenía claro que en menos de veinte respiraciones desesperadas Bruck llegaría y los encontraría allí abajo. Caspar contuvo la respiración como si así pudiera hacer que el tiempo se parara y retrasar lo inevitable.

Claaaaaac.

Detrás del cristal opalino los rehenes volvían a empujar con sus bocas y sus puños contra la puerta, y gritaban hasta desgarrarse sus gargantas. Sin embargo, apenas podía escucharlos a través del cristal blindado. Mientras tanto Sophia se erguía en su silla, alterada, cada vez con más energía. Estiraba el cuello, hacía presión con la parte superior de su cuerpo y se aferraba como un borracho al puño de plástico de la silla. Su bata, empapada de sudor, polvo, sangre y suero, le resbalaba por uno de sus hombros. Entonces su cabeza se golpeó contra el puño pintado de color metálico del atizador y se oyó como el ruido de dos bolas de billar que chocan la una contra la otra. Caspar se apresuró hacia ella, le cogió la cabeza con ambas manos y la puso a un lado evitando con el dorso de la mano un nuevo golpe entre el palo de hierro y su cabeza. Para evitar que volviera a herirse, sacó el atizador de allí. Mientras lo sacaba de donde lo habían fijado comprendió que posiblemente la última salvación que tenían estaba en sus manos.

« ¡El ascensor! ¡La puerta! » .

Al principio Caspar no quiso malgastar la última fracción de su valioso tiempo golpeando con la barra el irrompible cristal opalino. Volvió a deslizarse hasta el ascensor lo más rápido que pudo y se quedó observando el indicador.

Primera planta. Sólo unos pocos metros más.

« Tiene que funcionar. Te lo suplico, Dios mío, deja que funcione » .

El juego de útiles de la chimenea en forma de « L » era largo como una raqueta de tenis y por el gancho podía verse que había sido utilizado. Por suerte, quedaba algo aplanado por un lado, como el canto de un destornillador. Caspar utilizó el atizador como si fuera una palanqueta y lo clavó en medio de ambas puertas del ascensor.

«Si el ascensor tiene un dispositivo de seguridad o algo parecido, entonces...» .

Se mordió el labio al conseguir separar las puertas algunos centímetros.

«... entonces, se quedaría parado, en cuanto... Mierda. No» .

El puño se le había resbalado de las manos y la puerta volvió a cerrarse con un chirrido. Se había quedado lo suficientemente abierta una vez como para que él pudiese ver lo cerca que estaba de la muerte. La parte inferior de la cabina apenas se veía, colgada sobre su cabeza.

«Muy bien, nuevo intento. El último...» .

De nuevo puso el atizador en la hendidura, volvió a empujarlo con todas sus fuerzas y las puertas se abrieron de nuevo unos centímetros. Caspar sintió una corriente de aire y, con esa brisa de polvo procedente del hueco del ascensor, le llegó un olor a aceite lubricante. De repente se dio cuenta de que el aparato de tomografía hacía más ruido. Puede que fuera así porque sus sentidos trabajaban ahora a todo gas o, lo más probable, que el amenazador ruido de aquella lavadora se estaba distribuyendo mejor por el sótano gracias a que las puertas estaban abiertas.

«Oh, no...» .

Pensó que fracasaría de nuevo, que el atizador caería por segunda vez, pero entonces logró entreabrir la puerta con tanta fuerza que enseguida pudo colocar su pie desnudo en medio, justo antes de que las puertas del ascensor volvieran a cerrarse. Se oyó un fuerte crujido y Caspar tuvo la sensación de que le habían aplastado el dedo gordo del pie, pero la realidad era otra. Había sucedido lo que esperaba: el ascensor se había inmovilizado en cuanto el cerebro digital de un sistema de seguridad había detectado una apertura de puertas inadecuada.

«Lo he conseguido» .

No era demasiado tarde. La cabina de Bruck se hallaba a la altura de los ojos de Caspar. Estiró su cuerpo para poder espiar a través de la fina hendidura del ascensor y su mirada fue a parar directamente a los pies ensangrentados del Destructor de almas.

Se apartó con repugnancia y puso el atizador entre las puertas de modo que el pliegue de la «L» quedara justo entre las paredes de aluminio. Luego se secó el sudor de la frente, tragó dos veces saliva para quitarse la presión de los oídos debido al esfuerzo, y se volvió hacia Sophia.

«Gracias a Dios» .

Parecía que estaba más tranquila. Las vibraciones funestas habían cesado y ya sólo se mantenían los temblores en sus ojos. Y ésta era una buena señal. Se estaba despertando.

«¿O tal vez no?» . Caspar se volvió hacia ella de nuevo.

—¿Sophia? ¿Puedes oírme?— le preguntó arrodillándose a sus pies.

Dudó sobre si debía tocarle los párpados con las yemas de los dedos para

calmarla. Por ahora se conformaba con poder acariciar sus largas pestañas, mientras le limpiaba la secreción que había quedado incrustada y así facilitarle que pudiera abrir los ojos.

Le dio otro masaje en la palma de la mano, examinó con alegría creciente cómo sus dedos apretados presionaban contra su mano ligeramente y pensó en la nota del acertijo que habían encontrado en su mano.

« Es la verdad, aunque el nombre engaña » .

—Hipnosis —susurró la solución acercando mucho su boca al oído de ella.

Debía llegar hasta ella, esperar el momento en que su subconsciente abriera una compuerta para que él pudiera anular la orden posthipnótica, pero no tenía ni la menor idea del tamaño de aquel ventanal, ni del tiempo que le quedaba.

Detrás de él se oyó un crujido: probablemente era el ascensor, o quizás el Destructor de almas, cuyos incomprensibles gritos se mezclaban con el ruido del aparato de tomografía y los gritos que pedían ayuda detrás del cristal opalino.

Caspar ya había dejado de escuchar aquello. Estaba absolutamente concentrado en Sophia, la mujer con la que se había intercambiado los papeles en ese momento. Ahora él era el médico y ella la paciente a la que debía salvar de la prisión de su alma, del sueño de la muerte.

Le acarició el pelo por detrás de la oreja que tenía ligeramente separada. Lo hizo como ella misma lo había hecho siempre. Acarició suavemente su cuello con la esperanza de que así provocaría una reacción positiva, y repitió la palabra de la solución:

—Hipnosis.

Se la decía una y otra vez directamente al oído mientras aquel enorme ruido se le metía en la cabeza.

—Hipnosis. Hipnosis. Hipnosis.

El entorno de aquel sótano tan cercano había desaparecido. Había dejado de oír: los crujidos, golpes, gemidos, lamentos, llantos y sacudidas. Tanto metálicos como humanos, de huesos y sordos. Ni siquiera podía oír sus propias palabras.

« Hipnosis. Hipnosis. Hipnosis » .

Sus labios rozaron el lóbulo de las orejas de ella como si fuese un beso íntimo y entonces, justo antes de pronunciar la última sílaba, reaccionó por fin.

Abrió los ojos.

Un maremoto de endorfinas inundó sus vasos sanguíneos al ver sus ojos claros y expresivos.

Había llegado a tiempo, había podido acceder a ella. No sólo la había alcanzado desde fuera, sino también por dentro.

Los ojos de Caspar no paraban de llorar de emoción. Quería cogerla, apretarla, abrazarla, besarla y no dejar que se fuera nunca más. Y entonces, justo en ese momento, quiso gritar.

Sin éxito. Abrió la boca pero ni un solo sonido se dignó a salir de ella cuando

vio que el rostro de Sophia se transformaba.

En una sonrisa aterradora.

—Has resuelto el acertijo, Niclas —dijo ella.

Se levantó tranquilamente de la silla de ruedas y le clavó una jeringuilla en el brazo.

03:37 horas.
Un minuto
antes del miedo

—¿Dónde nos habíamos quedado en nuestra última sesión, antes de que aquel perro bobo empezara a ladrar? —preguntó Sophia con voz suave sacando una botellita de plástico del bolsillo de su bata—. Ah, sí. Ahora lo recuerdo, querido. La gotas para los ojos.

Se resistía a volver a un lado la cabeza, pero sea lo que fuere lo que ella le había inyectado parecía estar bloqueándole la vía nerviosa.

Además, ella había apoyado ambas rodillas contra sus dos antebrazos y se había sentado a horcajadas sobre su ruidoso estómago. En otras circunstancias podría haberse quitado de encima, con una sola mano, el doble de peso del que tenía encima en aquel momento, pero ahora se hallaba paralizado, bastante más de lo que ella había estado fingiendo todo aquel tiempo.

«¿Por qué?».

La miró a los ojos esperando encontrar en ellos una aclaración, una expresión de duda, pero fue un error, porque ella aprovechó la ocasión para ponerle en la córnea un enorme gota de escopolamida altamente concentrada.

Sintió que los ojos le ardían y enseguida reaccionaron al alcaloide que normalmente utilizan los oftalmólogos para dilatar las pupilas antes de realizar un test visual. Después de que Sophia hubiese repetido aquel procedimiento y «goteado lo suficiente» sobre su otra pupila también, empezó a notar los famosos efectos secundarios del extracto de aquella solanácea.

—¿Por qué? —se lamentó él con una extraña calma. Las gotas paralizaban el sistema nervioso parasimpático, calmaban su condición ya débil y le quitaban las ganas de reaccionar. Sus músculos contraídos se relajaron y notó de pronto que sentía menos dolor que nunca, aunque la amenaza seguía flotando sobre él.

Sophia le sonrió y le acarició los cabellos por detrás de las orejas.

—Marie —dijo ella únicamente.

Un nombre corto, pero suficiente para hacerle comprender a él la terrible verdad.

«Así que era eso, claro. —Ahora se acordaba—. Así se llama. ¡Marie!».

El ángel de los cabellos rubios y rizados cuyo tratamiento no había salido bien. Su primer error médico. Pero Marie no era tan sólo una paciente, también era...

—Nuestra hija —le confirmó Sophia con tranquilidad.

Naturalmente. Por eso había sentido todo aquel tiempo atracción por ella, por ese motivo Sophia le era tan familiar. Porque la conocía. Pero de eso había pasado mucho tiempo.

—Tú me la quitaste.

« No, no lo hice —quiso decir—. Tú me abandonaste cuando Marie tenía tres años y te fuiste a Berlín. A vivir con tu nuevo novio» .

—Pero ahora me vengaré.

« Voy a luchar. Pronto tendré una cita importante en el juzgado. Deséeme suerte» .

Eso era a lo que se refería ella. Era paradójico.

Cuanto más luchaba contra el tóxico que anulaba su sistema nervioso vegetativo, mejor recordaba su anterior y terrible historia.

Durante ocho años apenas había visto a Marie, hasta que recibió una llamada telefónica llena de preocupación de Katja Adesi, la profesora del colegio de la niña.

Por eso había ido a Berlín y se había llevado a Marie a Hamburgo, a su consulta.

« Podemos empezar. Su hija ya está lista. Lo hemos preparado todo, profesor Haberland» .

Él la había hipnotizado, sin que Sophia tuviera conocimiento de ello porque quería saber si su hija estaba siendo víctima de malos tratos.

Y ahora Sophia lo tenía bajo su punto de mira porque Marie había sufrido una apoplejía mientras la estaba hipnotizando. Desde entonces había quedado paralizada y deambulaba en una especie de coma vegetativo del que nunca más volvería a despertar.

Atrapada en sí misma, como en un sueño de la muerte, como las víctimas del Destructor de almas.

Pero aquello no era posible, lo peor que podía suceder durante un tratamiento negligente era una pérdida de comunicación. Los daños que presentaba Marie no podían deberse a un efecto secundario de la hipnosis médica.

« Los espasmos, los movimientos incontrolados de sus extremidades, los reflejos reducidos para siempre» .

Por eso no había rejas en las ventanas. Nadie se habría llevado a su hija por la fuerza.

« Tengo miedo. ¿Vas a volver pronto, papá?» .

La prisión de la que había querido liberarla se hallaba en la propia cabeza de Marie. Se había quedado enterrada viva en sí misma.

—Te equivocas... —intentó articular él inútilmente.

Al igual que el resto de los músculos de su cuerpo, tampoco era ya capaz de mover la lengua. A pesar de ello parecía que Sophia le respondía. Le hablaba con

voz monótona y segura, y al parecer, le decía algo que debido al ruido de fondo no podía filtrar. Ella era ahora su juez: le había procesado por un hecho que acababa de recordar en aquel instante. Había escogido la clínica como si fuera una sala de audiencia y había iniciado la acusación hacía pocos segundos sin ser consciente de que él estaba sentado en el banquillo de los acusados. Ahora sólo había que ejecutar la sentencia: allí, en la antecámara del laboratorio.

—Déjalo ya, te lo ruego. Estás cometiendo un gran error —quiso decir él, y no tuvo más remedio que pensar en lo inocentes que habían sido todos. En lo ciegos que habían estado.

« Así que era eso: la solución del acertijo » .

Todo había sido una obra de teatro, un pasatiempo. Sophia los había vigilado con los ojos abiertos todo aquel tiempo sobre un espejo deformante, de manera que les había mostrado a todos la verdad despiadada, y visible para todos, aunque invertida lateralmente. El Destructor de almas era una mujer, la víctima del asesino, y sus protectores, los que ella daba caza. Y, como si los hubieran deslumbrado, habían luchado hasta el límite contra el único que lo sabía y que quería salvarlos: Bruck. No había sido él sino Sophia quien había asesinado a Rassfeld y lo había arrastrado hasta la sala de Patología. Ella había sido quien había separado al grupo para aislar a su última víctima: él.

Para ello había colocado los acertijos de modo estratégico: en su propia mano, en la boca de Rassfeld y en la bolsa de Sybille.

« Naturalmente. No la observábamos durante mucho tiempo. Su mirada era sencillamente demasiado dolorosa. Y, además, ¿por qué debíamos hacerlo? » .

Probablemente había preparado la primera nota, después debió de improvisar. Yasmin le había puesto su bata por encima a Sophia y dentro de ella había un bolígrafo y su talonario de recetas. Apenas podía leerse su letra porque debía de escribir a ciegas, debajo de la manta que cubría su cuerpo.

Los recuerdos de Caspar sobre los acontecimientos de las últimas horas se fragmentaron en millones de pedazos ensangrentados y se unieron enseguida de nuevo para formar un nuevo y terrible mosaico.

Por eso todas aquellas acciones tan diferentes. Eso explicaba también por qué Bruck se había resistido tan poco: no quería matar a Sophia, sino aislarla del resto. Y había vuelto con el escalpelo para liberarlo. Bruck no había querido apuñalarle, sino desatarle, y con ello habían perdido un valioso tiempo que Sophia podía haber utilizado para matar a Tom primero y luego bajar hasta el sótano.

—Déjalo ya, te lo ruego... —volvió a añadir Caspar—. Sé que piensas que soy el causante de la apoplejía de nuestra hija, pero no fue así. Su profesora pensaba que era víctima de malos tratos y Marie hacía dibujos extraños, por eso me llamó. Tú ya lo sabes. La hipnoticé sólo para descubrir si la maltrataban. Y sí, algo no salió bien, pero...

« Soy Niclas Haberland, doctor en Neuropsiquiatría y experto en el campo de

la hipnosis médica. Y he cometido un error» .

—... pero la hipnosis no fue la causa. Por eso vine aquí, para explicártelo.

Por eso había ido a verla a la clínica diez días antes, para poder hablar con ella por fin, para entregarle el dictamen del cual se desprendía que los daños que sufría Marie no podían haber sido causados por una hipnosis negligente.

La carta del dictamen de J. B., Jonathan Bruck compañero de trabajo de Rassfeld y experto en la apoplejía.

Quería decirle todo aquello mientras su ex novia le ponía una mano en la frente y con la otra se sonaba la nariz llena de sangre, que debía de proceder de su lucha con Bruck, o con Yasmin, a quien probablemente había apuñalado. Era increíble: él solo se había enredado en la tela de araña e incluso había dejado encerrado a quien venía a salvarle con una herramienta, en la que se había fijado gracias a Sophia.

Ahora que la amnesia se desvanecía deseó que le hicieran el favor de poder perder de nuevo la memoria. ¿Por qué no podía quedar todo tan inexplicable como la cuestión de por qué Bruck estaba allí con ellos en la clínica? ¿Por qué se había clavado él mismo el cuchillo en el cuello y por qué Sophia había tenido que torturar a todas las demás mujeres?

¿Por qué podía quedar aquello como un secreto mientras a él le invadía el terrible conocimiento de que Bruck nunca había querido hacerle daño? Al contrario, durante todo aquel tiempo el hombre no había podido hacerse entender debido a la herida que tenía en las vías respiratorias. Había gritado el nombre de Sophia varias veces e incluso había intentado escribirlo con su propia sangre en el cristal de la sala de Radiología, pero ellos no habían captado las señales correctamente y se habían defendido contra él cuando había querido llevárselos a rastras de la zona peligrosa. Lejos, en aquel lugar, en el refugio cerrado y seguro que era el laboratorio. Tras las puertas, los hombres seguían golpeando contra el cristal desde fuera, no como rehenes sino como personas libres que eran. Tampoco querían pedir ayuda, sino advertirle sobre Sophia antes de que fuera demasiado tarde.

« Me he comportado como un tonto. He sido tan ciego, tan ignorante» .

Caspar abrió la boca reseca. Sus ojos le lloraban porque las pupilas dilatadas artificialmente no le protegían de la luz deslumbrante del techo y le dolían porque ya no podía repartir la secreción limpiadora en sus pestañas. La luz se rompió como un prisma en la punta de sus pesadas pestañas y le otorgó al bello rostro de Sophia un cuadro difuso de colores del arcoiris.

Y entonces pudo volver a oír.

Sólo por un momento se rompió la onda protectora acústica. Los gemidos en sus oídos, que acababa de percibir en aquel instante antes de que desaparecieran de pronto, fueron sustituidos por la sugestiva voz de Sophia.

—Cuanto más luches en contra, más profundamente caerás —dijo ella

silenciosamente con la mirada fija en sus pupilas entumecidas.

« ¿A qué se refiere? ¿Un último acertijo? ¿Es eso? ¿Mi última oportunidad? » .

—Cuanto más luches en contra, más profundamente caerás —repitió ella de nuevo, y entonces alguien lo alejó de Sophia.

Quería sentir alegría al fin. Pensó en Bruck, que habría logrado retirar el atizador, o en Linus, que seguramente habría ido en busca de ayuda. Pero entonces se acordó de que su cuerpo estaba incapacitado físicamente. Se estaba cayendo al suelo y bajo su espalda notó de repente una sensación blanda: el cemento se había transformado en arena movediza y una mano helada lo estiraba hacia arriba pretendiendo arrastrarlo. Y entonces comprendió completamente cuál era su situación.

Ahora estaba luchando contra ello, contra la mirada hipnótica, contra la voz sugestiva de Sophia, contra la mezcla de pentotal y escopolamina que había roto su resistencia.

« Otra película de Hollywood —gritaba en su cabeza la voz de Schadeck—. No es posible hipnotizar a alguien en contra de su voluntad » .

« Depende las condiciones » , le había contestado él en la sala de Patología.

« Tras incorporar el dolor físico y la tortura psíquica, especialmente a través de fuertes y traumáticos estados de conmoción, es posible lograr, con ayuda de la administración de estupefacientes que transforman el subconsciente, que las personas fácilmente influenciables entren en un trance hipnótico en contra de su voluntad para dominar su subconsciente » .

Caspar pensó en los cortes que tenía, el hombro dislocado, la tortura que había recibido por parte de Schadeck, las muñecas quemadas y el miedo que lo invadía los últimos segundos. Empezaba a notar los barbitúricos que le llevaban hacia la apatía y oyó a través del sistema de ventilación el sonido machacón y psicodélico del aparato de tomografía. Éste era el acompañamiento musical que más le convenía al principio de la hipnosis, y del cual ya no podía librarse, porque Sophia ya había establecido una conexión con él y había fijado una pérfida orden en su consciencia que nunca podría romper por sí mismo.

« Cuanto más luches en contra, más profundamente caerás » .

Y por eso dejó de hacer nada, cerró sus ojos dilatados y no se resistió más a caer al vacío.

Cayó hacia la profundidad, al hueco frío y oscuro en el que nunca había habido una luz antes, a la prisión de su alma.

05:13 horas.
Noventa y cinco minutos
desde el inicio del miedo

El humo era un ser vivo, un grupo de células microscópicas que se introducían a través de su piel para descomponer su cuerpo desde dentro.

Especialmente en sus pulmones había tenido en cuenta empujar desde la tráquea hasta los bronquios, pero aquello no era en absoluto tan malo como lo había sido con las llamas, con cuchillas que quemaban y salían desde el cuadro de mandos, le desgarraban la camisa y le arrancaban la piel, que, sobre su corazón, empezaba a mostrar heridas, como el plástico que se derrite bajo algo de fuego.

Se miró a sí mismo, y empleó la fuerza que le prestaba el dolor insoportable que sentía para pisar a fondo el acelerador, no para poner de nuevo en marcha el coche, sino para inclinarse hacia atrás. Quería tener el mayor espacio suficiente posible entre él y el fuego.

Escupió un cúmulo de sangre y mucosidad negra hacia las llamas y recapituló los acontecimientos que le habían llevado hasta aquella situación desesperada. Había tratado a Marie en su consulta sin el consentimiento de su madre, sabiendo con absoluta seguridad que una hipnosis no podía tener efectos secundarios.

Y entonces la niña había sufrido una apoplejía durante la sesión. Marie nunca más volvería a ponerse bien ni volvería a reír. Su bulbo raquídeo estaba dañado de tal forma que podían decir que había tenido suerte si recuperaba el reflejo de la deglución.

«¿Cómo había podido pasar aquello?».

Escuchó la botella que se hacía añicos bajo sus pies con la que él se había embriagado. Después de aquel tratamiento fatal, antes de su último trayecto.

Y ahora estaba allí sentado, atrapado en un coche de desguace, con la foto de su hija en la mano, quien nunca más volvería a llevar una vida normal. Y estaba quemándose por dentro y por fuera al mismo tiempo.

Estiró sus manos evitando el fuego, como si con ello pudiera detener la muerte que le rodeaba con unos brazos resplandecientes. Y entonces, justo cuando creía que ya no podría soportar más el olor a carne chamuscada, justo cuando quería arrancarse la carne picada del pecho, lo vio todo con claridad. El

accidente de coche en que se había estrellado contra un árbol en aquella carretera mojada por la lluvia mientras buscaba en el expediente la foto de Marie desapareció. El humo, el fuego e incluso el dolor se esfumaron.

Atrás quedó un gran vacío.

«Gracias a Dios —pensó—, sólo es un sueño». Abrió los ojos, y no comprendió nada.

Seguía atrapado en la misma pesadilla, nada había cambiado.

«¿Dónde estoy?» .

Según la primera impresión, muy probablemente se encontraba en el pasillo del sótano. Dos hombres enmascarados estaban delante de él, ambos armados. En sus uniformes negros de camuflaje se reflejaba en mayúsculas la palabra POLICÍA.

—¿Puede oírme? —preguntó uno de los dos subiéndose la visera. Tenía una cicatriz con forma de pico justo encima de su ceja izquierda.

—Sí —respondió Haberland.

«¿Por qué estoy desnudo? ¿Qué hago sentado con solamente un pantalón de pijama sucio mirando fijamente una pared verde de cemento?» .

—Mira, Morpheus, sus pupilas.

El funcionario oyó su sobrenombre, se acercó un poco más, bajó su metralleta y también se subió la visera hacia arriba.

—Está bajo el efecto de las drogas.

—Tal vez por eso no puede hablar —supuso el hombre de la cicatriz.

—Sí —dijo Haberland, y quiso tocar su garganta ardiendo, pero no lo logró.

—Tenemos aquí abajo un diez-trece. —Haberland escuchó cómo Morpheus hablaba por la radio—: Está vivo, pero no muestra ningún tipo de reacción. Necesitamos urgentemente un médico.

—¿Cómo se llama? —preguntó el otro policía mientras se arrodillaba delante de él.

Se levantó el pasamontañas hasta encima de la boca dejando al descubierto una perilla sucia y mal cuidada.

—Casp... —quiso responder, pero entonces se corrigió—. Soy Niclas Haberland.

« Soy Niclas Haberland, doctor en Neuropsiquiatría y experto en el campo de la hipnosis médica. Y he cometido un error » .

Lo repitió de nuevo, pero el miembro del comando de operaciones especiales tan sólo negó con la cabeza lamentándose.

—¿Hay más ahí abajo? —se oyó sisear desde un *walkie-talkie*.

—Sí, eso parece. Aquí hay un acceso al laboratorio o algo así. El cristal parece estar blindado: detrás se mueve algo.

—Mando refuerzos.

—De acuerdo.

Morpheus apagó su radio y unos minutos después se abrió a su derecha la puerta del ascensor. Al menos dos hombres más salieron con unas botas pesadas y con las metralletas preparadas para disparar.

—¡Mierda! ¿Qué ha ocurrido aquí, Jack?—preguntó una voz.

Al parecer se refería al hombre de la cicatriz, que ahora se hallaba detrás de la silla de ruedas de Haberland, quien respondió:

—No tengo ni idea. Éste de aquí está completamente KO, no se puede hablar con él.

« Pero ¿qué ocurre? ¿Por qué no queréis oírme? » .

Haberland notó cómo se inclinaba hacia atrás: la parte superior de su cuerpo quedó en posición diagonal y luego miró directamente a la luz del techo, que le deslumbraba.

—¿Ha dicho ya algo el tipo ese al que habéis sacado del ascensor?—preguntó Jack a las personas que acababan de llegar.

—No, se encuentra en estado de *shock*. Además, tiene un corte en la tráquea y no para de silbar como una tetera.

Empujaron la silla de ruedas donde estaba Haberland.

—¿Y qué tal se ve arriba?

—Sucio. Hay sangre y huellas de lucha por todas partes. Parece que ha habido un incendio en la sala de Radiología. Hasta ahora hay dos muertos: a uno le rajaron la garganta y al otro lo encontramos en Patología, dentro de una cámara frigorífica.

—¿Identificados?

—Positivo. Thomas Schadeck y Samuel Rassfeld. Uno de ellos conducía la ambulancia que volcó en la entrada y el otro era el director de la clínica.

« ¿Schadeck? ¿Rassfeld? Naturalmente » .

Haberland vio su propia imagen reflejada. Examinó las manchas de sangre que había en el suelo del ascensor al que ella lo había empujado, y gritó:

—Os lo puedo explicar, sé lo que ha pasado.

—¿Has oído eso?—preguntó Morpheus.

Jack apretó el botón de la planta baja y se dio la vuelta. Las puertas se cerraron y ambos policías encendieron una linterna.

—¿El qué?

—Pensé por un momento que había dicho algo.

Jack se encogió de hombros.

—Seguramente sería el ascensor—dijo con una risa burlona, pero, para más seguridad, alumbró directamente la cara de Haberland de nuevo.

—Mira.

—¿Qué?

—Sus manos. Tiene algo ahí.

Haberland sintió cómo dos dedos cubiertos por un guante de piel negro le

cogían la mano con cuidado.

—Es cierto.

—¿Qué es?

La luz de la lámpara se alejó de él.

—Una nota —confirmó Morpheus.

—¿Qué pone?

« Oh, Dios mío» .

Haberland buscó con pánico una ocasión para hacerse notar.

—Qué extraño.

—¿Qué?

—Ese tipo tiene en la mano una nota con un acertijo.

—Mierda, ¿crees que...?

—Sí, sí, sí —gritó Haberland, y vio horrorizado que sus labios, reflejados en el espejo, no se habían movido ni un sólo milímetro.

« Ha sido el Destructor de almas. No. ¡La Destructura de almas! ¡Sophia Dorn!» .

—« Tírame si me necesitas. Ve a por mí si ya no te sirvo» —leyó Morpheus.

—¿Cómo?

—Seguro que se trata sólo de una broma tonta, o de algún aprovechado.

—¿Por qué crees eso?

—Piensa un poco. Las víctimas del Destructor de almas eran todas mujeres.

« NO» , gritó Haberland, y quiso cerrar los ojos ante el horror, pero ni siquiera era capaz de lograr eso.

« Por favor. No se trata de una broma —gritó él mentalmente—. Debéis resolver el acertijo. Tenéis que sacarme de aquí. No de la clínica, sino de mí mismo. ¿Es que no podéis entenderlo?» .

No, claro que no.

Sabía que en aquel instante no podía hablar, leer ni escribir. Le habían robado toda capacidad de comunicación. En el panel de aluminio del ascensor el botón de la primera planta del sótano estaba encendido. Enseguida llegarían arriba.

« Todo ha sido idea de Sophia. Ella ha sido quien me ha hipnotizado para conducirme a la peor de mis pesadillas, al coche en llamas. Una y otra vez me despierto de mi sueño, y vuelvo a la realidad. Entonces mis ojos se abren y tenéis la posibilidad de anular la pérdida de comunicación diciendo la palabra clave. ¿No lo entendéis? Si dejáis escapar el momento vuelvo a meterme en el sueño. Entonces la espiral del sueño de la muerte gira otra vez desde el principio. Os lo suplico, tenéis que ayudarme» .

—¿Tienes idea de qué quiere decir eso? —preguntó Jack

—« ¿Tírame si me necesitas. Ve a por mí si ya no te sirvo?» .

—Ni idea —oyó que respondía el otro policía.

Pero la voz se alejaba. Haberland tampoco sintió cómo las puertas se abrían

en la planta baja y un médico salía a recibirle.

Una fuerza invisible le tendió sus manos frías y empezó a atraerlo hacia ella, hacia el lugar que no quería pisar nunca más en su vida y que acababa de dejar hacia tan sólo unos segundos: el infierno de las llamas de su accidente de coche.

Había hecho un nuevo intento de hacerle una señal al policía para que fueran a buscar a Sophia, su ex novia, a la que hacía cinco días había ido a visitar a escondidas para conversar con sinceridad. Quería pedirle que lo perdonara y darle el dictamen que había realizado el médico que le había tratado tras lo ocurrido. Según la opinión experta en la materia del doctor Jonathan Bruck, la apoplejía de Marie hubiera tenido lugar también sin que hubiera sido hipnotizada.

Sin embargo, Sophia no había querido escucharle. Había lanzado a la chimenea la carta junto con el dictamen médico, y a través del perro había conseguido que llegara hasta ella. Aquel animal que él había dejado atado en la clínica. Se acordaba de cómo tiraba de la correa porque *Tarzán*, o *Mr. Ed*, como todos le llamaban allí, empezó a husmear y entonces él se había caído y dado un golpe en la cabeza. No podía comunicarles nada de todo aquello a la caravana de policías y médicos cuyos perfiles empezaban a desvanecerse lentamente ante sus ojos, al tiempo que volvía a caer en su pesadilla hipnótica.

De vuelta al coche ardiendo, de vuelta al mar de llamas que Sophia había planeado para él como un castigo eterno.

En la actualidad, 14:56 horas.
Mucho tiempo después del miedo

Lydia había sido la primera en terminar. Su novio había necesitado más tiempo y no había llegado a la última página hasta veinte minutos más tarde.

—¿Y qué? —preguntó él al tiempo que miraba la contracubierta del expediente—. ¿Eso es todo? ¿Ya no hay nada más?

El profesor se quitó las gafas para leer y asintió suavemente. Los últimos minutos había estado observando las caras de sus alumnos con atención: cómo se rascaban detrás de la oreja de modo inconsciente antes de que se sumergieran de nuevo en el siguiente párrafo o cómo leían palabras sueltas en silencio al mismo tiempo.

En las últimas páginas, Lydia había acabado estirando hacia abajo su labio inferior, mientras que Patrick seguía apoyando su cabeza entre las manos mientras leía. En sus mejillas se perfilaban ahora unas manchas rojas.

—Se lo dije, al principio no estaba demasiado concentrado en la lectura, ¿cierto, Patrick?

—Bueno, ¿quién hubiera podido pensar que el final sería éste?

El estudiante estiró la espalda y se despezó cansado.

—Muy sencillamente.

El profesor dio un par de golpecitos al expediente.

—La respuesta ya aparece en la página 15 del protocolo. ¿Se acuerdan aún de la solución del primer acertijo que Greta le cuenta a Caspar?

—El cirujano es una mujer. —Lydia se tocó la frente—. No me lo puedo creer.

—Está bien, está bien, no lo he pillado. Pero entonces, ¿cómo sigue la historia? —preguntó Patrick impaciente, y encogió el brazo bajo el cuerpo al tiritar de frío. Lydia también fue a buscar su chaqueta.

Mientras leían no había notado que el frío se había intensificado a medida que se hacía de noche.

El profesor abrió su bloc de notas y escribió algo.

—Todo a su tiempo. En primer lugar, me gustaría saber qué piensan de verdad. ¿Qué pensaron al terminar de leer la última frase?

Hizo una señal con la cabeza a Lydia, quien se estaba señalando a sí misma con el dedo de forma interrogativa.

—Bueno, yo... —La estudiante se aclaró la voz y fue a coger la botella de

agua—. Me he estado preguntando todo este tiempo si pasó realmente lo que dice.

Bebió un trago. El profesor dejó el bolígrafo a un lado y fue a coger el protocolo original.

—Buena pregunta. Dado que este expediente de un paciente fue escrito por una persona con una opinión prácticamente subjetiva, naturalmente existen lagunas y hay un margen lo suficientemente amplio para las interpretaciones. Lo que es seguro es que Niclas Haberland era un experto en el campo de la hipnosis médica y que se había especializado en el tratamiento terapéutico con niños. Años antes había tenido una profunda relación amorosa con una compañera de trabajo, de la que nació una hija: Marie. La relación se rompió muy rápido, Sophia Dorn logró la custodia de la niña y se fue a vivir a la ciudad. —El profesor juntó las piernas por debajo de la mesa—. Un día Haberland recibió una preocupante llamada telefónica desde Berlín. En la clase de arte, Marie pintaba unas imágenes perturbadoras. Su profesora, Katja Adesi, no estaba segura de lo que ocurría y no quería informar de ello aún a las autoridades. Primero se dirigió a su padre biológico. Haberland viajó hasta Berlín y decidió poner las cosas en su sitio.

—¿Hipnotizó a Marie? —preguntó Lydia.

—Hamburgo está a una hora y media de Berlín en tren. Se llevó a su hija con él a la consulta y pretendía devolvérsela a su madre aquella misma noche, pero ya no fue posible. La sesión acabó siendo un desastre y su hija sufrió una apoplejía durante el tratamiento.

—Maldita sea. —Daba la sensación de que a Patrick le dolían las muelas—. El enchufe estaba fuera.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lydia volviéndose hacia su novio. El espacio que había ahora entre los dos era obviamente mayor que al principio del experimento, como si el expediente hubiera colocado una cuña invisible entre la pareja. El profesor volvió a tomar notas.

—Bueno, su amigo acaba de emplear una metáfora para lo que se llama *síndrome Locked-In* —dijo él mirando de nuevo fijamente—. Un estado en el que el cerebro sigue funcionando, pero no es posible establecer ningún tipo de conexión con el mundo exterior. Imagínense que no pudieran ver, oír, saborear, oler, respirar o sentir, solamente pensar.

—¡Santo Dios!

—¿Hasta ese momento se había observado un efecto secundario como aquél a través de una hipnosis incorrecta?

Lydia se aclaró la voz de nuevo.

—¿Falleció la niña?

—No, fue mucho peor. Marie quedó el resto de su vida destrozada en cuerpo y alma. Su madre también quedó destruida en su interior sin que pudiera notarse

nada desde fuera. Su novio la dejó poco después de que este golpe de destino llamara a su puerta. Hasta ahora sigue negando haberle hecho nada a Marie.

Una piedra golpeó contra los enormes cristales de las ventanas; el viento fresco seguía trayendo consigo restos de suciedad y gravilla. El sauce llorón hundió sus ramas cuando el profesor siguió hablando:

—Primero, Sophia intentó el desagravio por medio de la vía legal. Se buscó una abogada, Doreen Brandt, pero ésta rehusó finalmente querellarse contra Niclas Haberland porque creía que era muy difícil demostrar que había cometido un error. Propuso llegar a un acuerdo.

El profesor se levantó y estiró igualmente los hombros hacia atrás para relajarse. Todos los ejercicios que hacía para consolarse le recordarían a sus doloridas articulaciones, mañana a más tardar, que hoy había estado sentado durante demasiado tiempo.

—Sophia estaba cada vez más desesperada —dijo él caminando hacia el radiador de aceite que había cerca de la chimenea y emitía un ruido de silencioso borboteo—. Allí donde iba para informarse, siempre recibía la misma respuesta: una hipnosis no podía causar un daño tan grave como aquél. Su tristeza fue aumentando hasta llegar a la locura, e ideó aquel perverso plan para vengar a Marie. Quería demostrarles a todos que era muy posible romperle el alma a una persona mediante la hipnosis. Aún peor: quería castigar a los culpables transportándolos también a ellos al estado en el que se hallaba Marie.

—*Locked in*: encerrada en el sueño de la muerte.

—Correcto —contestó a la observación de Patrick haciéndole una señal de que estaba de acuerdo—. Mientras estudiaba medicina Sophia se había interesado por la hipnosis médica, si bien siempre había rehusado aplicarla en la terapia; ahora la practicaba con la misma desesperación de un loco para poder emplear aquella técnica como si fuera un arma. El método que ideó era, en principio, muy sencillo: primero llevaba a sus víctimas, bajo la hipnosis, hasta el momento en el que tenían sus más terribles pesadillas. Luego les provocaba una pérdida de comunicación artificialmente.

—Lanzaba a las personas al infierno y luego cerraba la puerta.

Patrick sacudió la cabeza consternado.

—Hablando figuradamente, sí. Sophia perdió de manera intencionada el control que tenía sobre sus rehenes y los dejó en un estado en los que era imposible controlarlos. Debido a que en algún momento cualquier hipnosis errónea se convierte inevitablemente en un sueño normal del que uno se despierta, ella se dio finalmente una orden posthipnótica. Debían dormirse de nuevo en cuanto se despertaran.

—¿Cómo logró eso?

—¿Ha visto alguna vez algún espectáculo de hipnosis, Ly dia?

—En la televisión. Hipnotizaron a un hombre delante del público. El

mentalista le sugirió que era un perro y cuando se despertó no podía acordarse de nada, pero cada vez que el público le gritaba «Hasso» tenía que ladrar tres veces.

—Y presumo que él lo hizo.

—Sí.

—Es un ejemplo vulgar pero perfecto de orden posthipnótica sencilla, como la que establecía Sophia susurrándoles al oído. Sólo que aquí nadie tenía que gritar «Hasso». Bastaba con que sus víctimas abrieran los ojos y entraran en sus retinas fotones de luz. Ése era el detonador. Cuanto más fuerte era la luz, más rápido volvía a entrar la víctima en la hipnosis.

—Terrible.

Lydia se subió la cremallera de la chaqueta hasta arriba temblando de frío.

—Pero funcionaba. Así consiguió Sophia trasladar a sus víctimas a un sueño de la muerte en forma de espiral, que sólo podía llegar a su fin diciendo la palabra clave correcta durante la fase en la que la persona se despertaba: la solución al acertijo que había en la nota correspondiente.

El profesor colocó sus manos en las ranuras de la calefacción eléctrica. Si bien el fuerte calor chamuscaba la yema de sus dedos, sólo llegaba a extenderse hasta las muñecas.

El profesor sintió un enorme escalofrío tan pronto como Patrick le hizo la siguiente pregunta:

—¿Y qué pasó con Haberland?

En la actualidad, 15:07 horas

—¿Haberland? —repetió él silenciosamente mientras caminaba hacia las puertas de dos hojas acristaladas—. Creo que, antes de que les cuente algo sobre el futuro de éste, deberíamos ocuparnos un poco más sobre su pasado. —En ese momento les hablaba dándoles la espalda—. El ataque de apoplejía de Marie fue sin lugar a dudas el trauma más terrible de su vida. Era incapaz de comprender lo que parecía haberle hecho a su hija y acabó emborrachándose el día del accidente. En consecuencia, casi pierde la vida con su coche. Después de que sus heridas sanasen, inició un tratamiento con el doctor Jonathan Bruck; durante la terapia hablaron también acerca de Marie. Bruck había conseguido el expediente de la niña en la clínica donde la hija de Haberland era atendida mediante medicina intensiva.

—Se acabó el tema del secreto del doctor —oyó que susurraba Patrick

—Después de hacerle un análisis de sangre a Marie los médicos se convencieron de que la apoplejía había tenido lugar « durante », y no « a causa », de la hipnosis. Sophia se enfureció tanto al conocer el diagnóstico, que cogió a la niña y se marchó a Berlín. —Se volvió una vez más de cara a sus estudiantes—. Pero los médicos de Hamburgo tenían razón. Como se ha dicho, según conclusiones de la medicina oficial actual, en efecto, una causa negligente semejante a estos daños no es posible.

—Página 179 del protocolo —dijo Lydia volviendo a hojear el expediente.

—Correcto. Bruck animó a Haberland para que se reuniera con la madre de la hija a fin de que hablaran sobre estos nuevos conocimientos. Al principio Haberland no estaba muy seguro de si debía hacerlo, pero poco antes de Navidad se puso en camino. Viajaba con su perro...

—*Tarzán*, alias *Mr. Ed*.

El profesor pasó por alto el comentario de Lydia con una sonrisa bondadosa.

—... y el dictamen médico, que llevaba en la maleta. Fueron en tren a Berlín, pero antes de llegar a la clínica Teufelsberg, pensó que era mejor dejarlo. ¿Cómo iba a reaccionar Sophia, que hasta ahora había rehusado cualquier contacto con él y que desde que sucediera la tragedia, pensaba que él era el culpable? ¿Qué haría si se presentaba allí delante de ella sin avisar, aunque se lo había prohibido? Después de vacilar mucho, sacó fuerzas de flaqueza y se fue hasta allí para descubrirlo.

—Pero, fuera lo que fuese que él tenía, seguro que no era ni la mitad de

grave de lo que realmente pasó después.

El profesor rió con una voz seca.

—Efectivamente, en ese momento Sophia ya había practicado su « método de Destructor de almas » en tres mujeres. Como ya deben saber, no todas las personas se dejan hipnotizar, y menos en contra de su voluntad. Vanessa Strassmann, en cambio, sí. Era una mujer completamente inocente que sólo tuvo la mala suerte de haber coincidido con Sophia en un curso de teatro moderno de la escuela estatal. Su personalidad era considerablemente esotérica, por lo que, para Sophia, resultó ser un primer objeto fácil al cual acceder. No es de extrañar que Haberland no pudiera acordarse de ella cuando vio la foto de la mujer en el periódico. Vanessa nunca había tenido contacto con él ni con Marie.

Patrick lo miró con tono interrogativo y siguió pasando las páginas hasta la primera. El profesor le hizo una señal de ánimo con la cabeza.

—Con la señora Strassmann empezó la serie de asesinatos. Sophia la encerró bajo un pretexto en la habitación de un hotel. Al parecer, Vanessa había sido violada una vez, y la doctora la hipnotizaba con el fin de que ésta pudiera enfrentarse a su torturador.

—Yo ya no he querido seguir leyendo a partir de esa escena —murmuró Patrick

—Estimulada por su propio éxito, Sophia Dorn intentó un nuevo método con la mujer que ella creía realmente que era culpable: la profesora del colegio, Katja Adesi, que había levantado la liebre gracias a sus sospechas acerca de un posible maltrato.

—¿Y la tercera víctima? —preguntó Lydia—. ¿Doreen Brandt?

—Era la abogada que no quiso acusar a Haberland —explicó el profesor—. La mujer no había aceptado el caso, por lo que tampoco podía establecerse ningún tipo de contacto entre ella, Sophia y el resto de las víctimas. Además, la policía buscaba a un hombre.

—Muy bien, pero estábamos hablando de Caspar, quiero decir, Haberland —recordó Patrick impaciente.

—Ah, sí, perdónenme. Bien, él era el único objetivo de Sophia todo el tiempo. Su pieza maestra. En la página 177 del expediente se muestra mediante qué métodos de engaño es posible realizar una hipnosis coaccionada. Todas las técnicas, por cierto, tienen algo en común: se basan en un efecto de sorpresa.

—Que apareció con la visita de Haberland.

—Exacto. Pueden imaginarse el *shock* que tendría Sophia al ver de repente a Haberland delante de ella.

Ahora era él quien la había cogido por sorpresa a ella, y una vez más pretendía buscar excusas con mentiras. Incluso le presentó un dictamen médico del reputado doctor Jonathan Bruck donde rechazaba su culpa. ¡Cómo! —El profesor levantó la mano plana sobre la pizarra—. Entretanto ella había

demostrado tres veces cómo era posible herir a alguien mortalmente a través de la hipnosis.

—¿Y quemó el dictamen médico en la chimenea y luego le inyectó un narcótico? —Patrick también se había levantado ahora para mover las piernas. Lydia era la única que no se movía de su sitio, mientras jugaba nerviosa con un mechón de su pelo.

—Sí y no —dijo el profesor—. Tiró la carta a la chimenea y le mandó al diablo. Para ser más exactos, le mandó a *Tarzán*. Haberland lo había dejado atado fuera en mitad del frío. Más tarde, debió de haber pensado en otra cosa y sacó de nuevo de las llamas los restos carbonizados del dictamen médico.

—¿Y la amnesia de Haberland?

Lydia se llevó el mechón del pelo a la boca llena de excitación.

—Se produjo a causa de un simple golpe.

Patrick arrugó la frente y el profesor se percató de que debía concretar más.

—Miren, Haberland estaba hundido físicamente. Había pasado por una terrible vivencia, algo que quería olvidar como fuera. Incluso había estado tratándose con Bruck por lo que le había hecho a su hija. Y ahora su primer intento por conversar en persona con Sophia Dorn había fracasado. Estaba herido, confuso, exhausto y depresivo. Su cerebro solamente ansiaba poder olvidar aquellos horribles recuerdos acerca de Marie y para ello usó la primera ocasión que se le presentó para escapar de la culpa.

—¿El accidente? —preguntó Lydia.

—Sí. *Tarzán* tiró de la correa, Haberland perdió el equilibrio en aquella cuesta helada y se quedó inconsciente cuando su cabeza se golpeó contra el asfalto. Pocos segundos más tarde Bachmann trajo el cuerpo congelado a la clínica.

—Volvamos a la maniaca.

El profesor asintió.

—Sophia aprovechó la ocasión inesperada que se le ofrecía. Con la amnesia de Haberland volvía a tener el efecto sorpresa otra vez de su parte. Durante el primer examen médico le quitó enseguida a su... —el profesor dibujo con los dedos en el aire unas comillas— «paciente» todo lo que llevaba consigo que pudiera revelar algo sobre su identidad, fingiendo que había sido víctima de un robo. Naturalmente ella nunca informó a nadie de la policía. La táctica de Rassfeld de dar largas y rechazar cualquier influencia que pudiera venir del exterior le iba como anillo al dedo.

—¿Y por qué no hipnotizó a Caspar enseguida? —quiso saber Lydia—. ¿Por qué le enseñó incluso una foto de su hija? Podría haber recordado quién era y el plan de ella se hubiera visto frustrado.

—Buena pregunta. Sophia estaba, en efecto, demasiado confusa. Por un lado quería castigar a Haberland y enviarlo al infierno. Pero sólo hubiera sido la mitad de doloroso si no hubiera podido recordar a Marie y, de ese modo, su culpa. Por

eso quería liberarle primero de aquella amnesia benigna para, luego, romperle el alma. Los acontecimientos de aquella noche le dieron la oportunidad de combinar ambas cosas.

—¿Y qué papel tiene Bruck ahora? —preguntó Patrick.

—Es lógico —respondió Lydia en vez del profesor—. Sophia se vengaba de todos los que querían hacerle creer que la hipnosis era inofensiva, y Haberland le había entregado su dictamen acompañado de una nueva víctima: entrega a domicilio, por así decirlo.

—Muy bien combinado —la alabó el profesor.

—¿De verdad? —sonrió Lydia.

—Sucedió exactamente así. Antes de que Haberland fuera a verle no conocía a aquel hombre de nada; entonces pasaba a formar parte de su lista personal de venganza. Sophia lo eligió para que fuera su cuarta víctima.

—¿Y cómo lo hizo? —preguntó Patrick.

—Sophia actuó sin escrúpulos —dijo el profesor—. Llamó a Bruck para pedirle un consejo experto sobre un paciente que acababa de ingresar en la clínica con amnesia. Éste, dispuesto a ayudar, viajó expresamente desde Hamburgo. Tenía la sospecha de que pudiera tratarse de Haberland, quien no había dado señales de vida desde hacía dos días. Ella le reservó una habitación a Bruck en el motel Teufelsberg, cerca de la clínica, y allí se encontraron.

—Y lo hipnotizó sin piedad.

—Casi.

—¿Qué quiere decir «casi»?

Las manchas de las mejillas de Patrick ya no se debían a apoyarse las manos.

Aunque el termómetro seguía bajando sin parar parecía que el joven tenía más calor a cada segundo que pasaba. El profesor volvió a tomar nota mentalmente, sin saber si aquellas reacciones eran de algún modo relevantes; luego respondió a la pregunta.

—Bien, no lo logró del todo. Sophia le puso las gotas de escopolamina en los ojos y consiguió que entrase en trance. A continuación, cogió alcohol del minibar y lo vertió por encima de él para dar la impresión de que bebía. Es posible que la molestaran, quizá cometió un error, pero esta vez no funcionó bien. Y, como dije anteriormente, no todas las personas pueden ser hipnotizadas. Bruck era, de todos modos, un candidato difícil. Es cierto que Sophia logró paralizar su centro de comunicación. Por ese motivo, por ejemplo, el hombre no podía dejarle a Caspar ninguna nota escrita, si bien esta capacidad empezó a volver cada vez más rápido con el tiempo. Recordarán que intentó escribir el nombre de Sophia con su sangre en el cristal de la ventana.

Ambos estudiantes asintieron.

—Sea como fuere, Sophia había dañado a Bruck de forma considerable, pero

no consiguió que el hombre acatará la orden posthipnótica. Cuando Schadeck fue a buscar a Bruck a su motel, éste logró liberarse mediante su propio esfuerzo de su sueño de la muerte.

—¿Cómo?

—Clavándose un cuchillo en el cuello.

—¿Perdón?

Un horror desnudo se reflejó en la cara de Lydia, al tiempo que el rostro de Patrick se volvía completamente inexpresivo.

—Sí, los motivos no están muy claros. Según las investigaciones, cuando Bruck era un niño se tragó una avispa y estuvo a punto de morir al picarle ésta en la laringe. Supongo que Sophia reactivó este tema y le llevó de vuelta a aquella pesadilla.

—¿Quiere decir que por eso se cortó la tráquea él mismo?

Lydia se tocó la laringe y tuvo que tragar saliva.

—Sí. Mientras estaba en la ambulancia se hallaba en la fase despierta del sueño de la muerte. Él sabía en ese momento que un estímulo extremo, como por ejemplo un dolor intenso, podía acabar con la hipnosis. En su caso, como les he dicho, no había funcionado tan bien como en las anteriores víctimas. Además, como médico, sabía que un corte de aquellas características en la tráquea no era mortal, aunque sí debía tratarse lo antes posible. Igualmente sabía que se hallaban cerca de la clínica Teufelsberg; allí, no solamente estaba la asesina, sino también su próxima víctima: Haberland, su paciente. Aquí es donde empiezan las especulaciones. Después del trauma ocurrido aquella noche, Bruck tan sólo ha entregado a la policía datos incompletos. No he podido acceder a todos ellos. Tal vez fue una casualidad, quizá quería matar dos pájaros de un tiro, por citar un vieja frase. En cualquier caso, logró el efecto que deseaba, aunque fuera de modo drástico. Schadeck se detuvo al perder el control del vehículo y Bruck ingresó en la clínica.

—Y aquí empezó la historia.

—Todavía no.

—¿Por qué?

El profesor miró por enésima vez los rostros de interrogación de sus objetos de experimentación.

—Bueno, se han olvidado de Linus.

En la actualidad, 15:13 horas

Patrick miró su reloj pero fue más un acto de comprobación, tan fugaz como había observado aquella hoja repleta de números. Hoy era veintitrés de diciembre, un día antes de Nochebuena. Pero la hora, como sabía el profesor, era lo que menos les preocupaba a sus objetos de ensayo.

—Linus. Sí, claro. ¿Qué pasó con él?

«Sophiudapacientinar».

El profesor parpadeó una vez y siguió con sus explicaciones.

—Sophia manipuló el tubo de la gasolina para que Bruck quedara atrapado en la clínica aquella noche.

—¿Por qué?

—Para asesinarle, Lydia. Era su testigo más molesto. Además, debía evitar un posible encuentro entre él y Haberland, ya que ella se reservaba su última víctima para el glorioso final. Por la noche, entró a hurtadillas en la habitación de Bruck y quiso, por lo visto, ahogarle con una almohada, para que teniendo en cuenta las heridas en sus vías respiratorias, nadie sospechara de una muerte como aquella. Sin embargo, Linus la observaba, pues no podía dormir por las noches y le gustaba ir de aquí para allá y curiosear por el recinto de la clínica.

—Y Linus despertó a Haberland y le dijo lo que había ocurrido: «Sophiudapacientinar». ¡Sophia... paciente... matar!

—Y con ello empezó la historia.

Patrick se sacó la mano de su chaqueta y fue a coger temblando la botella de agua, a pesar de no llevársela a la boca.

—Correcto. Al ser interrumpida por Linus, Sophia no pudo acabar su tarea. Bruck se escapó por la ventana y la doctora tuvo que tomar una decisión. ¿Cómo iba a aclarar lo que había estado haciendo en la habitación de Bruck, en medio de la noche y en camión? ¿Cómo podía deshacerse de Linus, que apenas podía articular una palabra, pero que no era en absoluto tonto? Sintió pánico y decidió huir. Escribió un pequeño acertijo en un cuaderno de notas, arrancó la hoja y fue a sentarse en la bañera. Cuando Haberland llegó y encontró el papel en su mano, supuso que Sophia no era ninguna asesina, sino que más bien se había convertido en la cuarta víctima del Destructor de almas. En realidad, pretendía ganar tiempo con ello, causar la desorientación y el desconcierto. Y se le había presentado una ocasión inesperada. Si se conducía hábilmente e improvisaba bien podría romperle el alma a Haberland y, al mismo tiempo, culpar a Jonathan Bruck de

todo aquello. Incluso habría habido más de un testigo para confirmar los crímenes del otro. Pero para ello la pared de aislamiento debía bajarse.

—¿Y por eso mató a Rassfeld?—preguntó Lydia.

—Era el único, además de ella, que conocía el código. Exacto. Cuando Yasmin fue a buscar los tapones para los oídos, Schadeck se cambiaba de ropa y el resto se ocupaba en bajar la pared de aislamiento, le golpeó en la cabeza con una silla. Por eso había sangre en el suelo de la sala de Radiología. Luego lo arrastró hasta la sala de Patología y dejó al director médico inconsciente en una de las cámaras inferiores.

—¿Y el acertijo? ¿Cómo podía saber que más tarde encontrarían a Rassfeld?

—No podía saberlo. Fue casual, y el acertijo no tenía ningún significado específico por sí mismo. Lamentablemente, Yasmin había sido tan cuidadosa que le había traído a Sophia la ropa de su habitación; entre otras prendas, su bata. En ella estaban las notas con los acertijos que Sophia había preparado en principio para Caspar. Colocó una de éstas en la boca de Rassfeld, se deslizó de nuevo hasta la sala de Radiología y se echó en el tubo del aparato de tomografía. Yasmin volvió, vio que el profesor no estaba allí y fue a buscar ayuda. Mientras lo hacía, Sophia se ató a sí misma en aquella máquina.

—Por eso tenía uno de los brazos medio suelto en la página 71.

El profesor confirmó a Patrick su observación alzando el dedo índice de su mano.

—Correcto, y entonces empezó a gritar para evitar que alguien sospechara de ella.

—Es algo diabólico. —Lydia se tocó nerviosa el labio inferior—. Consiguieron que aquella gente acabara cazando al amigo y protegiendo al enemigo.

—Pero ¿qué pasó entonces en la sala de Tomografía?—La voz de Patrick se mostró desconfiada—. Me refiero a cuando Caspar y Bachmann le prendieron fuego. ¿Por qué los encerró allí Bruck?

—Porque en ese lugar estaban a salvo de Sophia —aclaró el profesor—. Está claro que mientras no acabaran ardiendo ellos mismos. Por eso activó el aparato de tomografía, para atemorizarlos antes de que empezaran el fuego, pero ya era demasiado tarde. Ya habían iniciado el fuego y no llevaban consigo las llaves para abrir de nuevo la puerta.

—De acuerdo, ya lo entiendo. ¿Y el ruido que se oía en la sala de Radiología? ¿Fue Linus quien fue a buscar a la policía?

—No, aún no. Era el temporal de nieve, pero no obstante fue el músico a quien tienen que agradecerle el hecho de haberles salvado. Antes de que se activara la pared de aislamiento, se escapó por el balcón. Unos minutos más tarde, cuando Yasmin fue a cerrar las habitaciones, vio que había alguien fuera y se llevó un susto de muerte. Al saltar al vacío se rompió un hueso, pero consiguió bajar a la calle hasta llegar a la urbanización donde está el resto de las

mansiones. Allí fue donde, unas horas más tarde, Mike Haffner estuvo a punto de atropellarlo.

—¿Y él fue quien avisó a la policía?

El profesor asintió.

—Pasó un tiempo hasta que los funcionarios entendieron su jeroglífico de palabras. Pero por suerte, Bruck, a pesar de toda la resistencia, pudo poner a la mayoría a salvo de Sophia: Dirk Bachmann, Sybille Patzwalk, Greta Kaminsky y *Mr. Ed* sobrevivieron a aquella noche. En el último segundo también sacaron a Yasmin del laboratorio y pudieron salvarla. —Suspiró—. Pero la ayuda llegó demasiado tarde para Haberland.

—¿Demasiado tarde? ¿Qué pasó con él? ¿Y dónde está Sophia?

Patrick levantó la cabeza y vio que el profesor arrugaba los ojos como si le deslumbrara algo.

El profesor se volvió de nuevo hacia la ventana y se quedó mirando fijamente en la penumbra.

—Bien, por ese motivo estamos aquí —susurró él en voz baja.

—¿Qué quiere decir? —oyó que preguntaban detrás de él.

—Eso precisamente es parte del experimento. Por eso debían leer detalladamente el expediente del paciente.

—¿Para qué?

Él se inclinó despacio hacia sus estudiantes.

—Para comprobar cuánto de verdad hay en esta historia. Para descubrir qué pasó realmente al final.

En la actualidad, 15:15 horas

El borboteo que provenía del radiador de aceite era más intenso, si bien la temperatura de la biblioteca iba disminuyendo cuando más hablaba él.

—Lo único que les puedo contar es que Sophia desapareció para siempre aquella noche. —El profesor parecía haber envejecido un año—. Marie está atendida desde entonces en la clínica Westend con tratamiento de medicina intensiva. Ya no respira artificialmente y puede comunicarse a través del párpado de su ojo derecho, pero los médicos no han podido constatar algún tipo de mejoría.

—Un momento. ¿Sophia abandonó a su hija sin más? —preguntó Patrick—. ¿Después de todo lo que había pasado?

—Eso es lo que pareció en un primer momento.

El radiador de aceite crujió y el profesor tuvo la tentación de volverse hacia la chimenea, donde yacía un trozo de leña sin llama. Al mismo tiempo se preguntó si sus oyentes habían notado cómo su voz vibraba cada vez con más intensidad.

—Pero entonces, un año más tarde, las enfermeras encontraron un regalo para Marie en la mesita de noche.

—¿Qué clase de regalo? —preguntaron Patrick y Lydia casi al mismo tiempo.

—Un regalo en una caja de color lila, del tamaño de un cofre pequeño. Dentro había una tarjeta con un amuleto; pueden imaginarse a quién pertenecía.

Lydia levantó la mano con vacilación, como si estuvieran en la escuela.

—¿Nadie pudo verla?

—Una sala de Cuidados Intensivos no es un ala de alta seguridad —se defendió el profesor—. Y muchas de las personas que estaban allí de visita llevaban una mascarilla en la boca. No, nadie logró verla entrar ni salir.

—¿Nunca?

—Continuó haciéndolo. Cada Navidad se halla un nuevo regalo. En ocasiones una botellita de perfume que puede olerse en la frente de Marie; otras veces, una caja de música o una moneda valiosa. Y siempre hay junto al regalo una nota doblada.

Lydia respiró profundamente.

—¿Y qué pone en ella?

—Nada. Está en blanco.

El profesor abrió las manos como si fuese un mago que acaba de hacer

desaparecer un pañuelo.

—Y ¿esos regalos son las únicas señales de vida de Sophia? —preguntó Patrick con recelo.

—No del todo. Existe la leyenda de que estuvo en tratamiento con un famoso psiquiatra, naturalmente con un seudónimo. Por lo visto se hacía llamar Anna Spiegel.

Al mencionar el nombre ambos estudiantes se estremecieron. La boca de Patrick se abrió despacio.

—¿Y cómo se llama el psiquiatra...?

—Viktor Larenz. Hablamos de él al empezar el experimento, pero desgraciadamente ya no es posible preguntarle nada sobre estos acontecimientos. Con el cierre de su consulta se encontró el expediente que están leyendo ahora, y los científicos siguen discutiendo si fue él mismo quien lo escribió o una tenebrosa paciente. Debido al tiempo que el doctor se ocupó de este caso acabó cayendo enfermo. Se dice que Sophia Dorn, alias Anna Spiegel, era el modelo real de una figura que Larenz habría reactivado más tarde como una alucinación de su nivel esquizofrénico, pero ésa es otra historia que no está del todo clara ni pertenece a lo que se está tratando aquí ahora.

—Oh, sí, yo creo que sí. De todos modos ha sido usted quien nos ha dado esta porquería para que la leyéramos. —Patrick dio un par de golpecitos a la tapa cerrada—. ¿De dónde cree usted que ha salido?

—Pues... —el profesor vaciló—. Para ser franco, lo encontrarán en las indicaciones que ofrece el mismo texto. En la página 177, línea 23.

—¿El protocolo Alzner? —leyó Lydia en voz alta, asustada.

El profesor respiró profundamente.

—Podría tratarse de un anagrama de Larenz —dijo él.

—Pero ¿por qué tendría que escribir el mismo Larenz un juego de palabras en su propio expediente?

—Justo eso es lo que el profesor pretende decirnos ahora. —Lydia le lanzó a su novio una mirada irascible—. Sophia lo escribió.

—Un momento. —Patrick soltó incrédulo una carcajada—. ¿Y cómo es posible? El informe está escrito prácticamente desde la perspectiva de Caspar. ¿Cómo podía saber cuáles eran sus vivencias, lo que pensaba y sentía...? —Se quedó atascado, con la cara sin control.

—... si Sophia no estaba en su cabeza. Exacto. —El profesor se pasó la mano temblorosa por la agitada cabeza—. Entre el momento de hipnosis de Haberland y la aparición de la policía pasó más de una hora y media, un tiempo suficiente para que Sophia pudiera averiguar todo lo que quisiera de primera mano. Ella tenía en sus manos la llave de su consciencia. El resto de los hechos que no le reveló Haberland pudo conocerlos a través de la prensa; por ejemplo, cómo Linus había salido al paso de la máquina quitanieves de Mike Haffner.

Ahora Patrick ya no pudo seguir sentado en aquella silla. Se levantó furioso.

—¿Quiere eso decir que todo este tiempo hemos estado leyendo un documento escrito por una maniaca que acabó llevando a la locura a un psiquiatra?

—¡Un momento, un momento...! —El profesor alzó la mano para pedir silencio—. Sólo se trata de un rumor, no tiene por qué ser el caso. Además, ambos están bajo atención médica. Si en algún momento notasen algo extraño durante los próximos días, les ruego que contacten conmigo enseguida.

Cogió la cartera de los expedientes que tenía en la mesa y sacó de ella un pequeño bloc con *post-its*.

—¿Por qué? ¿Qué tendría que pasar? —preguntó Patrick mientras el profesor cogía un bolígrafo.

—Como todos sabemos ya, Sophia Dorn estaba obsesionada con hipnotizar a las personas en contra de su voluntad. Los expertos no se ponen de acuerdo sobre si ella, durante el tiempo en que ha estado desaparecida, ha podido mejorar su método y seguir desarrollándolo.

—Vaya al grano, por favor.

El estudiante se olvidó de cualquier forma de respeto al hablar. Pero el profesor no podía tomárselo en cuenta, dadas las condiciones en las que se hallaban.

—La ciencia debate desde hace tiempo la posibilidad de hipnotizar a las personas a través de la lectura.

—¿A qué se refiere?

—A que si realmente existe el protocolo Alzner del que se habla en la página 177, es posible que ustedes ya tengan uno en las manos: un documento con un subtexto invisible que solamente puede leer el subconsciente.

—¿Está de broma, no? —La voz de Patrick mostró un soplo de pánico—. ¿Cómo quiere que estemos los dos hipnotizados sólo leyendo de pasada un expediente como éste escrito por una persona perturbada?

El profesor asintió.

—De eso trata este experimento. Para ver si funciona he tenido el placer de inaugurarlos de antemano con ustedes. Personalmente, no creo en ello. Me inclino más por pensar que todo esto es una leyenda, un mito de la ciencia que nosotros juntos vamos a refutar.

—¿Y si es verdad? ¿Qué pasará entonces con nosotros?

—No lo sé. Pero como les dije antes, si sospechan de alguna experiencia anormal, algo que les preocupe, les ruego que me llamen.

—¿Podría sacarnos de allí, me refiero de ese trance, si acabamos en él?

Los ojos de Lydia temblaron.

—Si acabasen allí, sí, seguro. Conozco la palabra clave.

—¿La palabra clave?

—La respuesta del último acertijo: «Tírame si me necesitas. Ve a por mí si ya no te sirvo». Si hay un mensaje subliminal, es decir, un subtexto escondido, entonces suponemos que podemos acabar con su efecto hipnótico.

—Ustedes lo suponen. Ya estoy más tranquilo. Adelante, diga. ¿Qué palabra es?

El profesor sacudió la cabeza mientras Patrick seguía amenazándole con el dedo.

—Si se la dijera ahora, el experimento fracasaría. Espere simplemente a ver si su vida sufre algún cambio. Anote cosas, pero, por favor, no se preocupe. Quedo a su disposición día y noche. No va a sucederles nada.

—Me marcho de aquí antes de que acabe sabiendo esta maldita palabra.

El estudiante estaba casi gritando. La puerta se cerró con un crujido detrás de él y una cabeza apareció por allí.

—Todo está bien, no hay ningún problema. Todo está en orden aquí —dijo el profesor al hombre mayor que alzaba sus cejas y volvía a cerrar la puerta tras de sí.

—No, nada está bien. Tiene que decírnos ahora mismo la solución del último acertijo o...

—Está bien, está bien —dijo interrumpiendo aquel torrente enérgico de palabras.

Estaba listo. Ya contaba con aquello. El profesor se dirigió a sus estudiantes, cogió los documentos y enganchó sobre ellos una de aquellas notas amarillas en las que acababa de anotar un correo electrónico.

Lydia y Patrick lo miraron de modo interrogativo.

—Si tiene alguna duda sobre algún tema, envíenme un correo electrónico. Recibirán enseguida la respuesta que me han pedido. Está en sus manos el que quieran o no interrumpir este experimento y sólo les pido que lo hagan si realmente no existen más opciones. En nombre de la ciencia. ¿Podemos llegar a un acuerdo?

El profesor volvió a sentarse en su sitio, cogió sus documentos y los metió dentro de su desgastada cartera.

Lydia se levantó.

—Pero lo resolvieron, ¿no? —preguntó titubeante—. El acertijo de Haberland, finalmente sobrevivió a esta historia, ¿no?

El profesor quiso guardar el protocolo original. Contuvo la respiración.

—No —dijo en voz baja. Y una niebla triste volvió a mostrarse en sus ojos. Lydia asintió como si fuera necesario un simple aliento para pronunciar todas aquellas verdades dolorosas.

Aquella vez, en aquel bar poco iluminado, con la música muy alta: nunca había tenido a la joven tan desnuda y vulnerable delante de él. Así se hallaba él ahora. Se preguntó si la chica era consciente de todo aquello. Entonces dijo:

—Lo lamento. Me temo que no pudieron hacer nada más por Niclas Haberland.

En la actualidad, 15:42 horas

El portal oxidado se cerró con un golpe.

—Ha sido muy valiente —gruñó un hombre mayor sacando un manajo de llaves. Luego se lo guardó en el bolsillo lateral de su uniforme de trabajo y se puso un guante.

—Pensaba que nunca más volvería a venir aquí.

—Era una cosa puntual con mis estudiantes. —El profesor sonrió—. Pero usted aún está aquí también.

—Desgraciadamente. —El vigilante gruñó de modo despectivo mientras ambos se alejaban unos pasos de la casa—. Una vez al mes vengo a asegurarme de que todo está en orden. Tengo que hacer algo para mejorar mi pensión, ya que no lo hace mi mujer.

—¿Nadie ha querido comprar esto?

Bachmann alzó la nariz y su mirada fue a parar a la fachada helada y cubierta de hiedra hasta la parte inferior del tejado a dos aguas.

—Oh, sí. Tras la muerte de Rassfeld la mansión estuvo cerrada. En la prensa no se decía nada en concreto; oficialmente no se había publicado apenas nada de lo sucedido, pero había rumores. No me sorprende que Bruck regresara a Hamburgo y rechazara cualquier oferta para escribir lo que pasó aquella noche. La cocinera se cambió al sector hotelero y Yasmin también dejó su trabajo. He oído que ha grabado un disco con Linus, que al parecer está teniendo bastante éxito y se ajusta bastante a ese par de locos. Greta fue la única en conceder una entrevista una vez. Dijo muy seriamente que, después de aquella noche, había superado su claustrofobia y ya había podido celebrar la Navidad sola, sin nadie. ¿Puede creérselo?

Una bandada de pájaros se disipó para, apenas unos segundos después, volver a reunirse. Bachmann dejó de interesarse por los pájaros y miró al profesor de nuevo. Su mirada se había vuelto opaca y, con el tiempo, seguramente necesitaría unas gafas de lectura con más graduación.

—Hasta hoy la gente piensa que en este manicomio tuvo lugar una masacre, y que los pacientes se mataron los unos a los otros. Por ese motivo muchos piensan que esto está lleno de fantasmas. Menuda tontería. Pero de algún modo asusta a los inversores. Ha habido numerosos proyectos: un edificio de viviendas lujosas, restaurantes e incluso un hotel. No se ha hecho nada de nada.

—¿Se habla también de Sophia?

El viejo vigilante se estremeció al oír el nombre y se rascó sus patillas llenas de canas.

—Los niños dicen que era un bruja y que todavía vive en esta casa, bajo el tejado, con su hija minusválida. Cosas de ésas. —Lanzó una risa forzada y al mismo tiempo el profesor pareció triste, como pocas veces podía vérselo delante de otra persona adulta.

—No te enfades. Voy a dar otra vuelta por la casa, Cas... —El viejo vigilante se interrumpió—. Perdóneme.

—No pasa nada. —Haberland le estrechó la mano para despedirse—. Feliz Navidad. Ha sido un placer volver a verle. Le agradezco que me haya abierto.

—No hay de qué. Lo importante es que no se convierta esto en un hábito.

Se saludaron de nuevo con la cabeza una última vez, y luego cada uno siguió su camino. Dos hombres que, en una sola noche, habían tenido que pasar tantas cosas juntos que en esta vida no existía ningún hueco más para compartir otras vivencias. Ni siquiera para pasárselo bien un rato.

Haberland se volvió de cara al viento y se subió el cuello del abrigo. Puso cuidadosamente un pie en el camino que bajaba suavemente calle abajo. Para aquel día habían anunciado aguanieve, por lo que había que contar con hielo; por eso se había puesto sus botas pesadas de invierno. Por aquel entonces había llegado a la clínica con unos zapatos de goma, que finalmente resultaron ser para él una perdición.

« Por aquel entonces. En una vida anterior» .

Ahora era otra persona: no había mentido cuando le había dicho a Lydia que Niclas Haberland había muerto. Un hombre con aquel nombre estaba roto para siempre debido a su propia alma. Si bien Bruck había resuelto el acertijo y le había liberado dos días después, el poco tiempo que había estado atrapado en su interior había durado demasiado. Gracias a Bruck había vuelto realmente a la realidad, pero ya no había podido encontrarse a sí mismo.

« Tírame si me necesitas. Ve a por mí si ya no te sirvo» .

A menudo se había preguntado por qué Sophia había dejado sus notas con acertijos. De todas formas, había proporcionado una salida a sus víctimas gracias a éstas. Al principio él había creído, luego lo había tomado de una expresión de esperanza irracional. Su hija quizá también podría haber salido de aquel laberinto de tortura con tan sólo una palabra. En la actualidad, después de muchos años de sufrimiento, sabía mejor que nunca de qué hablaba. Los acertijos eran una parte importante del castigo, la prueba de su omnipotencia. Sophia lo había arrastrado hasta el infierno dejando la llave puesta por fuera. No le importaba si venía alguien a abrir el calabozo. Porque ella tenía el poder de volver a cerrarlo siempre que quisiera.

« ... Ve a por mí si ya no te sirvo...» .

Desde aquella noche vivía con el miedo irracional de pensar a menudo que

Sophia no había vuelto a aparecer porque ella ya se hallaba escondida dentro de él. No físicamente, por supuesto, sino en sentido figurado. Si se había preocupado de que con una sola palabra pudiera despertar de aquel sueño de la muerte, entonces, ¿por qué no debía haber pensado en darle otra orden posthipnótica que él no conociera? De todos modos ella lo había tenido bajo su control durante mucho tiempo a fin de sacarle toda la información que tenía en su cabeza y que era necesaria para escribir aquel expediente médico.

Ése era el motivo de que siempre se sobresaltara cuando sonaba el teléfono, cuando escuchaba una voz desconocida o una palabra extraña en un contestador automático, porque siempre contaba con encontrarse lo peor, desde que había huido del purgatorio de su alma. Y ése era también el motivo de aquel experimento: debía saber lo fuerte que era ella realmente. Si había encontrado un camino tras su desaparición para entrar en la mente de otra persona.

Haberland tragó saliva y se preguntó si el picor que sentía en el cuello era síntoma de que había cogido un resfriado. Sus cicatrices le molestaban un poco, como casi siempre que estaba a punto de nevar. Comenzaba doliéndole el pecho desgarrado, pero cada año que pasaba sentía también que el tejido muerto de alrededor de sus muñecas era más sensible a los cambios de tiempo. De repente sintió algo húmedo junto a su mano derecha y miró hacia abajo.

—¡Así que ahí estás! —saludó al perro, que no paraba de mover la cola. Mientras conversaba con Bachmann se había introducido en el bosque, pero nunca se alejaba de él durante mucho tiempo. Últimamente su pata trasera le fallaba cada vez más, incluso dando cortos paseos, y su ojo derecho había perdido buena parte de su visión. Los tiempos en los que *Tarzán* tiraba de la correa ya habían desaparecido.

—Ahora tenemos que tener cuidado los dos de tropezar, ¿verdad? Hoy vamos a ir a ver a Marie.

Acarició la cabeza del viejo perro y se dio la vuelta por última vez. La mansión se extendía como un oscuro monolito hasta el cielo invernal de color gris. Las ventanas de abajo estaban tapiadas con placas de acero. Más arriba del edificio, el último agente inmobiliario se había contentado con correr las cortinas raídas. No se veía ni una luz en la casa, tan sólo un farol de gas en la entrada.

Haberland cerró fuertemente los ojos y durante un breve instante creyó ver movimiento detrás de las descoloridas cortinas, arriba del todo, en la cuarta planta, bajo el tejado. Pero estaba oscuro y, además, había tenido que aprender que en aquel recinto era difícil distinguir la realidad de la ficción, incluso en los días claros.

Probablemente se lo había imaginado, o había sido una rata; tal vez el sistema de ventilación, ya que en algún lugar habían destrozado un cristal. Haberland se levantó la manga y se rascó la muñeca.

«Los meteorólogos tienen razón. Va a nevar», pensó, y se volvió hacia

Tarzán, que lo miraba fijamente lleno de expectación.

—¿Tú qué crees? A lo mejor celebramos este año una Navidad blanca...

El perro olfateó contento el aire y Haberland lo siguió, demasiado deprisa. Empezó a temblar y levantó su brazo izquierdo atemorizado. Había estado a punto de perder el equilibrio, pero sus zapatos pisaron fuerte esta vez, y él continuó siguiendo las huellas que habían dejado sus botas en el barro helado, camino de la clínica. Con cuidado, paso a paso, fue caminando como un pato la vía de acceso hacia abajo. Lejos de la mansión situada en Teufelsberg, que una vez había alojado el principio del mayor de sus miedos y que ahora le esperaba detrás de él, vacía y desangrada, a que ocurriera un milagro, que alguien pasara por allí y limpiara el polvo del pasado que había quedado incrustado en aquellos muebles, que hiciera un fuego acogedor en la chimenea que alejara los recuerdos oscuros y fueran a la caza del espíritu maligno que había en el sótano del olvido.

Que todo volviera a ser como había sido una vez.

Añadidos, agradecimientos y disculpas

No sé cómo lo hace usted, pero yo soy de esas personas que siempre leen antes los agradecimientos que el primer capítulo. Eso ha hecho que alguna vez disfrutara mucho menos de aquella lectura, ya que muchos autores aprovechan las últimas líneas de su libro para proporcionarle al lector sugerencias bibliográficas posteriores que a menudo revelan el tema clave y la gracia de aquella novela.

Por ejemplo, hace poco leí un *thriller* histórico en el que había que esperar hasta el final del libro para descubrir que el asesino tenía múltiple personalidad. Yo ya lo sabía desde el principio porque había leído los agradecimientos.

¿Por qué escribo todo esto? Porque a mí también me encantaría darle ahora algunas sugerencias sobre cómo podría informarse con más detalle acerca de los temas médicos que abordo en este *thriller* psicológico. A pesar de que muchos de ellos le puedan parecer increíbles, la mayoría son tema de discusión ahora mismo (una vez más).

Pero ¿cómo puedo demostrárselo sin anticipar más contenido de la cuenta? Por suerte existe un libro de divulgación que lleva como nombre el inofensivo título *Unsichtbare Ketten* («Cadenas invisibles»), y que fue escrito por el doctor Hans Ulrich Gresch, diplomado en Psicología. Es cierto que Caspar no puede acordarse en aquel preciso momento, pero es capaz de citar casi textualmente palabras y frases de este libro.

En el momento de imprimir la novela, *Unsichtbare Ketten* podía descargarse en Internet totalmente gratis, cosa que agradezco profundamente a su autor. (Por favor, no lo busque en Google hasta que no haya terminado la lectura). Igualmente, el fascinante libro *Neuropsychologie* («Neuropsicología») que Caspar encuentra en la biblioteca existe realmente, y sus autores son Bryan Kolb y Ian Q. Whishaw. Las indicaciones de las fuentes respectivas son correctas.

Por el contrario, la clínica Teufelsberg, al igual que el resto de la acción, es pura ficción. Como sucede con las buenas mentiras, en ésta también se esconde una pizca de verdad. Me he permitido el lujo de trasladar una clínica privada, que verdaderamente existe y es muy similar a la que aquí se describe, al auténtico Teufelsberg de Berlín, que los delirios de grandeza del autor acabaron por situar en un lugar más alejado, en el Grönewald. La historia acerca del origen del Trümmerberg está también documentada.

Por cierto: la canción que tanto le gusta a Caspar se titula *Inbetween Days* y pertenece a The Cure. Pero eso es algo que seguramente han podido reconocer enseguida. Si aún no han podido dar con la solución del último acertijo del Destructor de almas, aquí va una pequeña pista: la palabra clave se esconde en las líneas de agradecimiento que vienen a continuación. ¿No es cierto, Gelinde?

Como siempre, les doy las gracias en primer lugar a ustedes, ya que si no leyera mis libros tendría que hacer otras cosas que me divierten menos que escribir: trabajar, por ejemplo. Muchas gracias igualmente por las numerosas indicaciones, observaciones, propuestas de mejora, por las críticas y los ánimos, y a saber qué más, que me han hecho llegar principalmente a través de mi correo electrónico «fitzek@sebastianfitzek.de» o mediante el álbum de visitas.

En ocasiones me siento como el cantante que sólo necesita traer su micrófono para actuar, mientras que detrás de él se halla todo un ejército de *roadies* que son los que realmente tienen que trabajar duro. Por ejemplo:

Roman Hocke, la única persona a la que se le puede decir siempre que es el mejor agente literario del mundo sin que se le suban los humos a la cabeza.

Manuela Raschke: sin tu gestión hace tiempo que estaría perdido, arruinado y probablemente en la cárcel.

Gerlinde: como la mayor aficionada del mundo de *thrillers* de horror, las propuestas de mejora que hiciste para este libro han sido una vez más imprescindibles. Gracias por ser el ancla en este loco torbellino de nuestra vida.

Sabine y Clemens Fitzek lográis que brille gracias a vuestros conocimientos médicos, haciendo que me familiarice, por ejemplo, con los rasgos fundamentales de la virtopsia. Por suerte, puedo echaros la culpa de los errores que cometí en la escuela. Es un trato justo, ¿no?

Christian Mayer: es fantástico que todos te confundan con mi guardaespaldas sólo porque tienes pinta de serlo. A partir de ahora te llevaré a todas las sesiones de lectura y seguiré atosigándote con mis preguntas acerca de las armas de fuego.

Sabrina Rabow, dice el refrán: « Colabora con pocos pero asegúrate de que sean los mejores» . Ésa no es la única razón por la que estoy tan contento de que nuestros caminos se cruzaran hace años y que desde entonces cuides de mis relaciones públicas.

Hay muchas personas de las cuales admiro su poder, conocimiento y creatividad, y a las que les agradezco infinitamente: Zsolt Bács, Oliver Kalkofe, Christoph Menardi, Jochen Trus, Andreas Frutiger, Arno Müller, Thomas Koschwitz, Simon Jäger, Thomas Zorbach, Jens Desens, Patrick Hocke, Peter Prange y, naturalmente, ¿no me quiero olvidar de mi padre, Freimut Fitzek!

Vayamos a las personas que nunca deberían faltar en ninguna nota de

agradecimiento, y a que sin ellos el autor no existiría:

Carolin Graehl: tus preguntas concretas acerca del manuscrito, además de muchas otras cosas, hacen que tu lectura, tan meticulosa y llena de cariño al mismo tiempo, sea tan perfecta. Un conjunto de ideas se convierten en un libro fascinante que vale la pena leer sólo gracias a ti.

Regine Weisbrod: increíble. Ahora sé por qué tantos autores hablan tan bien de ti. Si no te encargas de la redacción del próximo libro, mucho me temo que tendré que matarte. (¡No es broma, le pondré tu nombre a un cadáver!).

Doctora Andrea Müller: usted fue quien me descubrió y me convirtió en autor. Por suerte pudimos trabajar juntos en el *Exposé* antes de que, debido a su éxito, la competencia la comprara descaradamente.

Beate Kuckertz y doctor Hans-Peter Übleis: les agradezco que también en los próximos años me proporcionen aquello con lo que otras personas solamente pueden soñar: dinero.

No, naturalmente me refiero a un hogar en su maravillosa editorial, Droemer Knaur.

Klaus Kluge: no te acobardas ante el hecho de tener que probar alguna vez nuevas y locas ideas de *marketing*, y por ello cuentas con el reconocimiento, no sólo de este sector, sino también del mío. Pero con mi húmedo apretón de manos no te puedes comprar nada.

Sybille Dietzel: le agradezco a usted que le haya otorgado a mis ideas más valor a través de su trabajo creativo durante la producción.

Una vez más las personas más importantes se hallan al final de los agradecimientos: el ejército de las personas que trabajan en la producción, distribución, las librerías y bibliotecas, y que se encargan en primera línea de que este libro pueda llegar a sus manos.

Para terminar, me gustaría pedirles disculpas a algunas personas a las que he robado sin reparos para poder escribir el presente libro. Por ejemplo, Helmut Rassfeld, con quien colaboré en la radio durante años, y cuyo apellido sólo podía prestarse para una persona con la que por suerte no mantiene ningún parecido. La señora Patzwalk era, en efecto, la cocinera favorita de mi guardería. (¡Gracias por no haber tenido que comer hígado!). Y perdóname, Fruti, por haberme servido del nombre de pila de tu hijo para una persona con un carácter fuerte. Sólo Marc no tiene motivos para quejarse: me pediste expresamente que en alguna ocasión utilizara tu nombre. Y como suele decirse... Uno siempre tiene

que tener cuidado con los deseos que pide. Podrían cumplirse, señor Haberland.

SEBASTIAN FITZEK

Berlín, abril de 2008

P. D.: No tengan miedo, lo que han leído es sólo una novela. No se trata del expediente auténtico de un paciente, de eso estoy casi seguro.

Sebastian Fitzek ha respondido amablemente a unas cuantas preguntas que servirán a los lectores españoles para conocer un poco más a este autor de gran éxito internacional e inédito hasta el momento en España. Fitzek describe de primera mano su inquietante imaginario y nos abre las puertas de su mente creativa...

P: *El experimento* empieza en una lujosa clínica psiquiátrica de Berlín. Es un thriller en el que juega con el subconsciente, los recuerdos, la influencia en la mente, el mundo real y el mundo de los sueños, el despertar del coma, la capacidad de la hipnosis. ¿Cómo surgió la idea? ¿Cómo se documentó para estos temas tan complejos?

R: Podrá parecer extraño pero de hecho saco la idea básica de mi vida diaria. Puede que sea porque tengo un punto de vista especial sobre las cosas que me ocurren en mi día a día.

La idea de *El experimento* me vino a la mente cuando estaba visitando a mi hermano en Psiquiatría. ¡No os preocupéis! Está bien. Es neurorradiólogo y trabaja como jefe médico en un hospital. Mientras yo estaba allí con él hubo un caso de emergencia y pensé: «Bueno, ¿qué pasaría si no fuera una emergencia de verdad? ¿Y si, por alguna razón, esa persona se estuviera ingresando a propósito, porque, pongamos, no fuera un paciente sino un criminal cuyo objetivo estuviera en ese hospital?» .

Casi todas mis novelas empiezan con esas preguntas: «¿Y si...?». Para responderlas de la manera más emocionante y plausible posible, uno tiene que investigar mucho y yo, afortunadamente, tengo en mi familia la fuente directa de la ciencia médica, por la profesión de mi hermano y su mujer.

P: Pero su novela es también un reto constante para el lector, a quien introduce en un juego desde la primera página: el número del expediente médico (131071v: su fecha de nacimiento y las iniciales de Viktor Larenz), el anagrama de Viktor Larenz (Larenz = Alzner), el acertijo para despertar a la víctimas... y no continuamos para evitar desvelar más el argumento de la novela... ¿De dónde saca la inspiración?

R: Como he dicho antes, me inspiro en gente que conozco, y algunos de ellos tienen un « comportamiento trastornado » .

He trabajado en la radio durante mucho tiempo y ha sido un placer conocer a mentes creativas cuyo límite entre la genialidad y la locura es difuso.

Por ejemplo, compartí oficina con un editor jefe que se quedó petrificado porque, accidentalmente, olvidó desenchufar la plancha del pelo en casa. Así que, a partir de ese momento, cada día sacaba fotos a todo lo que era susceptible de quemarse o explotar en su casa. Y varias veces al día pegaba un salto de la silla, asustado, y miraba las fotografías que había tomado con el móvil y la hora que ponía. Esos pequeños «tics» me inspiran una y otra vez para tratar las peculiaridades de la psique humana.

P: El Destructor de almas sabe cómo funciona nuestra mente y usted también, porque sus novelas nos invitan siempre a un viaje a las profundidades de la psique humana. ¿Cómo logra sumergirse en ese mundo y no perderse en él?

R: De hecho, con frecuencia comparo la psique humana con las profundidades marinas. Todos tenemos una imaginación confusa de esa zona. Es un lugar oscuro e inexplorado y es muy peligroso descender demasiado profundo porque podría aplastarte la presión.

Por otro lado, escribir es como una terapia para mí. Escribo mis miedos para liberar mi alma. Mientras no me quede «en lo más profundo» mucho tiempo y ascienda a la superficie cuidadosamente de nuevo, no puede pasarme nada. ¡Al menos eso espero!;

P: Esperamos que todo lo que cuenta en *El experimento* sea inventado, porque durante la lectura un escalofrío te recorre la espalda y asusta pensar que alguien pueda llegar a estos extremos... ¿Cree que todos tenemos un lado oscuro que puede aflorar en cualquier momento?

R: Creo que en el mundo lo bueno y lo malo están en conflicto; y también lo están dentro de nosotros mismos. ¡Haz la prueba! Imagina: alguien te propone amontonar mil latas en pirámide en un supermercado o que tires de una de las latas y ver cómo se desmorona todo. ¿Qué sería más divertido? En cada uno de nosotros hay algo de destructivo; de otro modo no hubiéramos sido factibles en tiempos pasados.

P: Los críticos le han aclamado como el maestro alemán del *thriller* psicológico. ¿Quién o quiénes son sus referentes? ¿Son literarios, cinematográficos, o no tiene ninguno y todo surge de su imaginación?

R: Sólo puedo dar una respuesta injusta ya que no hay espacio suficiente para listar aquí todos los autores brillantes a los que admiro y que me han inspirado repetidamente a lo largo de mi vida. En mi juventud, empecé con Stephen King, cuando estudié Derecho naturalmente devoré todo lo de Grisham, más tarde con

Crichton, Deaver, Follett... los sospechosos habituales. Ahora, me gusta recomendar los trabajos de Dennis Lehane y Harlan Coben. Y, por supuesto, me encantan los *thrillers* y las películas de terror.

P: Por último, ¿puede dirigir algunas palabras a los lectores españoles?

R: Algunos autores desean fervientemente tener éxito en EE. UU. En mi caso, en cambio, he cumplido un sueño con la publicación en español de *El experimento*. Tengo la sensación de que hay un movimiento muy inspirador en España en estos momentos, que acelera el género de los *psychothrillers* en todo el mundo. Un ejemplo es la obra maestra cinematográfica *El orfanato*, de Juan Antonio Bayona. Por ello es un gran honor tener la oportunidad de ser publicado en España y espero poder entrar en contacto con muchos lectores. Puedes contactar a través de la web www.alznerexperimento.com.



SEBASTIAN FITZEK nació en Berlín en 1971. Su primera novela, el *thriller* psicológico *Terapia*, alcanzó en seguida el número uno en ventas de libros y fue nominada al premio Friedrich-Glauser en la categoría de mejor novela debutante, siendo aclamada por la crítica y los lectores por igual. Sus dos obras posteriores, *Amokspiel* y *Das Kind*, lo consagraron como el maestro alemán del *thriller* psicológico. Sebastian Fitzek es también uno de los pocos autores alemanes cuyas obras, traducidas a más de veinte idiomas, han sido publicadas en Estados Unidos y en Inglaterra, países de la novela de suspense por excelencia.

Más información en: www.sebastianfitzek.de